

The background is a dark, moody photograph of a forest. A stone bridge with multiple arches spans a river in the lower half of the image. The trees are dense and their colors are muted, appearing in shades of green and brown. The overall lighting is low, creating a mysterious and somewhat ominous atmosphere.

LEGENDS OF FAËRUN

THE UNDYING KING

PART 1: CURSED LANDS

OZZ VILLAR

LEGENDS

OF

FAËRUN

THE UNDYING KING

PART 1: CURSED LANDS

OZZ VILLAR

Aviso de Copyright y Uso de Marca

© 2026 Ozz Villar. Todos los derechos reservados.

Esta obra es una obra de ficción derivada (fanfiction) sin fines de lucro, creada únicamente con propósitos de entretenimiento.

Dungeons & Dragons, Curse of Strahd, Forgotten Realms, Faerûn y todos los nombres de lugares, criaturas, personajes, hechizos, así como otros elementos del juego, son propiedad de **Wizards of the Coast LLC** y/o sus respectivas propietarias.

Esta obra no está afiliada, patrocinada, aprobada ni licenciada por Wizards of the Coast LLC. No se pretende infringir ningún derecho de autor ni marca registrada.

Todos los personajes originales, tramas adicionales y elementos propios de la historia son creación del autor y están protegidos por las leyes de derecho de autor aplicables.

Queda estrictamente prohibida la reproducción, distribución o venta de esta obra con fines comerciales sin autorización expresa y por escrito del autor.

A Pam, Marissa y Roy, por apoyarme, ayudarme y soportarme mientras cumplía mi mayor sueño. Gracias por escuchar ideas a deshoras, aguantar mis obsesiones y celebrar conmigo cada pequeña victoria.

A la Dead Nerds Society, mi familia elegida, por tantas ideas, personajes, partidas y noches en vela tirando dados. Espero, de corazón, haberle hecho justicia a sus personajes.

A mis mascotas: Gimli, Legolas, Arwen y Galadriel, por quedarse conmigo en la sala cada madrugada que pasé escribiendo (aunque estuvieran dormidos en los sillones la mayor parte del tiempo).

Y para Auros, que confió en mí antes que nadie, que me regaló mi primer libro y tantos otros después de ese. Ojalá pudieras hoy leer el primero escrito por mí. Te extraño siempre.

Sin ustedes, esto jamás hubiera sido posible, de ninguna forma.

ÍNDICE

El Guerrero De La Luz Perdida	8
Ecos Entre La Niebla	15
La Casa De La Muerte (Parte 1)	24
La Casa De La Muerte (Parte 2)	36
La Casa De La Muerte (Parte 3)	52
La Casa De La Muerte (Parte 4)	63
El Entierro De Los Kolyana	74
Sombras De Barovia	92
La Carta Del Diablo	105
Encuentro En El Río Ivlis	117
Cartas Y Profecías	136
La Encrucijada Del Ahorcado	159
Las Murallas De Vallaki	178
Los Huesos De San Andral	198
El Taller De Los Muertos	220
La Noche De La Consagración	253
Bajo Las Máscaras De Vallaki	281
El Festival Del Lobo Sonriente	309
La Casa De Las Sombras	336
El Molino De Los Sueños Rotos	378

Respiro Amargo En Vallaki	418
Los Viñedos Envenenados	447
El Corazón Del Viñedo	476
La Colina De Yester Y El Árbol De Sangre	504
Krezk Y La Abadía De Santa Markovia	551
El Cazador	595
En Las Montañas Del Templo Ámbar	629
La Noche Del Asalto	668
El Baile De Sangre (Parte 1)	694
El Baile De Sangre (Parte 2)	740
El Baile De Sangre (Parte 3)	774
Epílogo: Salir De La Niebla	831

Prólogo

EL GUERRERO DE LA LUZ PERDIDA

La niebla no caía, se arrastraba lentamente.

No era blanca, sino gris, como si hubiese absorbido los restos del humo de un incendio antiguo. Se enroscaba entre los árboles muertos y se deslizaba por la tierra en silencio, cubriendo las huellas, borrando la historia. Y allí, en medio de aquella quietud fantasmal, una figura caminaba solitaria.

Ämroth Anarion, elfo Aasimar, avanzaba con paso cansado, las dos espadas cruzadas en la espalda. Ambas, de hoja plateada, emitían un resplandor tenue que se encendía y apagaba con cada paso, como si respondieran a la respiración del mundo. Eran espadas lunares —*Moon-Touched*—, reliquias forjadas en templos élficos donde la noche aún era sagrada. Su brillo era lo único que se atrevía a desafiar la oscuridad.

Su capa, ennegrecida por el barro, se adhería a los hombros como una penitencia. La armadura, marcada por los viajes y las batallas, llevaba grabado el emblema de Corellon, casi

borrado por la ceniza.

Había caminado sin descanso durante días, quizá semanas.

El eco de su respiración era lo único que confirmaba que seguía vivo.

Pero no estaba seguro de si eso era una bendición.

El recuerdo lo perseguía como una sombra fiel: el interior de una tumba, el aire espeso de magia antigua, y la voz de su maestro —sabia, firme, condenada— pronunciando el hechizo que lo salvaría.

Carrick Illiathor había absorbido la maldición en su lugar.

Y Ämroth había huido.

El viento aulló entre los troncos secos, como si lo reprendiera.

Bajó la cabeza. El peso de la culpa era más pesado que las espadas. Había buscado refugio en templos, oráculos, ruinas élficas y hasta en las plegarias más desesperadas. Pero Corellon, su dios, guardaba silencio. Y ese silencio era lo más parecido al castigo.

Se detuvo en un claro.

El aire olía a humedad y a algo más... a sangre vieja.

El suelo estaba cubierto de flores marchitas, pétalos de un color pálido que parecían brillar en la penumbra. Ämroth se arrodilló frente a ellas, tocó una con cuidado, y al hacerlo,

escuchó algo. Una voz, distante, sin boca, sin garganta, flotando entre la bruma.

—Redención... —susurró—. Se encuentra donde mueren los dioses.

Ämroth alzó la vista de golpe.

El viento se detuvo.

La niebla se abrió como una cortina.

Y al otro lado vio un valle inmenso, cubierto por montañas negras y un río que parecía sangre coagulada. El cielo era de un gris enfermizo, y en el centro, como un colmillo de obsidiana, se alzaba un castillo en lo alto de un risco: torres quebradas, murallas retorcidas, y una bandera desgarrada ondeando con un símbolo que no conocía.

Ravenloft.

El nombre no vino de su mente, sino de la propia tierra. Lo escuchó como si el suelo lo pronunciara bajo sus pies.

Ämroth se incorporó. La bruma detrás de él se cerró, bloqueando el camino.

Entendió que no había retorno.

Suspiró y, por primera vez en semanas, habló.

—Si este es el juicio, que sea completo.

Y si aún queda luz en mí... que me encuentre antes de que este lugar lo haga.

Desenvainó su *Longsword*.

El metal brilló débilmente, iluminando la niebla en un círculo pálido.

El resplandor osciló, como una luna temblorosa bajo el agua.

Luego desenvainó la segunda —la *Greatsword*, de hoja más ancha— y el bosque entero pareció retroceder ante la luz gemela.

Avanzó cuesta abajo.

El terreno era traicionero: raíces que se movían como serpientes, sombras que se alargaban más de lo que la lógica permitía. De vez en cuando, veía figuras humanas entre los árboles, quietas, observándolo. Pero cuando parpadeaba, desaparecían.

El silencio era antinatural.

Ni un pájaro, ni el murmullo de hojas, ni el eco de sus pasos. Solo su respiración, y el retumbar de un corazón que no sabía si era el suyo.

Cruzó un viejo puente de piedra y encontró el primer rastro de civilización: una carreta volcada, los restos de un caballo en descomposición, y una espada oxidada que aún sostenía

una mano esquelética.

Ämroth se inclinó, tomó la espada, y la colocó sobre el pecho del cadáver.

—Que tu viaje no haya sido en vano, hermano.

Sus palabras se perdieron en la niebla.

Más adelante, divisó dos siluetas: un hombre de porte imponente, con armadura de acero ennegrecido, y una joven criatura alada, de plumaje grisáceo, acurrucada junto a una fogata moribunda. Detrás de ellos, tres figuras más se recortaban contra la bruma. Se movían con precaución, pero sin miedo.

Ämroth se acercó lentamente.

El hombre se giró con reflejos de soldado; su espada brilló bajo la luz mortecina.

—Detente. —Su voz era grave, controlada—. ¿Quién eres?

—Un peregrino —respondió Ämroth, alzando una mano en señal de paz—.

—No hay peregrinos en este lugar —replicó otro, más rudo, con cicatrices y una mirada que ardía—. Solo condenados.

La joven alada, con voz temblorosa, intervino:

—Antares... déjalo. Quizá él también busca una salida.

Ämroth inclinó la cabeza ante ellos.

—No busco salida. Solo redención.

El primero —un medio-orco, el de la armadura—, lo observó con ojos que parecían medir el alma.

—Entonces quizás has llegado al sitio correcto. —Bajó la espada—. Soy Leönard.

La joven, una aarakocra, se presentó como Medli. Detrás, un elfo eladrin de mirada inquieta (Draug), una tiefling de piel púrpura y sonrisa afilada (Sërah) y el guerrero humano de la voz ruda (Antares).

Ninguno parecía sorprendido de su llegada, como si lo esperaran sin saberlo.

Durante un instante, todos miraron hacia la misma dirección: al horizonte, donde la silueta del castillo se elevaba, majestuosa y siniestra.

Nadie dijo nada, pero todos comprendieron lo mismo: aquel lugar los había llamado.

El fuego chispeó débilmente.

Ämroth se sentó junto a ellos, en silencio.

Por un instante, la presencia de los otros alivió su soledad, aunque solo fuera una ilusión.

La niebla los rodeó como un manto.

El viento trajo un sonido distante... un órgano, tocando una melodía triste.

Y entre los árboles, una voz apenas perceptible murmuró:

—Bienvenidos a Barovia.

Capítulo 1

ECOS ENTRE LA NIEBLA



La niebla estaba muy inquieta. No flotaba, se arrastraba entre los árboles como si tuviera voluntad propia. El bosque estaba tan callado que hasta el sonido de las hojas parecía una ofensa.

Leönard marchaba al frente. Su armadura pesaba más con cada paso, pero su expresión seguía igual: firme, concentrada, como si un código invisible lo guiara. No confiaba en el silencio, ni en la forma en que los árboles parecían moverse cada vez que no los miraba.

—Mantengan la formación —ordenó sin girarse—. Si el camino se cierra, hacemos círculo. Nadie se separa.

Nadie respondió. La voz del medio-orco se perdió entre la bruma.

Sërah soltó una risa seca.

—Sí, claro. Círculo perfecto para que nos devoren más fácil.

Leönard no contestó. Aprendía rápido a no gastar palabras con ella.

Medli caminaba unos pasos atrás, con las alas cerradas y el cuello encogido por el frío. Sostenía un pequeño cuaderno y escribía cada tanto, sin mirar por dónde pisaba. Cada palabra que anotaba era una forma de mantener la cabeza ocupada y el miedo a raya.

—El sonido no viaja igual aquí —murmuró, más para sí que para los demás—. Es como si la niebla se lo tragara todo.

Antares iba a su lado. Su andar era el de un cazador acostumbrado al peligro. No hablaba, no se quejaba, solo observaba. Su mirada recorría los bordes del sendero, calculando distancias, imaginando emboscadas. Cuando Medli tropezó, él la sostuvo por reflejo. No dijo nada. Ella tampoco.

Draug cerraba la marcha junto a Ämroth. Su bastón metálico resonaba en intervalos irregulares, produciendo un sonido leve, casi musical. Murmuraba palabras que solo él entendía. —Esto no es clima natural... —decía mientras ajustaba un anillo del bastón—. Es magia condensada. Algún tipo de campo de energía.

—En idioma común, Draug —pidió Sërah, sin mirar atrás.

—Estamos perdidos. —respondió Antares, sin emoción.

Un viento helado sopló de repente. Traía olor a tierra vieja, a hierro húmedo. Ämroth se detuvo y puso una mano sobre la empuñadura de una de sus espadas.

—¿Oyeron eso?

—Nada —contestó Leönard.

—Exacto —dijo el Aasimar en voz baja—. Ni pájaros, ni insectos, ni siquiera nuestros pasos.

Por un momento, todos callaron. El bosque no hacía ruido. Ni siquiera respiraba.

Medli se acercó un poco más a Antares.

—¿Crees que... haya algo siguiéndonos?

El guerrero no la miró, pero su mano ya descansaba sobre la empuñadura.

—Siempre hay algo siguiéndonos. La diferencia es cuándo decide mostrarse.

La frase cayó pesada entre todos.

Leönard apretó el paso.

—No perderemos la calma. Si este lugar quiere asustarnos, no lo conseguirá.

—Habla por ti —susurró Sërah—. Yo ya estoy asustada.

El bosque comenzó a abrirse. A través de la bruma, se asomó un camino descendente que llevaba hacia un valle. Ämroth fue el primero en notarlo.

—Allá. —Señaló con la espada.

El grupo se reunió en silencio. Bajaron sin discutir. Poco a poco, las siluetas de casas comenzaron a aparecer entre la neblina: techos agudos, muros de madera húmeda, chimeneas sin humo.

—Por fin algo de civilización —murmuró Leönard.

—No cantes victoria —gruñó Antares—. Nadie construye casas en un cementerio y las deja así por gusto.

Sërah sonrió apenas.

—Vaya, coincidimos en algo. Milagro.

El valle olía a humedad, a piedra, a abandono. El aire era tan espeso que parecía que cada palabra costaba esfuerzo. Las calles estaban vacías; las ventanas, cerradas con tablas. El único movimiento provenía de los faroles balanceándose con un viento que nadie sentía.

—¿Hola? —llamó Medli con voz tímida—. ¿Alguien necesita ayuda?

Una ventana se abrió un instante, solo para cerrarse al verlos. Dentro, un cerrojo. Después otro.

—Hospitalidad local —murmuró Draug.

—No los culpo —dijo Sërah—. Si yo viviera aquí, tampoco abriría la puerta.

Leönard avanzó sin dudar.

—No vinimos a que nos inviten. Vinimos a entender qué es este lugar.

—¿Y si no quiere ser entendido? —preguntó Antares.

—Todo tiene una razón. —El paladín siguió caminando—. Solo hay que encontrarla.

Sërah se encogió de hombros.

—Y si la razón apesta, al menos moriremos con una historia interesante.

En ese momento, Medli se detuvo.

—Miren.

Al final de la calle, un carro fúnebre descansaba junto a una casa grande y descuidada. Frente a la puerta, dos niños. Una niña de vestido gris sostenía a su hermano menor, que abrazaba un oso de peluche sin ojo. No parecían asustados. Solo... tristes.

—¿Los ven? —preguntó Medli, con voz baja.

—Sí —dijo Leönard.

Antares ya había posado la mano sobre la empuñadura.

La niña habló.

—Nuestra casa... —dijo con voz suave—. Hay un monstruo en el sótano. Mamá y papá están adentro.

El grupo se miró en silencio.

Leönard dio un paso al frente, bajando la voz.

—¿Cómo te llamas?

—Rosavalda —respondió—. Él es Thornwaldt.

Sërah los observaba con ojos entrecerrados.

—Esto huele a trampa. Monstruo en el sótano, niños en la puerta, pueblo muerto... No soy paladín, pero sé cuándo alguien quiere que entres.

—Yo sí soy paladín —dijo Leönard—, si hay personas atrapadas, no vamos a ignorarlo.

—Tú tal vez no —replicó Sërah—. Yo voto por no ser cena.

Ämroth miró la casa. Sus espadas vibraron ligeramente. El aire alrededor parecía más pesado, como si el edificio respirara.

—Hay algo ahí dentro —dijo—. Lo siento.

Medli miró a los niños.

—Podemos ayudar. —Trató de sonreír, aunque su voz tembló un poco—. Solo díganos qué pasó.

La niña señaló la puerta.

—El monstruo no deja que nadie salga.

El viento cambió. Las ventanas de las casas cercanas se cerraron solas. La puerta de aquella mansión, sin que nadie la tocara, se abrió lentamente.

Un olor extraño escapó de dentro: madera húmeda, cera vieja y algo más... algo como carne encerrada demasiado tiempo.

Sërah dio un paso atrás.

—Esto no me gusta.

—No tiene que gustarte —dijo Leönard, firme—. Solo haz tu parte.

Medli guardó su cuaderno.

—¿Y si de verdad hay alguien ahí abajo?

—Entonces lo ayudaremos —contestó el paladín.

Antares miró a los niños, y por un segundo, creyó ver algo que no encajaba. La forma en que la niña lo observaba... como si ya supiera que iban a entrar.

—Esto va a salir mal —murmuró—. Pero igual iré.

Ämroth lo siguió.

—No hay redención sin riesgo.

Sërah suspiró.

—Ni idiotas sin valentía.

Uno a uno cruzaron la puerta. El interior estaba perfectamente ordenado. Demasiado. Todo brillaba, como si alguien hubiera limpiado cada superficie hacía unos minutos. Un reloj marcaba una hora inexistente. Retratos familiares cubrían las paredes, y en uno de ellos, los seis sintieron un escalofrío: los mismos niños los miraban desde el marco, con sonrisas pintadas y ojos vidriosos.

Un crujido lejano los tomó por sorpresa.

Leönard giró sobre su eje.

—¿Sërah?

—No fui yo.

El aire cambió. Algo en la casa respiró con ellos.

—Prepárense —dijo Antares, desenvainando su espada.

Ämroth sacó las suyas. Las hojas brillaron con luz de luna.

Medli sintió un impulso, una punzada en el pecho. No sabía si era miedo o curiosidad.

—¿Y ahora? —preguntó Draug, nervioso.

Leönard levantó su escudo.

—Ahora descubrimos qué llama a los muertos.

Y entonces, la casa habló.

No con palabras.

Con un crujido profundo, como si toda la madera despertara al mismo tiempo.

Las llamas de las velas se inclinaron hacia ellos, y un suspiro helado subió desde el suelo.

La aventura había comenzado.

Capítulo 2

LA CASA DE LA MUERTE (PARTE 1)

La puerta se cerró sola, sin golpe. Como si la casa hubiera decidido aceptarlos.

El recibidor brillaba demasiado. La madera estaba pulida, el candelabro impecable, las flores perfectas... pero sin olor. El reloj de péndulo ocupaba la pared central, en silencio. En un retrato grande, una familia posaba con sonrisas tensas: el padre con postura de dueño, la madre erguida con un bebé en brazos, dos niños a sus pies. Rose y Thorn. Los mismos de afuera.

—No me gusta —dijo Sërah, ya tanteando los bordes del zócalo con dedos expertos—. Brilla como casa viva, pero huele a cuarto sellado.

Leönard examinó la escalera que subía al segundo piso.

—Reglas: nadie se separa. Íbamos a buscar la “razón” de este lugar, ¿recuerdan? Pues está en algún lado.

Antares se acercó a la puerta por instinto. Seguía cerrada. Su mano quedó quieta en la madera, como si midiera un pulso.

—Respira —murmuró.

Draug hizo vibrar un anillo de su bastón; el sonido viajó por vigas y paredes, y regresó con un temblor raro.

—Las habitaciones responden a frecuencias como si fueran... cavidades vivas. No es normal. Tampoco imposible.

Medli miraba el retrato. El bebé tenía una expresión casi... dormida. Rose y Thorn, en cambio, miraban con esos ojos que no son de niño, sino de adulto cansado. Anotó rápido: *“Retrato familiar. Sonrisas forzadas. Bebé enfermo. Niños tristes.”* Y debajo, sin pensarlo: *“No actúan como niños.”*

Ämroth se detuvo junto al reloj. A cada latido lento del aasimar, las espadas en su espalda daban un brillo de luna que apenas se notaba, como si midieran la oscuridad.

—Hay algo que quiere que subamos —dijo—. O que bajemos. Pero primero, arriba.

Leönard asintió.

—Planta por planta.

El salón de caza estaba impecable. Cabezas de lobo disecadas observaban desde las paredes, y una chimenea fría guardaba cenizas muy viejas.

Había una vitrina con botellas de cristal y copas sin una sola huella. Sobre una mesa, dados y fichas de juego como abandonados a media noche que no terminó.

—Esto de aquí —Draug tocó el marco del ventanal—. No da al exterior. Debería, por el tamaño de la casa, pero no. Hay espacio muerto. Un muro que encierra... algo.

—¿Un cuarto secreto? —Sërah ya estaba recorriendo el borde con una daga fina—. Me caen bien los secretos. Pagan bien.

Leönard la miró con paciencia medida.

—Esto no es un trabajo.

—Hasta que alguien decida que sí —respondió ella, sin dejar de palpar el panel—. Ah. Aquí.

Un clic seco. El panel giró en silencio. Detrás, un cuarto estrecho con estantes, polvo verdadero —por fin— y una mesa con papeles. El aire era más frío, real, como si la mentira del brillo no alcanzara esa hendidura.

Medli se sacudió un poco.

—¿Entro?

—Yo primero —dijo Antares—. Si hay trampa, que me toque a mí.

Entró sin ruido. Luego llamó con un gesto. Dentro había un cofre pequeño, un libro forrado en cuero, y una carta sin sello. Leönard tomó la carta con cuidado. La tinta estaba corrida, pero se leía lo suficiente: alguien importante se burlaba del padre de la familia por su “devoción al señor

equivocado” y lo llamaba débil por sacrificar a otros y no a sí mismo. Una firma arrogante cerraba el mensaje. No hacía falta decir el nombre para entender quién había escrito algo tan frío.

—Se creían elegidos —resumió Leönard—. Y fueron usados.

—Y quién no, en un lugar así —dijo Sërah, apoyada en el marco—. Aquí todo el mundo usa a alguien.

Draug hojeó el libro de cuero sin tocarlo del todo, como si quisiera leer la magia, no las palabras.

—Rituales. Nombres viejos. Ofrendas. Un culto familiar que creció dentro de la casa como moho bajo alfombra.

Ämroth pasó la mano por un estante. Halló marcas de uñas en la madera. Algo había rasguñado desde dentro. Cerró el panel otra vez, por instinto.

—Sigamos. Siento que la casa todavía no nos ha mostrado lo peor.

En el comedor, la mesa estaba servida para una cena que nunca ocurrió. Platos alineados, cubiertos brillantes, copas vacías. Una capa de perfección sostenía todo... hasta que Antares tocó una copa y esta dejó una marca de polvo en su dedo.

—Fachada —dijo—. Lo limpian donde miras.

—Lo que significa que alguien o algo nos mira —sumó Sërah.

La cocina olía a grasa vieja. Un montacargas de madera —un pequeño elevador de comida— estaba encajado, a medio camino entre planta y planta, como si una mano invisible lo hubiera detenido. Medli tiró suavemente de la cuerda y sintió resistencia.

—Está atascado por algo —susurró—. Como si... como si alguien lo sujetara.

—No lo fuerces —pidió Leönard—. No abramos caminos que no vamos a usar.

—Hay huellas —dijo Antares, agachándose—. Pequeñas. Como de niño. No recientes, pero no antiguas. Y desaparecen justo aquí.

La puerta trasera de la cocina daba a un pasillo estrecho con escalones que subían. Un viento más frío bajó por allí, llevando un aroma leve a incienso apagado.

—Arriba —indicó el paladín.

El segundo piso tenía el aire de una casa rica que quiso ser elegante y quedó en pretensión. Busto de mármol, alfombras gruesas, un piano sin pianista. Al pasar, una de las teclas tembló. Solo una, como un dedo invisible probando si estaban afinadas.

—¿Eso lo oyeron todos, o solo yo? —Draug tragó saliva.

—Creo que todos—dijo Antares. No sonó asustado, pero su mano estaba firme en la empuñadura.

Un corredor largo desembocaba en un salón con un órgano. La cubierta estaba baja, pero al acercarse se escuchó una nota... no tocada, sostenida en un susurro. Leönard alzó el candelabro de pared y la luz arrojó sombras largas sobre las teclas.

—La música de Barovia —murmuró Sërah—. Siempre pasa algo cuando hay música.

—No la toques —pidió Medli, inquieta—. Por favor.

Ämroth miró alrededor. Había retratos más pequeños: la misma familia, en distintas etapas. En uno, la madre con el bebé envuelto en mantas, ojerosa. En otro, el padre con copa en mano, sonrisa demasiado grande. En uno más, la pareja sin niños, más jóvenes, mirando al pintor con un orgullo que no encaja con la tristeza futura.

—Una casa con secretos —dijo— es una casa con culpas.

Encontraron una biblioteca. Estantes del piso al techo, escalerillas, un globo terráqueo que no marcaba mares ni continentes que conocieran. Libros de historia, heráldica, anatomía, y entre ellos, encuadernaciones falsas: lomo de mentira que al presionarse abrió otro panel discreto.

—Otra vez —sonrió Sërah, genuinamente divertida.

Detrás, un pasillo angosto con escaleras que subían más. El aire cambió: ya no estaba perfumado por la ilusión, olía a polvo real, a madera vieja, a encierro.

—El ático —dijo Leönard.

Medli se detuvo en la puerta antes de subir.

—¿Y si... mejor esperamos? Podemos revisar bien abajo.

—Arriba hay respuestas —dijo Ämroth—. Lo siento. Y no son buenas.

Subieron en fila. Cada peldaño crujía, pero no como madera: como un suspiro contenido.

El ático era otro mundo. Allí sí había polvo de verdad, y telarañas. Cofres cerrados, sábanas cubriendo muebles, un olor seco, rancio. El frío se pegó a la piel.

—Por fin algo que no brilla —dijo Sërah, casi aliviada.

Abrieron la primera habitación: una cuna vacía. El móvil colgado del techo tenía figuritas de madera que representaban... lobos. No estrellas ni lunas: lobos. Un mechón de cabello rubio estaba guardado en una cajita al lado de la cuna, como recuerdo de un primer corte que nadie celebró.

Medli tragó saliva.

—¿Creen que el bebé...?

—No respondas —dijo Antares, suave—. Guarda esa pregunta para el final.

Otra habitación era un cuarto de servicio con camas estrechas. Sobre una, marcas de ataduras. En la pared, un marco sin cuadro; la tela arrancada. En el piso, un rosario partido. Leönard lo recogió con respeto y lo dejó sobre la almohada.

—Todos prenden velas cuando tienen miedo —dijo—. Algunos prenden altares.

Draug inspeccionó una puerta pequeña, más baja que las demás.

—Esta tiene cerradura por fuera —observó—. Para que, lo que sea que estuviera encerrado, no escapara.

Sërah probó tres ganzúas en silencio. El clic fue casi un suspiro. La puerta se abrió.

Adentro había una habitación de niños congelada en un tiempo triste: cama pequeña, juguetes de madera, una casa de muñecas grande, muy detallada; ventanas clavadas con tablillas desde dentro. Y en el centro del piso, dos figuras infantiles hechas de polvo, como si se hubieran sentado ahí durante años sin moverse.

Medli dio un paso y se detuvo, conteniendo algo que no sabía nombrar.

—Rose... Thorn...

Nadie la corrigió.

Leönard revisó las paredes: arañazos cerca de la puerta, marcados a la altura de un niño. Al lado, un cuenco vacío. En la mesita, un diario infantil con letras torcidas: juegos, canciones, un “hoy no salimos”, “papá dice que esperemos”, “mamá llora otra vez”.

—Los encerraron —dijo Ämroth, muy bajo.

Antares inclinó la casa de muñecas sin tocarla. Era una réplica exacta de la mansión. Cada cuarto... cada pasillo... incluso el panel secreto de la biblioteca. Y en el ático, detrás

de la pared, una sección dibujada que no existía en la habitación real: un hueco.

—Aquí —señaló.

Sërah pasó la mano por la pared detrás de la cama. Nada. Tocó la moldura. Nada. Probó el zócalo. Nada. Entonces se acuclilló frente al rodapié y presionó con la punta de la daga un punto exacto, un desgaste apenas visible.

El mecanismo respondió. Una grieta se abrió y dejó ver un paso estrecho, oscuro. Un aire más frío salió de allí, con olor a tierra húmeda y piedra.

—La bajada —dijo Leönard.

—No... —Medli apretó su cuaderno—. No bajemos todavía.

—Tenemos que —respondió el paladín—. Hay gente atrapada. O lo estuvo.

—No son “gente” —intervino Antares, mirando a la nada como si hablara con el propio lugar—. No aquí. No como allá afuera. Pero igual bajamos.

Draug miró una última vez la casa de muñecas. En el sótano había un dibujo de un altar y, alrededor, figuritas sin caras. Cerró los ojos un segundo y respiró hondo.

—Nada bueno espera abajo.

—Entonces vayamos —dijo Leönard—. Mejor que subir y adivinar.

Ämroth se arrodilló junto a las dos formas de polvo en el piso. No las tocó. Solo inclinó la cabeza como quien saluda a alguien que merece respeto.

—Vamos a saber qué les pasó —prometió en voz baja—. Lo juro.

El pasaje se abrió por completo, mostrando la escalera estrecha que descendía en espiral. El primer peldaño estaba más gastado que los demás, como si muchos pies, pequeños y grandes, lo hubieran pisado antes.

Sërah tragó saliva y encendió una vela. La llama tembló y luego se quedó quieta, obstinada.

—Si esto explota, recuerden que yo dije “no”.

—Si explotamos, nadie recordará nada —replicó Antares, y le sostuvo la vela un segundo para que prendiera bien.

Leönard se colocó al frente con el escudo.

—Formación de descenso. Antares, conmigo. Sërah, detrás. Medli, entre Sërah y Draug. Ämroth, cierra.

—Entendido —dijo Ämroth. Las hojas *Moon-Touched* emitieron un brillo tenue que bajó por los peldaños como si marcaran el camino.

Antes de dar el primer paso, Medli miró la habitación de los niños. Le pareció —quizá fue la luz, quizá la imaginación— que la figura de Rose inclinaba la cabeza apenas, como agradeciendo. Thorn parecía abrazar más fuerte a su oso.

—Lo vamos a arreglar —susurró la Aarakocra, sin saber a quién le hablaba.

La casa no respondió. No lo necesitaba.

El frío del pasaje decía suficiente.

El grupo comenzó a descender.

Capítulo 3

LA CASA DE LA MUERTE (PARTE 2)

El primer peldaño crujió. El segundo no. El tercero hizo un sonido hueco, como si hubiera algo debajo.

Bajaban en fila, pegados a la pared, con la luz de la vela de Sërah y el brillo pálido de las espadas de Ämroth empujando la oscuridad solo lo justo. Lo que quedaba más allá del alcance de esa luz se sentía demasiado cerca.

El techo se fue haciendo más bajo. La madera dio paso a piedra, y luego a tierra apisonada. El olor cambió: ya no era casa, era sótano... pero uno que había visto demasiados años y demasiados secretos.

Leönard iba al frente con el escudo levantado. No hablaba. Se limitaba a marcar el paso, a escuchar, a sentir la tensión en la espalda como si el propio lugar lo mirara.

—No se separen —repitió—. Pase lo que pase, no se separen.

—Sería más fácil si este pasillo no pareciera una garganta —murmuró Sërah.

Draug fue el primero en notar el sonido.

—¿Escuchan eso?

Se detuvieron.

Al principio parecía viento... pero no había corriente de aire. Luego, más claro: un murmullo lejano. Como varias voces hablando al mismo tiempo, pero demasiado bajo para entenderlas.

—Cánticos —dijo Ämroth, frunciendo el ceño—. O rezos.

Medli sintió un escalofrío en las plumas.

—No son de ahora —susurró—. Suenan... viejos. Como si se repitieran.

Antares apretó la mandíbula.

—Que recen lo que quieran. Igual les vamos a romper el templo.

El pasillo desembocó por fin en una cámara amplia, excavada en la tierra. Había varias salidas: túneles bajos, sostenidos por vigas torcidas, como costillas. En las paredes, nichos tallados con huesos apilados. No enormes, no frescos... pero huesos al fin.

En el centro, una estaca de madera con una cuerda ya rota.

—Aquí ataban a alguien —dijo Sërah, mirando la marca en el suelo—. Muchas veces.

Leönard miró los túneles.

—Tenemos que elegir ruta.

Draug se acercó a una de las paredes y apoyó el bastón. Cerró los ojos, escuchando la vibración.

—Este túnel —señaló el de la izquierda—. Hay más espacio detrás. Como una sala grande.

—¿Y los demás? —preguntó Medli.

—Dormitorios pequeños... o celdas. Es difícil saberlo.

Ämroth inspiró hondo.

—Primero lo grande. Luego cazamos los rincones.

Nadie discutió.

El túnel de la izquierda era más estrecho de lo que parecía. La tierra estaba marcada por huellas viejas, tantas que era imposible distinguir pisadas individuales. El techo bajaba lo suficiente como para obligarlos a agacharse a ratos.

Medli sintió que el aire se hacía más pesado.

—No me gusta este lugar —admitió—. Aquí... aquí lloró alguien.

—La mayoría de los sótanos tienen lágrimas —dijo Sërah—. Este solo tiene más historia.

Llegaron a una sala rectangular. Dentro, hileras de camastros de paja podrida y mantas que ya no eran mantas, solo restos de tela. En las paredes, cadenas con grilletes. Algunos aún tenían fragmentos de hueso en los anillos.

—Dormitorios —dijo Draug—. Para los miembros del culto.

Leönard rozó una de las cadenas con los dedos.
—No eran todos voluntarios.

Ämroth se inclinó para examinar un camastro. Había marcas de uñas en la madera del borde, alguien había rasguñado en un patrón nervioso. Entre la paja encontró un trozo de madera tallada: un caballito. Lo sostuvo un segundo, luego lo dejó con cuidado en el mismo sitio.

—No todos eran monstruos —murmuró—. Algunos solo tenían miedo.

—El miedo no los disculpa —respondió Leönard, sin dureza pero sin suavizar—. Pero explica cosas.

Salieron de la sala y tomaron otro pasillo. Este bajaba un poco más. El murmullo lejano se intensificó. Palabras sueltas se escapaban: *“ofrenda... hambre... señor...”*

Medli apretó el cuaderno contra el pecho.

—No son voces vivas —dijo, notando la forma en que el sonido le llegaba—. Son ecos.

—Entonces el lugar recuerda —añadió Draug—. Y repetir es su forma de pensar.

Antares caminó unos pasos más delante de lo normal, probando el suelo.

—No se adelanten —le advirtió Leönard.

—Solo quiero que si algo salta, me salte a mí primero —respondió el guerrero, sin voltearse.

Encontraron otra sala, más pequeña. Esta sí era una cripta.

Había seis nichos, tres a cada lado, con pequeñas lápidas de piedra tosca.

En la primera, a la izquierda, un nombre: **Gustav Durst**.

En la opuesta: **Elisabeth Durst**.

Las otras cuatro tenían nombres más pequeños, grabados con mano menos firme.

Rose Durst. Thorn Durst.

Y en la última, un nombre sencillo, sin adornos: **Walter Durst.**

Medli dio un paso hacia las tumbas de Rose y Thorn.

—Ellos...

Leönard se adelantó, se arrodilló frente a los nichos, y con respeto quitó una capa leve de tierra. Dentro había restos pequeños, acomodados con cierto cuidado. No parecía ejecución. Parecía... resignación.

—Los trajeron aquí después —dijo—. No murieron en el sótano. Murieron arriba, pero igual terminaron aquí.

Sërah se cruzó de brazos.

—Primero los dejan morir encerrados... luego los entierran en la iglesia del monstruo. Qué padres tan ejemplares.

Ämroth cerró los ojos, inclinando la cabeza.

—Al menos los pusieron juntos —susurró.

Medli se arrodilló también, con torpeza, y dejó su cuaderno un momento en el suelo.

—Rose... Thorn... Lo sentimos. No llegamos antes.

Un viento suave recorrió la cripta.

Las velas que no estaban ahí se sintieron, como si una luz invisible los tocara por un instante.

Ämroth vio, apenas, las siluetas de los niños de pie junto a sus nombres. Esta vez no eran polvo: solo contornos de luz, débiles, pero más claros que antes.

Rose pareció sonreír. Thorn le tomó la mano.
Y luego desaparecieron.

—Están... más libres —dijo Medli, con un nudo en la garganta—. Lo siento. No sé cómo explicarlo.

—No hace falta —contestó Leönard—. Que descansen. Lo que nos interesa ahora es lo que falta.

Se volvió hacia la última lápida.

Walter Durst.

—El bebé —murmuró Draug.

Ämroth se acercó a ese nicho. A diferencia de los otros, la losa no estaba bien sellada. Había una grieta por donde se colaba aire frío.

—No debería estar así —dijo.

—Tal vez alguien lo abrió —propuso Sërah, con el ceño fruncido—. O nunca lo cerraron bien.

Leönard presionó con ambas manos. Con un leve esfuerzo, la losa se movió.

Adentro no había restos acomodados. Había huesos

pequeños, apilados de cualquier forma. Como si hubieran sido arrojados a prisa.

Medli dio un paso atrás, llevándose una mano al pico.

—No...

Antares apretó los dientes.

—Ni siquiera tuvieron la decencia de enterrarlo bien.

Draug miró alrededor.

—Esto no coincide con lo que vimos arriba. La casa falsa, la mesa perfecta, el retrato feliz... Todo eso era fachada. Aquí está la verdad.

Ämroth notó algo más: entre los huesos, una pequeña cadena de metal, con un colgante sencillo. No llevaba el símbolo de la familia Durst. No tenía escudo ni letra. Solo una piedra común, desgastada a fuerza de ser tocada.

La tomó con cuidado.

—Esto no es de noble —dijo—. Es... otra cosa.

Medli lo miró, los ojos grandes.

—¿Crees que...?

—No voy a suponer nada todavía —respondió él, guardándose el colgante—. Pero este niño no fue tratado como los otros. Y eso dice mucho.

Leönard volvió a colocar la losa, esta vez con cuidado de sellarla.

—Aunque ellos no lo hicieron, nosotros sí.

Por un momento, todos guardaron silencio. No era rezo. Era algo más simple: respeto.

El murmullo lejano de los cánticos volvió a oírse, esta vez con un tono más agudo, como si al cerrar esa tumba hubieran tocado una herida.

—Sigamos —ordenó el paladín, en voz baja—. Todavía falta encontrar a los que hicieron esto.

El laberinto de túneles parecía cambiar con cada giro. No de forma mágica —o al menos no de manera obvia—, sino por la sensación constante de estar volviendo al mismo sitio. Tres veces pasaron frente a una misma raíz que colgaba como cuerda del techo. Dos veces Medli juraría que vio la misma mancha en la pared.

—Estamos dando vueltas —se quejó Sërah—.

—No exactamente —corrigió Draug—. El diseño repite segmentos. Es intencional. Sirve para desorientar. Si no tuviéramos referencia mágica... —tocó con el bastón la pared— ya estaríamos perdidos.

—No te subas puntos —respondió Sërah, pero el comentario sonó más como costumbre que como ataque.

Tomaron un túnel más angosto, esta vez siguiendo el instinto de Ämroth. Él no podía explicar por qué, pero sentía una presión en el pecho cada vez que miraba hacia ese lado. Como si algo lo llamara.

El pasillo desembocó en una sala circular. No era altar aún, pero se notaba que había sido usada: marcas de velas en el suelo, restos de tiza, símbolos mal borrados. En las paredes, frases incompletas talladas a toda prisa: *“Él nos verá”*, *“la carne es deuda”*, *“el hambre debe llenarse”*.

—¿Qué clase de dios pide esto? —escupió Leönard.

Sërah se recargó en una pared, mirando las frases.

—El tipo de dios que tiene seguidores como estos.

Draug se acercó a uno de los símbolos: un círculo con tres líneas saliendo hacia abajo, como garras.

—No es una deidad de Faërun que yo reconozca. Podría ser un título, un aspecto... O simplemente un disfraz de otro.

—Máscaras no faltan —dijo Sërah, sin pensar demasiado en su propia frase.

Medli caminaba entre los restos de tiza, imaginando las voces, los cuerpos, los miedos que alguna vez llenaron esa

sala.

—No me gusta cómo se siente el aire aquí —murmuró—. Es como... respirar la culpa de alguien.

Ämroth se acercó al centro.

—Lo que hicieron aquí dejó huella. Y no hablo solo de magia. Hablo de intención.

Antares examinó la pared opuesta. Había marcas nuevas: menos profundas, más torpes.

—Aquí alguien rayó después. Miren esto.

Eran palabras hechas con mano insegura, temblorosa, quizá de alguien sin práctica en escribir:

“No quería.”

“Lo obligaron.”

“Lo escuchaba llorar.”

Medli sintió un nudo en el estómago.

—La sirvienta —susurró, sin tener pruebas pero sabiendo que era cierto.

—O alguien como ella —añadió Ämroth.

Leönard pasó una mano por encima de las frases, sin borrarlas.

—Sea quien sea, fue testigo. Y probablemente víctima.

Un crujido retumbó sobre sus cabezas. Tierra suelta cayó del techo. El murmullo de voces se transformó en algo más parecido a un canto claro, aunque seguía sin tener fuente.

—Nos estamos acercando al centro —dijo Draug—. A la raíz de todo esto.

—Y a lo que lo protege —completó Antares.

Sërah miró el techo, luego el corredor que seguía.
—Si ahí adelante está el corazón de la casa, más vale que valga la pena.

Tomaron el último túnel, más largo y más frío que los anteriores.

La luz de las velas empezó a temblar.

No por viento, sino por algo en el ambiente.

Medli sintió un hormigueo en las manos.

—Hay... algo aquí abajo —dijo—. Algo que no quiere que sigamos.

Ämroth apretó sus espadas.

—Entonces es justo donde tenemos que ir.

El túnel se abrió, por fin, en una cámara grande, de techo alto. Esta sí era claramente un santuario. Un altar de piedra

ocupaba el centro, rodeado por una zanja circular llena de agua turbia. Había restos de velas pegadas al borde, símbolos tallados en el suelo, y cadenas colgando del techo.

Pero lo que más impresionaba no era eso.

Era el silencio.

Un silencio pesado, grueso, como si el aire estuviera hecho de algo más que oxígeno.

Leönard dio un paso adelante.

—Aquí rezaban —dijo—. Aquí pedían cosas.

—Y aquí las pagaban —añadió Sërah, mirando las cadenas.

Draug se fijó en la forma de la zanja.

—Es un pozo... incompleto. No llega a ser foso ni piscina. Es como... un círculo de contención.

Medli caminó hacia el altar. Había marcas recientes de manos, como si alguien hubiera tratado de levantarse desde ahí, o de sujetarse.

—Este lugar está hambriento —dijo, sin darse cuenta del verbo que elegía.

Ämroth notó algo más: en el borde de la zanja, casi escondido bajo una costra de cera, había otro colgante muy

parecido al que había encontrado entre los huesos del bebé.
Lo recogió, lo limpió con los dedos.

—Dos iguales —murmuró—. Uno con el niño. Otro aquí.

Leönard frunció el ceño.

—Que alguien estaba unido a él por más que obligación.

—Por cariño —terminó Medli.

El murmullo volvió. Esta vez no eran voces sin sentido.
Se escuchaban palabras sueltas, mezcladas, como si muchas
personas repitieran la misma plegaria en distintas versiones.

“Señor, recibe la carne.”

“Llena tu vacío.”

“Haznos fuertes.”

Antares giró sobre su eje, buscando una fuente.

—No vienen de ningún lado —dijo—. Vienen de la piedra.

La temperatura bajó de golpe. La piel se les erizó al
mismo tiempo.

Algo, en algún punto del santuario, se despertó.

No se manifestó todavía.

Solo se hizo notar.

Leönard miró a todos.

—Este es el corazón —dijo—. El final del laberinto.

—Y el inicio de otra cosa —añadió Draug.

Sërah apagó la vela con los dedos y dejó que solo la luz de las espadas y un hechizo tenue de Draug iluminaran la sala.

—Si aquí vamos a pelear —dijo—, prefiero que nos vea tal cual somos. Sin adornos.

Medli tragó saliva, pero se mantuvo firme.

—Si el monstruo vive aquí... también lo hizo la culpa de esa familia.

Ämroth miró el altar, la zanja, los colgantes en sus manos.

—Hay alguien más atado a este lugar. No solo los niños.

El murmullo se transformó en un suspiro largo, doloroso.

Luego, en un gemido ahogado.

Como el de alguien que intenta hablar... y no puede.

La tierra tembló bajo sus pies.

Pequeñas grietas se abrieron alrededor del altar.

—No es el monstruo todavía —dijo Antares, bajando el centro de gravedad, listo para la pelea—.

—No —afirmó Ämroth—. Es la mano que lo cuidaba.

Y mientras el aire se empezaba a llenar de una presencia distinta, más humana y más rota, los seis supieron que aún no habían llegado a la peor parte.

Lo del bebé, lo del culto, lo de los niños...
Eso había sido solo el contexto.

La casa todavía tenía una historia más que contarles.

Capítulo 4

LA CASA DE LA MUERTE (PARTE 3)

El temblor bajo sus pies se apagó tan rápido como empezó. Después vino un silencio extraño, como si la sala contuviera el aliento.

La luz tenue de las espadas de Ämroth se reflejaba en la zanja de agua sucia que rodeaba el altar, y por un momento todos pensaron que el eco de esa luz era movimiento... pero no. Era *algo más*.

Medli fue la primera en sentirlo.

Un tirón suave en el pecho.

Una emoción que no era suya.

—Alguien está... llorando —susurró.

Leönard levantó una mano para que ninguno avanzara.

El aire, de pronto, se volvió más denso. Más frío.

Draug notó cómo su aliento formaba vapor.

—No es magia —dijo, inquieto—. Es... presencia.

El murmullo de plegarias del culto se desvaneció,
reemplazado por un sonido leve:
como un lamento atrapado entre paredes.

Entonces, en el rincón más oscuro del santuario, junto a una
cadena colgante, algo tomó forma.

No apareció de golpe.

No surgió con un chillido ni con violencia.

Se ensambló.

Como polvo que encuentra su forma perdida.

Como un recuerdo que intenta recordarse a sí mismo.

Primero fue la silueta de una mujer joven.

Luego, su vestido, hecho de sombras.

Después, sus manos: huesudas, arañando el aire.

Y por último, su rostro... o la idea de él.

Un espectro.

Pero no uno rabioso.

Sino uno **sufriente**.

Medli dio un paso atrás.

Sërah ya tenía una daga en la mano.

Ämroth levantó una de sus espadas, pero no para atacar:
para iluminarla.

La luz tocó el rostro del fantasma, y este se estremeció como si la quemara.

—No quiere que la miremos —murmuró Ämroth.

El espectro habló.

No con palabras nítidas, sino con una voz como aire escapando por grietas:

—...**mi... bebé...**

La temperatura bajó de golpe.

Leönard tensó la postura.

—Identifícate. No queremos dañarte.

El fantasma se retorció, y por un instante su rostro tomó forma...

No era monstruoso.

Era **de una mujer joven, asustada**, con ojeras profundas y lágrimas de humo.

Draug dio un paso adelante, el instinto académico luchando con el miedo.

—Creo que no sabe que está muerta...

El espectro giró la cabeza hacia él.

La expresión cambió de súplica a furia.

Una furia tan dolorosa que heló el aire.

—¡Mi bebé! ¡No lo toquen!

El grito sacudió la sala.

Las cadenas colgadas vibraron.

La zanja tembló, haciendo que el agua salpicara como si algo debajo hubiera despertado.

Leönard levantó el escudo.

—¡Todos detrás!

La sirvienta se lanzó hacia ellos, atravesando el aire como ráfaga de frío.

Antares la interceptó con un corte amplio, pero la espada atravesó la figura sin detenerla.

El golpe aún así la distorsionó, como si la dividiera un instante.

Sërah rodó hacia un costado, esquivando una mano espectral que dejó surcos helados en la piedra.

—¡Esta sí nos quiere muertos!

—¡No! —gritó Medli, temblando—. ¡No quiere matarnos!
¡Solo quiere al bebé!

Leönard entrechocó el escudo con el suelo, generando un sonido metálico que resonó.

—¡Entonces que venga por mí, no por ustedes!

La sirvienta lo oyó.

Se lanzó hacia él.

Pero Ämroth intercedió, cruzando sus espadas.

La luz lunar brilló en el espectro como si lo sujetara.

La mujer gritó tan fuerte que la caverna entera tembló.

Sus manos arañaban el aire alrededor de Ämroth, pero él resistió.

—¡No somos tus carceleros! —rugió—. ¡No somos ellos!
¡Mírame!

El espectro tembló, su forma parpadeó...
y por un instante, lo vio.

—Tú... no eres él... —susurró.

La furia se quebró.

Y en su lugar llegó algo mucho peor:
dolor.

Medli respiró hondo, avanzó un paso y habló con la voz más suave que pudo reunir.

—¿Cuál era su nombre?

El espectro se tensó.

El aire se volvió tan frío que la vela de Sërah se apagó sola.

—No... tenía... nombre.

Su voz era un sollozo quebrado.

—No le dieron... uno.

Las palabras cayeron como piedras.

La mujer bajó la cabeza.

Su sombra tembló como si tratara de mantener su forma.

Y entonces Medli entendió.

—Él era tuyo —dijo—. Tú lo amabas.

El espectro lloró, sin lágrimas, pero con movimientos de hombros desgarrados.

—Él... —la voz era apenas aire— prometió... que lo cuidaría.

Que sería... nuestro secreto...

Hasta que...

hasta que encontró vergüenza...

en su propia sangre...

Antares tragó saliva.

—El padre —dijo con un filo de rabia en la voz—. Gustav.

Leönard apretó el escudo.

Sërah bajó la mirada.

Draug palideció.

Medli avanzó otro paso.

—¿Qué te hizo?

El espectro levantó la cabeza.

Su rostro cambió.

Ya no era una sombra difusa.

Era **miedo puro**, grabado como cicatriz en aire frío.

—Me encerró... para ocultarme.

Me dijo que esperara...

que volvería...

pero... no volvió.

La sala tembló.

Las cadenas se movieron como si una ráfaga invisible las agitara.

—El niño... lloraba...

y yo... no podía...

no podía alcanzarlo...

Su voz se rompió.

La figura se derrumbó sobre sí misma, como si hubiera confesado una culpa imposible.

Ämroth bajó una de sus espadas.

—Él te mató.

El espectro se estremeció.

—No recuerdo... cómo...

Solo recuerdo... frío.

Y... silencio.

Y entonces, sus ojos vacíos se abrieron.

Por primera vez, pareció ver sus propias manos...
translúcidas.

Incompletas.

Muertas.

—Yo... estoy...

—Sí —susurró Medli, con lágrimas en los ojos—. Ya no estás
viva.

Pero no eres monstruo.

Eres madre.

Y tu hijo... ya descansa.

La sala dejó de temblar.

Las cadenas se movieron lentamente, como meciéndose.

El espectro extendió una mano hacia Medli.

Una mano hecha de viento y polvo.

Medli no retrocedió.

—¿Puedo... verlo? —preguntó la mujer, casi inaudible.

Ämroth sacó de su bolsillo el colgante que había encontrado entre los huesos del bebé.

Lo sostuvo en su palma abierta.

La luz de sus espadas lo iluminó.

El espectro lo miró.

Y se quebró.

No en furia.

No en tormento.

En amor.

Un amor que sobrevivió incluso a la muerte.

La mujer llevó las manos a la boca, y por primera vez, no gritó ni atacó.

Solo... lloró.

—Mi pequeño...

Perdóname...

Perdóname...

Medli no pudo contenerlo.

Se acercó y sostuvo el colgante junto a la figura.

Era un gesto imposible... pero la intención se sintió.

Todos lo sintieron.

El espectro tocó el colgante con una mano temblorosa.

Su forma brilló, no como luz...

sino como alguien que, por fin, suelta un peso que llevaba demasiado tiempo cargando.

—Gracias —susurró—.

Gracias... por verlo.

Su figura comenzó a deshacerse, suavemente.

Como una manta que se dobla sola.

Como alguien que se va a dormir después de una vida entera sin descansar.

Antes de desaparecer por completo, flotó hacia Medli.

Leönard tensó el escudo, pero no hubo ataque.

Solo un gesto.

Una caricia.

Una mano fría que no lastimó.

—Cuida... de los pequeños —dijo.

—No dejes... que nadie los encierre otra vez.

Y desapareció.

Sin gritos.

Sin tormenta.

Silencio.

Puro, limpio.

Pero ese silencio no duró.

Un sonido profundo se escuchó bajo la tierra.

Un golpe.

Otro.

Y otro.

Como si algo **abajo** hubiera sentido la liberación...
y hubiera despertado.

Draug palideció.

—Eso no era ella.

Leönard levantó el escudo.

Antares preparó su espada.

Ämroth aferró las suyas, que brillaron con fuerza.

Sërah retrocedió hacia la zanja, lista para saltar.

Medli tragó saliva, temblando, pero manteniéndose firme.

El suelo se agrietó.

Las paredes vibraron.

Algo bajo el altar empezó a moverse.

—Prepárense —dijo Leönard con la voz más firme que nunca—.

Aquí viene el verdadero monstruo.

Y la Death House... al fin mostró hambre.

Capítulo 5

LA CASA DE LA MUERTE (PARTE 4)

El altar temblaba.

Primero fueron vibraciones suaves, como si algo bajo la piedra rascara con uñas diminutas.

Después, un golpe fuerte.

Luego otro.

La tierra se resquebrajó alrededor del círculo de agua oscura.

El murmullo que habían escuchado desde que entraron al sótano se transformó en un coro distorsionado.

No eran voces humanas.

Tampoco eran ecos.

Eran órdenes.

Eran hambre.

Leönard levantó el escudo.

—¡Todos atrás!

Pero no había “atrás”.

El santuario era una sola entrada, un círculo cerrado.

La zanja de agua burbujeó como si hirviera desde adentro.
Las cadenas colgantes empezaron a tensarse, una por una,
como si algo invisible tirara de ellas.

—Esto no es solo magia —dijo Draug—. ¡Es un colapso espiritual! ¡La energía que mantenía atrapadas a las almas está... liberándose sin control!

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Sërah, sin quitar la vista del altar.

—Sí —respondió Draug.

Antares apretó la espada.

—¿Sí a qué?

—A ambas opciones.

Del altar surgió una grieta vertical, como una boca abriéndose en la piedra.

Y de esa boca, un rugido.

No un rugido animal.

No un rugido humano.

Un rugido que sonaba como cientos de voces gritando al unísono bajo el agua.

La joroba de tierra bajo el altar se elevó.

Y entonces el monstruo salió.

No tenía forma definida al principio.

Era un amasijo de tierra, raíces, huesos y carne vieja mezclada con barro.

Sus brazos no tenían articulaciones claras; eran tentáculos gruesos de raíces que se estiraban y contraían.

Su cabeza era una masa ósea partida, y dentro, un pozo negro que se abría y cerraba como un ojo.

—No es un ser —murmuró Medli, aterrada—. Es... es la casa. La casa hecha cuerpo.

—No —corrigió Draug—. Es lo que la casa alimentó.

El monstruo extendió un brazo enorme hacia ellos.

Sërah saltó hacia atrás, rodando por el suelo.

El impacto rompió una parte del muro, y la piedra salió volando.

—¡No nos va a dejar salir! —gritó la tiefling.

—Entonces es simple —rugió Leönard, adelantándose y golpeando con el escudo—: ¡rompemos su voluntad!

El escudo chocó contra la masa de raíces, y una explosión de tierra y astillas llenó el aire.

El monstruo no retrocedió.

Pero se detuvo un segundo.

El segundo que Ämroth necesitaba.

Él saltó con ambas espadas listas, y las dos brillaron con ese resplandor lunar que siempre parecía venir desde dentro.

Golpeó con fuerza.

El filo atravesó carne y raíz, provocando un grito monstruoso que hizo vibrar el santuario.

—¡Sí siente! —gritó Antares—. ¡Entonces puede morir!

Él corrió directo hacia la criatura, saltando sobre la zanja.

Cuando el tentáculo descendió, él lo esquivó con un giro, se impulsó en la pared y hundió su espada hasta la mitad en la masa abierta del monstruo.

El temblor fue tan fuerte que casi se desplomó.

El monstruo estrelló un segundo tentáculo contra Antares.

El guerrero bloqueó, pero la fuerza lo lanzó hacia el altar, rompiendo piedra con su espalda.

Sërah corrió hacia él.

—¡Antares!

—Estoy bien —gruñó, levantándose con dificultad—. ¡Pero no lo tomen a la ligera!

La criatura volvió a rugir.

El sonido era tan fuerte que Medli se cubrió los oídos.

Pero al hacerlo, algo extraño sucedió:

Ella escuchó algo diferente.

Dos voces.

No las de un monstruo.

Sino algo detrás.

“Ayúdennos.”

“Está hambriento.”

Medli gritó:

—¡Hay... hay almas dentro de él! ¡Muchas! ¡Están atrapadas!
¡Por eso no tiene forma! ¡Por eso es tan grande!

—Entonces liberémoslas —dijo Ämroth—. ¡Una por una si
hace falta!

Leönard avanzó con paso firme, subiendo al borde del altar.

—¡Conmigo!

El monstruo golpeó con un brazo enorme.

El paladín levantó el escudo justo a tiempo, pero el impacto lo hizo retroceder varios pasos, raspando metal contra piedra.

—¡Draug! —gritó Sërah— ¡Dinos qué hacer!

El artíficer respiró hondo, evaluando todo en un segundo.

—¡Es una amalgama! ¡Golpe directo al núcleo no servirá!

¡Pero si rompemos sus puntos de anclaje—las raíces grandes que salen del altar—lo debilitaremos!

—¡Entendido! —rugió Antares.

Él y Ämroth se lanzaron hacia el punto donde las raíces más gruesas se enterraban en la tierra.

El monstruo trató de anticiparlo, pero Sërah lo distrajo saltando encima de una roca y lanzándole dagas a lo que parecía su “rostro”.

Las dagas no lo dañaron, pero lo hicieron girar.

Lo suficiente.

Ämroth cargó.

Su gran espada cortó la primera raíz.

El santuario tembló.

Antares cortó la segunda.

Otra explosión de polvo salió disparada, cegando momentáneamente a todos.

La criatura rugió, y esta vez el rugido tenía voces humanas detrás.

Voces llorando.

Voces suplicando.

Leönard se lanzó hacia adelante.

La criatura envió un tentáculo directamente hacia él.

El impacto fue brutal, pero el paladín lo recibió con el escudo, incrustándose en el suelo y levantando esquivas a su alrededor.

—¡Leönard! —gritó Medli.

—¡Estoy bien! —mintió él.

Se levantó con un gruñido.

Su brazo temblaba por el dolor.

—No va a hacerme retroceder.

Ni a mí.

Ni a ninguno de nosotros.

La criatura golpeó de nuevo.

Él también.

El escudo resonó como un trueno, y su espada se clavó en una raíz pulsante.

El monstruo se dobló hacia un lado.

Draug vio su oportunidad.

—¡Ahora! ¡Ataquen todos al mismo tiempo! ¡En el centro!

Ämroth saltó sobre el altar.

Antares se impulsó detrás de él.

Sërah corrió por el borde de la zanja, usando cadenas como apoyo.

Medli levantó las manos, temblando, conjurando la única magia ofensiva que sabía usar bien:

un estallido de energía cruda, sin forma, sin color definido.

No sabía si funcionaría.

Pero lo lanzó igual.

Los seis atacaron a la vez.

La espada de Ämroth abrió una grieta luminosa.

El corte de Antares profundizó esa misma grieta.

El estallido de Medli entró por ella.

Las dagas de Sërah se hundieron en el punto exacto que Draug había señalado.

Y el golpe del escudo de Leönard quebró el altar mismo.

El monstruo gritó.

Y esta vez no sonaron voces de dolor.

Sonaron voces de liberación.

De decenas.

Luego de cientos.

Como si la casa exhalara siglos de sufrimiento de golpe.

La criatura se deshizo desde dentro hacia afuera.

Raíces volaron.

Huesos cayeron.

El agua de la zanja se evaporó.

Y finalmente, solo quedó polvo.

Polvo y silencio.

Un silencio real.

No el silencio amenazante de antes.

Un silencio que por primera vez se sintió... pacífico.

Leönard cayó de rodillas.

Antares respiró hondo.

Sërah se dejó caer contra la pared.

Draug tuvo que apoyarse en su bastón.

Medli temblaba y temblaba.

Ämroth esperaba otro ataque, pero este nunca llegó.

El santuario estaba muerto.

Y liberado.

En ese silencio, una brisa suave pasó entre ellos.

Un murmullo apenas audible, como voces de niños...

pero esta vez riendo.

Rose y Thorn.

Y el bebé.

Finalmente libres.

La casa respiró...
y se apagó.

Cuando subieron a la superficie, la mansión era otra.
Las paredes tenían grietas.
La puerta estaba abierta.
El aire era... normal.

No había niebla dentro.
No había voces.
No había música.
No había ruido.

Solo una casa vacía.

Sërah miró alrededor.
—No voy a extrañar este lugar.

—Ni yo —dijo Draug.

—Ni yo —dijo Leönard, apoyándose en su espada para
levantarse por completo.

Medli salió última.
Miró la casa una vez más.
Y susurró:
—Gracias por dejarnos ir.

La puerta se cerró con un suspiro leve.

No amenazante.

No triste.

Solo... final.

Ämroth vio el cielo gris al salir.

—Esto fue solo el comienzo.

Y sí.

Barovia recién empezaba a mostrarles quién era.

Capítulo 5

EL ENTIERRO DE LOS KOLYANA

Salir de la casa fue como salir de un sueño pesado.

El aire afuera seguía frío, la niebla seguía ahí, el cielo seguía gris... pero todo se sentía distinto. La mansión detrás de ellos ya no tenía esa presencia que los observaba. Era solo madera vieja, piedra cansada y ventanas vacías.

—¿Todos enteros? —preguntó Leönard, apoyando una mano en el marco de la puerta mientras salía el último.

—Depende de a qué llamas “enteros” —dijo Sërah, sacudiéndose polvo de la ropa—. Yo dejé una parte de mi paciencia allá abajo.

Draug soltó una risa nerviosa, más por reflejo que por humor.

—Y yo dejé casi todos mis nervios.

Antares miró la casa una última vez, como quien mira a un enemigo caído.

—Si intenta tragarnos de nuevo, la quemo —dijo simplemente.

Medli cerró el cuaderno con cuidado. Tenía las manos temblando, pero no lo soltaba.

Ämroth se giró hacia la mansión y apoyó una de sus espadas en el suelo, inclinando la cabeza un segundo.

No rezó.

Solo agradeció en silencio.

Entonces la puerta se cerró detrás de ellos. Suave. Sin brusquedad.

—Ya está —murmuró Medli—. Los niños... ya descansan.

Leönard asintió.

—Entonces sigamos. Este valle no se acaba en una sola casa.

Volvieron al camino de tierra. La niebla seguía baja, como un animal acostado, observando. El pueblo de Barovia se extendía frente a ellos: calles estrechas, casas torcidas, techos que parecían a punto de colapsar. El silencio era diferente al de antes. Ya no era solo miedo desconocido: ahora era tristeza vieja.

—¿Seguro que esto es “civilización”? —preguntó Sërah, alzando una ceja.

—Hay chimeneas —respondió Draug—. Y donde hay chimeneas, hay gente.

—No necesariamente viva —añadió Antares.

Caminaron por la calle principal. Una puerta se cerró apenas los vio. Unas cortinas se movieron y luego quedaron quietas. La única señal de vida era el llanto ahogado de alguien, en algún lugar cercano.

Un sollozo constante, repetitivo, como una campana rota.

Leönard se detuvo.

—¿Escucharon?

—Sí —dijo Medli, bajando un poco la cabeza—. Viene de allá.

Se acercaron a una casa de dos pisos, con las ventanas cubiertas. El llanto venía de dentro. Golpes suaves, como puños cansados contra madera.

—Déjenla —dijo una voz masculina a sus espaldas—. Lleva días así.

Se giraron. Un hombre corpulento, de cabello oscuro y mirada agotada, los observaba desde unos pasos más atrás.

Vestía ropa buena para los estándares del valle, pero arrugada. Tenía la barba descuidada y ojeras profundas.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Sërah, ya en defensiva.

El hombre levantó las manos en señal de paz.

—Ismark. Ismark Kolyanovich. —Sus ojos pasaron por sus armaduras, armas, plumas y cuernos—. Ustedes no son de aquí.

—Muy observador —soltó Sërah.

—Venimos de... lejos —dijo Ämroth, midiendo sus palabras—. ¿Qué pasa con ella?

Ismark suspiró.

—Su nombre es Mary. Todos aquí la llaman “la desdichada Mary”. Su hija desapareció. Ella cree que Strahd se la llevó. Y quizás tiene razón. —Miró hacia la niebla como si hablara de una bestia real y visible—. Este valle le roba cosas a la gente. A algunos, más rápido que a otros.

Medli apretó el cuaderno contra el pecho.

—¿No la ayudan?

—Aquí todos han perdido algo —respondió Ismark, sin crueldad, solo cansancio—. Y casi nadie puede darse el lujo de cargar con el dolor de otra persona.

Leönard lo estudió un momento.

—¿Y tú? ¿Qué has perdido?

Ismark desvió la mirada hacia otra calle.

—A mi padre —dijo—. Y la paz de mi casa.

La casa del burgomaestre no estaba lejos, pero sí apartada. Era más grande que las demás, rodeada por una cerca de piedra y madera. Las ventanas estaban rotas en algunos puntos. La puerta mostraba marcas profundas de garras. Y en el marco, se sentía algo raro: una especie de “resistencia” invisible, como si alguien hubiera armado una defensa a medias contra algo que no se ve.

—Strahd lo intentó varias veces —explicó Ismark, abriendo la puerta—. Al final, no fue él quien mató a mi padre. Fue el miedo. Y el corazón.

Dentro, la casa olía a cera, a madera húmeda... y a muerto.

En el salón principal, sobre una mesa cubierta con tela, yacía el cuerpo de un hombre mayor, rígido, con el rostro serio incluso en la muerte. Una corona de flores marchitas rodeaba su cabeza. Velas medio consumidas iluminaban el cuarto con luz temblorosa.

Una joven estaba de pie al lado del cuerpo. Cabello rojizo atado hacia atrás, armadura ligera, espada al costado. Sus ojos, sin embargo, eran lo que más llamaba la atención: claros, firmes... pero hinchados de tanto llorar. Ireena.

Al verlos entrar, se tensó de inmediato. Llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Tranquila —dijo Ismark—. Son... visitantes. Y con suerte, aliados.

Leönard adelantó un paso, inclinando ligeramente la cabeza. —Somos viajeros. Y, al parecer, prisioneros de este valle como todos ustedes. Mi nombre es Leönard. —Miró el cuerpo—. Y veo que llegamos en mal momento.

—Todos los momentos son malos en Barovia —respondió ella—. Pero sí. Llegan a un entierro que aún no ocurre.

Medli dio un paso tímido.

—¿Él es tu...?

—Mi padre —confirmó Ireena—. Kolyan Indirovich, burgomaestre de Barovia. El único que se atrevió a levantar la voz contra Strahd. Y el que terminó pagando el precio.

Antares observó el cuerpo. No había marca de arma. No había cortes ni sangre.

—Murió de miedo —dijo, más para sí mismo—. Y de cansancio.

Ismark apretó los puños.

—Murió defendiendo esta casa cada noche, mientras ese demonio lo acosaba. Aullidos de lobos, golpes en las ventanas, sombras en el techo... Su corazón no aguantó. Lo encontramos así, sentado en la silla, con la espada aún en la mano.

Sërah miró hacia las ventanas.

—Barovia tiene una idea muy torcida de lo que es “diversión”.

Draug se acercó un poco a Ireena, manteniendo una distancia respetuosa.

—¿Por qué no lo han enterrado aún?

Ireena apretó la mandíbula.

—Porque no puedo cargar el ataúd sola. Y la mayoría del pueblo está demasiado asustado para ayudar. Dicen que si lo enterramos, Strahd vendrá esa misma noche a recordarnos que nada cambia.

Hubo un silencio pesado.

Leönard lo rompió.

—Te ayudaremos —dijo, sin consultarlo con nadie—. A enterrarlo. A darle el descanso que merece.

Ireena lo miró, midiendo. En sus ojos había incredulidad, orgullo herido, un atisbo de esperanza que se negaba a salir.

—¿Por qué? —preguntó—. No nos conocen. No nos deben nada.

—No ayudamos porque debamos —respondió Leönard—. Ayudamos porque podemos. Y porque alguien tiene que empezar a hacerlo.

Ämroth asintió.

—Nadie debería quedarse sin un entierro digno. Ni aquí ni en ningún mundo.

Medli tragó saliva y alzó la mano un poco.

—Yo... podría cantar algo —dijo—. No es mucho, pero es... lo que sé hacer bien.

La mirada de Ireena se suavizó apenas.

—Eso... sería más de lo que hemos tenido estos días.

Antares miró a Medli de reojo. No dijo nada, pero se colocó unos pasos más cerca de ella, como siempre que la veía ofrecer algo en voz alta.

Sërah suspiró.

—Bueno... —Se giró hacia Ismark—. Dime dónde está el cementerio. Si vamos a cargar a tu padre, más vale que no esté en la otra punta del valle.

Ismark dejó escapar una risa corta, la primera en mucho tiempo.

—No. Está junto a la iglesia. Y la iglesia está en lo alto de la colina.

—Claro —dijo Sërah—. Porque cargar un ataúd en subida siempre es buena idea.

Cargar el cuerpo de Kolyan no fue fácil, pero los seis lo hicieron como si llevaran a un compañero caído, no a un desconocido. Leönard tomó uno de los lados delanteros. Antares el otro. Ämroth y Draug cargaron atrás. Sërah e Ismark abrían paso. Medli caminaba cerca, con el corazón encogido, sosteniendo su cuaderno cerrado por primera vez desde que habían llegado al valle.

La gente del pueblo los observaba desde las ventanas. Nadie salía. Nadie ayudaba. Pero algunos hacían la señal de protección sobre el pecho al ver pasar el ataúd.

—Tienen miedo —murmuró Medli.

—Tienen memoria —corrigió Ämroth, ajustando el peso—. Y en este lugar, las dos cosas duelen igual.

La iglesia se alzaba al final de la colina, vieja y cansada. El campanario estaba torcido, y una parte del tejado parecía haber sido reparada muchas veces. Aun así, había algo distinto en el aire allí: una especie de resistencia. Como si, pese a todo, ese lugar se negara a rendirse.

En la puerta los esperaba un hombre flaco, con la sotana arrugada y los ojos rojos de tanto llorar. Sus manos temblaban, pero su voz intentó mantener dignidad.

—Bien... recibidos —dijo—. Soy el padre Donavich.

Su mirada se posó en el ataúd.

—Oh, Kolyan... viejo amigo...

Ireena bajó la cabeza.

—Padre, necesitamos enterrarlo hoy. Esta noche. Ya ha esperado demasiado.

Donavich asintió, limpiándose las lágrimas con la manga.

—Sí. Sí, por supuesto. El cementerio está atrás. Las tumbas de los Kolyana ya están preparadas. —Sus ojos se fijaron en Leönard y Ämroth—. Puedo sentir... el peso de otros dioses en ustedes. No sé si escuchan en este valle. Pero toda ayuda es bienvenida.

Leönard apretó la mandíbula. No respondió.

Ämroth solo asintió.

Mientras rodeaban la iglesia hacia el cementerio, un sonido extraño se coló entre las paredes: golpes.

Y una voz, ahogada, desde el interior, que gritaba:

—¡Padre! ¡Padre, tengo hambre! ¡Déjeme salir!

Medli se detuvo en seco.

—¿Oyeron eso?

Donavich palideció.

—Ignórenlo. Por favor. No ahora.

—¿Quién es? —preguntó Leönard, con la frente fruncida.

—Mi hijo —susurró el sacerdote—. Ésa es otra tragedia. P... por favor. Primero demos descanso a tu padre —miró a Ireena—. Una cosa a la vez.

Ireena cerró los ojos, respiró hondo y asintió.

—Una cosa a la vez.

El cementerio detrás de la iglesia estaba lleno de lápidas viejas, muchas torcidas, algunas quebradas. La niebla se metía entre las tumbas como agua entre rocas. Aun así, había flores. Marchitas, sí. Pero puestas a propósito.

Excavaron la tumba entre todos. No fue bonito ni heroico. Fue trabajo. Tierra, palas, sudor y respiraciones pesadas. Strahd, los lobos, los monstruos y los dioses quedaron lejos por un rato. Solo quedaba ese rectángulo de tierra y el cuerpo que debía descansar ahí.

Cuando el hoyo estuvo listo, bajaron el ataúd con cuidado. Donavich se colocó al frente, temblando, pero firme.

—Kolyan Indirovich —dijo—. Fuiste nuestro escudo. Fuiste la voz que se atrevió a nombrar al amo de este valle como lo que es. Sé que tu corazón se cansó, pero tu alma no. Hoy te devolvemos a la tierra... con la esperanza de que tu ejemplo no se entierre con tu cuerpo.

Se hizo silencio.

—¿Puedo...? —preguntó Medli, levantando la mano como si estuviera en una clase.

Todos la miraron.

Ireena asintió.

—Por favor.

La aarakocra dio un paso adelante. Tragó saliva.

Su voz salió temblorosa al principio, pero se fue firmando con cada palabra.

Cantó.

No fue una canción de victoria.

No fue un himno de guerra.

Fue una melodía sencilla, triste y dulce a la vez.

Una canción que hablaba de hogares que ya no existen, de mesas que se quedan con un lugar vacío, de manos que ya no sostienen pero que enseñaron a sostener.

Mientras cantaba, notó algo.

Un cuervo se posó en una tumba cercana.

La observaba.

Solo eso.

Pero Medli sintió una presencia detrás de ese simple gesto.

Algo... tomando nota.

No dio nombre, no dijo nada.

Solo cantó.

Cuando terminó, incluso el viento pareció respetar el silencio.

Ireena lloraba en silencio. Donavich murmuraba una oración.

Ismark, por primera vez en días, parecía menos roto.

Leönard se mantuvo firme, pero en sus ojos había respeto.

Ämroth se apoyó en la espada, mirando el cielo gris.

Antares desvió la mirada, incómodo con la emoción ajena, pero no se fue.

Sërah, contra todo pronóstico, no soltó ningún comentario.

Draug fue el que habló.

—En... otros mundos —dijo, torpe—, se dice que mientras alguien recuerde tu nombre, no estás del todo muerto. —Miró la tumba recién cubierta—. Creo que Kolyan eligió bien a sus deudos.

Ireena se le quedó viendo, sorprendida por la sensibilidad de ese elfo nervioso.

—Gracias —dijo, simplemente.

Leönard se volteó hacia Ismark e Ireena.

—¿Qué van a hacer ahora?

Ismark intercambió una mirada con su hermana.

—Strahd la quiere a ella —dijo, sin rodeos—. La ha visitado noche tras noche. Ha intentado entrar. Ha enviado lobos, murciélagos, monstruos. Mi padre murió defendiéndola.

Su voz se quebró, pero siguió:

—No podemos quedarnos aquí. Necesito llevarla a un lugar más seguro. A la iglesia de Vallaki, quizá. Una ciudad amurallada. Algo.

Leönard miró a los demás.

No hubo que discutir mucho.

Todos entendían, cada uno a su forma, lo que significaba estar marcado por algo que no elegiste.

Ämroth pensó en Carrick.

Medli pensó en Rose y Thorn.

Antares pensó en cosas que no decía.

Sërah pensó en una voz que aún no se manifestaba del todo, pero que ya rondaba su vida.

Draug pensó en un pasado en el que también había intentado huir.

—Nosotros también tenemos preguntas —dijo Leönard—. Y no vamos a encontrarlas si nos quedamos quietos. —Miró a Ireena—. No te prometo que nadie saldrá herido. Pero sí te prometo que si caminamos juntos... no tendrás que enfrentar esto sola.

Ireena lo sostuvo con la mirada.

Luego miró a cada uno de ellos.

Los vio cansados, golpeados, extraños... pero presentes.

—Barovia destruye a los que caminan solos —dijo—.

Tal vez sea justo probar suerte con quienes siguen de pie después de una casa como la que acaban de enfrentar.

Extendió la mano.

No como una dama pidiendo ser escoltada.

Como alguien sellando un pacto.

Leönard la tomó.

Ämroth asintió.

Draug tragó saliva, pero sonrió un poco.

Medli hizo una pequeña reverencia nerviosa.

Sërah suspiró y rodó los ojos.

—Bueno —dijo la tiefling—. Ya nos adoptaron. Felicidades.

Antares miró la niebla al borde del cementerio.

Por un segundo, juraría haber visto una figura de pie, a lo lejos, más allá del muro.

Alta.

Con capa.

Observando.

Cuando parpadeó, ya no estaba.

—No estamos solos —dijo, serio.

—Nunca lo hemos estado —respondió Donavich, mirando al mismo horizonte—. Él siempre mira. Siempre escucha. Lo importante es qué hacemos mientras tanto.

El ataúd de Kolyan reposaba bajo la tierra.

El cielo seguía gris.

La niebla seguía ahí.

Pero por primera vez desde que llegaron, los seis no se sintieron como extraños uno al lado del otro.

Se sintieron, aunque fuera apenas, como algo que Barovia no veía hace tiempo:

Un grupo.

Un nosotros.

Cuando bajaron de la colina, el pueblo de Barovia seguía igual de roto.

Pero ya no lo veían igual.

No era solo un escenario de horror.

Era un lugar lleno de gente que seguía respirando a pesar del miedo.

Gente que necesitaba algo que se estaba empezando a formar entre ellos.

No lo sabían todavía.

No sabían lo que venía.

No sabían de cartas, ni de profecías,.

Eso vendría después.

Por ahora, el primer paso estaba dado:

Habían enterrado a un muerto.

Habían prometido proteger a una viva.

Y Barovia... había tomado nota.

Capítulo 6

SOMBRAS DE BAROVIA

El camino de regreso desde el cementerio fue más silencioso que el de ida. No por cansancio —aunque todos lo estaban— sino porque la colina de la iglesia dejaba un peso extraño en el pecho, como si cada paso bajando significara que se alejaban de un lugar que respiraba fe... para volver a un pueblo que respiraba miedo.

Ismark caminaba al frente, atento a cada ruido.

Ireena avanzaba a su lado con la cabeza en alto, pero su mano estaba tensada sobre la empuñadura.

No era el gesto de alguien que espera un ataque: más bien de alguien que lo ha vivido demasiadas veces.

—El pueblo entero nos está viendo —susurró Sërah, sin voltear.

—¿Te sorprende? —respondió Draug—. Somos seis desconocidos armados, ayudando a enterrar al burgomaestre. Eso nunca es normal.

Antares escaneó las ventanas.

—No nos miran con sorpresa —dijo—. Nos miran con esperanza.

Hizo una pausa, apretando la mandíbula.

—Eso es más peligroso.

Leönard no respondió, pero sabía que Antares tenía razón.

Las esperanzas puestas en los demás pesaban tanto como una espada sin afilar.

Medli caminaba un poco detrás, mirando las casas cerradas, las calles vacías, los balcones silenciosos.

Barovia no era un pueblo muerto, era un pueblo detenido.

Como si todos vivieran conteniendo el aliento.

Ämroth lo sintió también. Ese tirón sutil, esa sensación de que el aire aquí tenía recuerdos viejos pegados. Sus espadas, incluso guardadas, parecían más pesadas.

El humo que salía de una chimenea cercana tenía un color raro, como si la leña fuera distinta. Como si todo aquí tuviera un tono añadido de decadencia.

—¿Qué viene ahora? —preguntó Medli, en voz baja.

Ismark la escuchó.

—Buscar una carreta y provisiones —respondió—. Después, salir de aquí.

Miró a Ireena.

—Cuanto antes lleguemos a Vallaki, mejor.

—¿Por qué Vallaki? —preguntó Leönard.

—Porque es más grande que este pueblo —explicó Ismark—. Tiene murallas, guardias, y su burgomaestre que, según dicen, no se inclina ante Strahd. Puede darnos tiempo.

Ireena inclinó la cabeza, sin apartar la vista del camino.

—También tiene problemas propios. Pero... sí. Es mejor que quedarnos aquí.

Sërah rió por lo bajo.

—¿Y qué problema no tiene este valle?

Ireena no sonrió.

—Barovia no tiene problemas. Tiene... *amigos peligrosos*. Y habitantes que aún respiran a pesar de ellos.

Pasaron frente a una posada vieja, de nombre casi borrado por la humedad. La puerta estaba cerrada, pero se escuchaba ruido dentro. Voces apagadas.

Cuando los guardias improvisados que había afuera vieron a Ireena, se cuadraron de inmediato.

—Señorita Kolyana —saludaron, inclinando la cabeza—.
¿Todo bien?

—Todo lo “bien” que se puede —respondió ella—. Necesito
hablar con los Martikov más tarde. ¿Han visto si tienen
carretas disponibles?

—Una. No muy buena —respondió uno de los hombres—.
Pero si ustedes la quieren, la tendrán.

Ismark agradeció con un gesto y continuaron.

Medli se fijó en algo.

En cada esquina, en cada puerta, en cada tono de voz...
había dolor.

El tipo de dolor que no se expresa con gritos, sino con rutina.

Con pasos arrastrados.

Con noches sin dormir.

—Este lugar está roto —dijo la aarakocra, casi sin darse
cuenta.

—No está roto —corrigió Ireena suavemente—. Está
lastimado.

Y hay una diferencia.

Draug la miró.

—¿Sigues creyendo que se puede salvar?

Ella frenó y lo observó con seriedad.

—No sé si se puede salvar. Pero sí sé que rendirse no ha funcionado. Así que lo que queda es seguir intentando.

Esa frase pesó en el aire.

Leönard la guardó.

Antares la juzgó con cuidado.

Medli la anotó mentalmente.

Sërah la ignoró—o fingió hacerlo.

Ämroth la reconoció; era la misma que había repetido en su mente desde Myth Drannor.

Draug la admiró en silencio.

Se detuvieron un momento en el cruce principal del pueblo.

Una carreta rota al costado.

Una fogata apagada.

Un perro flaco husmeando entre cajas sin dueño.

Y, en la esquina opuesta, un hombre alto con abrigo largo y sombrero oscuro.

De espaldas.

Quieto.

Imposiblemente quieto.

Antares lo notó primero.

—No estamos solos.

El hombre no se movió, pero la forma en que la niebla se acumulaba a su alrededor era antinatural. Como si evitara tocarlo.

Un silencio pequeño se abrió alrededor de él, como si el mundo respirara diferente allí.

—No lo reconozco —dijo Ireena, frunciendo el ceño—. Y llevo años recordando cada rostro del pueblo.

—¿Crees que puede ser...? —preguntó Draug, sin terminar la frase.

Ismark negó con la cabeza.

—Si fuera él, ya lo sabríamos. Él no se esconde. Él se muestra.

El hombre giró la cabeza un centímetro.

Lo suficiente para que vieran el borde de una sonrisa.

O algo que parecía una sonrisa.

Un viento frío pasó entre ellos.

Cuando esa ráfaga terminó...

el hombre ya no estaba.

—Bueno —dijo Sërah, cruzándose de brazos—. Qué reconfortante.

Medli miró alrededor con inquietud.

—¿Eso... fue un vampiro?

—No —respondió Ireena—. Fue un aviso.

Leönard giró hacia Ismark.

—Vallaki. Hoy mismo.

—Hoy mismo —confirmó Ismark.

Caminaron hasta la plaza central, donde un pequeño mercado abandonado mostraba restos de actividad que no habían terminado, sino que habían sido interrumpidos. Barriles a medio abrir, frutas podridas, objetos tirados como si todos hubieran corrido hacia sus casas al mismo tiempo.

Al fondo, una casa con ventanas estrechas y paredes reforzadas.

La casa de Bildrath, el mercader.

—Necesitamos provisiones —dijo Leönard.

—Este hombre vende caro —respondió Ismark—. Pero vende.

Entraron. El interior olía a leña húmeda y cuero viejo.

Bidrath los recibió con ojos desconfiados.

Miró sus armas con avaricia.

Miró sus rostros con miedo.

—Forasteros —dijo—. Tienen aspecto de necesitar cosas.

Sonrió con dientes amarillos.

—Y yo tengo cosas que necesitan.

Sërah puso los ojos en blanco.

—Me cae bien —murmuró con sarcasmo.

Leönard ignoró al mercader.

—Solo lo necesario: mantas, agua, cuerda, pan. Lo que podamos llevar sin lastimar a la carreta.

Mientras Ismark y Bildrath negociaban, Medli se acercó a un aparador lleno de objetos extraños.

Un amuleto roto.

Un espejo empañado.

Un collar con cuentas negras.

Una muñeca sin ojos.

Medli sintió un escalofrío.

—Este lugar está lleno de... cosas que cuentan historias.

—Y no queremos escuchar ninguna —dijo Sërah, jalándola hacia atrás—. Vámonos antes de que compres algo embrujado por instinto investigativo.

Medli abrió el pico para protestar... pero Sërah tenía razón.

Le costaba admitirlo.

Ämroth, mientras tanto, permaneció cerca de la puerta.

Había algo en el aire.

Un susurro suave.

Una presión leve en el pecho.

Como si una presencia los rodeara, pero no dentro de la tienda.

Fuera.

En la calle.

El Aasimar entrecerró los ojos.

—No deberíamos tardar.

“No deberían...”

Una voz suave, casi imperceptible, pareció repetir sus palabras.

O tal vez fue solo el viento moviendo una tablilla.

Pagaron.

Salieron.

Y Barovia los recibió otra vez con ese silencio que pareciera observarlos desde todas las direcciones.

Ismark los llevó de regreso a su casa para recoger los últimos preparativos antes de partir.

Desde la entrada, podía verse la silla donde Kolyan había pasado sus últimas noches, espada en mano, esperando ataques que a veces sí llegaron y a veces no.

Medli evitó volver la vista hacia donde estuvo el cuerpo del burgomaestre.

No quería recordarlo así.

Ireena ató sus cosas con movimientos rápidos, eficientes.

Una guerrera acostumbrada a marcharse sin tiempo de despedidas.

—No quiero que piensen que soy una carga —dijo de pronto, sin mirarlos—. Puedo defenderme. Puedo pelear. Solo... solo no puedo enfrentarlo a *él* sola.

Antares asintió lentamente.

—Nadie debería hacerlo.

Sërah suspiró.

—Y menos cuando él tiene un fetiche contigo.

Ismark la fulminó con la mirada, pero Ireena levantó una mano.

—No te preocupes, hermano. —Miró a la tiefling con expresión firme—. Está bien decirlo. A veces la verdad es más útil que la cortesía.

Leönard carraspeó.

—Nosotros tampoco te vemos como carga. Pero sí como alguien bajo amenaza constante. Y eso... requiere disciplina. Y estrategia.

Ireena asintió.

—Estoy acostumbrada a las dos.

Draug, que estaba revisando una pequeña bolsa de componentes, levantó la vista.

—Si vamos a Vallaki, tenemos que movernos antes del anochecer. Las criaturas de la niebla se vuelven más activas cuando el sol se apaga.

—Exacto —dijo Ismark—. Podemos salir en media hora.

Ämroth estaba quieto, mirando por la ventana.

Medli lo notó.

—¿Qué ves?

Él tardó unos segundos en responder.

—Alguien... observándonos.

—¿Strahd? —preguntó Ismark.

Ämroth negó.

—No.

Pero tampoco sonaba tranquilo.

Terminaron de empacar.

Verificaron que Ireena tuviera su espada a la mano.

Que Medli llevara su libro.

Que Draug asegurara sus herramientas.

Que Sërah escondiera suficientes cuchillos.

Que Antares tuviera la espalda lista.

Que Leönard ajustara bien su escudo.

Cuando salieron a la calle, el cielo empezaba a tornarse anaranjado.

El día se acababa pronto en Barovia.

Ismark subió a la carreta.

Ireena se acomodó a su lado.

Leönard tomó la delantera.

Ämroth se colocó detrás.

Antares a la izquierda.

Sërah a la derecha.

Draug y Medli en el centro.

Una formación.

Instintiva.

Natural.

Como si siempre hubieran caminado así.

Ismark respiró hondo, tomó las riendas, y dijo:

—Que los dioses nos acompañen.

Sërah exhaló una carcajada.

—¿Aquí? Mucha suerte.

Ireena miró hacia el camino que salía del pueblo, hacia la niebla que comenzaba a espesarse.

—Si algo me queda claro —dijo con voz baja— es que este valle no quiere que nadie salga.

Pero eso no significa que vaya a ganar.

Medli, al escuchar eso, sintió algo recorrerle las plumas.

No era miedo.

No exactamente.

Era... expectativa.

Y detrás de ellos, el pueblo de Barovia observaba.

Puertas entreabiertas.

Ventanas con sombras detrás.

Miradas que no sabían si despedirse... o pedir ayuda.

—Bien —dijo Leönard, levantando el escudo—. Vamos a ver qué más nos espera.

Entonces avanzaron.

Entre la niebla.

Entre el silencio.

Entre las sombras de un valle que se los quedaría... salvo que ellos demostraran lo contrario.

Capítulo 7

LA CARTA DEL DIABLO

El grupo apenas había avanzado unos metros calle abajo cuando una figura salió de entre las sombras de una casa cercana, bloqueándoles el paso. La niebla parecía aferrarse a ella, como si la envolviera de manera protectora.

Era una mujer robusta, de cabello recogido y ojos tan cansados como alerta. En sus manos traía una carta sellada con cera roja.

Ismark suspiró.

—Perfecto... —murmuró—. La “Doña” del pueblo.

La mujer alzó la barbilla.

—Ismark Kolyanovich. No tienes derecho a irte sin escuchar lo que tengo que decir.

Leönard dio un paso adelante, escudo en mano por instinto, pero Ireena se lo detuvo con una mano.

—Déjala hablar —susurró.

La mujer observó a los seis héroes con una mezcla de esperanza y desconfianza.

—Ustedes no entienden este valle —dijo, acercándose con pasos lentos—. Ningún forastero lo hace. Barovia no es como los demás lugares. Aquí todo tiene dueño.

Sërah cruzó los brazos.

—¿Y esa carta quién la manda? ¿Tú, o tu “dueño”?

La mujer entrecerró los ojos.

—Es del Conde Strahd von Zarovich.

Medli se encogió un poco sobre sí misma.

Draug tragó saliva.

Antares tensó las manos.

Ämroth sintió su piel erizarse.

Leönard apretó el agarre del escudo.

Sërah sonrió, pero sin humor.

—¿Y qué quiere el “Conde”? —preguntó Leönard.

La mujer extendió la carta.

—Que se vayan. Que abandonen el valle. Que no interfieran. El Conde no quiere guerras ni levantamientos. Dice que ustedes son... ruido innecesario.

Leönard tomó la carta, la rompió del sello y leyó en voz alta:

“Forasteros. Sus vidas me son indiferentes. No traigan más sufrimiento al pueblo con su presencia. Abandonen estas tierras mientras aún pueden caminar, pues mi deber es proteger esta región de amenazas externas.

— Strahd von Zarovich.”

Hubo un silencio denso, pegado al aire como humedad.

—Claramente es mentira —dijo Sërah de inmediato—. Él no “protege” nada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la mujer.

—Porque si protegiera algo, no tendrías ese miedo en la cara cada vez que dices su nombre —respondió la tiefling sin levantar la voz.

La mujer apretó los labios, pero no replicó.

Ismark intervino.

—Sabemos que esa carta no es suya. El estilo, la cera, la letra. Todo está mal.

—Quizá fue escrita por alguien más para asustarnos —dijo Draug, pensativo—. Barovia parece vivir de miedo... y de quienes lo usan.

La mujer negó lentamente.

—Da igual si la escribió él o no. Su sombra es la misma.

Se cruzó de brazos, mirándolos uno a uno.

—Yo les advierto algo, forasteros: no desafíen aquello que no comprenden. Muchos han llegado con sus espadas brillantes y sus palabras grandes. Y todos han terminado siendo parte de la niebla.

Luego dio media vuelta y desapareció por la puerta de su casa sin esperar respuesta.

Continuaron avanzando. La carreta rechinaba, y el viento parecía arrastrar murmullos desde cada esquina.

—¿Qué opinan? —preguntó Ismark.

—Que es una falsificación burda —respondió Medli, aún tocándose el pecho—. Strahd no hablaría así... ¿o sí?

Ireena negó.

—Strahd tiene muchas caras. Pero nunca se justificaría ante nadie. Esa carta suena... débil.

—Y los monstruos orgullosos no suenan así —añadió Ämroth.

Leönard guardó la carta rota.

—Sea quien sea, quiere que dudemos. Quiere que nos marchemos. O quiere dividirnos.

Hizo una pausa.

—Y por eso vamos a ignorarlo.

Sërah sonrió de lado.

—La primera cosa sensata que dices hoy, paladín.

—No fue un cumplido —respondió él.

—Lo sé.

A medida que se acercaban a la salida del pueblo, empezaron a notar detalles que antes no les habían parecido tan obvios:

Una casa tenía la puerta abierta y la mesa puesta para dos... pero cubierta de polvo.

Otra tenía huellas pequeñas en la entrada, pero ninguna salida.

Un perro ladraba desde una azotea, mirando algo en la niebla que los héroes no podían ver.

Y más de una vez, un cuervo negro los siguió desde algún tejado.

—¿Crees que son...? —susurró Medli a Draug.

—¿Mensajeros? ¿Espías? ¿Almas? —respondió él—. Con este valle, podría ser todo eso y más.

Ireena se acercó a ellos.

—No teman a los cuervos —dijo—. Aquí... son más aliados de lo que parecen.

—¿Aliados de quién? —preguntó Sërah.

Ireena sonrió con un gesto extraño, cansado.

—De los que quieren seguir vivos.

Al pasar frente al callejón donde habían visto antes al hombre del sombrero largo, Antares se detuvo.

Las marcas en el barro indicaban que alguien estuvo parado ahí por mucho rato.

Demasiado.

Pero no había huellas saliendo.

—¿Algo? —preguntó Leönard.

—No —respondió Antares.

Pero lo dijo con la expresión de quien piensa *“sí, pero no quiero decirlo en voz alta”*.

Medli se abrazó a sí misma.

—Este lugar no solo tiene monstruos —dijo—. Tiene... ojos.

—Muchos —añadió Draug.

—Entonces habrá que aprender a caminar con ellos encima —dijo Ämroth.

La plaza principal era su último alto antes de abandonar el pueblo.

Allí, un anciano vendía pan duro desde un mostrador pequeño.

Cuando vio a Ireena, se quitó el sombrero.

—Señorita... ¿se van?

—Sí, Kolyan descansa ya —respondió ella, con respeto—. Gracias por las flores del funeral. Sé que fueron tuyas.

El anciano asintió, con manos temblorosas.

—Tenga cuidado, niña. El valle entero la recuerda. Y no todos con cariño.

Sërah se acercó.

—¿Cómo que “no todos”?

El anciano la miró directamente.

—Cuando alguien atrae la mirada del Diablo... otros sienten envidia. Otros sienten ira.

Se inclinó hacia ella.

—Y otros quieren ganarse un favor entregando presas fáciles.

Leönard tensó la postura.

—¿Nos estás advirtiendo?

El anciano sonrió con tristeza.

—En Barovia, nadie advierte. Solo sobrevive.

Recogieron algunos panes, una jarra de agua y continuaron camino hacia la salida.

Estaban a pocos pasos del portón cuando una voz infantil los detuvo.

—¿Van... a atrapar al monstruo?

Una niña de unos ocho años, con muñeca en brazos, los miraba desde la puerta de su casa.

Ireena se agachó para ponerse a su altura.

—¿Qué monstruo, cariño?

La niña señaló hacia la niebla de la calle principal.

—El que camina entre la niebla. El que no tiene sombra.

Se acercó a la muñeca.

—Mi muñeca lo vio anoche desde la ventana. Y mi muñeca no miente.

Medli tragó saliva.

Draug palideció un poco.

Ämroth giró lentamente hacia la calle, por instinto.

Antares deslizó la mano a la empuñadura.

Sërah frunció el ceño.

Leönard se inclinó hacia la niña.

—¿Camina hacia el pueblo? —preguntó.

La niña negó.

—No. Siempre camina detrás de la gente.

Miró al grupo.

—Sobre todo de los forasteros.

Ismark inhaló profundamente.

—Vámonos ya.

Cruzaron el portón del pueblo con la sensación de que alguien caminaba justo detrás de ellos, aunque al voltear no hubiera nada más que niebla.

Esta vez no hubo despedidas.

La gente observaba en silencio.

Algunos desde puertas, otros desde ventanas.

Otros desde sombras.

Pero nadie habló.

Cuando por fin el camino se abrió hacia el bosque que conectaba al río Ivlis, Ireena se acomodó en la carreta y respiró hondo por primera vez desde que habían salido de su casa.

—No pensé que volvería a cruzar este portón con vida —murmuró.

—Y no vas a volver sola —respondió Leönard.

Sërah rodó los ojos.

—Qué romántico.

—No fue un comentario romántico —dijo él.

—Pues sonó como uno.

Ismark ignoró la discusión y miró hacia el camino que se extendía frente a ellos.

—Lo más difícil aún no empieza —dijo en voz baja.

Draug sintió un escalofrío.

—¿A qué te refieres?

Ismark apretó las riendas.

—A que el Diablo no nos ha hablado todavía.
Suspiró.

—Pero lo hará. Siempre lo hace.

Ämroth apoyó la mano en su espada.

—Que hable. No nos encontrará desarmados.

Medli miró la niebla que se abría lentamente ante ellos.

—¿Creen que... él ya sabe que vamos hacia Vallaki?

Sërah respondió sin mirar atrás.

—En este valle, Medli...

—levantó una ceja, seria por primera vez en horas—
Strahd sabe todo.

La niebla los tragó suavemente mientras el pueblo quedaba atrás.

Y, entre los árboles, un susurro apenas audible —o tal vez solo el viento— dijo:

“Bienvenidos, héroes.”

“Ya era hora.”

Capítulo 8

ENCUENTRO EN EL RÍO IVLIS

El pueblo de Barovia quedó atrás como un recuerdo malo que todavía ardía en la nuca.

El camino se volvió más estrecho conforme avanzaban. Los árboles crecían más juntos, las ramas crujiendo sobre sus cabezas como si el bosque entero estuviera cuchicheando. La niebla ya no los rodeaba tan de cerca como antes, pero se colaba entre los troncos, pegada al suelo, siguiendo la carreta como un perro paciente.

El sonido de las ruedas sobre la tierra húmeda se mezclaba con el resoplido cansado del caballo y el choque sordo de armaduras, armas y mochilas.

Nadie hablaba mucho al inicio.

Ismark, sujetando las riendas, mantenía la mirada fija en el camino.

Ireena vigilaba los flancos, una mano siempre lista sobre la

empuñadura.

Leönard iba al frente, escudo a un costado, marcando el paso con una tranquilidad que no alcanzaba a sentir del todo.

Antares caminaba ligeramente adelantado, como si buscara problemas antes de que llegaran.

Sërah se movía a la derecha, ojos atentos a los árboles, contando posibles rutas de escape, o de emboscada.

Draug, al centro, ajustaba de vez en cuando las anillas de su bastón como si eso lo mantuviera cuerdo.

Medli miraba hacia arriba, a las copas de los árboles, como si buscara algo que demostrara que el cielo seguía siendo cielo.

Ämroth cerraba la formación. Sus espadas colgaban a su espalda, pero su mano no dejaba de rozar las empuñaduras, como si necesitara recordar que estaban ahí.

—¿Siempre es así? —preguntó Medli al cabo de un rato—. ¿Siempre se siente... tan pesado?

Ismark tardó unos segundos en contestar.

—Te acostumbras —dijo—. O te rompes. Depende de cada quien.

—Me estás convenciendo muchísimo de quedarme a vivir aquí —murmuró Sërah.

Draug intentó aliviar la tensión.

—Al menos el clima es consistente.

—Sí —añadió Antares—. Miserable.

Ireena dejó escapar una exhalación que casi fue una risa.

—Si pueden bromear en este camino, tal vez no todo está perdido.

Leönard miró hacia el bosque.

—Hasta no ver lo que hay más adelante, no voy a cantar victoria.

El primer aullido llegó desde lo profundo del bosque, a la izquierda.

Largo, agudo, arrastrado.

El caballo se inquietó.

La carreta se sacudió.

Ismark apretó las riendas.

—No pasa nada —murmuró—. Solo son lobos.

Otro aullido respondió desde la derecha.

Más cercano.

Luego un tercero, más adelante.

Y un cuarto, detrás.

No era un coro.

Era un cerco.

—¿“Solo” lobos? —preguntó Sërah—. ¿Cuántos “solo” sobreviven a uno?

Medli giró sobre sí misma, buscando entre los troncos.

—No los veo...

—Ese es el punto —dijo Antares, en voz baja—. Ellos sí nos ven.

Ämroth apretó el paso para ponerse un poco más cerca de la carreta.

—Ismark, ¿cuánto falta para el río?

—Si seguimos sin detenernos, un rato más —respondió él—. El puente está sobre el Ivlis. Si lo cruzamos antes de que anochezca, estaremos un poco más seguros.

—¿De los lobos? —preguntó Draug.

Ismark lo miró sin humor.

—De las cosas peores que los lobos.

Otro aullido.

Más fuerte.

Más cerca.

Leönard levantó la voz.

—Formación: manténganse cerca de la carreta. Nadie se queda solo. Si atacan, protegemos primero a los que no pueden subirse a un árbol.

—Qué alivio —murmuró Sërah—. Ah, ¿a no? ¡Genial!

Medli tragó saliva.

No sabía si podía subirse a un árbol rápido, pero sabía que si lo intentaba en pánico, terminaría estampada contra el tronco.

El camino empezó a descender. Entre los árboles, se escuchaba un nuevo sonido: agua.

No agua tranquila.

Agua que caía desde altura, golpeando rocas.

—Ya casi —dijo Ismark—. El Ivlis está adelante.

La niebla se abrió un poco, como si el valle estuviera otorgando permiso.

Al fondo, entre los troncos, se veía una franja blanca: espuma de río.

Un puente de piedra, viejo y firme, se alzaba sobre el agua. Tenía musgo en las juntas y pequeños trozos caídos en los lados, pero seguía entero. El ruido del agua llenaba el aire con un rugido constante.

Ireena lo miró con alivio y recelo al mismo tiempo.

—¿Siempre ha estado ahí?

—Desde antes de que yo naciera —dijo Ismark—. Y de que mis padres nacieran. Y, probablemente, desde antes de que Strahd hiciera de este lugar lo que es.

Leönard levantó el escudo un poco más.

—No bajen la guardia todavía.

Los aullidos cesaron.

No porque los lobos se fueran...
sino porque ya no necesitaban anunciarse.

Ahora estaban cerca.

Se veía en los ojos del caballo, que rodó las pupilas con terror.

Se oía en el crujido de ramas pisadas alrededor.

Se sentía en la piel, como electricidad.

Antares fue el primero en verlos.

—Ojos —dijo—. A la derecha. A la izquierda. Adelante.

Puntos amarillos, brillando entre la maleza.

Desplazándose.

Acomodándose.

—No corran —ordenó Leönard—. Cruzamos el puente. Ahí tendremos al menos un cuello de botella.

Ismark chasqueó la lengua, apurando al caballo.

La carreta avanzó.

Paso a paso.

Rueda a rueda.

Los lobos los dejaron acercarse.

Los dejaron subir al puente.

Y ahí atacaron.

El primer lobo saltó desde un promontorio de piedra a la derecha, directo hacia Leönard.

Era más grande de lo normal, más flaco, con costillas marcadas y ojos que parecían demasiado inteligentes.

El paladín levantó el escudo. El lobo chocó con él, y el impacto hizo vibrar el brazo entero. La criatura cayó al suelo, rodó y volvió a incorporarse, gruñendo.

Tres lobos más surgieron de entre los árboles, dos por delante del puente, uno por la izquierda.

El caballo relinchó, casi encabritándose.

—¡Sujeta al caballo! —gritó Ämroth.

Antares se lanzó adelante, espadazo limpio al primer lobo que se acercó a la rueda de la carreta. La hoja cortó piel y músculo. El animal chilló y cayó, pero otro ocupó su lugar sin dudar.

—Son demasiados —dijo Sërah, encantada y horrorizada a la vez.

Uno de los lobos se lanzó hacia Medli.

Ella, por instinto, levantó el cuaderno para protegerse, como si fuera un escudo.

Antes de que los colmillos la alcanzaran, una flecha imaginaria de luz salió disparada de sus manos, empujada por puro pánico y algo más oscuro, enterrándose en el costado del animal.

El lobo cayó a un lado, retorciéndose.

Medli se quedó congelada, mirando sus manos.

—Yo... no... quería...

—¡Luego te asustas de ti misma! —gritó Sërah, empujándola hacia el centro de la formación—. ¡Ahora solo sigue viva!

Otro lobo saltó sobre la carreta, directo hacia Ireena.

Ella giró, desenvainó y lo recibió con un corte rápido.

El animal se desplomó a sus pies, resbalando sobre la madera.

Ismark juró en voz baja, tratando de mantener el caballo bajo control.

Draug alzó el bastón, murmurando algo rápido.

Un destello de energía golpeó el suelo delante de los lobos que se acercaban desde el frente, levantando tierra y piedras. No los mató, pero los frenó unos segundos.

—¡Solo necesito medio minuto para preparar algo mejor! —gritó.

—No tenemos medio minuto —respondió Antares, esquivando otro salto y contraatacando con un tajo en el cuello del lobo.

Ämroth, por su parte, avanzó hasta la mitad del puente, cortando el paso.

Alzó sus dos espadas y dejó que la luz lunar se encendiera en ellas, más fuerte que nunca desde que llegaron a Barovia.

—¡Atrás! —ordenó, clavándolas en el suelo de piedra frente a él.

Por un segundo, el brillo se expandió en un pequeño arco, como una pared de luz.

Los lobos que venían de frente se detuvieron, gruñendo, confundidos.

Algo en ellos reconocía esa luz... y no la soportaba.

—Durará poco —advirtió—. ¡Usen ese tiempo!

Leönard no perdió la oportunidad.

Se giró, golpeó con el escudo a uno que intentaba flanquearlo, y con la espada clavó a otro en el costado.

La sangre caliente le salpicó el brazo, pero no aflojó.

Sërah se movía entre los huecos, ligera, rápida, apareciendo detrás de un lobo para hundirle una daga en las costillas, y luego desapareciendo entre sombras.

No era fuerza lo que aportaba, sino precisión. Cada golpe suyo significaba una distracción, una herida que luego Leönard o Antares podían convertir en caída.

Medli recuperó el aire y, temblando, alzó de nuevo las manos.

No sabía cuántas veces podría repetir ese chispazo extraño, pero lo intentó.

Su voz tembló, pero la nota salió firme.

Un segundo estallido de energía golpeó a un lobo que amenazaba con alcanzar a Draug.

El animal cayó al suelo, inmóvil.

Y por un segundo, Medli lo miró fijamente.

La forma en que el cuerpo se relajaba.

La ausencia repentina en los ojos.

Un escalofrío distinto la recorrió.

No de miedo.

De fascinación.

Lo apartó de inmediato, asustada de sí misma.

—Medli —dijo Antares, sin dejar de pelear—. Respira.

No lo dijo con dulzura.

Lo dijo con autoridad.

Y funcionó.

Draug terminó su preparación.

—¡Todos, no se acerquen al borde izquierdo del puente!

Golpeó el suelo con el bastón.

Una descarga de energía sacudió las piedras bajo los lobos que intentaban bordear por ese lado.

El puente no se rompió, pero el temblor fue suficiente para que dos de las criaturas resbalaran y cayeran al río, arrastradas por la corriente.

—Bien —murmuró Ämroth—. Muy bien.

Pero no se acababa.

De entre los árboles, un aullido más profundo resonó.

Más grave.

Más pesado.

Un lobo mucho más grande, casi del tamaño de un caballo, salió de la maleza.

El pelaje gris estaba enmarañado, la boca llena de cicatrices, los ojos brillando con una luz roja tenue.

No era un animal normal.

—Genial —dijo Sërah—. El jefe.

El lobo alfa avanzó hasta el inicio del puente.

Se detuvo un momento, observando la escena.

Sus ojos pasaron por cada uno de ellos.

Se detuvieron un instante más en Medli.

Y luego en Ireena.

Leönard lo notó.

—Quiere a las más vulnerables —dijo en voz baja.

—Pues que lo intente —respondió Ireena, levantando la espada.

El alfa rugió y se lanzó hacia adelante con velocidad brutal.

Leönard corrió para interponerse.

El impacto entre él y el lobo fue como el choque de dos carros.

El escudo se dobló un poco.

El paladín casi perdió el equilibrio, pero se mantuvo en pie.

—¡Ahora! —rugió.

Antares llegó por un flanco, Ämroth por el otro.

La gran espada del Aasimar cortó el costado del animal; la hoja de Antares alcanzó el cuello, pero el lobo se giró y lo golpeó con el cuerpo, lanzándolo contra la baranda del puente.

La madera crujió.

Por un instante pareció que Antares caería al río.

Sërah saltó sin pensar, sujetándolo por el antebrazo.

—Ni se te ocurra morir aquí —soltó entre dientes—. Te falta mucho por sufrir todavía.

—Qué alentador —gruñó él, ayudándose a subir mientras ella lo jalaba.

El lobo alfa se preparaba para saltar otra vez, cuando una daga se clavó en su ojo derecho.

Sërah la había lanzado sin mirar mucho, guiada por puro instinto y rabia.

La criatura aulló de dolor, sacudiendo la cabeza.

La sangre oscura cayó en gotas pesadas sobre las piedras.

—¡Eso es! —gritó Draug.

El lobo alfa se giró hacia la tiefling, furioso.

Se lanzó hacia ella como una flecha.

Antes de que la alcanzara, una figura se interpuso.

Leönard.

El lobo lo embistió por completo, tirándolo al suelo.

Las mandíbulas se cerraron sobre su hombro, atravesando parte de la armadura.

La sangre brotó.

Leönard gritó, pero no soltó el escudo.

En lugar de eso, usó el dolor como ancla.

Con la espada libre, clavó el filo debajo de la mandíbula del lobo, forzando hacia arriba.

Ämroth llegó un segundo después.

Con un grito breve, descargó un golpe limpio al cuello del animal.

El alfa se estremeció.

Se retorció.

Y finalmente, cayó al suelo.

Los demás lobos se detuvieron.

Por un momento que pareció eterno, solo se oyó el agua del río.

Luego, uno a uno, los lobos dieron un paso atrás.

Sus ojos ya no estaban fijos en la sangre, ni en la carne fácil.

Miraban... más allá del puente.

Hacia algún punto en el bosque, en una colina lejana, entre árboles.

Como si escucharan una orden.

Como si alguien hubiera dicho “basta”.

Y sin más, se retiraron.

No huyendo.

Sino marchándose con calma.

Desapareciendo entre los árboles, como sombras que vuelven a su sitio.

El cuerpo del lobo alfa quedó sobre el puente, sangrando.

Nadie habló durante varios segundos.

El primero en moverse fue Draug, que corrió hacia Leönard.

—Déjame ver —dijo, ya rebuscando entre sus cosas.

La mordida era fea, pero no mortal. La armadura había detenido parte del daño, aunque no suficiente.

—He tenido peores —gruñó Leönard.

—Yo no —dijo Draug—. Y no quiero empezar a compararme.

Medli se acercó, nerviosa.

—Puedo... intentar ayudar con algo de magia. No es mucho, pero...

Ämroth le puso una mano en el hombro.

—Haz lo que puedas —dijo—. Aquí, cualquier “no es mucho” puede ser la diferencia.

Ella respiró hondo y posó las manos cerca de la herida, sin tocar la sangre.

Susurró una frase corta.

Una luz suave, cálida, recorrió la zona.

No cerró la herida por completo, pero alivió lo suficiente el dolor como para que Leönard pudiera moverse mejor.

—Gracias —dijo él, sincero.

Medli sonrió apenas, todavía temblando.

Sërah miró el cuerpo del lobo alfa.

—No era normal.

—Nada aquí lo es —comentó Ireena.

Ismark soltó un suspiro largo, aliviado de que el caballo no hubiera salido disparado.

—Eso fue solo el bosque saludando —dijo, sin ironía—. Lo hizo porque sabe que vamos lejos.

Antares se giró hacia la ladera, siguiendo la dirección a la que los lobos habían mirado antes de retirarse.

No vio nada.

Pero sintió algo.

—Él sabe que nos movemos —dijo en voz baja.

—Que lo sepa —respondió Ämroth—. No somos fantasmas. Somos una amenaza.

Sërah resopló.

—Qué valiente suena, si ignoramos el hecho de que casi nos comen en pedazos.

—“Casi” —replicó Leönard, levantándose con un poco de dolor—. Casi es suficiente por hoy.

Cruzaron el resto del puente con más cuidado, pero sin más ataques.

El río Ivlis rugía debajo de ellos, llevándose agua, sangre y quizá algún pedazo de piel de lobo arrastrado por la corriente.

Al otro lado, el bosque parecía menos cerrado.

Las ramas eran más altas, los troncos un poco más separados.

El aire olía distinto.

No a limpio, pero sí a algo más... vivo.

—Estamos cerca del campamento Vistani —dijo Ismark—. Si tienen suerte, Madame Eva estará de buenas.

—¿Y si no? —preguntó Sërah.

Ismark se encogió de hombros.

—Entonces al menos tendrán fuego, música y vino antes de que todo empeore.

Mientras avanzaban, el sonido del río fue quedando atrás.

Y otro sonido empezó a tomar su lugar.

Música.

Lejana.

Lenta.

Con un toque triste, pero no derrotado.

Un violín.

Una voz.

Una risa ocasional.

Entre los árboles, más adelante, se veía un resplandor naranja: fogatas.

Ämroth miró hacia el campamento y luego al grupo.

—Lo que nos digan ahí —dijo— puede cambiar el curso de todo esto.

—O puede no cambiar nada —respondió Sërah—. Pero al menos nos dirán algo que no sepamos ya.

Leönard ajustó de nuevo el escudo.

La mordida dolía, pero no lo detenía.

—Sea lo que sea... lo enfrentaremos juntos.

La carreta siguió avanzando hacia la luz.

La niebla, por un rato, se quedó atrás.

Capítulo 9

CARTAS Y PROFECÍAS

El campamento Vistani parecía un mundo aparte en medio del bosque.

Fogatas encendidas. Carromatos de colores deslavados, pero vivos. Risas, música y voces mezcladas en una lengua que ninguno de ellos reconocía del todo. El aire olía a madera húmeda, vino y algo más: especias, humo de hierbas, recuerdos que no eran suyos.

Después del cruce del Ivlis y la emboscada de los lobos, el calor de aquellas fogatas se sentía casi insultante. Como si el valle quisiera recordarles que aún existían lugares donde la gente cantaba sin llorar.

—No confíen solo porque sonríen —murmuró Sërah, mirando alrededor—. Nadie vive alegre en un lugar así sin tener secretos.

—Todos aquí tienen secretos —replicó Ämroth—. Incluyéndonos.

Un hombre de mediana edad, con chaleco rojo y ojos curiosos, se acercó levantando una jarra.

—¡Bienvenidos, viajeros! —dijo con una sonrisa que mostraba dientes blancos y un poco de vino ya en la sangre—. No todos los días recibimos gente nueva que no esté intentando vendernos miedo o cadáveres.

Ismark levantó la mano como saludo.

—Venimos en paz, Sorin.

—Y con compañía interesante, parece —el Vistani los fue mirando uno por uno—. Armados, cansados, manchados de sangre de lobo, con la mirada de quien ya vio algo que no tenía que ver y aún así siguió caminando. Buenas señales.

Sorin hizo una leve reverencia con teatralidad.

—Mi nombre es Sorin. Bienvenidos al fuego de los que todavía saben reír en Barovia.

La música siguió sonando detrás de ellos: un violín, una flauta, palmas marcando el ritmo. Un par de niños corrían entre carromatos, jugando a perseguir sus propias sombras.

Ireena miró alrededor con algo entre recelo y nostalgia.

—No venía aquí desde hace años —dijo—. Mi padre siempre decía que los Vistani sabían demasiado de todo.

—No sabemos demasiado —corrigió Sorin—. Sabemos lo justo para seguir vivos.

Se giró hacia el grupo.

—Y ustedes... necesitan hablar con Madame Eva.

El nombre cayó como una piedra en el agua.

Las ondas que dejó no se veían, pero se sentían.

—¿Ella ya sabe que estamos aquí? —preguntó Draug.

Sorin sonrió, ladeando la cabeza.

—Ella sabe de ustedes desde antes de que supieran ustedes mismos que iban a venir.

Les hizo una seña hacia el extremo del campamento, donde una tienda más grande, de tela morada y roja, se alzaba a unos metros del fuego principal.

—Vayan. No la hagan esperar. No le gusta repetir visiones.

La tienda de Madam Eva olía a incienso y madera vieja. Dentro, la luz era baja, amarilla, vacilante. Había tapices colgando, mesas pequeñas con velas, frascos con líquidos de colores, máscaras colgadas como rostros adicionales observando desde las paredes.

En el centro, una mesa redonda. Sobre ella, una baraja gruesa de cartas, envueltas en una tela oscura.

La mujer sentada tras la mesa parecía más vieja que el campamento, que el bosque, que el valle. Su rostro estaba surcado de arrugas profundas, pero sus ojos estaban vivos. Demasiado vivos. Observaban no solo el presente, sino algo detrás, por debajo o por encima de él.

—Llegaron —dijo, sin sorpresa, sin sonrisa—. Bien.

Su voz tenía un acento extraño, pero cada palabra era clara.

—Madame Eva —saludó Ismark, inclinando la cabeza—. Traigo a...

—Lo sé —lo interrumpió ella, levantando la mano—. Al hijo del burgomaestre muerto. A la hija marcada. A los seis que no pertenecen a esta tierra.

Sus ojos se posaron en cada uno.

En Leönard.

En Medli.

En Antares.

En Draug.

En Ämroth.

En Sërah.

—Entren —dijo—. Siéntense. El valle ya ha hablado con ustedes. Ahora les toca escuchar a las cartas.

No hubo sillas para todos, pero encontraron cómo acomodarse. Leönard, Ämroth y Antares se mantuvieron más erguidos, preparados, como si una pelea pudiera surgir incluso ahí dentro. Sërah se recargó en un poste, de brazos cruzados, a medio camino entre la puerta y la mesa. Draug y Medli se sentaron más cerca, intrigados, nerviosos.

La baraja estaba frente a ellos.

El aire vibraba alrededor de ella, suave, como si la madera de la mesa respirara.

—¿Qué son esas cartas? —preguntó Medli, en voz baja.

—Historias —respondió Madame Eva—. De lo que fue, de lo que es, de lo que podría ser.

Levantó la baraja con manos temblorosas pero firmes.

—No dicen lo que tienen que hacer. Solo lo que ocurrirá si siguen siendo quienes son.

Miró a Leönard primero.

—Paladín de un dios lejano. Héroe de gente que ya no está aquí. Hombre que no confía ni siquiera en quienes caminan a su lado.

Leönard cerró la mandíbula.

Miró a Medli.

—Niña arrancada del cielo, que mira a la muerte con curiosidad, no solo con miedo.

Medli se encogió en su sitio.

Miró a Antares.

—Cazador que huye de sí mismo. Hombre hecho de heridas viejas y decisiones futuras.

Miró a Draug.

—Hijo de un mundo que no conoce este valle, pero que carga un legado que lo une a los laberintos de otro lugar.

Miró a Ämroth.

—Guerrero que busca redención en tumbas ajenas. Portador de luz prestada en tierras donde la luz es un insulto.

Y finalmente, miró a Sërah.

—Hija de las calles, de la traición y del filo rápido. Corazón que se deja tentar por soluciones fáciles... aunque le cuesten caro después.

Sërah sonrió de lado.

—Qué amable.

Madame Eva no sonrió.

—No estoy aquí para ser amable.

Extendió la baraja.

—Esta lectura no es solo para este viaje —dijo—. Es para todos los caminos que vienen. Para esta noche, y para otras noches en otros mundos, con otros enemigos, pero con los mismos errores persiguiéndolos.

Hubo algo en esa frase que ninguno supo colocar bien.

Una sensación de que lo que había más allá de Barovia... no era mejor. Solo diferente.

—Escuchen —dijo ella—. Y recuerden. Las cartas nunca mienten. Solo son malinterpretadas.

Barajó con movimientos lentos, casi ceremoniales. Las cartas se deslizaban entre sus dedos con un sonido suave. Al terminar, puso la baraja en la mesa.

—Cinco cartas —anunció—. Cinco hilos que se cruzan.

Señaló la primera posición, frente a ella.

—La primera: aquello que guiará su lucha contra la oscuridad de esta tierra.

La segunda, a la derecha—: el aliado que encontrarán cuando estén más cerca de caer.

La tercera, arriba—: la sombra que mira desde más lejos de lo que creen.

La cuarta, a la izquierda—: el precio que uno de ustedes pagará para que los demás sigan adelante.

La quinta, al centro—: la mano que sostiene el destino de más de un mundo.

Nadie respiró muy fuerte mientras ella sacaba la primera carta.

La volteó.

Un dibujo tosco, pero claro: una torre solitaria, con una luz apagada en la cima. Alrededor, murciélagos. Arriba, un cielo lleno de nubes.

—La Torre Arruinada —dijo Madame Eva—.

Sus ojos se posaron un segundo más en Medli y Ämroth a la vez.

—Llegará un momento en que tendrán que subir a un lugar alto, donde la noche se sienta dueña de todo. Allí no encontrarán solo enemigos. Encontrarán un espejo de lo que pueden convertirse si abrazan la oscuridad de esta tierra... en lugar de desafiarla.

Se inclinó apenas hacia Medli.

—Tú verás al dueño de esa torre no solo como monstruo. Lo verás como reflejo. Y esa será la puerta que él intentará usar.

Medli tragó saliva.

Sus manos apretaron el borde de la silla.

—Yo... no... —empezó.

—No te culpes por escuchar —dijo Madame Eva—. Culpa al que te quiera convencer de que tu miedo es amor.

Sus ojos pasaron luego a Ämroth.

—Y tú, portador de espadas de luna, en esa torre verás una fe distorsionada. El eco de lo que una vez fuiste, o pudiste ser. Tendrás que decidir si tu lealtad es a los muertos... o a los vivos que aún puedes salvar.

La carta quedó ahí, como una promesa amarga.

Sacó la segunda.

La volteó.

Una figura con capa roja, coronada, sosteniendo una copa rebosante. Detrás, hilos como si moviera marionetas invisibles.

—El Rey de las Máscaras —anunció—.

Sus ojos se detuvieron en Sërah, sin suavidad.

—En su camino, se cruzarán con un hombre que nunca dirá su nombre verdadero. Un mentiroso experto, sonriente, seductor, que les ofrecerá atajos, pactos y soluciones

perfectas a problemas imposibles.

Golpeó suavemente la carta con el dedo.

—Él no vive en este valle, pero su sombra ya está aquí. Y que no pueda entrar todavía... no significa que no esté mirando.

Miró directamente a Sërah.

—A ti te ofreceré poder cuando lo necesites. Te hablaré como un amigo que te entiende, que celebra tu lado más oscuro, el que haces ver como broma.

Su voz bajó un tono.

—Lo escucharás. Lo considerarás. Y una parte de ti querrá decir que sí.

Sërah sostuvo la mirada de la anciana, fingiendo indiferencia.

—¿Y si le digo que no? —preguntó.

Madame Eva sonrió, pero no con alegría.

—Él tiene paciencia. Y sabe esperar el momento en que digas que sí.

Desvió la vista hacia el resto.

—Recuerden: los aliados que vengan con sonrisas perfectas y contratos bien redactados... casi nunca son aliados.

La carta volvió a la mesa, como un recordatorio de una promesa aún no hecha.

Sacó la tercera.

La volteó.

Una mano esquelética sosteniendo un libro cerrado. El libro tenía un ojo dibujado en la tapa. Detrás, un horizonte lleno de estrellas oscuras.

—El Guardián del Secreto —murmuró Madame Eva, y esta vez su voz fue más grave—.

Sus ojos se perdieron un instante, como si mirara algo que ninguno más podía ver.

—Más allá de este valle, más allá de este plano, hay una mente que observa. Alguien que perdió cosas que nadie debería perder, y que decidió que si él no podía tenerlas, nadie más las merecía.

Draug sintió un escalofrío.

Antares también.

—Su interés no está solo en ustedes —continuó Eva—. Está en el tejido de las historias que pisan. En las decisiones que tomen cuando crean que nadie está mirando.

Su dedo rozó la carta.

—Cuando luchen contra la oscuridad de este valle,

recuerden algo: no es la única oscuridad atenta. Hay ojos que no necesitan cuerpos para ver.

Su mirada se deslizó por el grupo, deteniéndose un segundo en Leönard, otro en Draug, otro en Medli.

—Un día escucharán su susurro. No aquí. No ahora. Pero lo escucharán.

Y cuando eso pase, entenderán que Barovia fue solo la puerta de entrada a algo mucho más viejo.

Dejó la carta en su sitio.

El aire pareció hacerse un poco más pesado.

Sacó la cuarta.

La volteó.

Una figura de armadura astillada, de rodillas, con una espada rota hundida en el suelo. Detrás, otros avanzaban, difusos, como sombras que seguían caminando gracias a ese que se quedaba atrás.

—El Mártir —dijo Madam Eva, sin rodeos—.

Miró a Antares.

Solo a él.

—Hay caminos que solo se abren con sangre —continuó—. Y hay batallas que solo se ganan porque alguien decide perder

algo que no estaba dispuesto a perder.

Se inclinó un poco hacia él.

—A ti te espera una elección. No será aquí. No será con este enemigo.

Sus ojos se estrecharon.

—Será cuando otro que creas conocer muestre su verdadero rostro. Cuando un enemigo que creas derrotado diga su última palabra.

Su voz se ralentizó.

—Ese día, tu muerte —o lo que parezca tu muerte— no será un accidente. Será una decisión.

Antares no dijo nada.

No podía.

La mandíbula se le tensó, los dedos se cerraron un poco sobre la empuñadura de su espada.

—No te diré si ese sacrificio será definitivo —añadió ella—. O si algo... o alguien... intentará usarlo en tu contra después.

Se recargó en la silla.

—Solo te diré esto: no dejes que otros decidan por qué te sacrificas. Si has de caer, que sea por algo que tú aceptas. No por un capricho de los dioses. Ni de los demonios.

La carta del Mártir quedó entre la Torre y el Rey de las Máscaras, como un puente incómodo entre ambos.

Finalmente, Madame Eva tomó una respiración lenta y sacó la quinta carta.

La volteó.

La ilustración era distinta a las demás. Más densa.

Mostraba una figura encapuchada, envuelta en sombras, sosteniendo una guadaña en una mano... y lo que parecía una balanza en la otra.

Bajo sus pies, no había tierra.

Había rostros.

Rostros que no parecían humanos, ni mortales, ni necesariamente vivos.

—El Trono del Ocaso —murmuró Madame Eva, y por primera vez en toda la lectura, sus dedos temblaron un poco —.

Sus ojos se posaron en Ämroth, luego en Draug, luego en Leönard, como si la carta hablara a más de uno, a más de un momento.

—Más allá de esta historia —dijo—, en otro tiempo, en otro conflicto, habrá alguien que reclame para sí el derecho sobre las muertes que ocurren. No un simple vampiro. No un simple demonio.

Sus ojos brillaron con algo cercano al temor.

—Una fuerza que nunca estuvo conforme con el orden que

se le dio. Un “rey” que no se sienta en un castillo, sino en los huesos de quienes han caído por siglos.

Calló un segundo.

La tienda entera pareció contener el aire.

—Lo sentirán de manera fragmentada primero —continuó—. En símbolos, en presagios, en pequeños horrores que parecen aislados.

Miró a Draug.

—En laberintos donde la locura tiene nombre.

Miró a Ämroth.

—En tumbas donde la maldición no fue completamente rota.

Miró a Medli.

—En susurros que hablan de almas que no terminan de irse.

Volvió a mirar la carta.

—Y cuando crean que están luchando solo por este mundo...

Su voz bajó.

—Descubrirán que su guerra atraviesa más de uno. Y que hay manos viejas, manos de dios, manos olvidadas, que quieren usar sus victorias y derrotas como piezas en un juego al que nadie los invitó.

Dejó la carta en el centro.

Las cinco quedaron dispuestas:

La Torre Arruinada.

El Rey de las Máscaras.

El Guardián del Secreto.

El Mártir.

El Trono del Ocaso.

Madame Eva pasó la mano sobre ellas, sin tocarlas.

—Eso es lo que ven las cartas —dijo—. Y es más de lo que suelo mostrar en una sola lectura.

Levantó la vista hacia ellos.

—Pero ustedes no son un grupo normal. Este valle los va a cambiar... pero lo que viene después de este valle depende de cómo salgan de aquí. Y de si salen, claro.

Sërah fue la primera en romper el silencio.

—Muy bonito todo —dijo—, pero... ¿hay algo de esto que nos diga cómo derrotar al vampiro dueño de este lugar? Porque hasta donde yo veo, el cielo sigue gris, las noches siguen largas y nosotros seguimos con la misma cantidad de información práctica de hace dos horas.

Madame Eva sonrió. Esta vez, un poco.

—Eres impaciente. Bien. Eso mantiene a la gente viva.

Tomó un pequeño mazo dentro del mismo tarokka, más reducido.

—Estas cinco cartas hablan de hilos largos, de cosas que van más allá de Strahd.

Alzó el mazo pequeño.

—Estas hablan de él.

Sacó tres cartas rápidas y las puso aparte.

La primera mostraba una espada brillante enterrada en una tumba abierta.

—Busquen la fuerza en los muertos que no se sometieron —dijo—. Hay un arma, un símbolo, un recuerdo dentro de una tumba que él quiso olvidar.

La segunda mostraba a una mujer velada, sosteniendo un libro cerrado frente a un altar.

—Busquen la sabiduría en alguien que lo amó y lo odió al mismo tiempo —añadió—. Una mujer que fue suya y nunca lo aceptó del todo. En sus recuerdos hay grietas que pueden usar contra él.

La tercera mostraba un castillo sobre un acantilado, con rayos golpeando sus torres.

—Y cuando llegue la noche de la decisión —terminó—, lo encontrarán donde siempre ha estado: en la casa que cree que es suya. En la cima de la piedra que cree que lo protege. La anciana lo miró a través de la carta.

—Y si llegan ahí sin haberse roto entre ustedes... la posibilidad de ganar existirá.

Se recargó en la silla, respirando hondo.

—Eso es todo lo que les daré hoy.

El silencio en la tienda se llenó de muchas cosas: miedo, curiosidad, enojo, alivio, incredulidad. Cada uno procesó las palabras de formas distintas.

Leönard parecía más firme, pero preocupado.

No por las cartas sobre Strahd, sino por el Trono del Ocaso y el Mártir.

No le gustaba la idea de que “sacrificio” y “decisión” fueran cosas que otros veían en ellos.

Medli estaba atrapada en la Torre Arruinada.

En la idea de ver al señor de la noche no solo como monstruo, sino como espejo.

Eso la aterraba.

Pero una parte de ella también... lo entendía.

Y eso la asustaba más.

Antares se había quedado clavado en el Mártir.

No en la muerte, sino en la idea de decidirla.

Él, que siempre había visto la muerte como algo que le ocurría a otros, incluso cuando la provocaba.

Draug no podía sacarse de la cabeza el Guardián del Secreto. Esa mano esquelética, ese libro cerrado con ojo en la tapa. Le recordaba demasiado a algo que aún no conocía... pero que ya temía.

Ämroth pensaba en la Torre y en el Trono.

En la idea de fe corrompida y de dioses que jugaban con vidas como si fueran dados en una mesa.

Él, que había dedicado todo a un panteón que pareciera lejano aquí, sentía el peso de esas cartas como una acusación.

Sërah, en cambio, estaba atrapada en el Rey de las Máscaras.

No porque no entendiera lo que decía.

Sino porque entendía demasiado bien el tipo de sonrisa del que hablaba.

—¿Y si quemamos las cartas? —preguntó de pronto.

Madam Eva la miró con una mezcla de paciencia y cansancio.

—Las cartas solo muestran —dijo—. No son la causa.

Señaló su pecho, su cabeza, su mano.

—Lo que hagas con lo que viste, eso sí es tuyo.

Se levantó lentamente.

—Pueden quedarse en el campamento esta noche —añadió—. Habrá comida, fuego y música. No mucha seguridad, pero sí más de la que tendrían en el bosque solos.

Ismark asintió.

—Gracias, Madame Eva.

—No me lo agradezcas —respondió ella—. Ya me pagarás luego.

Lo dijo con un tono que no dejaba claro si era broma o promesa.

Mientras salían de la tienda, uno a uno, Medli fue la última en moverse.

Antes de retirarse, Madame Eva la llamó.

—Niña del cielo —dijo—.

Medli se giró.

—No pienses que estás condenada solo porque una carta dice que verás en la oscuridad algo que te atrae.

La miró con una seriedad casi maternal.

—Ver no es caer. Sentir no es ceder.

Hizo una pausa.

—Pero cuando llegue el momento, recuerda esto: el monstruo que te ofrezca comprensión a cambio de

obediencia no te está haciendo un favor. Solo quiere que confundas consuelo con cadenas.

Medli asintió, con el corazón en la garganta.

—Lo recordaré.

—Espero que sí —dijo Madame Eva—. Porque llegará el día.

La aarakocra salió de la tienda, y el aire de la noche la golpeó con olor a humo y vino.

Afuera, las risas de los Vistani parecían venir de otro mundo.

Alrededor del fuego, la vida seguía.

Alguien tocaba el violín.

Un círculo de hombres y mujeres bailaban, girando despacio, con pasos que tenían algo de celebración y algo de resignación.

Ismark se sentó cerca de la carreta, abrazando una jarra.

Ireena se quedó de pie, mirando las llamas como si buscara una respuesta en ellas.

Leönard se apartó un poco, ajustando la correa de su armadura, probando el hombro donde el lobo lo había mordido.

Antares afilaba su espada en silencio.

Draug escribía notas rápidas en un pedazo de papel, temiendo olvidar algunas frases.

Ämroth giraba uno de sus colgantes entre los dedos, pensativo.

Sërah, por su parte, observaba el fuego en silencio.

Por primera vez en mucho rato, sin hacer bromas.

Medli se sentó cerca de ellos, abrazando su cuaderno.

—¿Creen que... las cartas se vayan a cumplir así, tal cual? —preguntó, con voz baja.

—Las cartas son como los presagios del mar —dijo Ämroth—. Advierten de tormentas. Pero tú decides si sales con un barco roto o con uno en condiciones.

—Y aun así —añadió Draug—, a veces el mar decide hundirte de todos modos.

—Barovia no es mar —dijo Antares—. Es un pozo. Y los pozos no sueltan fácil a los que caen.

Leönard miró a todos, luego al fuego.

—No sé qué tanto creer en lo que dijo —admitió—. Pero sé esto: no vamos a dejar de hacer lo correcto solo porque una vieja nos dijo que el futuro es oscuro.

Sërah soltó una risa corta.

—Qué frase más de paladín.

—Es lo que soy —respondió él.

—Sí —dijo ella—. Para bien y para mal.

Ireena se acercó un poco más.

—Yo no sé qué les espera fuera de este valle —dijo—. Pero sé que si ni siquiera intentamos cambiar lo de aquí... nada de lo demás importará.

Las llamas subieron con una ráfaga de viento.

En algún lugar del bosque, más allá del alcance del fuego, ojos antiguos observaban.

Algunos eran del dueño de este valle.

Otros, no.

Las cartas estaban sobre la mesa.

El juego, en marcha.

Y los héroes, sin entenderlo del todo, ya habían apostado más de lo que creían.

Capítulo 10

LA ENCRUCIJADA DEL AHORCADO

La noche en el campamento Vistani fue la primera en Barovia que no olió solo a miedo.

Olió a humo de fogata, a carne asada, a vino barato y a madera vieja. Hubo risas, canciones, historias exageradas de tiempos mejores y peleas menores por cosas que no importaban. Para la gente del valle, esa noche era igual a otras. Para los seis héroes, fue una pausa rara entre horrores.

Durmieron como pudieron.

Leönard pasó más rato despierto que dormido, la mordida en el hombro recordándole que los lobos siguen teniendo dientes incluso en los sueños.

Antares se quedó dormido sentado contra un carromato, espada apoyada en las piernas, como si temiera soltarla.

Sërah durmió ligero, con una daga bajo la almohada improvisada y otra escondida en la bota.

Draug escribió hasta que la mano le dolió, tratando de dejar en papel lo que Madame Eva había dicho, como si al hacerlo

fuera menos pesado.

Medli se quedó mirando las estrellas un buen tiempo antes de pegar el ojo, preguntándose cuántas se veían igual desde Faërun.

Ämroth, por su parte, se quedó de guardia una parte de la noche sin que nadie se lo pidiera, solo porque el hábito era más fuerte que el cansancio.

Cuando el sol por fin se asomó tímido entre las montañas, no trajo calor, pero sí un poco de luz.

Sorin los despidió con una jarra de vino en la mano y una sonrisa cansada.

—Vallaki está más adelante —dijo—. Sigán el camino y, cuando lleguen a la encrucijada con la horca, sigan la carretera principal.

Hizo una pausa.

—Y si en algún momento el viento les susurra su propio nombre... no respondan.

—Muy tranquilizador —murmuró Sërah.

—No vine hasta acá a que me tranquilizaran —respondió Antares.

Madame Eva no salió de su tienda.

No hizo falta.

La sensación de que los observaba ya era suficiente.

Ismark revisó por última vez la carreta.

Ireena se ajustó la espada, el cabello y el orgullo.

El caballo resopló, como si también supiera que el camino no iba a ser amable.

—¿Todos listos? —preguntó Leönard.

Nadie dijo “no”.

El bosque después del campamento era más callado todavía. La música Vistani se fue apagando detrás de ellos hasta quedar convertida en un eco imposible de seguir. Lo único que se escuchaba era el crujir de la carreta, el viento entre las ramas y, de vez en cuando, algún cuervo que cruzaba de un árbol a otro.

—No pensé que extrañaría el ruido —dijo Medli, abrazándose a sí misma—. Pero sí.

—El ruido te recuerda que hay otros vivos cerca —dijo Draug—. El silencio te recuerda que también hay muertos.

—Gracias, eso ayuda muchísimo —soltó ella, medio en serio, medio en broma.

El camino subía y bajaba con curvas suaves. Árboles altos a ambos lados, troncos grises, hojas apagadas. Algunos parecían enfermos, otros demasiado viejos. Todos daban la sensación de que habían visto cosas que preferían no volver a ver.

Sërah caminaba a la derecha, contando mentalmente las posibles rutas de escape.

—Si algo nos embosca, lo mejor es subir a los árboles —dijo—. No es ideal, pero más difícil que te muerda algo grande con cuatro patas si estás más arriba.

—Yo no sé trepar —respondió Medli.

—Tienes alas, niña.

—¡Sí, pero...! —hizo un gesto nervioso con una de ellas—. No es tan fácil como parece, ¿ok?

Antares, al frente, mantenía la vista fija en la carretera.

—¿Qué tan lejos está la famosa encrucijada? —preguntó.

—Un poco más adelante —respondió Ismark—. No hay forma de no verla.

—Siempre hay forma de no ver algo que no quieres ver —replicó Antares.

Ämroth caminaba junto a la carreta, en silencio. Desde la lectura de las cartas, hablaba menos. No por miedo, sino porque había mucho que acomodar dentro de la cabeza.

Leönard notó el cambio.

—¿Te preocupa algo en particular? —preguntó, sin rodeos.

—Todo —respondió Ämroth, sincero—. Pero nada que pueda resolver ahora.

Miró hacia adelante.

—Cuando llegue la torre, llegarán también las respuestas. O las dudas correctas, al menos.

—Las dudas correctas —repitió Leönard—. Me gusta cómo suena eso.

—No debería —intervino Sërah—. Dudar es caro aquí.

El camino se abrió un poco y, de pronto, los árboles se separaron lo suficiente como para dejar ver el cielo más claro. No era azul. No del todo. Era un gris pálido, casi blanco, con manchas de nubes más oscuras.

Más adelante, la carretera se bifurcaba.

En el centro de la encrucijada, un pequeño montículo de tierra, y sobre él, una horca de madera vieja. La cuerda colgaba quieta, balanceándose apenas con el viento. No

había cuerpo. No había nadie. Solo el poste, la soga y el silencio.

Éste debía ser el lugar del que hablaba Sorin.

—Qué detalle —murmuró Sërah—. Muy acogedor.

Ismark apretó las riendas.

—La carretera principal hacia Vallaki sigue a la derecha —indicó—. El otro camino lleva hacia el molino viejo... y hacia más problemas de los que podemos permitirnos ahora.

Ämroth miró la horca con el ceño fruncido.

—¿La usan todavía?

—A veces —dijo Ireena—. Para criminales. O para chivos expiatorios.

Su voz bajó.

—O para gente que el pueblo decide culpar por cosas que no entiende.

Draug tragó saliva.

—No quiero saber qué tipo de cosas.

—Los que cuelgan aquí no siempre son los peores —avanzó Ireena—. A veces solo son los más visibles.

El grupo empezó a rodear el montículo, manteniendo la carreta en camino hacia la derecha.

Fue entonces cuando Antares se detuvo.

Algo estaba mal.

El aire, de pronto, le supo a hierro.

A sangre seca.

—¿Qué pasa? —preguntó Leönard.

Antares no respondió.

Estaba mirando la horca.

Los demás veían lo mismo que antes: poste, soga vacía, madera envejecida.

Antares no.

Él veía un cuerpo colgando.

El suyo.

La armadura parecida, aunque algo más dañada.

La espada que reconocía, colgando sin fuerza de la mano.

El cuello torcido, los ojos abiertos, sin luz.

La lengua hinchada, un hilo de sangre seca en la barbilla.

Por un segundo, el mundo se estrechó a eso.

A esa imagen.

El viento dejó de sonar.

El ruido de la carreta se fue lejos.

Todo fue la figura colgando de la cuerda.

El Antares colgado lo miraba desde arriba.

Sin moverse.

Sin parpadear.

El Antares vivo dio un paso atrás, como si alguien le hubiera tirado del pecho.

—... no —susurró.

—¿Antares? —la voz de Medli sonó lejana—. ¿Qué ves?

Él no respondió.

Su mano buscó la empuñadura por reflejo.

La agarró fuerte.

Muy fuerte.

Como si soltarla significara aceptar algo.

El ahorcado seguía ahí.

No un desconocido.

No un criminal ajeno.

Él.

El mismo rostro al que no estaba acostumbrado a mirar demasiado tiempo en los pocos momentos frente a un espejo.

Las mismas cicatrices en la ceja.

La misma mandíbula tensa incluso en la muerte.

—Antares —repitió Leönard, acercándose—. ¿Qué pasa?

El guerrero no apartó la vista.

—Ese soy yo —dijo, con voz baja, como si le costara sacarla

—. Colgado.

Tragó saliva.

—Ahí.

Los demás miraron de nuevo la horca.

La vieron igual que antes.

Vacía.

Sërah frunció el ceño.

—No hay nadie.

—Lo veo —insistió Antares.

No sonaba histérico.

Sonaba seguro.

Y eso lo hacía peor.

—Soy yo. Muerto.

Ämroth dio un paso hacia la horca, en dirección opuesta a Antares.

—Antares —dijo con calma—. Yo solo veo la soga.

Su voz no tenía burla ni duda.

Solo constatación.

—Lo que ves es para ti.

Draug tragó saliva.

—Una ilusión, tal vez. Un truco. Una... ¿visión?

Leönard no retiró la mano de la empuñadura, pero miró a Antares con seriedad.

—¿Se mueve?

Antares negó lentamente.

—No.

Hizo una pausa.

—Solo cuelga. Y me mira.

Medli se acercó un poco, con paso lento, como quien se acerca a una herida.

—Si es una visión... —dijo, con voz suave— entonces alguien quiere que la veas.

Su mente recordó la carta del Mártir.

Se le revolvió el estómago.

—Tal vez... tal vez quiere que creas que tu final ya está escrito.

—Eso es lo que hacen aquí —intervino Ireena—. Te muestran tu muerte. O una de muchas. Para que empieces a creer que no importa lo que hagas.

Sërah escupió a un lado.

—Qué obsesión tiene este lugar con decidir cómo vamos a morir, ¿no?

Antares soltó el aire, despacio.

La imagen seguía ahí.

No se borraba.

No se desvanecía.

No cambiaba.

—No voy a morir así —dijo de pronto.

Fue una declaración. No un deseo.

La figura colgando, por supuesto, no respondió.

Leönard se colocó a su lado, sin mirar la horca.

—Aunque lo hicieras —dijo—, no sería porque este valle lo dijo.

Lo dijo con una seguridad que no se explicaba del todo.

—Nadie escribe nuestro final por nosotros.

Antares tensó la mandíbula.

—Eso díselo a los dioses.

—Te lo digo a ti —respondió Leönard, firme—. Porque eres el que está vivo.

Hubo un silencio extraño.

La horca crujió con el viento.

Y entonces, como si alguien hubiera cerrado un libro, la imagen desapareció.

Solo volvió a haber poste.

Soga.

Madera vieja.

Antares parpadeó un par de veces.

Respiró hondo.

Miró su propia mano en la empuñadura.

Seguía temblando un poco.

—¿Ya? —preguntó Sërah.

—Ya —respondió él.

—¿Qué viste? —insistió Medli, suave.

Antares dudó.

Podría decir “nada”.

Podría decir “no importa”.

Pero Madame Eva ya había hablado del Mártir.

Ya había visto su propio cuerpo colgando de una soga que no existía.

Mentirle al grupo ahora sería darle la razón a la carta.

—Me vi muerto —dijo, al final—. Colgado aquí.

Alzó la vista hacia la horca.

—Y no quiero que eso se cumpla.

Miró a los demás.

—Y si algún día pasa... que no sea por haber aceptado este tipo de mensaje.

Leönard asintió, satisfecho con esa respuesta.

Ämroth miró un momento la soga.

—Este valle se alimenta de imágenes como esa —dijo—. Lo que vio Antares es lo que Strahd quiere que pensemos: que da igual cuánto luches, vas a terminar colgando de algún lado.

—Pues que se trague sus visiones —dijo Sërah—. Yo no pienso darle ese placer.

Draug respiró hondo, aliviado.

—Sigamos —propuso—. Cuanto más tiempo estemos aquí parados, más le damos espacio a lo que sea que hizo esto.

Ismark asintió.

—Tiene razón. Vallaki no va a venir hacia nosotros.

Tomaron el camino de la derecha, dejando la horca atrás.

El poste quedó a sus espaldas, pequeño, torcido, recortándose contra el cielo gris.

Poco a poco se perdió entre árboles y niebla.

Antares caminó un rato en silencio.

Medli se acercó unos pasos, insegura.

—Si... quieres hablar de lo que viste... —dijo—. Puedo escuchar. No prometo decir algo sabio, pero... puedo escuchar.

Antares la miró de reojo.

—No hay mucho que decir —respondió—. Vi mi cuerpo. Se encogió de hombros.

—No es la primera vez que me imagino muerto. Solo es la primera vez que el valle me ayuda a visualizarlo.

—Aun así... —insistió ella—. No estás solo.

Se detuvo un segundo, dudando.

—Ninguno de nosotros lo está.

Él se quedó pensando en esa frase.

—Eso es lo que me preocupa —dijo al final.

Medli frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque cuando no estás solo, tu muerte tampoco es solo tuya.

La aarakocra tardó un momento en entender.

Cuando lo hizo, le dolió un poco el pecho.

—Entonces asegúrate —dijo con más firmeza de la que esperaba de sí misma— de que, si algún día decides algo así... no sea por rendirte.

Lo miró directo.

—Y que tampoco sea para cargar tú solo con algo que podríamos cargar entre todos.

Antares la sostuvo con la mirada unos segundos más.

Luego, muy leve, asintió.

—Lo tendré en cuenta.

El resto del día transcurrió con menos sobresaltos, pero con la sensación de que la horca seguía colgada en la memoria de todos, aunque solo uno la hubiera visto completa.

El bosque continuó, el camino siguió, los cuervos los acompañaron a ratos.

Cuando el sol empezó a caer, el aire se volvió más frío.

La niebla volvió a hacerse más densa, como si el valle jalara las sombras hacia sí al ver la noche acercarse.

Ismark miró el cielo.

—No llegaremos a Vallaki antes de anochecer —dijo, incómodo—. Pero hay un claro más adelante donde podemos montar un campamento rápido. Es mejor eso que seguir a oscuras en la carretera.

—Si nos atacan en la noche... —dudó Draug.

—Si nos atacan en la noche en medio del camino, será peor —respondió Ismark—. Al menos en un claro podremos ver desde dónde viene el golpe.

Leönard asintió.

—Tomaremos turnos de guardia. Como siempre.

—Como siempre —repitió Ämroth, con un dejo de rutina vieja en la voz.

Sërah bostezó.

—Yo tomo el segundo turno —dijo—. No me sé dormir de corrido de todas formas.

—Yo el primero —añadió Antares.

—Yo el último —ofreció Ämroth.

Medli levantó la mano.

—Puedo quedarme con alguno de ustedes. No quiero dormir toda la noche. No... después de lo de las cartas.

Draug asintió.

—Yo también.

Leönard miró a Ireena.

—Tú e Ismark duerman lo más que puedan —dijo—. Mañana necesitarán fuerzas.

Ireena abrió la boca para protestar, pero se detuvo.

Luego asintió.

—Está bien. Pero si algo pasa, no esperen a despertarme con delicadeza.

Nadie lo haría.

Esa noche no hubo música.

No hubo cartas.

No hubo fuego Vistani.

Solo una fogata pequeña, el murmullo lejano del bosque, y la presencia constante de un valle que parecía esperar que alguien diera un paso en falso.

En algún punto de la noche, mientras Antares estaba de guardia, escuchó un crujido leve de ramas no muy lejos.

Llevó la mano a la espada, pero no la desenvainó.

—Ya sé que estás ahí —dijo, mirando hacia la oscuridad—. No necesito verte.

Nadie respondió.

Pero, por un segundo, juraría que la niebla se movió como si alguien sonriera detrás.

No pudo evitar mirar hacia atrás, en dirección a donde quedaba la horca, muy lejos en la carretera.

La imagen de su cuerpo colgando volvió por un instante.

No como visión del valle.

Como recuerdo.

La empujó hacia abajo.

—No —murmuró—. No hoy.

El bosque guardó silencio.

En la fogata, las brasas chispearon un poco.

Y el valle, paciente, esperó.

Capítulo 11

LAS MURALLAS DE VALLAKI

El amanecer llegó sin colores.

Solo un gris un poco más claro que el de la noche, filtrándose entre las ramas. El frío seguía ahí, pegado a los huesos, y el olor a humo de la fogata apagada recordaba que, aunque habían dormido, el descanso nunca era completo en ese valle.

Leönard fue el primero en levantarse. No porque hubiera dormido bien, sino porque su cuerpo estaba acostumbrado a ser el que se ponía de pie aunque el resto gritara que no. Probó el hombro mordido por el lobo: dolía, pero respondía. Suficiente.

Ämroth, sentado sobre una roca, ya estaba despierto desde antes. Había visto la noche irse poco a poco, la forma en que la niebla cambiaba de tono cuando el sol intentaba asomarse. Sus espadas descansaban a su lado, brillando apenas con la luz tenue.

Antares se había dormido apoyado contra un tronco, con la mano todavía cerca de la empuñadura de la espada. Despertó de golpe, sin transición, como si el sueño hubiera sido una trampa que no quería admitir.

Sërah rodó sobre la manta improvisada y abrió los ojos con gesto cansado.

—Si alguien me dice “buenos días”, lo apuñalo —advirtió, sin maldad pero sin mucha broma tampoco.

—Estás de mejor humor que anoche —murmuró Draug, guardando con cuidado unos pergaminos doblados.

Medli se incorporó lentamente, sacudiéndose las plumas. Había soñado con cartas, con torres, con un castillo que respiraba, con una voz que le ofrecía comprensión envuelta en sombras. Despertar no la libró del peso de esas imágenes.

Ismark apagó los últimos restos de la fogata con tierra.

—Si nos movemos ya, podríamos ver Vallaki antes del mediodía —dijo—. Entrar no será tan simple, pero verlo... ayuda.

—Verlo es mejor que seguir imaginándolo —añadió Ireena, ajustándose el cinturón y la espada—. Aunque, para ser honesta, no esperen maravillas.

El camino continuó, serpenteando entre árboles que parecían menos enfermos que los de la zona cercana al pueblo de Barovia, pero igual de cansados. El aire estaba un poco más fresco, y por momentos se escuchaba algo que parecía casi... normal.

El piar de un pájaro.

Una ráfaga de viento entre hojas secas.

El crujido de ramas sin que eso significara necesariamente un monstruo.

—Se siente distinto —comentó Medli, mirando arriba—. No mejor. Pero distinto.

—Aquí Strahd no necesita gritar tanto —explicó Ismark—. Vallaki tiene sus propios métodos para mantener a la gente ocupada.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Sërah.

Ireena suspiró.

—El barón que gobierna ahí tiene una idea muy particular de cómo “proteger” a su gente —dijo—. Cree que si todos son felices todo el tiempo, ningún mal puede entrar.

Sërah se rió sin humor.

—¿Feliz? En Barovia. Claro. ¿Y cómo hace eso, les reparte vino gratis?

—No —respondió Ireena—. Organiza festivales.

Draug alzó las cejas.

—¿Festivales?

—“La Fiesta del Lobo Sonriente”, “El Día del Sol Brillante”, “La Marcha de las Flores”—enumeró ella—. Un evento tras otro. Obligatorio.

Hizo una mueca.

—Si no sonríes, sospechan de ti.

Leönard frunció el ceño.

—Convertir la alegría en obligación suena a otro tipo de cárcel.

—Lo es —dijo Ismark—. Pero con música. Y linternas.

Conforme avanzaban, el bosque empezó a abrirse. Los árboles se hicieron menos densos, y la niebla, aunque presente, se volvió más delgada. El camino subió una pequeña colina y, al llegar a la cima, la vieron.

Vallaki.

No era una ciudad enorme, pero comparada con el pueblo de Barovia parecía casi una fortaleza. Una empalizada de troncos gruesos rodeaba todo el asentamiento, con puntas afiladas arriba y fosos poco profundos al frente. Había torres de vigilancia de madera en algunos puntos, con figuras armadas recortadas contra el cielo pálido.

Del interior se alzaban techos de casas, chimeneas humeantes, y, más hacia el centro, la silueta de una iglesia y una mansión algo más alta que el resto. Banderines descoloridos colgaban de algunos postes fuera de la muralla, con mensajes pintados con caligrafía descuidada:

“¡TODO ESTARÁ BIEN!”

“LA ALEGRÍA ES NUESTRO ESCUDO”

A Medli le recorrió un escalofrío.

—No me gusta —susurró.

—A mí tampoco —dijo Draug—. Es... demasiado.

Sërah leyó los letreros en voz alta, ladeando la cabeza.

—“Todo estará bien”. Nada dice “todo está mal” como repetir lo contrario en cada pared.

El caballo resopló, incómodo.

Leönard ajustó el escudo.

—Bueno. Vamos a ver qué tan “bien” está todo.

La puerta principal de Vallaki era un portón doble de madera reforzada, con barras de hierro por dentro. Frente a él, una pequeña plataforma y dos guardias armados con lanzas y ballestas daban la impresión de rutina más que de verdadera disciplina. Sin embargo, sus ojos estaban despiertos. Nadie sobrevivía siendo tonto en Barovia.

—Deténganse ahí —ordenó uno, levantando la mano cuando la carreta se acercó.

Ismark alzó las riendas para detener al caballo.

—Somos viajeros —dijo el hijo del burgomaestre—. Venimos desde el pueblo de Barovia. Traemos a Ireena Kolyana. Buscamos refugio.

El guardia frunció el ceño.

—¿La hija del viejo Kolyan?

Ireena se adelantó ligeramente, con postura firme.

—Sí.

Los dos guardias intercambiaron una mirada. El segundo escupió hacia un lado.

—Eso no nos va a traer problemas... ¿verdad?

—Ya tienen problemas —replicó Sërah—. Solo venimos a sumarnos a la lista.

Leönard le lanzó una mirada de advertencia.

El guardia la miró de reojo, como calibrando si valía la pena sentirse ofendido.

—El barón no quiere más alborotadores —dijo—. Hubo unos hace poco. Gente que venía con grandes promesas, y solo trajeron más miedo. Fuegos en las noches. Gritos. Cosas raras.

Señaló con la barbilla hacia atrás.

—¿Piensan quedarse mucho?

—Lo suficiente para llevar a Ireena a un lugar seguro —respondió Leönard—. Y luego... veremos.

—“Veremos” —repitió el guardia, como si no le gustara la palabra.

Observó mejor a cada uno: las armas, las armaduras, las caras de no haber nacido en Barovia.

—No parecen campesinos. No parecen mercaderes. No parecen Vistani.

—Somos aventureros —dijo Antares, sin adornos.

El guardia resopló.

—Aquí los aventureros terminan igual que todos: en una tumba, en la horca o en la taberna llorando. A veces las tres cosas.

Al final, el otro guardia —un hombre más joven, con menos ganas de discutir— hizo un gesto.

—El barón prefiere forasteros dentro de las murallas que vagando cerca. Menos excusas para decir que “atraen el mal”. Déjenlos entrar.

El primero dudó unos segundos más.

Luego asintió.

—Está bien. Pero una advertencia: en Vallaki están... las reglas del barón. Hay fiestas. Hay desfiles. Hay sonrisas obligatorias. No se metan en problemas con eso y nadie los fastidiará más de lo necesario.

—¿Y si no sonreímos? —preguntó Sërah.

—Entonces no respondan cuando pregunten quién vive en tu tumba —contestó el guardia, con una media sonrisa cansada.

La respuesta no fue tranquilizadora, pero sí honesta.

Las puertas se abrieron con un rechinido largo.

Un olor a humo, pan viejo y humanidad contenida los recibió.

Entraron.

El interior de Vallaki era más ruidoso que el pueblo de Barovia, pero el ruido no era de alegría. Era de rutina forzada.

Gente cargando leña.

Niños ayudando a sus padres en puestos de mercado medio vacíos.

Perros flacos husmeando entre los callejones.

Una mujer regañando a alguien por no barrer bien la entrada.

En la plaza cercana a la puerta había una fuente seca y un par de carteles clavados en postes, con dibujos toscos de una figura con capa y colmillos exagerados, tachada con una cruz.

Encima, la frase:

“¡NINGÚN DIABLO PODRÁ CON LA FELICIDAD DE VALLAKI!”

Más adelante, en una esquina, un hombre estaba encerrado en un cepo de madera. Tenía la cabeza encajada, las manos atrapadas, y un par de orejas de burro de papel pegadas al cabello con cuerda. Lo peor no era eso.

Lo peor era la máscara.

Una máscara de madera, con una sonrisa enorme, ridícula, pintada.

Atada a su cabeza, obligándolo a “sonreír” aunque sus ojos, rojos de cansancio, indicaban de todo menos alegría.

Medli se quedó mirándolo, impactada.

—¿Qué...? —empezó.

Ireena se detuvo también.

—Castigo del barón —explicó en voz baja—. “Por no participar con entusiasmo en la celebración del Día del Sol Brillante”.

El hombre en el cepo los miró como pudo a través de la máscara.

Sus ojos se encontraron con los de Leönard por un segundo.

No pidió ayuda.

No dijo nada.

Quizá porque sabía que, en ese momento, ayudarlo solo significaría empeorar sus problemas.

Leönard apretó el puño.

La injusticia le hervía en la sangre... pero también sabía leer un campo de batalla.

Esto no era un rescate.

Esto era un aviso.

—Este lugar está jodido de una forma distinta —dijo Sërah, con el ceño fruncido—. En Barovia al menos no fingían.

—Aquí fingen para no quebrarse —respondió Ireena—. O porque piensan que sonreír lo arregla todo.

Suspiró.

—O porque tienen miedo al barón casi tanto como a Strahd.

Draug miró alrededor, tomando notas mentales.

—¿Y quién es este barón exactamente?

Ismark respondió, guiando la carreta hacia la calle principal.

—Vargas Vallakovich. Hijo de un linaje que lleva tiempo gobernando esta ciudad. Cree que su misión es mantener a Vallaki “feliz”. Dice que mientras haya alegría, el Diablo no puede entrar.

—Eso no es cómo funciona nada —dijo Draug.

—Díselo a él —respondió Ismark—. Si te escucha, te manda al cepo por “pesimista”.

Mientras avanzaban por las calles empedradas, la gente los miraba de reojo. Algunos con curiosidad, otros con miedo, otros con una chispa de algo que se parecía a esperanza y que desaparecía en cuanto alguien más los veía.

En una pared, un grupo de mujeres pegaban flores secas y lazos de colores apagados. Preparaban algún tipo de arco decorativo.

—¿Qué festejo toca ahora? —preguntó Sërah.

Ireena leyó uno de los carteles recién clavados:

“FESTIVAL DEL LOBO SONRIENTE — ¡TODOS SON BIENVENIDOS!

¡TODOS DEBEN ASISTIR!”

—Supongo que ese —respondió, con una media sonrisa cansada.

—No me gusta la parte de “deben” —comentó Medli.

—A nadie le gusta —dijo Ämroth—. Pero funciona para que al menos hagan el intento.

Ismark dirigió al caballo hacia una avenida más ancha.

—Primero la posada —dijo—. No vamos a ir directo a hablar con el barón, no todavía. Necesitamos un lugar donde pensar, dormir bajo techo y escuchar qué se dice en esta ciudad.

Leönard asintió.

—¿Conoces alguna confiable?

Ireena respondió por él.

—La **Posada del Agua Azul**. Al menos antes era un lugar donde la gente podía hablar sin que todo terminara en gritos o en arrestos.

—Suena perfecto —dijo Sërah—. Igual nada puede ser peor que la Death House. ¿No?

Nadie contestó.

Porque todos sabían que sí, claro que podía.

En el camino hacia la posada pasaron frente a una iglesia distinta a la de Barovia. Menos vieja, menos rota, pero con bancos vacíos visibles a través de la puerta entreabierta. Un par de velas encendidas dentro luchaban contra la penumbra.

—La iglesia de San Andral —indicó Ismark—. Si hay un lugar en Vallaki donde la fe todavía respira, es ahí.

Bajó un poco la voz.

—Si Strahd no la ha apagado del todo aún.

Leönard se detuvo un instante a mirarla.

Sintió algo... raro.

No como en la iglesia del pueblo de Barovia, donde había dolor viejo.

Aquí había... algo incompleto.

Como una pared con un ladrillo faltante.

Lo apuntó mentalmente.

—Luego —dijo—. Primero la posada.

Draug también miró la iglesia, pensativo, sin saber por qué algo en esa construcción le llamaba tanto la atención.

La Posada del Agua Azul tenía un letrero de madera con un molino pintado y un par de pájaros volando sobre un lago. El dibujo estaba gastado, pero la idea se entendía. De dentro salían voces, el aroma de comida caliente y el sonido reconfortante de platos siendo acomodados.

—Suena a civilización —dijo Sërah.

—Suena a que cobran caro —añadió Antares.

Ismark detuvo la carreta.

—Aquí mejor no hablar del barón. Ni de Strahd. No abiertamente —advirtió.

Entraron.

El interior estaba iluminado con velas y un par de lámparas de aceite. Había varias mesas, algunas ocupadas por campesinos, cazadores, un par de figuras que parecían mercaderes y uno que otro hombre con cara de haber bebido demasiado y dormido poco.

Detrás de la barra, un hombre robusto, de cabello oscuro y mirada cansada pero aguda, los vio entrar. Secó una jarra con un trapo y levantó la barbilla en señal de saludo.

—Bienvenidos al Agua Azul —dijo—. Si buscan problemas, vayan a la calle. Si buscan cama y comida, hablen conmigo.

Ismark sonrió un poco.

—Buen día, Urwin. Necesitamos habitaciones. Y algo caliente de comer.

Se giró para indicar a los demás.

—Traigo compañía.

El tabernero —Urwin— midió al grupo con una sola mirada.

—Traes demasiada compañía —dijo—. Pero tienen cara de haber hecho amigos con los lobos, así que supongo que lo acepto.

Leönard dio un paso al frente.

—Pagaremos lo justo. No buscamos pleitos.

Urwin se encogió de hombros.

—Aquí los pleitos nos encuentran solos. Pero se agradece la intención.

Señaló con la mano.

—Dos habitaciones arriba. Pueden repartirse como quieran. La comida la traigo en cuanto tenga algo que no parezca suela de bota.

Mientras se acomodaban en una mesa grande, Medli notó algo curioso: varios cuervos en el alféizar exterior de una ventana. Estaban quietos, mirando hacia adentro, como si observaran no solo por curiosidad. Uno de ellos ladeó la cabeza justo cuando ella lo miró.

—Aquí también... —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Draug.

—Nada. Solo que... los cuervos no nos han perdido la pista —dijo, inquieta.

Ämroth se sentó con la espalda hacia la pared, vista hacia la puerta y al resto del salón. Costumbre.

Sërah, por su parte, escaneó el lugar con ojos entrenados: rutas de salida, quién parecía estar armado, quién los miraba demasiado, quién hacía esfuerzo por no mirar.

Había un hombre de cabello blanco, largo, sentado solo en una mesa cercana a la chimenea, con una libreta frente a él. Vestía ropa más colorida que el resto: chaleco llamativo, capa de viaje y un sombrero apoyado a un lado. Parecía un bardo... o alguien que quería parecer bardo.

Sus ojos se cruzaron un segundo con los de ella.

Sërah desvió la mirada con naturalidad.

—Bueno —dijo Antares, apoyando los antebrazos en la mesa—. Estamos dentro. Tenemos techo, comida en camino y una ciudad que cree que puede ahuyentar al Diablo con festivales.

Miró a los demás.

—¿Cuál es el plan?

Leönard respiró hondo.

—Plan simple:

Uno, asegurarnos de que Ireena esté a salvo aquí.

Dos, entender qué pasa con esta ciudad.

Tres, buscar cualquier ventaja que podamos usar contra Strahd.

—Y cuatro —añadió Draug, levantando un dedo—: no morir.

—Cinco —sumó Sërah—: no terminar en el cepo con orejas de burro.

Medli hizo una mueca al recordar al hombre de la plaza.

—Seis: no olvidar que lo que dijo Madame Eva no es una condena... pero tampoco un juego.

Ämroth asintió, serio.

—Y siete —cerró Antares—: no dejar que este lugar decida quiénes vamos a ser cuando salgamos de aquí. Si es que salimos.

Ireena los escuchaba, callada.

Ismark también.

Por primera vez desde que los conocieron, sus rostros mostraban algo más que cansancio: mostraban un poco de... confianza.

Urwin llegó con platos de comida sencilla: estofado, pan, algo tibio con sabor real. No era un banquete, pero después

de la Death House, del entierro, de la carretera, del puente y de los lobos, parecía un premio.

Mientras comían, las voces de la posada siguieron su curso. Risas bajas, comentarios sobre el próximo festival, chismes sobre el barón, sus guardias, su esposa, el hijo raro que casi nadie veía.

Y, entre esos murmullos, un par de palabras se repetían más que otras:

“huesos”,
“iglesia”,
“protección”.

Draug alzó la cabeza.

—¿Escucharon eso? —preguntó en voz baja.

Leönard también lo había notado.

—Algo de la iglesia —dijo—. Y de huesos.

Ismark frunció el ceño.

—Si los huesos de San Andral... —empezó, pero se detuvo.

Ireena lo miró.

—¿Qué pasa con los huesos?

El hijo del burgomaestre bajó la voz, acercándose.

—En Vallaki se dice que la iglesia está protegida porque guarda una reliquia: los huesos de un santo. Mientras estén ahí, el lugar es un refugio donde el Diablo no puede entrar.

Sus ojos se endurecieron.

—Si algo le pasa a esos huesos... esta ciudad va a dejar de ser refugio.

La mesa se quedó en silencio.

Leönard miró hacia la puerta, en dirección a la iglesia que habían visto al pasar.

—Entonces ya tenemos por dónde empezar —dijo.

Medli sintió un escalofrío nuevo.

No de miedo.

De certeza.

Barovia no iba a darles descanso.

Solo nuevas tareas.

Y las murallas de Vallaki, con sus letreros de “TODO ESTARÁ BIEN”, no eran un muro contra el mal.

Solo contra la verdad.

Capítulo 12

LOS HUESOS DE SAN ANDRAL

La mañana en Vallaki tenía un sabor distinto al pueblo de Barovia.

No era mejor, pero era diferente.

Había ruido.

Pasos. Voces. Golpes de martillo. El murmullo de una ciudad que insistía en seguir con su rutina aunque el cielo siguiera siendo un techo de plomo.

En la Posada del Agua Azul, el olor a pan tostado y estofado recalentado se mezclaba con el de humo y vino seco. El murmullo de los clientes empezaba a crecer, mientras algunos terminaban de desayunar y otros apenas despertaban de una borrachera que nunca había sido agradable, solo necesaria.

Leönard bajó primero, con el hombro algo entumido pero mejor que la noche anterior. El descanso, la curación de Medli y algo de comida caliente habían hecho su trabajo. No se sentía bien, pero se sentía funcional. Era suficiente.

Urwin, detrás de la barra, asintió al verlo.

—Pareces menos muerto —comentó—. Eso, aquí, ya es cumplido.

—Supongo que gracias —respondió el paladín, tomando asiento en una mesa.

Ämroth llegó poco después, ya con las espadas a la espalda y el cabello recogido. Llevaba esa expresión entre alerta y calma que usaban los veteranos cuando, por dentro, contaban las salidas de cada lugar sin pensarlo.

Antares se dejó caer en la silla frente a ellos, con un suspiro que no confesaba exactamente cansancio, pero sí peso.

—¿Dormiste algo? —preguntó Leönard.

—Lo suficiente para seguir vivo —contestó.

Sërah bajó casi bailando, pero el brillo en los ojos no era de alegría, sino de costumbre: mostrarse ligera en lugares donde el aire pesaba demasiado.

—Soñé con orejas de burro y festivales —dijo, sentándose—. Creo que ya me está afectando este lugar.

Draug apareció cargando el cuaderno, con ojeras marcadas pero una chispa curiosa aún ahí.

—Tomé algunas notas ayer —dijo, sentándose también—. La forma en que hablan del barón, de los festivales, de... los huesos de la iglesia. Todo tiene el mismo patrón: nadie dice nada directamente, pero todos insinúan cosas como si tuvieran miedo de que las paredes escucharan.

—Aquí las paredes escuchan —respondió Urwin, dejando platos delante de ellos—. Y a veces repiten.

Medli bajó la última, seguida de cerca por Ireena e Ismark. La aarakocra sujetaba su cuaderno como si fuera escudo.

—Los cuervos siguen en la ventana —murmuró—. Desde que desperté.

Urwin no dijo nada, pero la mirada se le endureció por un segundo.

Luego sonrió como si no hubiera escuchado.

—Coman —dijo—. El estómago vacío escucha más voces de las que debe.

Hablaron poco mientras desayunaban. Las conversaciones alrededor llenaban el espacio: chismes del festival del Lobo Sonriente, que se acercaba; quejas sobre el barón; teorías sobre si las “bendiciones” de la ciudad seguirían funcionando por mucho.

La palabra “bendiciones” iba casi siempre pegada a la palabra “huesos”.

—Tenemos que ir a la iglesia —dijo Leönard al final, dejando la cuchara sobre el plato—. Ahora.

Ämroth asintió.

—Lo sentí desde que pasamos ayer —admitió—. Es como si faltara algo en el aire. Como si la fe de la gente estuviera colgada de un clavo que alguien acaba de quitar.

Ismark apoyó los codos en la mesa.

—Si los huesos de San Andral ya no están donde deben estar... nadie lo va a decir en voz alta —explicó—. El barón no quiere pánico. Y el sacerdote tiene miedo de que la ciudad entre en histeria.

—Pero sí lo dicen en voz baja —añadió Draug—. En la posada. En el mercado. Entre murmullos.

—Y eso es igual de peligroso —dijo Ireena—. Porque el miedo no dicho se pudre.

Sërah jugueteó con una migaja de pan.

—Entonces... ¿vamos, preguntamos “hola, buenas, le robaron los huesos al santo” y vemos qué pasa?

—Más o menos —respondió Leönard—. Pero con menos sutileza.

—Por supuesto —bufó ella.

Medli miró a los demás.

—Yo quiero ir —dijo—. A la iglesia. No sé por qué, pero... siento que debo.

Nadie discutió.

Salir a las calles de Vallaki de día era distinto a llegar por primera vez.

Ahora podían ver mejor los detalles: las caras cansadas, las sonrisas rígidas, las decoraciones forzadas. Los preparativos para el festival llenaban las esquinas de listones, flores marchitas y carteles.

“¡LA RISA ES LA MEJOR DEFENSA!”

“¡TODO ESTARÁ BIEN!”

Nadie parecía reír de verdad.

Un niño pasó corriendo con una máscara de lobo pintada en madera barata. Su madre lo siguió a unos pasos, con la mirada nerviosa pegada a cualquier guardia cercano.

Los héroes avanzaron en silencio, atravesando la plaza. El hombre del cepo seguía ahí, con la máscara de sonrisa clavada en la cara. Su cuerpo estaba más caído, como si el peso de la “alegría” lo hubiera ido hundiendo.

Medli desvió la vista, con un nudo en la garganta.

—Este lugar golpea a la gente de una forma distinta —murmuró.

—Golpea por dentro —dijo Draug.

La iglesia de San Andral se alzaba un poco alejada del centro, cercada por un muro bajo y un pequeño cementerio. No era tan vieja como el templo de Barovia, pero se notaba castigada: ventanas parchadas, puerta principal reforzada, marcas de golpes antiguos en la madera.

El sonido, sin embargo, era distinto.

No había gritos como en la de Donavich.

No había sollozos.

Solo un murmullo constante de oraciones bajas y pasos que evitaban hacer ruido.

Leönard fue el primero en entrar.

Empujó la puerta con cuidado.

Dentro, la luz era tenue, filtrada por vitrales opacos. Unos pocos fieles de rodillas murmuraban plegarias, cada uno en su mundo. Un altar sencillo al fondo, con un símbolo del sol colgado, intentaba recordarle al lugar que existía algo más allá de las nubes grises.

Pero había... vacío.

No de gente.

De presencia.

Ämroth lo sintió de inmediato.

Ese eco que suele tener un lugar sagrado, ese “algo” que acompaña las oraciones, aquí sonaba... apagado.

No muerto.

Pero lejano.

Un hombre de mediana edad, con sotana gastada y pelo canoso, limpiaba el altar con movimientos lentos. Sus ojos, enmarcados por ojeras profundas, se levantaron al oírlos entrar.

—Bienvenidos —dijo, con voz suave—. Esta casa siempre tiene espacio para los cansados.

Ismark se adelantó.

—Padre Lucian —lo saludó—. Soy Ismark Kolyanovich, del pueblo de Barovia.

Hizo un gesto hacia Ireena.

—Y ella es Ireena, hija de Kolyan Indirovich.

El sacerdote parpadeó, sorprendido.

—El burgomaestre... —sus ojos se entristecieron—. Me habían dicho que había muerto, pero no pensé que ellos vendrían hasta aquí.

Dejó el trapo a un lado y bajó del pequeño estrado.

—Lo siento mucho, hija —dijo a Ireena, inclinando la cabeza—. Su padre era un hombre valiente. Sus cartas me llegaban de vez en cuando. Nunca se dejó doblegar por el miedo.

—Murió peleando —respondió Ireena—. Y consiguió que yo siga viva. Eso... tiene que valer algo.

Lucian asintió, con una sonrisa triste.

—Vale más de lo que cree.

Leönard se acercó, sin rodeos.

—Padre, venimos buscando algo más que consuelo.

El sacerdote lo miró con atención.

—Lo imaginé —admitió—. Sus rostros gritan que han visto más de lo que deberían para su edad.

Entrecerró los ojos.

—Y usted... —miró a Leönard y luego a Ämroth— trae consigo el peso de dioses que no son de aquí.

—Traemos el peso de querer hacer algo —corregido Leönard—. Y hemos escuchado que esta iglesia es un refugio. Un lugar donde el Diablo no puede entrar.

Los pocos fieles cercanos alzaron la cabeza, inquietos.

Lucian bajó la voz.

—Es lo que se dice —susurró—. Y lo que se decía con seguridad... hasta hace poco.

Medli dio un paso adelante, tentativamente.

—¿Los huesos... ya no están aquí, verdad?

El sacerdote cerró los ojos un instante, como si esa pregunta fuera una daga que esperaba desde días atrás.

—No debería responder eso —dijo—. No debería.

Miró alrededor. La gente rezaba, pero los oídos seguían ahí.

—No aquí.

Les hizo una seña.

—Vengan. Hablemos en la sacristía.

La sacristía era una habitación pequeña detrás del altar, con una mesa sencilla, una cruz en la pared y un armario viejo lleno de telas litúrgicas. El olor a polvo y cera era más fuerte allí.

Lucian cerró la puerta, respiró hondo y se giró hacia ellos.

—Si están preguntando por los huesos... significa que ya corren rumores.

—Corren —confirmó Draug—. No muy finos, tampoco.

Lucian apretó las manos.

—Los huesos de San Andral daban a esta iglesia una protección especial —explicó—. No total, pero suficiente. La gente creía que, mientras estuvieran aquí, el Diablo no podría profanar este lugar.

Bajó la mirada.

—Hace unos días, me di cuenta de que ya no estaban.

Medli sintió un hueco en el estómago.

—¿Se los robaron?

—Eso temo —respondió el sacerdote—. No lo he dicho en voz alta más que a una persona.

Miró al grupo, angustiado.

—Si Vallaki se entera, el pánico será peor que cualquier monstruo.

Leönard cruzó los brazos.

—¿Quién lo sabe?

Lucian dudó.

—Mi monaguillo. Yeska. Es un niño. Lo vi inquieto... le insistí hasta que confesó saber algo.

—¿Y él... los tomó? —preguntó Ämroth, serio.

—No —negó Lucian, de inmediato—. Yeska no tiene maldad en el corazón. Solo miedo.

Suspiró.

—Pero sí me dijo a quién le contó el secreto.

Draug afinó la atención.

—¿A quién?

—A Milivoj —respondió el sacerdote—. El muchacho que ayuda en el cementerio. Carga ataúdes, cava tumbas... vive en la casa de una mujer que recoge huérfanos. Es fuerte, pero está... roto por dentro.

Torció la boca.

—Alguien debió haberle ofrecido algo. Dinero. Protección. O quizás presión.

Sërah se cruzó de brazos.

—Déjame adivinar: desde entonces, el muchacho está nervioso, no duerme, se sobresalta con cualquier ruido y evita mirarte a los ojos.

Lucian la miró con sorpresa.

—Lo has descrito bien.

—He visto ese tipo de culpa antes —murmuró ella.

Leönard apoyó las manos en la mesa.

—Padre, lo que nos diga aquí se queda aquí. No le prometo que podamos arreglar todo, pero si los huesos siguen en la ciudad, podemos intentarlo.

Lucian dudó unos segundos.

Luego asintió, con la derrota de quien no tiene mejores opciones.

—Yeska debería estar en el coro, ordenando salmos —dijo—. Podemos hablar con él primero. Pero por favor... no lo asusten más de lo que ya está.

Medli levantó una mano.

—Yo puedo hablar con él —se ofreció—. No creo... dar mucho miedo.

Sërah se rió entre dientes.

—Solo si no sacas tu cuaderno a la primera.

Medli la ignoró.

Yeska estaba agachado al fondo de la iglesia, acomodando libros de cantos en un estante. Era un niño de cabello rubio despeinado, manos huesudas y ojos que deberían haber sido curiosos... pero que cargaban una sombra de cansancio que no iba con su edad.

Cuando los vio acercarse, apretó un poco los hombros, como si esperara una reprimenda.

—Yeska —llamó Lucian, con voz suave—. Estos amigos... son gente que quiere ayudar a la iglesia.

El niño miró a Medli, quizá porque era la menos intimidante a primera vista.

—¿De verdad? —preguntó, desconfiado.

Medli sonrió, nerviosa.

—Sí —dijo—. No somos de aquí. Pero nos importa que este lugar siga siendo seguro.

Tomó aire.

—Nos contaron que sabes algo sobre... los huesos.

Yeska palideció.

—No debería... —miró a Lucian, aterrado—. Usted dijo que no...

—Dije que no hablaras con cualquiera —lo tranquilizó el sacerdote—. Pero ellos...

Miró al grupo.

—Ellos no son “cualquiera”.

El niño dudó.

Sus dedos apretaron el lomo de uno de los libros.

—Yo no... no hice nada malo —dijo—. Solo conté.

—¿A quién? —preguntó Ämroth, sin brusquedad.

—A Milivoj —respondió Yeska, bajando la mirada—. Me preguntó por qué la iglesia era tan segura. Yo... estaba enojado. Porque algunos chicos dicen que soy cobarde por quedarme aquí y no jugar en la calle.

Su voz se volvió más rápida, desbocada.

—Me dijo que si la iglesia era tan especial, debía tener algo. Algo “importante”. Me presionó hasta que le dije que... que había huesos. Debajo del altar. Huesos de un santo.

Tragó saliva.

—Después... después vinieron unos hombres a hablar con él. Yo los vi. No escuché nada, pero... al día siguiente, el padre Lucian se dio cuenta de que los huesos ya no estaban.

Draug se inclinó un poco.

—¿Recuerdas a esos hombres?

Yeska asintió, con ojos muy abiertos.

—Uno olía a aserrín. Como... como los talleres de ataúdes. Lo sé porque a veces ayudó a llevar cajas al cementerio.

Sërah chasqueó la lengua.

—Ataúdes. Claro.

Leönard miró a Lucian.

—¿Hay carpinteros de ataúdes en Vallaki?

—Henrik van der Voort —respondió el sacerdote, casi de inmediato—. El único que se encarga de los ataúdes aquí. Su taller está cerca de la muralla occidental.

Llevó una mano al rostro.

—Dioses...

Yeska se encogió.

—Yo no quería que pasara nada —dijo—. Solo quería que dejaran de decir que soy un cobarde.

Medli se agachó para quedar a su altura.

—No es tu culpa —dijo, suave—. Tú contaste un secreto. No debiste, pero eso no te convierte en monstruo.

Hizo una pausa.

—Los monstruos son los que usan esa información para hacer daño.

Yeska levantó la vista, con los ojos húmedos.

—¿De verdad?

—De verdad —respondió ella.

Leönard asintió.

—Vamos a intentar arreglarlo —prometió—. No te garantizo que sea fácil. Pero lo intentaremos.

El niño abrazó los libros con fuerza, como si fueran escudo.

Lucian los condujo de vuelta a la sacristía. Apenas cerró la puerta, dejó escapar un suspiro pesado.

—Si Henrik está involucrado... no sé si actúa solo.

—¿Crees que alguien le ordenó hacerlo? —preguntó Draug.

—Aquí nadie roba por sí mismo algo así —respondió el sacerdote—. El miedo es demasiado grande.

Ämroth cruzó los brazos.

—Si los huesos siguen dentro de la ciudad, hay chance de recuperarlos. Si ya salieron...

—Si ya salieron —interrumpió Lucian, con la voz quebrándose un poco—, Vallaki está tan desnuda ante Strahd como cualquier otro lugar.

El silencio fue denso un momento.

Leönard lo rompió.

—No ganamos nada quedándonos aquí lamentando —dijo—. Tenemos un nombre y un lugar. Henrik. Taller de ataúdes.

Se volvió hacia el grupo.

—Podemos ir ahora mismo.

—¿Sin plan? —preguntó Sërah.

—El plan es simple —replicó él—: hablar primero. Y si no funciona... improvisar.

—Suenan a la mayoría de los “planes” en mi vida —dijo Antares.

Draug levantó la mano, dubitativo.

—Tal vez convenga ir con cuidado —sugirió—. Si Henrik está asustado, puede romper algo. O esconder lo que no queremos que esconda.

Medli se apretó el cuaderno contra el pecho.

—Yo... puedo intentar leerlo —dijo—. No como magia, sino... como persona. Ver si está mintiendo.

Se encogió.

—No prometo nada. Pero puedo intentarlo.

Ireena miró al sacerdote.

—Si recuperamos los huesos, ¿podrás volver a consagrar la iglesia? —preguntó.

Lucian asintió, con un destello de esperanza.

—Sí. Si vuelven a esta tierra... podré.

Tragó saliva.

—Y quizá, con eso, podamos evitar una tragedia mayor.

Ismark apretó los puños.

—Entonces cuenten conmigo —dijo—. No voy a dejar que esta ciudad pierda su único refugio.

Sërah resopló.

—Bueno. Vamos a hablar con el señor de los ataúdes. Y esperemos que la conversación no termine usándonos como medida estándar para cajas.

Salir de la iglesia de San Andral dejó una sensación extraña.

El aire afuera parecía más frío que al entrar.

O tal vez era solo la conciencia de que, hasta que los huesos regresaran, ese templo no era un refugio real.

El cementerio, a un lado, mostraba filas de tumbas con nombres borrados por la lluvia y el tiempo. Algunas recién abiertas, otras viejas. Cuervos se movían entre las lápidas.

Uno de ellos se posó en una cruz de madera y los vio pasar.

—Ellos también están atentos —murmuró Medli, casi para sí misma.

—Este valle tiene demasiados espectadores —comentó Antares.

Vallaki seguía con su rutina forzada.

Más carteles, más flores, más listones.

Guardias caminando de un lado a otro, fingiendo disciplina.

Gente fingiendo sonrisas.

Mientras avanzaban hacia el sector donde, según Ismark, estaba el taller de Henrik, una sensación de prisa empezó a apretarles el pecho.

No era solo el miedo a que los huesos estuvieran lejos.

Era la certeza de que el tiempo jugaba en contra.

Si Strahd se enteraba —y tarde o temprano lo haría—, el “refugio” de Vallaki podría convertirse en la siguiente escena de horror.

—Este valle no solo mata —dijo Ämroth, mirando al frente—. Desarma.

Miró de reojo a Leönard.

—Y nosotros no vinimos a ver cómo lo hace.

El taller de ataúdes no tardó en aparecer.

Una casa pequeña, de madera, pegada a la muralla occidental. El letrero colgaba torcido, con un dibujo tosco de un ataúd. A un costado, tablones apilados, clavos, herramientas. La puerta estaba cerrada. Las ventanas, cubiertas.

Y, aun así, se sentía que había alguien dentro.

Leönard miró a los demás.

—Sin armas en la mano, de inicio —dijo—. No queremos que corra a romper nada por puro susto.

—Pero tampoco las dejemos muy lejos —replicó Sërah.

—Jamás —aseguró Antares.

Leönard se acercó a la puerta.

Tocó tres veces.

Silencio.

Tocó una cuarta.

Se oyó algo dentro.

Un golpe.

Un arrastre.

Pasos apresurados, como si alguien se tropezara con algo.

Una voz nerviosa, desde el otro lado, respondió:

—La tienda está cerrada. Regresen mañana.

La voz temblaba.

—No hay trabajo hoy. No hay muertos nuevos. Dejen de insistir.

Los seis se miraron.

No les hablaba como a clientes.

Les hablaba como a fantasmas.

Leönard apoyó la palma en la madera.

—Henrik —dijo, firme—. No venimos por ataúdes. Venimos a hablar de algo que no debió salir de la iglesia.

Hubo un silencio tan profundo que hasta la calle pareció aguantar el aire.

El cerrojo de la puerta sonó, apretado.

La voz, más baja, casi un susurro, dijo:

—Entonces ya es tarde.

Y el capítulo se detiene ahí.

Porque las respuestas que Henrik podía dar...

iban a cambiar no solo la seguridad de Vallaki, sino el siguiente movimiento del grupo.

Capítulo 13

EL TALLER DE LOS MUERTOS

Por un momento, nadie dijo nada.

El silencio en la puerta del taller pesaba más que la madera. Del otro lado, la respiración agitada de Henrik se escuchaba clara, como de alguien que sabe que lo encontraron... pero aún no decide si correr, mentir o rogar.

Leönard apoyó la palma en la puerta.

—Tarde... ¿para qué? —preguntó, firme, pero sin gritar.

Hubo un choque de algo al interior.

Una silla tirada, quizá.

Un juramento ahogado.

—Para... para arreglarlo —respondió Henrik, con la voz rota

—. Ya no puedo deshacer lo que hice.

Sërah se cruzó de brazos.

—Pues abre la puerta y empezamos por ahí —dijo—. No eres el primero que comete una estupidez en este valle.

—Váyanse —insistió él—. No tienen idea de lo que están pisando. No quiero... meter a más gente en esto.

Ämroth dio un paso al frente.

—Henrik —dijo, con un tono más suave—. Entre abrir la puerta y quedarte solo con lo que hiciste, la primera opción es la menos mala.

Draug se inclinó a Leönard.

—Si sigue así, va a hacer alguna tontería —susurró—. Romper lo que no debe, despertar a quien no debe, o las dos.

—No nos conviene patear la puerta de entrada si tiene... invitados —añadió Antares, en voz baja.

Medli tragó saliva.

—Puedo intentar hablarle —propuso—. Solo... eso.

Leönard asintió, apartándose un poco.

Medli se acercó.

—Henrik —llamó, lo más tranquila que pudo—. No somos guardias. No venimos a arrestarte. Venimos de parte del

padre Lucian.

Hizo una pausa.

—No podemos deshacer lo que hiciste. Pero sí podemos evitar que empeore.

Silencio.

Del otro lado, un sollozo ahogado.

—No entienden —susurró Henrik—. Él ya sabe. Ya debe saber. Me prometieron que nadie se enteraría si ayudaba... y ahora están ustedes aquí.

Se oyó el roce de un cerrojo dudando.

—Si digo algo... si hago algo... no solo vendrá por mí.

Sërah chasqueó la lengua.

—Si no haces nada, también va a venir por ti, por Lucian, por Vallaki y por cualquiera que esté adentro de un ataúd, ¿sí? —dijo—. Eso ya está pasando. Lo único que decides ahora es cuánta gente se va contigo.

Henrik dejó escapar un suspiro largo, tembloroso.

Luego, por fin, el cerrojo cedió.

La puerta se abrió unos centímetros.

El taller olía a madera, a serrín... y a algo más.

Algo dulzón.

A humedad encerrada.

A cuerpos que llevaban demasiado tiempo en espacios pequeños.

Henrik era un hombre delgado, más joven de lo que su rostro sugería. Tenía la barba descuidada, los ojos hundidos, las manos manchadas de tierra y pegamento. La camisa estaba arrugada y manchada, como si hubiera dormido en ella... o no hubiera dormido del todo.

Cuando vio a los seis héroes, a Ireena e Ismark detrás, se echó hacia atrás un paso, como si fueran una ola.

—Son demasiados —murmuró—. Lllaman la atención.

—Eso ya lo hiciste tú solo —respondió Sërah, entrando sin esperar invitación.

El taller era estrecho. Mesas llenas de herramientas, tablones apilados contra las paredes, ataúdes abiertos y cerrados en distintos estados de construcción. Apenas había espacio para moverse sin tropezar con algo.

Árboles convertidos en cajas para muertos.

Cajas para muertos que, en Barovia, nunca estaban tan vacías como deberían.

Leönard sintió el techo más bajo de lo normal. La falta de aire.

Era el tipo de lugar donde una pelea sería un desastre.

Henrik se arrinconó contra una mesa.

—No tengo nada para ustedes —dijo—. No hay trabajo. Si alguien murió, vayan al cementerio. No...

—No venimos por trabajo —lo interrumpió Ämroth—. Venimos por los huesos de San Andral.

El carpintero cerró los ojos.

—Lo sabía... —susurró—. Tenía que llegar este momento.

Draug dio un paso entre ataúdes, con cuidado.

—¿Te pagaron? —preguntó, sin acusar, solo buscando información—. ¿Te amenazaron? ¿Las dos?

Henrik se soltó una risa nerviosa.

—¿Qué importa ya? —Se llevó una mano al cabello—. Vinieron a mí porque sabían que nadie sospecha del hombre que carga muertos todo el día. Me ofrecieron monedas, protección. Me dijeron que los huesos eran “solo símbolos viejos”.

Lo miró, con los ojos brillando de miedo.

—Y cuando ya no pude echarme para atrás... me trajeron algo más.

Medli sintió la piel erizarse.

—¿Algo... qué?

Henrik miró hacia una puerta interna, al fondo, casi oculta entre dos ataúdes apilados.

—Me dijeron que el Diablo necesitaba “amigos” dentro de la ciudad —dijo—. Que si los guardaba aquí, si les daba... espacio... si no hacía preguntas... no me pasaría nada.

Rió de manera quebrada.

—Que con eso bastaba.

Antares siguió la dirección de su mirada.

—¿Cuántos? —preguntó.

Henrik tardó en responder.

—No sé —admitió—. No los vi a todos. Solo escuché las cajas. Los golpes. Los susurros.

Se abrazó a sí mismo.

—No quise abrir nada. Solo hice lo que me pidieron. Enterré los huesos donde dijeron. Cerré la puerta. Fingí que nada había cambiado.

Leönard se acercó un paso, con el escudo a un lado, sin levantarlo.

—¿Dónde están? —preguntó—. Los huesos. Primero eso.

Henrik dudó.

—Si se los llevan... —balbuceó—. Si se los llevan, *él* va a saber que fallé. Ya no tendré nada que ofrecer a cambio de mi vida.

Sërah levantó una ceja.

—Hermano —dijo—. Ya no tienes nada que ofrecer.

Hizo un gesto alrededor.

—Si no recuperamos esos huesos, lo único que te queda es el gusto de haber ayudado al Diablo a entrar aquí.

Henrik abrió la boca.

La cerró.

Se quebró.

—Bajo el suelo —murmuró, derrotado—. En el cuarto de atrás. Debajo de una de las cajas.

Miró a Lucian que no estaba, como si pudiera verlo a través de la pared.

—Dile al padre... que lo siento.

Medli dio un paso adelante, con el corazón apretado.

—Henrik —dijo—. ¿Por qué lo hiciste?

Él la miró como si la pregunta fuera injusta.

—Porque tengo miedo —respondió, casi ofendido—. Porque estoy cansado. Porque vivir rodeado de muertos te hace pensar que no hace tanta diferencia si traicionas a un santo desconocido o no.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Y porque aquí todo el mundo cree que puede negociar con el horror mientras le convenga. Solo quise... hacer lo mismo.

Se dejó caer en un banco, temblando.

—Y ahora... —se rió sin alegría— ya hay monstruos dentro de la ciudad, en mi casa.

El silencio que siguió dejó clara una cosa: no había salida limpia.

El cuarto de atrás era aún más estrecho.

La puerta chirrió al abrirse, como si no quisiera hacerlo. Dentro, pilas de ataúdes cerrados, uno sobre otro, ocupaban casi todo el espacio. Había apenas un pasillo entre ellos, de ancho suficiente para pasar de lado.

El olor era peor ahí.

Menos a madera.

Más a algo encerrado demasiado tiempo.

—No me gusta esto —murmuró Draug—. Nada de esto.

—Bienvenido al club —dijo Sërah.

Leönard se adelantó. Ämroth fue con él.

Antares cubrió la retaguardia del pasillo.

Draug se quedó a media distancia, listo para apoyar.

Sërah desapareció casi de la vista, pegándose a sombras que apenas existían, pero que ella sabía usar.

Medli se quedó cerca de la puerta, el corazón golpeando fuerte.

Sabía que no podía lanzar grandes explosiones.

Pero sí sabía hacer otra cosa.

Tragó saliva, cerró los ojos apenas y susurró una melodía baja, sencilla, que había usado antes para calmar sus propios nervios. Esta vez, la soltó hacia los demás.

Una nota, luego otra.

Suavemente, como un hilo que se extendía.

Leönard sintió el peso del escudo un poco menos pesado.

Ämroth sintió sus manos más firmes en las empuñaduras.

Antares notó cómo la respiración se le alineaba con el ritmo de la canción.

No era un escudo de luz.

No era un muro mágico.

Pero era algo. Un recordatorio de que no peleaban solos.

—Gracias —murmuró Draug, sin volverse.

Medli respiró hondo.

—Solo... no se mueran —dijo, apenas audible.

Avanzaron.

—¿Cuál dijiste que era? —preguntó Leönard.

—La tercera de la fila derecha, abajo del todo —respondió Henrik desde la otra habitación—. Hay una tabla floja debajo.

Ämroth se agachó frente a la fila.

Tres ataúdes, uno sobre otro.

Puso la mano en el de abajo.

Frío.

—Aquí —dijo.

Empezó a mover la caja, pero el espacio era demasiado reducido.

—Ayúdame —pidió.

Antares se acercó, agachándose también. Entre los dos arrastraron el ataúd hacia adelante, dejando ver una porción del suelo.

La tabla de madera tenía marcas de haber sido levantada antes.

—Aquí están —susurró Draug.

Leönard se agachó, clavó los dedos en el borde de la tabla y la levantó.

Debajo, envuelto en tela vieja, un pequeño paquete de huesos, blanqueados por el tiempo, pero con una sensación extraña, como si el aire alrededor de ellos fuera... menos hostil.

Medli lo sintió incluso desde la puerta.

Como si los huesos respiraran calma.

—San Andral... —murmuró Ämroth, inclinando la cabeza, instintivamente respetuoso.

—Bien —dijo Leönard—. Ya los tenemos. Nos los llevamos a la iglesia y...

No terminó la frase.

Un golpe sordo resonó en el cuarto.

Luego otro.

Luego varios más.

Los ataúdes.

Algo se movía dentro.

—No me digas... —susurró Sërah.

El golpe se repitió, más fuerte, desde el ataúd de arriba, en la misma columna donde habían encontrado los huesos.

La tapa se arqueó, como si algo la empujara desde dentro.

Draug sintió un escalofrío subirle por la espalda.

—Nos escucharon —dijo—. O... olieron los huesos. O a nosotros.

—Atrás —ordenó Leönard, levantándose, huesos en una mano, escudo en la otra.

Demasiado tarde.

La tapa del ataúd superior se rompió de golpe hacia afuera.

Una mano salió primero.

Blanca, huesuda, con uñas largas y negras.

Luego otra.

Se aferraron al borde, lo destrozaron, y de dentro se elevó una figura.

No era solo un cadáver.

Era algo a medio camino.

Piel pegada a músculos tensos.

Ojos hundidos, brillando con un rojo apagado.

Colmillos alargados, sangre seca en las comisuras.

La ropa que llevaba puesta recordaba vagamente la de alguien que, alguna vez, había sido respetable.

Ahora no era más que hambre.

Un vampiro engendrado.

Su mirada recorrió el cuarto, clavándose en los vivos.

El siseo que dejó escapar hizo que el aire pareciera más frío.

—Genial —dijo Sërah, con amarga ironía—. Ya conocimos a los “amigos”.

Otro ataúd más atrás crujió.

Otro golpe.

Otra tapa a punto de ceder.

—No podemos pelear contra muchos aquí —advirtió Draug —. Si todos se despiertan...

—Entonces no los dejes despertarse —rugió Antares, desenvainando.

El vampiro engendrado se lanzó primero hacia la fuente más cercana de sangre.

Leönard.

El paladín levantó el escudo justo a tiempo. Las garras rasgaron metal, dejando marcas profundas. El impacto lo empujó contra otra pila de cajas.

La estrechez del lugar se volvió enemiga.

Ämroth desenvainó sus espadas. La luz lunar se encendió sobre el metal, más intensa en la penumbra. Dio un paso adelante para interponerse, pero el engendro se movía rápido, como una sombra con colmillos.

—¡Atráiganlo hacia la entrada! —gritó.

Medli, viendo que el miedo empezaba a clavarse, cambió de melodía. Su voz se hizo más firme, llamando al valor y no solo a la calma. Palabras sencillas, pero con peso: *“No estás solo. Respira. Recuerda quién eres.”*

Una nota clara se coló entre los golpes.

Leönard sintió el corazón alinear su ritmo con el canto.

Le ayudó a mantener el escudo firme cuando las garras volvieron a embestir.

Antares entró desde un lado, espada en alto. No tenía espacio para grandes movimientos, así que fue directo: un tajo corto, preciso, al costado de la criatura.

La hoja cortó.

La carne se abrió.

El vampiro siseó, girando hacia él.

La herida... empezó a cerrarse.

—No es suficiente solo cortarlo —dijo Draug, helado—. Regeneran. Necesitan luz, fuego... algo.

—Luz tengo —respondió Ämroth.

Se acercó un paso, levantando una de las espadas. Murmuró una breve plegaria a Corellon, y la hoja brilló con fuerza, un resplandor que hirió los ojos incluso en ese lugar cerrado.

La criatura gruñó, apartando la mirada.

Ämroth aprovechó y hundió la espada en su pecho.

La carne quemó donde la luz tocaba.

El engendro gritó, esta vez con dolor real.

—¡Ahí está! —exclamó Draug—. Eso sí le duele.

La otra tapa crujió.

Otro vampiro empujaba desde dentro.

—¡No nos podemos quedar aquí! —gritó Sërah, ya subida sobre uno de los ataúdes para ganar altura—. ¡Si salen todos, terminamos emparedados entre colmillos!

Draug apretó el bastón.

—Voy a intentar algo —dijo.

Golpeó el suelo y murmuró unas palabras. Un destello irradió desde sus manos hacia las patas de las pilas de ataúdes que aún no se abrían. La madera se volvió resbalosa, húmeda, como si se llenara de una capa de aceite.

El siguiente golpe desde dentro hizo que uno de los ataúdes resbalara y cayera de costado, dejándolo mal posicionado para abrirse del todo.

—Eso solo los retrasa —advirtió—. No los detiene.

—Retrasar es lo único que tenemos —respondió Antares, esquivando una garra que le rozó el hombro.

Leönard, con los huesos en una mano, sabía que no podía soltarlos al suelo sin arriesgar que fueran pisados o destruidos. Se movió como pudo hacia la puerta.

—Medli —llamó—. ¡Acompáñame! Tengo que sacar esto de aquí.

La aarakocra asintió, tragando aire. Se colocó detrás de él, siguiendo de cerca, sosteniendo la canción, dejando que su voz se volviera más urgente. Su magia no quemaba, no cortaba, pero hacía que los golpes de sus compañeros encontraran mejor su objetivo, que sus pasos dudaran menos.

Ämroth mantenía al vampiro de frente, alternando golpes de luz con movimientos cortos. Cada vez que la espada tocaba carne, el engendro gruñía con rabia y miedo a la vez.

Sërah, desde su posición elevada, aprovechó un momento en que la criatura giró hacia el canto de Medli. Lanzó una daga directa al ojo.

La hoja entró limpia.

El engendro chilló, llevándose las manos al rostro. Eso le dio a Antares el segundo que necesitaba.

Con un rugido controlado, enterró su espada en la pierna del vampiro, forzándolo a hincar una rodilla.

Ämroth cruzó sus espadas.

La luz se intensificó.

—¡Ahora! —gritó.

Descargó ambos filos sobre el cuello del engendro.

Esta vez, el corte no solo abrió carne: quemó.

La cabeza cayó al suelo.

El cuerpo convulsionó y se quedó rígido, temblando, antes de quedar inmóvil del todo.

El olor a carne quemada llenó el pequeño cuarto.

La otra tapa volvió a golpear.

El ataúd caído de lado empezó a romperse.

—Ese no va a tener tanto espacio para salir —dijo Draug—. Si lo dejamos así, tardará más.

—No podemos quedarnos a ver cuánto tarda —respondió Leönard, ya saliendo hacia la puerta con Medli pegada a su espalda—. Tenemos lo que veníamos a buscar.

Miró a los demás.

—Nos vamos. Ahora.

Antares dudó, mirando el ataúd a medio romper.

—Si lo dejamos, puede salir luego —dijo—. Y entonces no estaremos aquí para pararlo.

Sërah bajó del ataúd donde estaba, cayendo con agilidad al pasillo estrecho.

—Entonces deja algo de “recuerdo” —propuso—. Algo que lo haga pensar dos veces... si es que piensa.

Ämroth levantó la vista hacia el techo.

—¿Se sostiene bien? —preguntó.

Draug siguió la mirada.

—No mucho —admitió—. El peso de las cajas lo mantiene estable, pero si quitamos las patas de soporte...

Los cuatro se miraron.

—¿Podemos... tirarle encima la pila entera? —preguntó Antares.

—Con el aceite que ya puse, sí —dijo Draug—. Pero si se nos viene todo, nos aplasta a nosotros también.

Leönard levantó la voz desde la puerta.

—¡Decidan ya! —apremió—. No voy a quedarme con estos huesos en la mano dentro de una habitación con vampiros.

Medli siguió cantando, pero su voz temblaba un poco.

Ämroth tomó aire.

—Hacemos esto —dijo rápido—. Antares, Sërah y yo damos un último golpe a las patas de soporte. Draug suelta otra ráfaga donde caigan. En cuanto empiece a venirse abajo, corremos.

—Plan sencillo —dijo Sërah—. Perfecto. Casi no puede salir mal.

Antares sonrió de lado.

—Te estás acostumbrando a nuestro estilo.

Se colocaron.

Ämroth y Antares apuntaron a las estructuras que sostenían la pila principal. Sërah eligió una cuña clave. Draug ajustó el bastón, preparando un impacto final.

—A la de tres —dijo Ämroth.

—Una.

—Dos.

—Tres.

Los golpes sonaron al mismo tiempo.

La madera crujió, protestó y, finalmente, cedió.

Draug lanzó una descarga de fuerza mágica a las bases.

Las cajas empezaron a deslizarse.

—¡Corran! —gritó.

Salieron del cuarto casi a la vez. Leönard sostuvo la puerta abierta, Medli a su lado, mientras los demás atravesaban el marco.

Detrás de ellos, la pila de ataúdes se vino abajo con un estruendo brutal.

Madera rompiéndose, tapas cediendo, algo chillando atrapado debajo.

El polvo llenó el aire.

Los tres casi tropezaron al salir.

Leönard empujó la puerta con el hombro y la cerró de golpe.

Al otro lado se escucharon golpes desordenados, arañazos, un gruñido ahogado.

Pero la puerta aguantó.

—Eso... no lo mató —dijo Draug, respirando agitado—. Solo lo... complicó.

—Que se quede complicado ahí un rato —respondió Sërah—. Prefiero un vampiro atrapado bajo tres cajas que uno corriendo por las calles.

Henrik, que había escuchado el estruendo desde la otra habitación, se tapó la cara.

—Los despertaron... —murmuró—. Oh, dioses... los despertaron.

—Ya estaban despiertos —corrigió Antares, secándose la sangre de una pequeña herida en la mejilla—. Solo estaban esperando que el valle les tirara algo de carne.

Durante unos segundos, nadie habló.

El taller, aún más pequeño después de lo ocurrido, parecía cerrarse sobre ellos.

En medio de ese espacio, con el paquete de huesos en las manos de Leönard y Henrik temblando contra la mesa, cayó de golpe el dilema que venían arrastrando desde que pusieron un pie en Vallaki:

¿Qué hacer con el hombre que había abierto la puerta al enemigo?

Sërah rompió el silencio primero.

—Tenemos los huesos —dijo—. Tenemos la iglesia. Tenemos un vampiro menos moviéndose y otro atrapado.

Se cruzó de brazos.

—Y tenemos a este tipo, que ayudó a meterlos a la ciudad. ¿Y ahora?

Henrik alzó la vista.

—Si me entregan al barón, dirá que todo es culpa mía —dijo, desesperado—. Que él no sabía nada. Me pondrá en la plaza, me colgará o me dejará pudrirme en el cepo. Y no pasará nada más. Los “amigos” del Diablo seguirán viniendo. Solo cambiará el nombre del imbécil que los recibe.

Leönard sintió cómo la rabia chocaba con algo más dentro de él.

—Lo que hiciste puso en peligro a toda una ciudad —dijo—. Eso no es algo que se barre debajo de la alfombra.

—¿Y crees que no lo sé? —Henrik golpeó la mesa con el puño, desesperado—. Me despierto esperando que una mano me saque de la cama y me arrastre a la niebla.

Se encogió.

—No estoy pidiendo que me perdonen. Solo... no quiero que mi muerte sea el chivo expiatorio perfecto de los que tienen más poder que yo.

Sërah lo miró con dureza.

—Por mí, podrías ir al cepo —dijo, sin vueltas—. No por venganza. Por simple mensaje. Si nadie paga nunca nada, la gente seguirá vendiendo lo que sea por un par de monedas.

Medli soltó un suspiro.

—Pero... —intervino—, si lo entregamos al barón, ¿qué mensaje damos? —miró a Leönard—. Que solo hay un culpable. Y que todo lo demás está “bien”.

Draug asintió, pensativo.

—Además —añadió—, Henrik sabe cosas. Sabe quién vino, qué voz habló, quiénes se acercaron primero. Si lo ponemos en manos equivocadas, esa información se pierde.

Ämroth cruzó los brazos, mirando al carpintero.

—Lo que hiciste fue cobarde —dijo, sin suavizar—. Pero no vino de crueldad. Vino de miedo.

Hizo una pausa.

—Eso no te hace inocente. Tampoco te hace igual que aquellos que te usaron.

Antares apoyó la espada, pensativo.

—Tenemos varias opciones —enumeró—.

Uno: lo matamos aquí, rápido, y lo dejamos como otro cadáver más en su taller. Nadie hace preguntas.

Medli bajó la mirada, incómoda.

—Dos: lo entregamos al barón, y dejamos que este use su culpa para tapar la suya.

—Tres: lo escondemos, lo ponemos bajo cuidado del padre Lucian o de alguien más, y lo obligamos a hablar. A decir

todo lo que sabe. A trabajar para arreglar lo que ayudó a arruinar.

Sërah suspiró.

—Sabía que ibas a sacar opciones —dijo—. El problema es que todas tienen consecuencias feas.

—Esto es Barovia —respondió Antares—. “Feo” es el mínimo.

Leönard miró a Henrik.

—Si te dejamos libre —dijo—, ¿volverías a hacer algo así?

Henrik lo miró como si la pregunta lo insultara.

—No —respondió, con honestidad feroz—. Una vez fue suficiente para entender el tamaño del monstruo.

—¿Estarías dispuesto a dar nombres? —preguntó Draug—. Detalles. Fechas. Todo.

Henrik tragó saliva.

—Si eso sirve para que dejen de usarme a mí... y a otros como yo... sí.

Medli se acercó un poco.

—No podemos cambiar lo que hiciste —dijo—. Pero sí podemos decidir qué haces ahora.

Lo miró fijo.

—Si te escondes y te callas, solo serás un cobarde con miedo. Si hablas, si ayudas, si te quedas bajo vigilancia... tal vez no borres lo que hiciste, pero... en algo puede pesar.

Sërah rodó los ojos, pero sin veneno.

—Siempre tan suave —murmuró.

—No es suavidad —replicó Medli—. Es... no dejar que todo se resuelva a golpes. Eso también rompe a la gente.

Leönard cerró los ojos un segundo, respiró hondo y decidió.

—No lo vamos a matar —dijo.

Sërah resopló, sin sorpresa pero tampoco convencida.

—Tampoco lo vamos a dejar libre —añadió el paladín—. No aún.

Miró a Henrik.

—Vas a venir con nosotros a la iglesia. El padre Lucian decidirá cómo expiar lo que hiciste. Trabajarás, ayudarás, harás lo que haya que hacer. Y hablarás. Con nombres.

Su voz se endureció.

—Si intentas huir, si vuelves a tratar con quienes te mandaron a robar los huesos... entonces sí, me encargaré yo

mismo de que no tengas oportunidad de traicionar a nadie más.

Henrik lo miró, tragando saliva.

—Eso... es casi peor que matarme —dijo, con media sonrisa rota.

—Es vivir con lo que hiciste —respondió Leönard—. Y no sé tú, pero creo que eso es justo.

Sërah lo observó todo con la mandíbula apretada.

—No me encanta —admitió—. Pero al menos no lo estamos lanzando directamente a los brazos del barón para que juegue a “mira qué buen gobernador soy”.

Ämroth asintió.

—Acepto el trato —dijo—. Siempre y cuando Lucian sepa a quién está metiendo bajo su techo.

Draug se encogió de hombros.

—Yo solo diré esto: si Henrik desaparece “misteriosamente” después de contar lo que sabe, ya sabremos por dónde buscar a los verdaderos culpables.

Medli apretó el cuaderno.

—Lo vigilaré —susurró, más para sí misma que para los demás.

Antares miró a Henrik una última vez.

—No te equivoques —dijo—. No estamos salvándote. Te estamos dando trabajo.

Se volvió hacia la puerta.

—Y es pesado.

Salir del taller fue casi tan difícil como entrar.

No por la puerta, sino por lo que dejaban atrás: un cuarto con ataúdes caídos, un vampiro muerto definitivamente, otro atrapado, y la certeza de que Vallaki ya estaba contaminada.

Henrik caminaba con ellos, sin esposas pero con la cabeza agachada, como si cada paso fuera prestado.

Leönard llevaba el paquete de huesos pegado al pecho con ambos brazos ahora, sin soltarlo.

Medli caminaba a su lado, como si la sola idea de que él tropezara la asustara.

—¿Creen que Strahd ya sabe? —preguntó Draug en voz baja.

Ämroth miró el cielo gris.

—No sé si ya sabe —respondió—. Pero sí sé que lo sabrá.

Miró a Leönard.

—Y cuando se entere de que le devolvimos un refugio a Vallaki... nos tendrá en la lista.

Sërah sonrió sin humor.

—Yo ya me sentía en la lista desde que llegamos al valle.

Ireena, que había esperado fuera del taller con Ismark, los vio salir y miró el paquete en manos de Leönard.

—¿Lo consiguieron?

—Sí —respondió él.

—¿Y los... “amigos”? —preguntó, en voz baja.

Antares respondió.

—Uno menos. Otro debajo de mucha madera.

Lo dijo sin triunfalismo. Solo como hecho.

—Más tarde habrá que pensar qué hacer con eso —añadió Sërah—. Pero por ahora, iglesia.

Caminaron hacia San Andral.

Los habitantes de Vallaki los veían pasar sin entender todo lo que cargaban: huesos de santo, decisiones pesadas, promesas hechas con rabia.

Una mujer los miró con curiosidad.

Un niño los señaló con el dedo.

Un guardia los observó con recelo, pero no dijo nada.

Al llegar a la iglesia, el campanario parecía más torcido que antes. O quizá ahora lo veían con otros ojos.

Lucian los recibió en la entrada.

Cuando vio el paquete en manos de Leönard, se llevó la mano al pecho.

—¿Lo... lograron?

Leönard asintió.

—Lo logramos.

Buenas noticias... junto a un problema más.

Henrik, detrás, no se atrevía a levantar la cabeza.

—Padre... —murmuró—. Yo...

Lucian lo vio.

La expresión en su rostro fue una mezcla de cansancio, enojo y compasión rota.

—Lo sé —dijo, con la voz seca—. Hablaremos. Largo.

Miró a Leönard.

—Gracias por traerlo vivo.

Sërah frunció el ceño.

—¿No habría sido más fácil si...?

Lucian la interrumpió con una mirada dura.

—Nada fácil en este valle es correcto —dijo—. Y nada correcto es fácil.

Respiró hondo.

—Primero, traeremos los huesos donde deben estar. Después, veremos qué hacer con Henrik. Y después... veremos qué hace el Diablo al enterarse.

Mientras caminaban hacia el altar, Medli sintió algo extraño.

Los huesos parecían... responder.

No con palabras, no con luces espectaculares.

Solo con una sensación de peso que cambiaba. Como si al acercarse a su lugar, el aire alrededor se hiciera menos hostil. Como si una vela que llevaba rato a punto de apagarse se enderezara un poco.

Leönard los depositó donde Lucian indicó, bajo el altar, entre piedras viejas.

El sacerdote murmuró una oración breve, sincera.

La iglesia, por un momento, pareció respirar.

Ämroth cerró los ojos, sintiendo la diferencia.

Leönard también.

No era protección absoluta.

No era un muro infranqueable.

Pero era algo.

—Corellon... —susurró Ämroth—. Aquí hay alguien más escuchando, al menos un poco.

Draug miró alrededor.

—Si Strahd entra ahora... le costará —dijo.

—Y por eso vendrá con más fuerza cuando decida hacerlo —añadió Sërah—. No le debe gustar que le cambien las reglas.

Henrik, de rodillas cerca de una banca, lloraba en silencio.

No solo por miedo.

Por la primera conciencia clara de lo que casi había dejado que pasara.

Medli lo miró, con un nudo en la garganta.

El grupo había tomado una decisión.

No era limpia.

No era justa para todos.

Pero era su decisión.

Y eso empezaba a marcar algo peligroso para el valle:

Que no todo estaba escrito por el Diablo, ni por las cartas, ni por el miedo.

Que ellos también iban a escribir cosas.

Aunque eso, tarde o temprano, los pusiera unos contra otros.

Capítulo 14

LA NOCHE DE LA CONSAGRACIÓN

La noticia corrió más rápido de lo que a nadie le habría gustado.

No con gritos.

No con proclamaciones.

Con susurros.

“Dicen que los huesos volvieron.”

“Que el santo otra vez está en la iglesia.”

“Que adentro se siente... distinto.”

Antes de que el sol gris terminara de esconderse detrás de las montañas, varios ojos ya miraban hacia San Andral con una mezcla de esperanza y miedo. Esperanza de que hubiera, por fin, un lugar donde el Diablo no pudiera entrar. Miedo de lo que él haría al darse cuenta.

Dentro de la iglesia, el ambiente era otro.

Lucian caminaba de un lado a otro frente al altar, preparando las cosas con manos temblorosas, pero precisas. Un cuenco con agua, velas nuevas, un poco de incienso barato, una pequeña tela blanca doblada con cuidado. No era mucho. Pero era lo que tenía.

El pequeño paquete de huesos descansaba a un lado del altar, envuelto ahora en una tela limpia.

Leönard los miraba de reojo como quien observa un estandarte en medio de un campo de batalla. Había algo... humilde en ellos. Nada espectacular. Nada que gritara “poder”. Y aun así, se sentía que eran el punto alrededor del cual giraba toda esa ciudad.

Ämroth estaba cerca, en silencio, percibiendo la “atmósfera” como quien afina el oído para escuchar la nota que falta en una canción. El lugar todavía se sentía hueco, pero algo había cambiado desde que colocaron los huesos bajo el altar por primera vez.

—Es como un músculo que estuvo atrofiado y apenas empieza a moverse otra vez —murmuró.

Draug asintió, apoyado en uno de los bancos.

—La magia de fe es rara —comentó—. No es como las fórmulas. Es... más testaruda.

Sërah estaba más atrás, recargada en una columna. Miraba todo con los brazos cruzados, como si tratara de mantener distancia emocional. Sus ojos, sin embargo, no se perdían detalle.

Henrik, sentado en una banca cerca de la entrada, no levantaba la cabeza. Tenía las manos entrelazadas, los dedos llenos de astillas. No llevaba cadenas, pero la forma en que se encogía dejaba claro que no se sentía libre.

Medli estaba cerca de Lucian, con su cuaderno cerrado por una vez. No iba a escribir nada. No ese día. Su lugar no era observar desde fuera, sino sostener algo por dentro.

Antares se movía por la nave central, probando la resonancia del suelo con la bota, midiendo pasos, distancias, líneas de defensa. No sabía medir fe, pero sí sabía medir campos de batalla. Y si algo iba a pasar esa noche, prefería no estar improvisando posiciones.

Ismark e Ireena, juntos, habían decidido quedarse. No solo porque la ciudad dependía de ese ritual, sino porque ambos sabían que, cuando se trataba del Diablo, estar cerca del único refugio no era mala idea.

Lucian se detuvo por fin frente al altar.

—Cuando caiga la noche —dijo, respirando hondo—, empezaremos.

Se volvió hacia ellos.

—No les voy a mentir. Si esto funciona, será porque alguien... allá arriba... todavía nos escucha. Y si no, bueno...

—sonrió con cansancio— al menos lo habremos intentado.

—Aun los dioses tienen memoria larga —dijo Ämroth—. A veces tardan en voltear a ver. Pero cuando lo hacen, se nota.

—Esperemos que no tarde más de una noche —replicó Sërah.

El sol no se “puso” del todo.

En Barovia, simplemente se agotó.

La luz se fue haciendo más tenue, más pálida, hasta que la nave de la iglesia quedó iluminada casi sólo por las velas encendidas en el altar y algunas lámparas colgantes. El ambiente se llenó de humo de incienso y madera vieja.

Lucian tomó los huesos envueltos con cuidado, como si cargara a alguien vivo.

—Antes estaban aquí —dijo, señalando un hueco bajo el altar, entre piedras—. Ese será de nuevo su lugar.

Se arrodilló. Susurró algo que solo él y, quizá, algún dios alcanzaron a oír.

Colocó el paquete en el hueco.

Lo cubrió con la tela y, encima, con la piedra.

Leönard sintió algo moverse en el aire. No un golpe. Un cambio de dirección. Como cuando el viento decide empujar hacia otro lado.

—Está empezando —dijo en voz baja.

Lucian se puso de pie y alzó las manos.

—San Andral —pronunció—, que diste tu vida por tu fe en un mundo que también tenía demasiadas sombras, míranos ahora. Esta ciudad está cansada. Esta gente está cansada. Te quitamos de tu lugar por miedo, por debilidad, por estupidez humana.

Apoyó una mano en el altar.

—Te pedimos que regreses. Que tu memoria vuelva a fundirse con estas piedras. Que este lugar sea otra vez refugio, aunque sea pequeño, aunque tiemble. Que el Diablo no pueda cruzar estas puertas sin sentir tu peso.

Medli respiró hondo, cerró los ojos... y empezó a cantar.

No era un canto alegre.

No era un canto de taberna.

Era una melodía baja, simple, que parecía más una plegaria que una canción. Palabras sobre hogar, sobre puertas que se cierran al frío, sobre manos que se entrelazan para no soltar a nadie. No estaba en ningún libro. Era suya.

Un hilo de magia se coló en cada nota. No era luz brillante ni fuego. Era algo más suave: un empuje de ánimo, un abrazo invisible.

Los fieles que habían sido autorizados a quedarse —apenas tres o cuatro ancianos, una mujer con su hija, dos hombres de manos encallecidas— cerraron los ojos al escucharla. Sus labios empezaron a moverse también, sumando sus susurros al cántico.

Leönard se arrodilló, apoyando el escudo en el suelo, la mano sobre el símbolo de Helm. No rezó con palabras. Rezó con decisión: *“Si esto vuelve sagrado, lo sostendré. Aunque él venga.”*

Ämroth se arrodilló también, apoyando una mano sobre el suelo, otra sobre la empuñadura de una de sus espadas lunares.

Draug permaneció de pie, pero bajó la cabeza, una mano sobre el bastón. No sabía a quién hablaba, pero habló igual: *“Si hay alguien escuchando, que valga la pena lo que hacemos.”*

Antares, de pie cerca de la puerta, miraba alternando entre el altar y la calle oscura tras las ventanas. Su plegaria fue simple: *“Si este lugar se vuelve refugio, que no caiga por algo que yo haga.”*

Sërah no se arrodilló. No pudo. Se quedó recargada en la columna, mirando, brazos cruzados... pero su rostro ya no tenía burla. Solo tensión y un brillo raro en la mirada.

Henrik, por su parte, se dejó caer de rodillas en la banca. No rezó por Vallaki. Rezó por algo mucho más pequeño: que, si había perdón para locuras como la suya... se acordaran de él.

Lucian continuó la oración, la voz ganando fuerza.

—Que tus huesos recuerden el camino hacia la luz —dijo—. Que esta tierra, aunque esté enferma, no pueda tragarse tu memoria.

El aire dentro de la iglesia se volvió denso.

El oído les zumbó un poco.

Por un segundo, el humo del incienso se movió... al revés. En lugar de subir, bajó, pegándose al suelo, como si algo invisible respirara desde el altar.

Medli sintió cómo su voz se hinchaba de manera rara. No más fuerte, pero sí más profunda. Como si alguien más la sostuviera desde atrás.

Las velas del altar titilearon.

Una por una.

Todas a la vez.

Y de pronto, el cambio.

No hubo estallido.

No hubo rayos ni truenos.

Hubo una sensación clara, limpia, como cuando entra aire fresco a una habitación que lleva días cerrada.

El silencio se volvió distinto.

Ya no era un silencio de miedo.

Era un silencio expectante.

Ämroth abrió los ojos y supo, sin necesidad de teorías, que algo se había encendido.

—Está aquí —murmuró.

Leönard lo sintió también.

No era Helm.

No era su dios.

Pero reconocía el peso de lo sagrado cuando estaba cerca.

Carlitos, uno de los ancianos del banco, empezó a llorar en silencio. No de tristeza. De alivio.

Lucian dejó caer los brazos, exhausto.

Una sonrisa, esta vez verdadera, le cruzó la cara por primera vez en mucho tiempo.

—Gracias... —susurró.

Fue en ese momento que algo se acercó.

No por dentro.

Por fuera.

El primer aullido llegó desde muy cerca.

No como en el bosque.

No largo y abierto.

Breve.

Cortado.

Casi molesto.

Como quien golpea la puerta de una casa recién cerrada.

Antares levantó la cabeza.

—Lobos —dijo, automático.

—No solo lobos —añadió Draug, sintiendo un frío súbito recorrerle la nuca.

Un segundo aullido respondió.

Después, un golpe sordo en una de las paredes laterales de la iglesia, como si algo grande se hubiera estrellado contra la piedra.

Las velas titilaron otra vez.

El ambiente, que acababa de aligerarse, se tensó.

Medli dejó que su canto se volviera más fuerte.

Cambió de tema sin dejar de cantar: ahora, palabras sobre barreras, sobre círculos que protegen, sobre brazos entrelazados formando muro.

Leönard se levantó, tomó el escudo, se posicionó entre la puerta principal y el altar.

—Manténganse lejos de las ventanas —ordenó.

Ämroth desenvainó una de sus espadas. El brillo lunar fue más intenso que nunca en esa iglesia. Como si la luz que había vuelto al lugar hiciera eco en la hoja.

Sërah se movió rápido, pegándose a las sombras entre columnas, observando.

Otro golpe.

Esta vez, en la puerta.

No fue un intento de derribarla.

Fue un toque.

TOC. TOC.

Tres golpes suaves.

Casi educados.

El aire en la nave se volvió hielo.

Ismark se tensó.

Ireena apretó los dientes, llevando una mano instintivamente al colgante que llevaba al cuello.

Una voz se coló a través de la madera.

—Qué poco cortés —dijo, suave, con un acento que se enroscaba en las palabras—. Me invitan a la ciudad, me quitan mis regalos del taller... y ahora cierran esta casa cuando me acerco.

La voz no llenó la iglesia.

Se coló en los oídos de cada uno, quieta, controlada.

Strahd.

Medli sintió un escalofrío que no era solo miedo.

Era... reconocimiento. Como si esa voz hablara un idioma que una parte muy escondida de ella ya entendiera.

La puerta permaneció cerrada.

Leönard no contestó.

La voz volvió a sonar, esta vez un poco más grave.

—Padre Lucian —dijo—. Pensé que habíamos llegado a un acuerdo tácito. Usted mantiene la calma de este rebaño, y yo no lo visito muy seguido.

Se escuchó el roce de una mano enguantada sobre la madera.

—¿Por qué cambió las reglas?

Lucian respiró hondo.

Sus manos temblaban... pero no se apartó del altar.

—Esta casa no es suya —respondió, en voz alta para que todos oyeran—. Nunca lo fue. Solo dejamos que se olvidara su dueño.

Se hizo un silencio breve.

Luego, una risa corta.

—Ah, padre... —la voz sonó casi divertida—. Siempre me agrada su manera de hablar de propiedad.

Un golpe suave volvió a tocar la puerta.

—He escuchado que han traído visitantes —continuó—. Gente con convicciones. Gente que cree que puede enderezar este valle.

La voz se volvió un poco más cercana.

—Incluso dicen que entre ellos hay alguien... como yo.

Medli sintió la garganta apretarse.

Su vista se nubló un segundo.

—No le temas tanto a las sombras, pequeña alada —susurró otra voz, esta vez solo en su mente, pegada a su hueso—. A veces, ellas son las únicas que miran de frente lo que los demás pasan años negando.

Medli dio un paso atrás, el canto se le quebró un instante.

Leönard se giró a medias.

—¿Medli? —preguntó.

Ella tragó saliva, obligándose a sostener la melodía.

No iba a darle el gusto de verla callar.

—Estoy... bien —murmuró, aunque no lo estaba.

La voz, fuera, siguió.

—Y también traen a nuestra querida invitada —añadió, con un tono diferente—. Ireena... o como quieran llamarte esta vez. Siempre es un placer tenerte cerca, de alguna forma.

Ireena apretó la mandíbula tanto que le dolió.

No respondió.

No lo iba a alimentar.

Leönard levantó el escudo, colocándose plenamente frente a la puerta.

—No puedes entrar —dijo, claro—. No aquí. No hoy.

El silencio que siguió pesó.

Luego, una risa... sin humor.

—Ah, paladín —susurró Strahd—. Siempre tan literal. Nunca aprendieron que hay muchas formas de entrar a un lugar.

La temperatura bajó un par de grados.

Las sombras en las esquinas de la iglesia se alargaron un poco.

No cambiaron de lugar.

Solo se estiraron, como si quisieran tocar más.

Ämroth levantó su espada, y la luz en la hoja se encendió más, cortando parte de esas sombras.

—Aquí no, maldito —dijo, no al aire, sino a la presencia.

Draug notó algo más.

Las ventanas.

Murciélagos pegados a los vitrales, como manchas negras.

Sus cuerpos chocaban contra el vidrio.

Golpe.

Golpe.

Golpe.

Lobos aullaban más cerca, casi debajo de las ventanas.

La iglesia entera era un círculo de sonido.

Lucian se sostuvo del altar.

—San Andral... —susurró—. Mantén de pie este muro. Solo eso te pido.

Por un momento, pareció que algo empujaba desde afuera contra las paredes y la puerta, aunque nada se movía físicamente. Era como una presión interna en los huesos de todos los presentes.

Medli sintió cómo la voz en su mente intentaba profundizar.

“¿No estás cansada de tener miedo?”

“Yo conozco la muerte mejor que todos ellos.”

“Podríamos hablar de ella sin máscaras.”

Ella apretó los ojos, cambió la melodía de golpe, metiendo una disonancia a propósito. Notas que chocaban, que rasgaban la armonía. No porque sonaran bonito, sino porque necesitaba romper el hilo.

—¡Fuera! —murmuró, casi sin voz—. No eres tú quien me va a explicar nada.

La presión disminuyó un poco.

Leönard dio un paso más hacia la puerta, levantando el escudo como si pudiera interponerlo entre la iglesia y un dios.

—No puedes pasar —repitió—. Este lugar no te quiere.

La voz respondió, esta vez más fría.

—Tal vez no. Pero el valle sí.

Y con eso, el peso empezó a retirarse.

Los murciélagos dejaron de golpear las ventanas.

Los lobos dejaron de aullar.

Las sombras retomaron su tamaño normal.

La puerta de la iglesia quedó como estaba: vieja, reforzada, intacta.

Solo un último detalle quedó claro.

Una marca quemada en la madera, justo en el centro, había aparecido donde antes no había nada.

Un símbolo sencillo: una “S” estilizada, como una serpiente enroscada.

Strahd había tocado el umbral.

No había cruzado.

Pero lo había marcado.

Pasó un rato antes de que alguien se moviera.

El primero fue Henrik, que soltó un sollozo que había estado conteniendo, doblándose un poco sobre sí mismo en la banca.

—Él sabe que fui yo —murmuró—. Lo sabe. Va a venir. Va a... va a...

—Va a venir igual, con o sin tus huesos —lo interrumpió Sërah, aún tensa—. Lo que hicimos fue quitarle un juguete. No es poco, pero tampoco es lo único que lo mantiene aquí.

Leönard bajó el escudo poco a poco. El brazo le dolía. No por golpes, sino por mantenerlo alzado contra algo que no había sido físico.

—Funcionó —dijo, mirando a Lucian—. La iglesia lo frenó.

Lucian asintió, agotado.

—Por ahora —respondió—. Pero su prueba fue eso: una prueba. Solo quería saber cuánto le costará empujar la próxima vez.

Ämroth envainó la espada con cuidado.

—Vino rápido —comentó—. Demasiado.

—Eso significa que su atención está aquí —añadió Draug—. Y que nosotros somos la causa.

Medli se dejó caer en una banca, con las manos todavía temblando.

—Me habló —confesó, sin rodeos—. Aquí adentro.

Se tocó la sien.

—No con voz en el aire, sino... en la cabeza.

Leönard se giró hacia ella, alerta.

—¿Te dijo algo?

—Nada concreto —respondió—. Lo... típico de quien quiere convencerte de que eres especial. Que él “entiende” cosas que los demás no. Que podríamos hablar de la muerte como si fuera una vieja amiga.

Sacudió la cabeza, disgustada.

—Me cansa que los monstruos intenten sonar como maestros.

Sërah bufó.

—Al menos no te prometió riquezas y poder —dijo—. Es lo que suelen ofrecerme a mí.

—Te conoce de otra forma —murmuró Antares, pensativo, mirando a Medli—. A cada quien le tira el anzuelo adecuado.

Ireena, que había permanecido en silencio durante toda la “conversación”, habló al fin.

—No va a parar —dijo, firme—. No ahora. No después de perder terreno.

Respiró hondo.

—Y ahora sabe que ustedes no solo sobreviven. Arreglan cosas.

Fue entonces, con el eco de Strahd aún pegado a las paredes, que la tensión que venían arrastrando desde el taller se volvió imposible de ignorar.

Sërah salió de su refugio en la columna y se adelantó unos pasos.

—Voy a decir algo —empezó—, y no quiero que me salten encima antes de terminar, ¿sí?

—Depende de lo que digas —replicó Leönard, cansado, pero atento.

Ella lo miró directo.

—No me arrepiento de haber recuperado los huesos —dijo—. Esto —señaló el altar, las velas, la sensación en el aire— vale la pena.

Hizo una pausa.

—Pero sigo pensando que lo de Henrik fue un error.

Henrik se encogió un poco más.

Lucian lo miró, pero no lo defendió. No todavía.

—¿Qué proponías? —preguntó Antares, cruzando los brazos—. ¿Cortarle la cabeza y dejarlo como mensaje en la plaza?

—No necesariamente —respondió Sërah—. Pero al menos no dejarle la opción de seguir respirando tranquilo bajo el mismo techo que la reliquia que casi entrega en bandeja.

Leönard apretó la mandíbula.

—No está respirando tranquilo —dijo, conteniéndose—. Lo vamos a mantener vigilado. Y va a trabajar para reparar lo que hizo.

—Eso es bonito en un sermón, paladín —replicó ella—. Pero estamos en Barovia.

Señaló la puerta marcada.

—Del otro lado hay un monstruo al que no le importa tu idea de justicia. Solo ve oportunidades. Y nosotros le acabamos de enseñar una nueva: que estamos dispuestos a perdonar a gente que le abre la puerta.

—No lo perdonamos —intervino Medli, alzando la voz más de lo que esperaba—. Solo decidimos no matarlo. No es lo mismo.

Sërah se volvió hacia ella.

—¿Y qué crees que va a pensar el resto de la ciudad cuando se enteren? —insistió—. “Ah, mira, puedes traicionar a todos, pero mientras llores lo suficiente y un par de héroes se pongan sentimentales, sigues respirando.”

Medli apretó el cuaderno sin darse cuenta.

—No fue sentimental —dijo, dolida—. Fue... no repetir lo que hace Strahd.

Se levantó un poco de la banca.

—Él reduce a las personas a sus errores. A un solo acto. A cómo le sirven o no le sirven. Si nosotros hacemos lo mismo, ¿qué nos diferencia?

—Que él lo hace por gusto —saltó Sërah—. Yo quiero que la gente tenga miedo de vender a sus vecinos por monedas.

—Eso ya lo tienen —replicó Draug, con calma tensa—. Miedo de todo. De todos.

Antares levantó la mano, intentando cortar el cruce.

—Miren —dijo—. No hay solución limpia. Si lo matábamos, una parte de la ciudad tal vez dormía más tranquila. Otra parte se habría preguntado quién sería el siguiente idiota útil sacrificado.

Se encogió de hombros.

—Así al menos tenemos a un testigo respirando, y a alguien que puede decirnos quién más está jugando para el otro lado.

Leönard asintió, mirando a Sërah.

—No te pido que confíes en él —dijo—. Yo tampoco lo hago. Hizo una pausa.

—Pero si vamos a empezar a matar a cualquiera que cometa una estupidez grave por miedo... tendremos que matar a media Barovia. Y no vinimos a eso.

Sërah apretó los dientes.

—Vinimos a sobrevivir —dijo—. Y a sacar a Ireena viva de este agujero.

Miró al grupo, uno por uno.

—Y a veces siento que quieren salvar al valle entero, aunque eso nos rompa en el proceso.

La frase se quedó flotando.

Ämroth la recogió.

—¿Crees que no pensamos en eso? —preguntó, serio—. ¿Que no pesamos cada vez cuánto nos estamos acercando a la línea donde dejamos de ser “nosotros” para convertirnos en otra cosa?

Respiró hondo.

—Pero si empezamos a dejar pasar “pequeñas” cosas solo porque son prácticas... un día despertamos y Barovia nos habrá convertido en algo que ahora odiamos.

Sërah lo miró largo rato.

—¿Y si es al revés? —soltó—. ¿Y si por aferrarnos a ser quienes somos dejamos que cosas peores pasen “porque no es nuestro estilo”?

Se volvió hacia la puerta marcada.

—Él no se va a detener porque tengamos principios.

El silencio que siguió no fue cómodo.

Lucian lo rompió, con voz cansada.

—Yo no sé qué es lo correcto —dijo—. Solo sé que si empezamos a resolverlo todo con sangre, esta iglesia se va a vaciar rápido.

Miró a Henrik, que seguía hecho un ovillo.

—Lo que hizo merece peso. Pero ese peso lo puedo usar aquí. Trabajando, ayudando, sirviendo. No colgando en la plaza para que el barón haga un discurso.

Ireena asintió.

—No confío en Henrik —admitió—. Pero confío menos en lo que el barón haría con él.

Draug se masajeó el puente de la nariz.

—Hay algo que no debemos olvidar —dijo—. Strahd quiere que nos dividamos. Le da igual si es por un carpintero, por un festival o por una decisión en un sótano.

Miró a todos.

—Si nos rompemos, no va a necesitar entrar a la iglesia. Le bastará con vernos salir uno por uno por la puerta.

La frase cayó con fuerza.

Sërah suspiró, mirando al techo.

—No estoy diciendo que quiera irme —dijo, más bajo—. Solo...

Se frotó la frente.

—Necesito que entiendan que mi forma de ver esto es distinta. Y que no voy a fingir que todo está bien cuando creo que estamos jugando demasiado limpio con gente que no lo merece.

Leönard asintió, serio.

—Y yo necesito que entiendas que mi forma de verlo tampoco va a cambiar —respondió—. No puedo hablar de justicia toda mi vida y empezar a hacer excepciones porque el lugar es feo.

Se miraron un momento.

No hubo acuerdo.

Pero hubo algo que, por ahora, bastó:

Aceptar que no pensaban igual... y que aun así iban a seguir caminando juntos.

Por ahora.

La iglesia se fue vaciando poco a poco.

Los pocos fieles se retiraron con paso rápido, algunos haciendo la señal del sol al salir.

Ismark e Ireena hablaron un rato con Lucian, acordando turnos de ayuda, rutas de escape, cosas prácticas.

Henrik, al final, quedó sentado en la primera banca, solo, hasta que Lucian se le acercó y se paró frente a él.

—No te voy a decir que estás perdonado —dijo el sacerdote—. Eso... no me corresponde solo a mí.

Se cruzó de brazos.

—Pero desde mañana vas a estar aquí al amanecer. Vas a limpiar, vas a cargar, vas a ayudar con lo que haga falta. Y cuando tengamos información sobre quién te mandó, vas a hablar. Todo. Sin guardarte nada.

Henrik asintió, con la expresión de quien acepta una condena que no es física... pero sí pesada.

—Está bien —murmuró—. Es más de lo que esperaba tener.

Lucian lo miró con una mezcla de enojo y compasión.

—Y si algún día decides volver a vender algo sagrado por miedo o monedas... —dijo—, te juro por el mismo santo que hoy nos escuchó que no seré yo quien te proteja.

Henrik tragó saliva.

—Lo entiendo.

Cuando por fin salieron de la iglesia, la noche de Vallaki los recibió con su mismo cielo gris oscuro, sus faroles pobres y

sus preparativos de festival que parecían más un chiste cruel.

La puerta de San Andral, a sus espaldas, seguía cerrada.
La marca en la madera brillaba apenas, como si guardara un poco del calor del toque.

Medli miró hacia esa marca, con un escalofrío.

—Él ya nos puso en su mapa —dijo.

—Ya estábamos ahí —respondió Antares—. Solo reforzamos el círculo.

Sërah miró a sus compañeros.

Miró a las calles, a la gente fingiendo normalidad.

Miró el humo que salía de algunas chimeneas.

—Lo importante es que mañana siga habiendo gente para quejarse del barón —dijo—. Y para eso, hoy valió la pena.

Leönard miró la iglesia una vez más.

—Tenemos un refugio —dijo—. No perfecto. No eterno.

Se ajustó el escudo.

—Pero es un lugar donde él no entra. Y eso... es una declaración.

Ämroth asintió, con las espadas cruzadas en la espalda.

—Las guerras largas se ganan a base de pequeños lugares que no caen —dijo—. Hoy salvamos uno.

Draug guardó silencio un momento, antes de agregar:

—Y casi nos partimos por dentro en el proceso.

—Eso también es parte de la guerra —respondió Antares, sin dramatismo—. Que no nos rompamos del todo... ese va a ser el truco.

Mientras se alejaban por las calles de Vallaki, un cuervo observaba desde el tejado de una casa cercana. Movi6 la cabeza, como si tomara nota.

Volte6 hacia la iglesia.

Volte6 hacia el grupo.

Y luego ech6 a volar.

El valle, silencioso, parec6a escuchar.

Y en alg6n lugar, lejos de all6, en lo alto de una colina, en un castillo que cortaba el horizonte, un hombre vestido de negro, con capa impecable y ojos antiguos, sonri6 sin alegr6a al sentir la resistencia de una puerta que hab6a tocado toda su vida... y que ahora se atrev6a a decirle “no”.

Capítulo 15

BAJO LAS MÁSCARAS DE VALLAKI

La mañana en Vallaki olía a pan viejo, humo y preocupación.

El cielo seguía igual de gris que siempre, pero para los que habían pasado la noche en la iglesia de San Andral, el mundo se sentía apenas un poco menos pesado. No mucho. Solo lo suficiente para notar la diferencia.

En la Posada del Agua Azul, el ruido empezó temprano. Vasos, platos, murmullos, pasos. La ciudad despertaba con esa energía rara de lugar que vive al borde del colapso pero finge normalidad.

Medli bajó las escaleras ajustándose el cinturón y el laúd a la espalda. Había dormido, pero el cuerpo todavía le pesaba. La voz, sin embargo, se sentía lista. Tal vez porque cantar había sido lo único que la mantuvo firme la noche anterior.

Draug ya estaba sentado en una mesa, cuaderno abierto, escribiendo apuntes del día anterior. Había garabatos de la

marca quemada en la puerta de la iglesia, anotaciones sobre Henrik, pequeños diagramas de la distribución de Vallaki.

Ämroth estaba de pie junto a la ventana, viendo la calle con ojos atentos. No miraba un punto en particular. Miraba patrones: guardias, movimientos, gente que caminaba muy rápido o muy lento.

Leönard bajó con paso firme, armadura ajustada. Había pulido el escudo lo suficiente para borrar las marcas más superficiales, pero no todas. Algunas heridas era mejor dejarlas ahí, para recordar.

Sërah fue de las últimas en aparecer, estirándose los brazos como si hubiera dormido en una silla. No era verdad, pero su cuerpo se comportaba como si nunca hubiera aprendido lo que era una cama cómoda.

Antares bajó sin prisa, pero tampoco con pereza. Sus ojos estaban más oscuros de lo normal, pero atentos. La noche anterior le había dejado claro, otra vez, que en Barovia la muerte no era amenaza: era costumbre.

Ireena e Ismark llegaron después, hablando bajo entre ellos. Ireena miró rápido alrededor, midiendo el ambiente, antes de relajarse un poco al ver las caras conocidas.

Urwin les llevó platos con comida sin decir mucho. Sin embargo, sus ojos estaban más curiosos que el día anterior.

—Se escucha que anoche hubo lobos y murciélagos muy interesados en la iglesia —comentó, dejando un plato frente a Leönard—. Y que no entraron.

Alzó una ceja.

—Qué cosas, ¿no?

—Qué cosas —repitió Sërah, sin terminar de sonreír.

Comieron un rato en silencio, cada quien enredado en sus propios pensamientos, hasta que Leönard decidió romper el aire inmóvil.

—Hoy tenemos que conocer mejor esta ciudad —dijo—. Mientras menos ciegos, menos sorpresas.

—Vallaki es un nido de secretos —añadió Draug—. Si solo nos quedamos en la posada y la iglesia, vamos a ver el cascarón, no el problema real.

Ämroth asintió.

—Y no podemos depender solamente de rumores —dijo—. Necesitamos ver cosas con nuestros propios ojos.

Leönard dejó la cuchara, pensándolo en voz alta.

—Propongo dividirnos en dos grupos —dijo—. Uno se encarga de la parte “oficial”: plaza, guardias, ver cómo se mueve el barón y su gente. El otro se enfoca en lo “extraoficial”: rumores, posibles aliados, quién manda de verdad cuando los guardias no están mirando.

Sërah levantó la mano de inmediato.

—Yo me apunto al grupo que ve la cara oficial del circo —dijo—. Plaza, guardias, castigos... donde se vea mejor qué tan podrido está todo.

Leönard asintió.

—Yo también —dijo—. Quiero ver con mis propios ojos cómo gobierna el barón.

Antares se encogió de hombros.

—Entonces voy con ustedes —añadió—. Si se arma algo con guardias, mejor que haya alguien acostumbrado a que le disparen primero.

—Bien —resumió Draug—. Grupo uno: plaza, guardias, “orden” del barón... Leönard, Sërah y Antares.

Miró a los demás.

—Grupo dos: calles, muralla, rumores, posada y barones a la distancia... Medli, Ämroth, Ireena, Ismark y yo.

—Tiene sentido —dijo Ämroth—. Ustedes se exponen directo a la autoridad, nosotros vemos las grietas.

—Nos vemos aquí al caer la tarde —propuso Leönard—. Pase lo que pase.

Todos asintieron.

Barovia había enseñado rápido la lección: no prometer volver. Solo proponérselo.

El grupo de Leönard salió primero.

La mañana en Vallaki ya estaba en su punto: comerciantes montando puestos en la plaza, niños corriendo a medias escondidas, guardias caminando en parejas, con lanzas y caras de cansancio. La gente evitaba cruzar sus miradas.

La plaza era un desorden organizado. Había restos de decoraciones de un festival reciente, flores marchitas colgando de postes, banderines rotos con frases como **“¡TODO ESTARÁ BIEN!”** y **“¡LA ALEGRÍA ES OBLIGATORIA!”**.

En el centro, la fuente seca servía de punto de encuentro para chismes y miradas. No lejos de ahí, el cepo con la máscara sonriente seguía en su lugar. El mismo hombre que habían visto antes seguía ahí, piernas temblorosas, el cuello rojo por la posición forzada.

Sërah chasqueó la lengua.

—Sigue aquí —murmuró—. Pensé que el barón al menos rotaba sus ejemplos.

—No pueden darse el lujo de desperdiciar castigos “útiles”
—dijo Antares, cruzando los brazos.

Leönard desvió un poco el rumbo para parar cerca del hombre. No tanto como para llamar la atención de los guardias, pero lo suficiente para que su voz le llegara.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en voz baja.

El hombre tardó en responder.

La máscara de sonrisa no dejaba ver su boca, pero sus ojos lo decían todo.

—Marik —susurró—. Fui panadero.

—“Fuiste” —repitió Sërah—. Eso suena a que perdiste el horno, no solo la dignidad.

Marik dejó salir una risa seca que no encajaba con la sonrisa pintada.

—No me gustó el festival —dijo—. Dije que las flores olían a podrido. Alguien me escuchó.

Hizo un gesto apenas perceptible hacia un grupo de guardias al otro extremo de la plaza.

—Aquí estoy. Para que todos aprendan que la nariz se guarda.

Leönard apretó el puño.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —preguntó.

—Dos días —respondió Marik—. Falta uno.

Suspiró.

—No se preocupen. No es lo peor que he visto.

—Pero sí lo peor que te ha pasado a ti —dijo Antares.

Marik no lo negó.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó Leönard, en voz baja.

Sërah miró alrededor.

—Sí. Podemos acabar en el cepo junto con él —susurró—.

No le sirve de nada que nos sacrifiquemos aquí mismo.

Antares sostuvo la mirada de Leönard.

—No podemos arreglar todo —dijo—. No hoy. No así.

Bajó la voz.

—Pero podemos tomar nota de la forma en que el barón gobierna. Y si todo se incendia, acordarnos de quién encendió la primera antorcha.

Leönard se obligó a alejarse.

No era abandono. Era estrategia. Eso se repetía.

Marik los siguió con la mirada hasta que se mezclaron con la gente.

—No me miró como si fuera un idiota —murmuró, apenas audible detrás de la máscara.

Casi sonó a sorpresa.

Más tarde, caminando por calles secundarias, el trío observó cómo funcionaba el “orden” de Vallaki.

Guardias revisando permisos que nadie entendía del todo.

Cobradores exigiendo monedas “para el festival”.

Vecinos hablando bien del barón... con los dientes apretados.

Sërah iba con las manos en los bolsillos, pero los ojos despiertos.

—Este lugar me recuerda a casa —dijo—. Pero con menos honestidad.

—Pensé que odiabas Baldur’s Gate —comentó Antares.

—La odiaba... porque no fingía ser lo que no era —respondió—. La ciudad se sabía sucia. No lo tapaba con flores y sonrisas pintadas.

Miró un letrero que decía: **“FESTIVAL DEL LOBO SONRIENTE — ¡LA FELICIDAD NOS PROTEGE!”**

—Aquí quieren que creas que si sufres con entusiasmo, todo se arregla.

Leönard miraba de cerca a los guardias. No solo sus armaduras y armas, sino sus caras. Algunos parecían conformados, otros resignados. Uno que otro se veía... demasiado cómodo con el poder que tenía.

—¿Ves a ese? —señaló Leönard, con un gesto de barbilla.

Un guardia en particular estaba discutiendo con una anciana que cargaba una canasta de pan duro.

—El barón dijo que todo el mundo debe aportar al festival —decía el guardia—. Si no tienes dinero, pagas con producto. Es simple.

—Pero esto es para vender —respondió la mujer—. Si me lo quita, ¿con qué compro leña?

El guardia se encogió de hombros.

—Con felicidad —dijo, sin rastro de humor, extendiendo la mano hacia la canasta.

Sërah entrecerró los ojos.

—Ese es el tipo de gente que no extrañaría si desapareciera —murmuró.

Antares frunció el ceño.

—Si hacemos algo aquí, se arma —advirtió.

Leönard se adelantó un paso, pero se contuvo.

Lo que quería hacer era plantarse entre el guardia y la anciana.

Lo que debía hacer... era otra cosa.

—No podemos empezar una pelea en cada esquina —dijo—. No si queremos llegar al castillo algún día.

Sërah suspiró.

—Entonces déjame a mí —dijo, bajando un poco la voz—. Sin espada. Sin discurso. Solo... justicia creativa.

Antares la miró con atención.

—¿Qué piensas hacer?

Ella sonrió apenas.

—Recordarle al mundo que, a veces, la balanza necesita un empujón.

Se separó del grupo, mezclándose con la gente. Conocía ese tipo de calle. No necesitaba verla. La sentía bajo los pies.

Pasó cerca de un puesto de verduras, fingiendo examinar un par de zanahorias. Luego se movió hacia un grupo de niños que jugaban con piedras. Después, se cruzó en diagonal hacia el lado opuesto de la calle, donde un perro husmeaba restos.

Todo era fachada.

Lo importante era el ritmo, no el recorrido.

El guardia, concentrado en la canasta, no la vio venir. Tenía una bolsa de cuero colgando del cinturón. No muy grande, pero cargada. El tipo de sonido que hace el dinero que no se gana honesto.

Sërah dejó que el cuerpo se moviera solo.

Un tropiezo pequeño contra otro transeúnte.

Un leve giro.

La mano entrando y saliendo sin cambiar de forma.

El peso de la bolsa pasó de la cintura del guardia a su muñeca sin que nadie lo notara.

En el momento en que el cuero tocó su piel, algo más pasó.

Un soplo de aire frío le rozó la nuca.

No era viento normal.

Era un gesto.

El sol gris se escondió un instante detrás de una nube.

Sombras de tejados y cuerdas se movieron, superpuestas, y por un segundo una forma apareció en la pared de una casa cercana: la silueta de una máscara negra, simple, de dos ojos alargados. Nada más.

Parpadeó... y desapareció.

Sërah se detuvo medio segundo, el corazón acelerado no por el robo, sino por la coincidencia.

Mask, pensó, casi con una sonrisa involuntaria.

Había oído historias del dios en Baldur's Gate. Patrono de ladrones, conspiradores, gente que vivía mejor cuando no la veían. Nunca le había rezado en serio. Pero ahora...

Una frase, casi como un pensamiento que no parecía suyo, cruzó su mente:

Toma lo que el abuso convierte en lujo.

No fue una voz.

Fue una intención.

Sërah no se volvió. No buscó la máscara otra vez. Solo dejó caer la bolsa dentro de su propia chaqueta, sin ruido.

Volvió junto a Leönard y Antares como si solo hubiera dado una vuelta corta.

—¿Y bien? —preguntó Antares.

Ella levantó la mano con calma.

Entre los dedos, una moneda brilló.

—Cobré impuestos —sonrió—. A la forma que sí entiendo.

—¿Le robaste? —preguntó Leönard, con el ceño fruncido.

Sërah se encogió de hombros.

—Le quité un poco a un hombre que acaba de robarle el sustento a una anciana —respondió—. Si quieres, luego usamos esto para comprar comida y se la llevamos.

Giró la moneda entre los dedos.

—Llámalo justicia con menos burocracia.

Antares aceptó la respuesta con un gesto leve.

Leönard, en cambio, apretó los dientes.

—No puedo avalar el robo —dijo, aunque sonó más cansado que enojado—. Ni siquiera a los que se lo “merecen”.

—No te pedí que lo avalaras —replicó Sërah—. Solo que no me des un sermón aquí mismo.

Lo miró directo.

—Tú haces tu guerra a tu manera. Yo hago la mía a la mía. Mientras sigamos empujando hacia el mismo lado, el valle tendrá más problemas para devorarnos.

Leönard sostuvo su mirada un momento.

—Mientras lo que hagas no ponga en peligro a los demás —dijo—, no te detendré.

Pero en su cabeza, Helm se sentía... incómodo.

Antares guardó silencio, pero no pudo evitar notar algo: en el muro detrás de Sërah, donde hacía un segundo él juraría que no había nada, había un grafiti pequeño, casi invisible, de una máscara estilizada.

Parpadeó y ya no estaba.

Seguramente, se dijo, el sueño le estaba jugando trucos.

Mientras tanto, el otro grupo se quedó un rato más en la posada.

El salón del Agua Azul estaba más vivo que la noche anterior. Algunos habitantes de Vallaki desayunaban en

silencio, otros discutían a media voz. En una esquina, un hombre de pelo blanco largo, chaleco colorido y sombrero apoyado a un lado escribía algo en un cuaderno, de vez en cuando echando vistazos curiosos al resto del lugar.

Urwin se acercó a la mesa donde estaban Medli, Draug, Ämroth, Ireena e Ismark.

—Supongo que no se van todavía —comentó.

—No —respondió Ireena—. Pero tampoco pensamos convertirnos en muebles fijos de tu posada.

—Lástima —dijo él, medio en serio—. Dicen que los muebles nuevos traen suerte.

Dejó platos con pan y un poco de mermelada aguada.

—Hoy tengan cuidado —añadió—. El barón anda más tenso que de costumbre. Los rumores de la iglesia ya le llegaron. Y los Wachter... bueno, los Wachter siempre están esperando que él cometa un error grande para dar el siguiente paso.

—¿Los Wachter? —preguntó Draug, tomando nota mental.

Urwin hizo una mueca.

—Familia vieja, de esas que creen que el mundo debería seguir girando según sus reglas —explicó—. Lady Fiona Wachter piensa que el barón es un idiota peligroso y que ella

lo haría mejor.

Se inclinó un poco hacia ellos.

—Y cuando alguien dice “lo haría mejor” en Barovia... normalmente quiere decir “tengo mi propio acuerdo con el Diablo”.

Ämroth frunció el ceño.

—¿Crees que ella trata directamente con Strahd?

—Creo que le tiene menos miedo del que debería — respondió Urwin—. Y eso, aquí, es casi lo mismo.

Medli jugueteó con el borde del vaso.

—¿Y él? —preguntó, mirando a la esquina donde el hombre de chaleco escribía.

Urwin miró en esa dirección.

—Rictavio —dijo—. Bardo viajero. Cuenta historias, hace trucos, trae un carromato lleno de cosas raras.

Se encogió de hombros.

—A mí no me compra su historia de “simple artista turista”, pero paga bien y su presencia distrae a la gente. Eso nunca sobra.

Draug sonrió.

—Otro bardo —comentó hacia Medli—. Podrías ir a decirle hola. Tal vez cambien notas.

Medli bajó la mirada un poco.

—Tal vez después —respondió—. Hoy tengo la cabeza llena.

Ämroth apoyó un codo en la mesa.

—De todas formas, no queremos llamar la atención de todo el mundo todavía —dijo—. Pero sí nos conviene saber quién podría ser aliado... y quién no.

Ismark miró a Urwin.

—¿Tú de qué lado estás? —preguntó, directo.

Urwin sonrió sin humor.

—Del lado de que Vallaki siga de pie un día más —dijo—. Y de que mis hijos tengan algo que comer.

Se alejó, pero mientras lo hacía, agregó:

—Y del lado de que el Diablo no sea el único que toma decisiones aquí.

No era una respuesta exacta. Pero era mejor que muchas.

Un poco después, decidieron salir.

—Empezaremos por los alrededores —propuso Draug—. Ver cómo se organiza la ciudad más allá de la plaza.

—Quiero ver el muro —añadió Ämroth—. Siempre dice algo de la gente que lo construyó.

Ireena asintió.

—Yo necesito comprar algunas cosas —dijo—. Y ver si hay gente capaz de pelear, por si esto se derrumba.

Medli ajustó el laúd y la capa.

—Yo... voy a ver —dijo—. Escuchar. Tal vez alguien quiera hablar. La gente siempre dice cosas que no planeaba cuando cree que solo está conversando.

Caminaron por calles menos transitadas que las del trío anterior. Esta zona de Vallaki tenía menos letreros de festival y más ropa colgada a la intemperie, casas mal reparadas, niños observando desde puertas entreabiertas.

Pasaron cerca de una pequeña tienda de telas, una herrería donde el sonido del martillo resonaba sordo, y un callejón donde dos adolescentes discutían sobre si el festival del Lobo Sonriente sería peor o mejor que el último.

Draug tomaba notas discretas de lo que veía: distribución de casas, número de guardias por calle, anchura de las avenidas.

Ämroth observaba techos, escaleras, puntos altos.

Ireena se fijaba en las caras.

Medli, en las voces.

En una esquina, un grupo de mujeres hablaba en voz baja sobre la iglesia.

—Fui ayer —decía una—. Se sentía... como antes. Como cuando era niña y pensaba que ahí dentro nada malo podía pasar.

—El barón dice que son cuentos —respondió otra—. Que no necesitamos huesos para estar felices. Solo festivales.

—El barón dice muchas cosas —murmuró la tercera—. A ver cuánto aguanta diciendo.

Medli se quedó escuchando un poco más, pero no intervino. Aprendía más cuando no la veían.

Llegaron a una calle más amplia, que conducía a una mansión rodeada de una reja metálica. Banderines adornaban la entrada, algunos caídos, otros mal sujetos. En un cartel cercano se leía:

“CASA DEL BARÓN VARGAS VALLAKOVICH — ¡TODO ESTARÁ BIEN!”

Ireena escupió a un lado, hacia la tierra.

—Me molesta esa frase —dijo—. Como si decirla la hiciera verdad.

—Es fe, pero sin contenido —comentó Ämroth—. Vacía. Forzada.

Draug observó la mansión.

—Hay guardias en la reja, y seguro más adentro —dijo—. No es lugar para entrar por ahora. Pero vale la pena recordar las rutas de acceso.

Medli no miraba la reja.

Miraba otra cosa.

Un hombre, vestido con ropa limpia pero no ostentosa, salía de la mansión con una bandeja en las manos. Encima, un par de copas de vidrio. El vino tenía un color rojo intenso. Hubiera podido ser bonito en cualquier otro lugar. Ahí se veía fuera de lugar.

Mientras lo cargaba, la bandeja se inclinó un poco y una de las copas vibró.

La luz gris del cielo se reflejó en el líquido, formando un destello que le llegó directo a Medli.

Se quedó mirando, sin darse cuenta.

El mundo se le despegó un poco.

No fue como la voz de Strahd en la iglesia.

No fue un ataque.

Fue... otra cosa.

El ruido de la calle se apagó de golpe, como si alguien hubiera cerrado una puerta detrás de ella.

La luz cambió.

Ya no era gris.

Era cálida.

Dorada.

Medli parpadeó.

Ya no estaba en la calle de Vallaki.

O, al menos, no parecía.

Las paredes a su alrededor eran de piedra pulida, adornadas con tapices finos. Velas altas en candelabros de metal lanzaban sombras elegantes. Podía oír, a lo lejos, música de cuerdas, lenta y vieja.

Frente a ella, en lugar de la reja del barón, había una escalinata amplia.

En lo alto de esa escalinata, un hombre.

Lo había visto en dibujos.

Lo había sentido, la noche anterior, desde la puerta.

Strahd.

No llevaba armadura.

No estaba en posición de combate.

Llevaba ropa oscura, impecable, una capa que caía con naturalidad, como si hasta la tela supiera que debía comportarse. Su rostro era grave, pero no enfadado. Sus ojos, antiguos.

En la mano derecha, una copa de vino.

No dijo nada.

No sonrió.

No se inclinó.

Solo la miró.

Sin prisa.

Sin juicio.

Y le ofreció la copa, extendiendo el brazo con un gesto tan suave que parecía parte de un protocolo viejo.

Medli sintió el corazón golpearle el pecho.

No supo decir si era miedo, curiosidad o las dos cosas.

No tomó la copa.

Pero tampoco se dio la vuelta.

Observó el vino.

Rojo profundo.

Demasiado.

El aroma llegó a ella sin que acercara la nariz: fruta, madera... y algo metálico debajo.

Strahd no habló.

No necesitaba.

El gesto decía suficiente:

“Aquí hay un lugar para ti, si decides tomarlo.”

“Puedo entender tus preguntas sobre la muerte.”

“No necesito que finjas ser otra.”

Medli sintió que el suelo se volvía ligero.

Por un momento, imaginó qué significaría tomar esa copa.

Ver la muerte no como algo que la aterraba y fascinaba a partes iguales, sino como algo... con orden. Con reglas. Con alguien que la conoce por nombre.

La idea la asustó más que el propio Strahd.

Se obligó a apartar la mirada de la copa y subirla hasta sus ojos.

Él seguía mirándola igual.

Sin presión.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—No —susurró ella.

No supo si dijo la palabra en voz alta o solo en su mente.

Pero en cuanto la formuló, la imagen se rompió como un espejo.

El ruido volvió.

El olor a humo, a calle, a gente.

La luz gris reemplazó al dorado.

La reja del barón seguía ahí.

El hombre de la bandeja caminaba unos metros más adelante, sin haberse dado cuenta de nada.

Medli parpadeó varias veces, la respiración acelerada.

—¿Estás bien? —preguntó Draug, a su lado—. Te quedaste... muy quieta.

Ella se sobresaltó un poco.

—Sí —respondió rápido—. Solo... me distraje.

Ämroth la observó con atención.

—¿Viste algo? —preguntó, directo.

Medli dudó.

La respuesta real le ardía en la lengua.

Sí. Lo vi a él.

Y me ofreció algo sin decir nada.

Pero se tragó esa parte.

—Nada útil —mintió a medias—. Solo... pensé en que, desde la reja, este lugar parece más grande de lo que realmente es.

Ämroth sostuvo su mirada un momento más.

Decidió no presionar.

—Si ves algo que sí sea útil... —dijo, simplemente—, dínoslo.

Ella asintió.

—Lo haré.

No sabía por qué no lo había hecho ya.

Tal vez porque temía la mirada que pondría Leönard.

O la reacción de Sërah.

O la forma en que Antares mediría la información.

Tal vez porque una parte de ella todavía estaba intentando decidir cuánto peso darle a ese gesto.

Strahd no la había atacado.

No la había amenazado.

Le había ofrecido vino.

Y eso la inquietaba más que cualquier grito.

El resto del día lo pasaron recorriendo más calles.

El grupo de Leönard vio, desde cierta distancia, el edificio donde vivían los Wachter. No entraron. Solo tomaron nota del flujo de gente, de los guardias que extrañamente evitaban la zona.

El grupo de Medli regresó a la posada después de pasar por el muro occidental, donde Draug hizo un par de esquemas mentales. Ämroth se quedó un rato en silencio mirando hacia el bosque, como si pudiera ver más allá del horizonte.

Cuando el sol cansado empezó a caer, los dos grupos se reunieron otra vez en la mesa grande del Agua Azul.

Se contaron lo que habían visto.

Guardias abusando de gente.

La mansión del barón, cargada de carteles y tensión.

Rumores de Lady Wachter.

Rictavio, el bardo raro.

El murmullo cada vez más fuerte sobre la iglesia.

Sërah no mencionó la bolsa robada.

Ni la sombra de máscara en la pared.

Medli no mencionó el salón con velas.

Ni la copa de vino extendida.

Cada uno guardó su pequeño secreto como quien guarda una carta peligrosa en la manga.

Había confianza en la mesa.

Había camaradería.

Había lazos que se habían forjado en la Death House, en el cementerio, en el taller de ataúdes, en la iglesia.

Y, aún así, empezaban a haber espacios en blanco entre ellos.

Lugares donde las palabras no llegaban.

Pequeñas sombras bajo las máscaras.

La noche cayó, y Vallaki siguió fingiendo que todo estaría bien.

El barón planeaba su próximo festival.

Los Wachter esperaban su oportunidad.

Strahd marcaba lugares en su mapa.

Y, en medio de todo eso, seis héroes cansados se preparaban para dormir en camas prestadas, sin saber que las decisiones silenciosas que habían tomado ese día —un robo, una visión guardada— eran el tipo de cosas que, con el tiempo, podían inclinar la balanza.

En Barovia, nada era tan pequeño como parecía.

Capítulo 16

EL FESTIVAL DEL LOBO SONRIENTE

Vallaki olía a lluvia... antes de que empezara a llover.

Desde temprano, las calles se llenaron de telas mal colgadas, máscaras de lobo de cartón pintadas a prisa, guirnaldas húmedas de flores que ya empezaban a marchitarse. Los guardias corrían de un lado a otro, gritando órdenes que sonaban más a amenaza que a organización.

—El barón tiene talento —murmuró Sërah, mientras ajustaba la capa—. Logra que un festival parezca un funeral con maquillaje.

Estaban reunidos frente a la posada, viendo cómo los habitantes de Vallaki se dejaban empujar hacia la plaza central. Muchos llevaban máscaras de lobo amarradas al cuello o en la mano. Pocos tenían ganas de ponérselas.

Leönard se ajustó el escudo a la espalda.

—Urwin dijo que es obligatorio asistir —recordó—. El que no se presenta, sospechoso. El que no sonríe, sospechoso. El que se queja, culpable.

—Y el que respira muy fuerte, delincuente —añadió Draug, anotando algo en su cuaderno.

Ämroth observó el cielo gris, saturado.

—Ese cielo no es normal —dijo—. Ni siquiera para este valle.

—¿Crees que es él? —preguntó Medli en voz baja.

—Aquí todo lo malo es él, hasta que se demuestre lo contrario —respondió Antares.

Ireena se abrochó el abrigo.

—Si vamos a estar en la plaza, hay que decidir algo —dijo—. ¿Qué tanto intervenimos si todo se sale de control?

La pregunta cayó pesada.

Leönard fue el primero en responder.

—Si alguien corre peligro directo y podemos ayudar... ayudamos —dijo—. Pero no podemos convertir el festival en una guerra abierta. No todavía.

Sërah resopló.

—Siempre tan práctico... —murmuró—. Está bien. Pero si el barón empieza a colgar gente en medio de aplausos forzados, no me pidan que me quede cruzada de brazos.

—Si pasa algo así, no serás la única que se mueva —dijo Ämroth.

Medli tragó saliva.

—Solo... no se separen demasiado —pidió—. Si se desata el caos, no quiero perderlos de vista.

Nadie prometió nada.

En Barovia, las promesas tenían un peso incómodo.

La plaza estaba irreconocible.

Habían montado un arco de ramas decorado con flores tristes y cintas descoloridas. En el centro, una gran efigie de un lobo, hecha de paja y trapos, con una sonrisa pintada que se veía más siniestra que alegre. Varias antorchas esperaban alrededor, dispuestas para el momento de “gran quema simbólica”.

El barón Vargas Vallakovich estaba en una tarima improvisada, con su esposa a un lado, rígida, y su hijo Victor visiblemente aburrido. El barón llevaba una máscara de lobo

mejor trabajada que las demás, aunque igual de ridícula. Su sonrisa era real, pero tensa.

—Ciudadanos de Vallaki —proclamó, alzando los brazos—, hoy celebramos una vez más el Festival del Lobo Sonriente. ¡Porque mientras la alegría reine en nuestros corazones... el mal no podrá tocarnos!

Algunas voces respondieron con un “¡Todo estará bien!” apagado. Otras ni siquiera eso.

Los guardias caminaban entre la multitud, observando quién gritaba y quién no.

Leönard, Antares y Sërah se colocaron cerca de un costado, desde donde podían ver la tarima y parte de la gente sin quedar en primera fila.

El resto se dispersó alrededor:

- Ämroth se puso en un punto donde pudiera moverse rápido si algo pasaba.
- Draug se quedó cerca de una de las salidas de la plaza, por si tocaba organizar retirada.
- Medli se mantuvo unos pasos detrás de Leönard, con el laúd listo.

- Ireena e Ismark eligieron una posición intermedia, no tan expuestos pero tampoco lejos.

El barón siguió hablando.

—¡Hoy quemaremos el símbolo de la bestia! —gritó, señalando la efigie de paja—. ¡Y con él, quemaremos nuestra tristeza, nuestro miedo, nuestra duda!

Su voz se quebró apenas al pronunciar “miedo”, pero se recompuso enseguida.

—Porque mientras sonriamos, ningún mal podrá tocarnos. ¡TODO ESTARÁ BIEN!

El grito final lo dio casi a la fuerza.

La multitud lo repitió por inercia.

Medli sintió un nudo en la garganta. No era emoción. Era la disonancia entre las palabras y la realidad. Era una canción mal afinada obligando a la gente a seguir el ritmo.

Cerró los ojos un segundo y, sin levantar demasiado la voz, dejó salir una melodía baja. No para todos. Solo para los que estaban cerca. Una nota suave que intentaba calmar nervios.

Leönard sintió el corazón bajar un poco de revoluciones.

Ämroth, a la distancia, reconoció el tacto de la bardo y lo agradeció en silencio.

Draug dejó de apretar tanto la pluma.

El barón levantó una antorcha.

—Que el fuego se lleve nuestra desdicha —declaró.

Fue en ese momento que la primera gota cayó.

No fue una llovizna lenta.

Fue una gota gruesa, directa, sobre la antorcha.

El fuego chispeó.

No se apagó todavía.

Una segunda gota cayó.

Luego otra.

Luego muchas.

En cuestión de segundos, la plaza entera estaba bajo una lluvia fría y molesta.

Las antorchas se debilitaron.

El fuego empezó a morir.

La gente murmuró.

—¿Eso también estaba planeado? —susurró Sërah.

—No creo que el barón controle el clima —dijo Draug desde su posición—. Y si lo hace, es pésimo mago.

El barón apretó los dientes, intentando mantener la compostura.

—¡Nada va a arruinar el festival! —gritó—. ¡Nada!

Le pidió otra antorcha a un guardia. Él mismo se acercó a la efígie, intentando prenderla. La lluvia se intensificó justo en ese momento, como si supiera dónde caer.

El fuego apenas mordió la paja antes de extinguirse.

Un niño, en algún lugar de la multitud, soltó una risa nerviosa.

Fue pequeña.

Inocente.

Pero en el silencio tenso... se oyó como un trueno.

El barón se giró hacia el sonido, los ojos desorbitados.

—¿Quién fue? —rugió.

Nadie respondió.

Los guardias empezaron a moverse entre la gente, buscando al “culpable” de la insolencia. La tensión subió. Varios dieron pasos atrás. Otros miraron al suelo.

—No va a soportar esto —susurró Ireena—. Está al borde.

Medli tragó saliva. La lluvia le empapaba las plumas, haciéndolas más pesadas. Sus dedos temblaban sobre las cuerdas del laúd.

Otra risa escapó. Esta vez, de un hombre que simplemente no pudo contener la ironía de la escena: antorchas apagadas, flores marchitas, un barón empapado gritando sobre alegría obligatoria.

Fue una carcajada corta, rota.

El barón lo vio.

—¡Tú! —señaló—. ¡Al centro!

Los guardias lo arrastraron hacia la tarima. Era un hombre de mediana edad, manos de campesino, rostro cansado. No parecía valiente. Solo... agotado.

—Yo... lo siento, mi barón —balbuceó—. No fue...

—¡No hay “lo siento”! —escupió Vargas—. ¡La burla es traición! ¡La tristeza es traición! ¡La duda es traición!

Se giró hacia la multitud.

—¡Vean lo que pasa cuando alguien se ríe del orden que nos protege!

Leönard dio un paso adelante, instintivo.

Antares le puso una mano firme en el brazo.

—No aquí —murmuró.

—¡Lo va a matar delante de todos! —resopló Leönard—. ¿Y vamos a quedarnos mirando?

—Si subes a la tarima ahora, se arma una masacre —dijo Draug, desde más atrás—. No solo él. Muchos pueden morir.

La lluvia se volvió más intensa, casi horizontal.

Los truenos resonaron... demasiado cerca.

Ämroth miró el cielo.

—Esto no es solo clima —dijo—. Está jugando con él.

“Él”.

Un trueno iluminó un segundo las nubes, y por un instante, sobre el tejado de una casa alta cercana a la plaza, Medli creyó ver una silueta oscura. Una capa. Un perfil conocido.

Parpadeó y ya no estaba.

El barón agarró de los cabellos al hombre, obligándolo a arrodillarse.

—¡En tiempos de oscuridad, la falta de fe es traición! —vociferó—. ¡Y la traición se castiga!

La multitud contuvo el aliento.

Fue entonces cuando se escuchó el aullido.

No el de un lobo normal.

Un aullido largo, profundo, que pareció salir de todos los callejones al mismo tiempo. Las máscaras de lobo en los cuellos y rostros de la gente se volvieron, de pronto, ridículas de una forma cruel.

—Genial —susurró Sërah—. Ya llegó el invitado que faltaba.

Un grupo de lobos enormes apareció en uno de los extremos de la plaza, colándose entre la gente que aún no entendía qué pasaba. No tardaron en empezar a gritar.

Los guardias se giraron hacia los animales, lanzas en mano.

El barón, empapado, desbordado, aún aferrado al hombre que había reído, gritó:

—¡Protejan el festival! ¡No dejen que arruinen la alegría!

El mundo se partió en dos.

Gente corriendo en todas direcciones.

Lobos empujando, mordiendo, tirando gente al suelo.

Guardias intentando elegir entre proteger al barón, pelear con los lobos o mantener el orden.

Y, en medio, el grupo.

—¡Formación! —gritó Leönard.

Alzó el escudo y se abrió paso entre la gente hacia el punto donde los lobos entraban. Antares fue con él, espada en mano. Ämroth corrió desde el otro costado, espadas de luna desenvainadas, brillando con más fuerza bajo la tormenta.

Draug se colocó en una posición donde pudiera ver el campo entero. Empezó a lanzar pequeños estallidos de energía para desviar a los lobos que se acercaban demasiado a la gente desarmada.

Sërah desapareció entre cuerpos. Nadie la vio moverse, pero donde había un lobo buscando una presa fácil, de pronto aparecía un corte preciso en su pata o su costado.

Medli se quedó un segundo paralizada.

Demasiada gente.

Demasiado ruido.

Demasiado caos.

Respiró hondo, levantó la voz y empezó a cantar.

Esta vez no fue una melodía suave.

Fue una canción rápida, con ritmo, pensada para cortar el ruido y darle estructura al caos. Notas que marcaban tiempos, que coincidían con golpes, con esquivas.

Leönard sintió el cuerpo obedecer mejor, los reflejos más afinados.

Ämroth, al girar, encontró los espacios exactos entre la gente. Antares vio venir una mordida y tuvo el segundo extra que necesitaba para interponer la espada.

Un lobo grande se lanzó contra una mujer que intentaba proteger a su hijo. Antes de que cerrara las fauces, Sërah clavó una daga en su ojo desde la sombra.

—No hoy, maldito —escupió, y desapareció otra vez.

Un trueno cayó muy cerca, iluminando todo de blanco. Por un instante, Medli vio, sobre una de las azoteas, una figura de pie, bien erguida, como quien observa una obra de teatro. No alcanzó a distinguir el rostro, pero no lo necesitaba.

Strahd estaba mirando.

El combate, sin embargo, no era una batalla ordenada. No era “ellos contra lobos”. Era una masa de gente, pánico, barro, gritos. La lluvia transformó el suelo en lodo resbaloso. Había niños llorando, máscaras rotas en el piso, flores pisoteadas.

Un lobo pasó corriendo muy cerca de Medli. Intentó esquivarlo y casi cayó. Ireena la sostuvo del brazo.

—¡No te quedes en medio! —gritó—. Quédate donde puedas verlos a todos.

Medli asintió, las plumas chorreando agua.

Se movió hacia un costado, subió a la base de una farola caída, desde donde podía ver mejor parte de la plaza. Cambió la canción: de apoyo a grito de alerta. Lanzó notas cortas para señalar peligros, casi como si fueran campanas.

—¡Izquierda! —gritó, reforzando la palabra con un acorde.

Antares giró justo a tiempo para bloquear a un lobo que venía por detrás.

—¡Frente! —otro acorde.

Ämroth levantó el escudo improvisado de un guardia caído y protegió a un niño que estaba sentado llorando en el suelo.

Durante un momento, parecía que lograrían controlar a las bestias. Algunos lobos ya yacían en el barro, otros retrocedían, heridos.

Fue entonces cuando algo más pasó.

Uno de los lobos esquivó a Leönard, saltó por encima de una banca caída y se lanzó hacia la tarima. No iba por el barón. Iba hacia la multitud que se amontonaba contra el escenario, intentando escapar de otro lado.

Un hombre joven, máscara colgando del cuello, tropezó y cayó de espaldas justo en el camino del animal.

—¡No! —gritó Medli.

Leönard vio la escena.

Antares también.

Ämroth estaba demasiado lejos.

Sërah en la dirección contraria.

Todos se movieron.

El tiempo se estiró.

El hombre levantó los brazos, reflejo inútil para protegerse.

El lobo abrió las fauces.

Por un instante, Medli no vio al hombre.

Vio otra cosa.

El mundo se le despegó de nuevo.

El sonido se apagó.

La lluvia desapareció.

La plaza... no estaba.

Otra vez, el salón elegante.

Las velas.

La música de cuerdas.

Strahd, en lo alto de una escalinata, la miraba.

La copa de vino en la mano.

Esta vez, el líquido no estaba quieto.

Se agitaba, como si vibrara con la tormenta de afuera.

Pequeñas olas rojas golpeaban el borde del cristal.

Meditativamente, Strahd inclinó la copa.

Una gota cayó.

Cuando tocó el suelo... ya no era vino.

Era sangre.

A sus espaldas, detrás de él, Medli creyó ver un balcón.

Más allá del balcón, una plaza en miniatura.

Gente diminuta corriendo.

Un lobo encima de alguien.

Strahd no sonreía.

Pero sus ojos tenían un brillo satisfecho.

Le extendió la copa de nuevo.

Más cerca.

El aroma a vino era fuerte.

El olor a sangre, más.

La invitación no tenía palabras... pero esta vez estaba más clara.

“Mira lo que puedo hacer con un gesto.”

“Mira lo poco que pueden hacer ellos.”

“Aquí, conmigo, podrías mirar la muerte de frente sin miedo.”

Medli sintió que el pecho se le llenaba de hielo.

Quiso gritar “no” ... pero la palabra no salía.

Vio, a través del balcón, cómo la figura diminuta del lobo caía sobre la del hombre, cómo el manchón rojo se extendía.

Un pensamiento cruel se le coló, sin saber si era suyo o empujado:

“Si estuviera de su lado, al menos entendería por qué.”

Sus dedos se tensaron.

La copa estaba más cerca de su mano.

Entonces, algo cambió.

Un sonido nuevo se coló en la visión: el batir de alas.

No era murciélago.

Era algo más pesado, más firme.

Una pluma negra cayó desde arriba, lentamente, como si flotara en el aire denso del salón.

Cayó dentro de la copa.

El vino se oscureció donde la pluma tocó el líquido.

No rojo.

No negro.

Algo entre los dos.

Durante un segundo, el aroma cambió.

Ya no era solo fruta y sangre.

Era frío.

Era noche.

Era silencio de cementerio... pero no vacío.

La mano de Strahd se detuvo.

Por primera vez, en esa visión, pareció molesto.

La pluma se hundió.

Medli sintió una presencia detrás de ella.

No una figura completa.

Solo una sombra alta, femenina, que parecía hecha de niebla y plumas.

Un susurro que no vino de labios, sino de la ausencia:

"Todavía no es tuya."

La copa se inclinó... lejos de ella.

El vino se derramó sobre los escalones, formando un pequeño río que bajó hasta sus pies. Donde la sangre tocaba el suelo, plumas negras aparecían, una y otra vez.

Strahd la seguía mirando, pero el gesto de invitación se había roto.

La visión se quebró, no como cristal esta vez, sino como ceniza dispersada por el viento.

El mundo volvió.

El ruido.

La lluvia.

Los gritos.

El hombre en la plaza gritó cuando el lobo cayó sobre él.

Leönard casi había llegado, pero su bota resbaló en el lodo. Solo un segundo.

Ämroth se lanzó con una de las espadas levantadas, pero la gente bloqueaba el paso.

Sërah vio el momento desde otra dirección, demasiado lejos.

Draug extendió la mano, intentando conjurar un impacto de fuerza, pero no podría hacerlo sin empujar también a otros.

Medli gritó, de verdad esta vez:

—¡NO!

El lobo hundió los colmillos en el cuello del hombre.

La sangre salpicó el barro.

El grito se cortó de golpe.

Medli sintió algo romperse dentro de ella.

No era hueso.

Era la idea de que, si cantaba lo suficientemente fuerte, siempre llegaría a tiempo.

Leönard llegó un segundo después, espada en mano. Hundió la hoja en el costado del animal, con un rugido furioso.

El lobo cayó, muerto, sobre la víctima.

Antares ayudó a quitar el cuerpo del animal.

No había nada que hacer.

Los ojos del hombre miraban al cielo gris.

Su máscara de lobo se había quedado colgando del cuello, manchada de rojo.

La lluvia se encargó de diluir la sangre en el barro, pero no tan rápido como para borrar la imagen.

Medli temblaba, con el laúd aún colgado.

Cerca del cuerpo, sobre un pedazo de madera rota, un cuervo se posó. Nadie lo había visto llegar. Miró el cadáver con cabeza ladeada, luego a Medli.

Sus ojos eran... diferentes.

No los de un animal normal.

La aarakocra sintió el mismo frío de la visión.

La sombra alta detrás de ella... aquí solo era un eco.

El cuervo batió las alas una vez y salió volando, dejando atrás una sola pluma negra, pegada al barro.

Medli no se agachó a recogerla.

Pero no apartó la vista de ella durante varios segundos.

Mientras tanto, en la tarima, el barón gritaba a los guardias que volvieran a la “formación”, que controlaran a los lobos, que mantuvieran el orden del festival. Nadie lo escuchaba.

La gente huía en todas direcciones.

Algunos guardias intentaban ayudar.

Otros solo buscaban no morir.

En el borde opuesto de la plaza, Sërah vio a un hombre de los Wachter observando todo desde una esquina, protegido por un portal. Sonreía, discretamente.

—Ya están tomando nota —murmuró.

Los lobos, al ver resistencia organizada y sentir a algunos de sus compañeros caer, empezaron a retirarse. No todos. Los más grandes mantuvieron la presión un poco más, como si algo los incitara.

En un tejado, una silueta volvió a aparecer. Esta vez, Medli no la vio.

La vio Ämroth.

Un hombre de capa oscura, de pie bajo la lluvia, donde cualquier otro estaría empapado. Él parecía al margen del agua.

Levantó una copa que nadie podía ver de cerca.

Se la llevó a los labios.

Ämroth apretó las empuñaduras.

—Cobarde —susurró.

Strahd, como si lo hubiera escuchado, inclinó la cabeza apenas, antes de desvanecerse otra vez. No desapareció con dramatismo. Simplemente dejó de estar ahí.

Cuando el último lobo cayó o huyó, lo que quedó fue el silencio roto de un festival destruido.

La efigie de paja seguía en pie, empapada, sin arder.

Las flores estaban por el suelo.

Las máscaras, en el barro.

El barón, empapado, con el cabello pegado a la frente, miraba la escena como si no entendiera del todo lo que había pasado.

—No... —murmuró—. No puede...

Se volvió hacia la multitud, más pequeña ahora, desordenada, llena de miedo y resentimiento.

—¡Esto... esto no cambia nada! —gritó—. ¡El festival fue un éxito! ¡LA ALEGRÍA NOS PROTEGE! ¡TODO ESTARÁ BIEN!

Nadie le respondió.

Un niño empezó a llorar.

Una mujer abrazó el cuerpo de la víctima, sin hacer caso de los guardias que intentaban alejarla.

Un hombre recogió una máscara del suelo y la tiró con fuerza contra la fuente.

Draug se acercó a Leönard, que seguía junto al cuerpo del hombre.

—No pudimos llegar —dijo, sin rodeos.

—Estábamos a unos pasos —respondió Leönard, la voz baja, cansada—. Y no llegamos.

Antares miró al cadáver, luego a la cabeza del lobo rebanada.

—Eso era lo que quería —dijo—.

Alzó la vista al cielo gris.

—Que viéramos que, incluso con todo lo que hemos hecho, sigue pudiendo tomar una vida en nuestra cara. Y que no podamos evitarlo.

Sërah, más atrás, observaba todo con los labios apretados.

—Y que el barón quede como un inútil total —añadió—. Esto no solo fue contra la gente. Fue un mensaje para él.

Ämroth llegó hasta ellos, espada baja.

—No podemos parar cada colmillo —dijo—. Pero eso no hace menos real la rabia.

Medli se acercó despacio, todavía con la imagen del salón, la copa, las plumas, pegada a la mente.

Vio al hombre muerto.

Vio la pluma en el barro.

Vio a los guardias confundidos, al barón gritando cosas sin sentido.

Y sintió algo dividido en el pecho.

Una parte de ella quería gritarle al cielo, a Strahd, a cualquiera.

Otra parte quería entender. Saber por qué. Saber cómo

funcionaba ese patrón de muerte, qué lo hacía posible, cómo romperlo.

Y, desde un rincón oscuro que apenas empezaba a formarse, una voz más baja susurraba:

“Él sí lo entiende. Él conoce la mecánica de todo esto.”

Pero la pluma en el barro era la prueba de que ese “él” no era el único interesado en ella.

Aquella figura.

No la conocía.

Y aun así, ya se había interpuesto dos veces.

Más tarde, ya lejos de la plaza, el grupo se reunió en uno de los callejones menos concurridos. La lluvia seguía, pero más suave.

—Esto no fue un accidente —empezó Leönard—. Él sabotéó el festival. Eligió el momento. Mandó a los lobos.

—Y eligió el lugar donde atacarían —añadió Draug—. No fueron directo al barón. Fueron a la gente. A los puntos más débiles.

—El hombre... —murmuró Medli.

—No podemos salvar a todos —dijo Sërah, sin tono cómodo—. Y lo odio. Pero es verdad.

Se apoyó en la pared.

—Lo que sí podemos hacer es elegir cuándo vale la pena arriesgarnos a que mueran más.

Leönard la miró, con los ojos enrojecidos de rabia contenida.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó—. ¿Que no me lo repito cada vez que dormimos bajo techo y alguien más no lo logra?

—Creo que estés a dos pasos de reventarle el cráneo al barón por incompetente —respondió ella—. Y que si lo haces aquí, en este momento, Strahd se va a reír más fuerte que nunca.

Ämroth intervino.

—No es el momento de matar al barón —dijo—. Pero sí de entender que Vallaki se rompe. Que solo era cuestión de tiempo. Y que él —miró hacia la dirección del castillo— está empujando.

Antares se pasó una mano por el cabello mojado.

—Tenemos que decidir algo —dijo—. ¿Vamos a jugar a estabilizar esta ciudad mientras él la sabotea? ¿O vamos a usar el caos que viene para acercarnos más a él?

Draug se apoyó en el bastón.

—No son opciones excluyentes —dijo—. Si Vallaki cae por completo, Strahd gana un mensaje más: “ni con héroes aquí, nada se sostiene”.

Lo miró a él y a Leönard.

—Pero si convertimos cada injusticia del barón en una batalla campal, él también gana. Porque nos desgasta.

Silencio.

Ireena habló, seria.

—El hombre que murió... no fue culpa de ustedes —dijo—. Fue decisión de él.

Señaló el castillo invisible tras las nubes.

—Él eligió dónde, cuándo y cómo. Él eligió los lobos. Él eligió la tormenta.

Respiró hondo.

—Lo único que pueden hacer es asegurarse de que, algún día, no pueda elegir nada más.

Medli apretó el laúd contra el pecho.

No habló de la visión.

No habló de la copa.

No habló del cuervo.

Pero esa noche, cuando por fin se acostó en la cama de la posada, tardó en dormir más que de costumbre.

En la oscuridad del cuarto, escuchó dos cosas distintas:

- El eco del salón, la música de cuerdas, el vino cayendo.
- Y el batir de alas, lejano, insistente.

No sabía a cuál de esos sonidos terminaría acercándose.

Solo sabía que ambos... la habían visto.

Y que, en un valle donde casi nadie tenía opciones, eso era tanto un privilegio como una condena.

Capítulo 17

LA CASA DE LAS SOMBRAS

Vallaki no habló del festival.

No en voz alta.

Los restos seguían ahí: la efígie de paja caída, las flores aplastadas en el barro, la marca de sangre que la lluvia no había lavado del todo. Pero la gente caminaba alrededor como si fuera un bache más en el camino.

Al día siguiente, la plaza olía a humo viejo, vino derramado y miedo. El barón había ordenado limpiar “todo rastro de caos” y repetir, más fuerte que nunca, que **“TODO ESTARÁ BIEN”**.

Nadie le creía.

Y todos hacían como si sí.

En la Posada del Agua Azul, el ambiente era distinto.

No había música.

No había historias de Rictavio.

Urwin servía platos en silencio, con ojeras profundas. Su esposa, Danika, se movía rápido, pero sin esa chispa nerviosa de otros días. La clientela susurraba, y cada vez que alguien pronunciaba la palabra “festival”, bajaba la voz aún más.

En una mesa hacia el fondo, el grupo intentaba desayunar.

Intentaba.

Leönard había comido poco.

Antares apenas tocaba el pan.

Medli empujaba trozos de comida en el plato, la mente en la plaza.

Ämroth, con los codos sobre la mesa, giraba la taza de madera entre las manos.

Draug escribía, pero cada tanto se detenía, perdiendo el hilo.

Sërah jugaba con una moneda, haciéndola girar sobre la mesa sin verla realmente.

—No dejamos de verlo morir —dijo Medli, por fin, rompiendo el silencio—. Una y otra vez.

Nadie necesitó que especificara a quién se refería.

El hombre del festival.

El cuello desgarrado.

La máscara manchada.

—Él quería eso —respondió Antares—. Que se quedara pegado.

Bebió un sorbo de algo que ya estaba frío.

—No solo la muerte. La sensación de que siempre llegamos un segundo tarde.

—Estamos cansados —añadió Draug—. Nos está desgastando a propósito. Esa es la estrategia.

—Y Vallaki se está rompiendo —dijo Ireena, que se había acercado a la mesa con Ismark—. La gente vio al barón perder el control. Vio que ni los festivales ni las sonrisas obligadas los protegen. Eso... no se borra.

Urwin, que estaba limpiando una jarra cerca, miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchara, y se inclinó un poco hacia ellos.

—Ustedes no son los únicos que se están cansando —murmuró—. El barón está como animal acorralado. Y hay gente que está encantada de ver eso.

Draug alzó la vista.

—Los Wachter —dijo, sin rodeos.

Urwin hizo una mueca.

—Lady Fiona tiene años diciendo que el barón es un idiota peligroso —explicó—. Que lo único que hace es provocar al Diablo con sus festivales ridículos.

Bajó la voz aún más.

—Y hay quienes dicen que ella preferiría... hablar directamente con el Diablo, en vez de fingir que no existe.

—¿Le es leal? —preguntó Leönard.

—Le es leal al orden que cree que Strahd podría darles —respondió Urwin—. Orden por encima de miedo, según ella. Se enderezó.

—En estos días, se ha reunido con más gente que nunca. “Club de lectura”, lo llaman. Algunos salen raros de ahí.

Sërah sonrió sin humor.

—Qué conveniente —dijo—. Cuando el rey de los idiotas se tambalea, aparece la noble iluminada con soluciones.

Se recargó en la silla.

—¿Y qué quieren de nosotros? ¿Que elijamos equipo en este juego de “tirano incompetente” contra “fanática del Diablo”?

—Quiero que sepan que si Fiona se mueve, Vallaki se va a dividir —dijo Urwin—. Y cuando la ciudad sangra, el castillo se ríe.

Miró a Leönard.

—Ustedes son los únicos aquí que no le deben nada ni al barón ni a los Wachter. Eso importa.

Ämroth se pasó una mano por el cabello.

—Tenemos que ver qué está pasando ahí dentro —dijo—. No podemos pelear en terreno que no conocemos.

Leönard asintió.

—No iremos como ejecutores del barón —dijo—. Iremos como... testigos. Y, si es necesario, como jueces.

Sërah chasqueó la lengua.

—Siempre tan modesto —se burló—. Pero de acuerdo. Es mejor saber cuántos enemigos hay realmente que seguir fingiendo que solo uno tiene colmillos.

Urwin se guardó el trapo que estaba usando.

—La casa Wachter está hacia el norte, cerca del muro —indicó—. Grande, vieja, con gatos por todos lados. No se pueden perder.

Hizo una pausa.

—Y tengan cuidado. Lady Fiona no es tonta. Y cree, de verdad, que Strahd es la respuesta.

—Entonces vamos a ver qué tipo de pregunta está haciendo —dijo Antares, poniéndose de pie.

La Casa Wachter olía a polvo, vino barato y gato.

Desde fuera, era un caserón grande, con la pintura desconchada, el jardín descuidado y una reja que en algún momento debió ser elegante, ahora oxidada. Solo quedaban restos de un escudo de armas sobre la puerta principal, medio borrado por el tiempo.

—Clásico noble venida a menos —comentó Sërah—. Mucho “linaje”, poca escoba.

Había gatos por todas partes: sobre la barda, en las ventanas, en el techo. Observaban en silencio, como jueces pequeños y peludos.

Leönard se detuvo frente a la puerta.

—Vamos juntos —dijo—. Pero atentos. No sabemos qué van a intentar.

Draug tocó.

Tardaron en abrir. Cuando lo hicieron, fue una sirvienta de mirada apagada, manos nerviosas, delantal manchado de algo que podría ser vino... o algo más.

—¿Sí? —preguntó, con voz monótona.

—Venimos a hablar con Lady Fiona Wachter —dijo Draug—. Sobre lo que pasó en el festival.

La sirvienta los observó uno por uno. Reconoció las armas, las armaduras, las plumas, los ojos cansados.

—Ella los esperaba —dijo al final—. Pasen.

La frase dejó un eco incómodo mientras los guiaba por un pasillo largo, con cuadros de ancestros mirando con cara de juicio desde las paredes. El suelo crujía bajo sus botas.

Los gatos los seguían.

Entraron a un salón amplio, iluminado por varias velas. Las cortinas estaban corridas, dejando fuera la poca luz del día. Había estantes con libros, una mesa con botellas, un sillón grande al fondo.

En el sillón, sentada como si el mundo entero le perteneciera por derecho natural, estaba Lady Fiona Wachter.

Era una mujer de unos cincuenta años, tal vez más, con cabello recogido en un moño apretado, vestido oscuro bien cuidado a pesar del ambiente, y unos ojos que brillaban con inteligencia fría. No sonreía, pero su rostro tenía la tranquilidad de alguien convencido de tener la razón.

—Ah —dijo, al verlos entrar—. Los héroes de Vallaki.

La frase sonó a cumplido... y a burla.

—No somos héroes de nadie —respondió Leönard—. Solo pasábamos por aquí.

—Sí —replicó ella—. Y mientras “solo pasan por aquí”, la iglesia vuelve a ser refugio, el festival se hace pedazos y el barón queda en ridículo.

Se inclinó un poco hacia adelante.

—No subestimen el efecto que tienen.

Un gato saltó al regazo de Fiona. Ella empezó a acariciarlo como si hubiera hecho eso toda la vida.

—Siéntense, por favor —pidió, señalando varias sillas frente a ella—. No acostumbro recibir visitas armadas, pero hago una excepción con quienes realmente mueven las cosas en este agujero.

El grupo se repartió entre las sillas y el espacio cercano. Nadie se relajó del todo.

—Nos dijeron que organiza... reuniones —empezó Draug—. Que no le agrada mucho la forma en que el barón gobierna.

Fiona soltó una risita suave.

—¿A quién le agrada? —preguntó—. Vargas es un niño con juguetes peligrosos. Cree que puede espantar la oscuridad

con sonrisas y fiestas ridículas.

Alzó la mirada hacia el techo, como si hablara con alguien más.

—No entiende que la oscuridad no desaparece porque tú cierras los ojos.

—Y usted sí lo entiende —dijo Sërah.

Fiona la miró, divertida.

—Una mujer que sabe hacer preguntas directas —dijo—. Me agrada.

Se acomodó mejor.

—Lo entiendo porque no vivo de ilusiones. Strahd manda. Ésa es la verdad.

Se encogió de hombros.

—Puedes bailar, puedes gritar, puedes rezar. Al final, la niebla sigue ahí.

Leönard apretó la mandíbula.

—Eso no significa que uno deba rendirse —dijo.

—“Rendirse” —repitió Fiona—. Palabra interesante.

Tomó una copa de vino de la mesa y la giró entre los dedos.

—¿Qué es rendirse? ¿Aceptar la realidad? ¿O seguir pretendiendo que puedes derribarla con una espada, hasta

que todos a tu alrededor mueren convencidos de una mentira bonita?

Medli sintió un eco incómodo en el pecho.

Había oído variaciones de ese argumento en su propia cabeza.

Ämroth la observó sin perder de vista a Fiona.

—¿Cuál es su “realidad”? —preguntó—. ¿Que es mejor negociar con el monstruo que enfrentarlo?

—Mi realidad es simple —respondió ella—. Strahd no se va. No porque ustedes lo maten una vez. No porque ganen un combate brillante.

Lo dijo como si hablara del clima.

—No es un “villano de cuento” que cae y se acabó. Es parte de esta tierra. De la forma en que respira.

Sus ojos se clavaron en los de Ämroth.

—Y si eso es cierto, lo más sensato es aprender a vivir con él... con la menor cantidad de sufrimiento posible.

—¿Y esa “mínima cantidad de sufrimiento” a quién excluye?

—preguntó Medli, en voz baja—. Porque alguien siempre paga el precio.

Fiona sonrió, por primera vez.

—Siempre paga alguien, sí —dijo—. Pero prefiero que sean unos cuantos bien escogidos... en lugar de toda la ciudad haciendo fila para morir por los caprichos del barón.

Ismark se cruzó de brazos.

—Entonces lo que propone es cambiar de tirano —dijo—. Quitar al incompetente y poner a la fanática.

—Propongo quitar del medio a la molestia —respondió Fiona—. Vargas molesta al Diablo con sus festivales, y la gente sufre en el intento. Yo, en cambio, puedo ofrecer... estabilidad.

Sus dedos siguieron acariciando al gato.

—Una ciudad que acepta su dueño vive más tiempo que una que finge no tenerlo.

Sërah soltó una risa seca.

—Suena a muchos jefes que tuve antes —comentó—. “Mira, yo también te exploto, pero al menos no te miento al respecto”.

Fiona la miró con interés genuino.

—Exacto —dijo—. La honestidad es un lujo que los débiles no se pueden permitir, pero yo sí.

Volvió la vista hacia Leönard.

—Y ustedes... están en un punto curioso. Han demostrado

que pueden cambiar cosas. Y eso los hace peligrosos para Vargas... y potencialmente muy útiles para mí.

—No estamos en venta —respondió Leönard, sin vacilar.

—No hablo de monedas —dijo Fiona—. Hablo de acuerdos. Se inclinó hacia adelante.

—Yo puedo asegurar que Vallaki no se desangre en una guerra interna. Que el barón caiga sin que haya un baño de sangre innecesario. Y que Strahd considere esta ciudad... “obediente” en vez de rebelde.

—¿“Obediente”? —escupió Ämroth—. ¿Como ganado bien portado?

—Como pueblo que entiende sus límites —corrigió ella—. Y que, por entenderlos, sobrevive.

Hubo un silencio tenso.

Draug fue el primero en romperlo, con voz calma, demasiado calma.

—¿Y cuál es exactamente su relación con Strahd? —preguntó.

Fiona sonrió con ese tipo de sonrisa que la gente usa cuando asume que tiene algo bajo control.

—Le envió informes —dijo—. Sobre el estado de la ciudad, sobre los movimientos de Vargas.

Se encogió de hombros.

—De vez en cuando, organizamos pequeñas reuniones de lectura y devoción. Gente que prefiere estar del lado del ganador desde antes.

—¿Lo adora? —preguntó Medli, con un dejo de asco.

—Lo respeto —corrigió Fiona—. Y entiendo que o te colocas bajo su sombra... o te conviertes en combustible para el fuego.

Sërah se echó hacia atrás en la silla.

—Entonces sus “clubes de lectura” son cultos —dijo—. Y sus libros no son novelas románticas, sino manuales de cómo besarle la mano al monstruo adecuado.

—Use el término que quiera —replicó Fiona—. Lo importante es que la gente que viene aquí sabe en qué se está metiendo.

Sus ojos se clavaron en Ireena.

—Y, hablando de “gente que atrae atención”, he oído ciertos rumores sobre usted. Que el Diablo la mira con interés.

La temperatura bajó un par de grados alrededor de la mesa.

Ireena apretó la mandíbula.

—No soy un objeto de intercambio —dijo—. Ni una pieza para su tablero.

—No aún —respondió Fiona con suavidad—. Pero todos somos piezas en el tablero de alguien, querida.

Más tarde, cuando la conversación se alargó y el vino corrió más en copas ajenas, Fiona los dejó “descansar” un poco en una sala lateral. Aseguró que volvería a hablar con ellos después de “consultar algunas cosas”.

La sirvienta los guió a una estancia más pequeña, con una chimenea apagada y menos gatos.

En cuanto se quedaron solos, la tensión estalló.

—Es una traidora —soltó Leönard, apenas se cerró la puerta—. Está trabajando directamente para él. No podemos dejar que siga.

—¿Y qué propones? —preguntó Sërah—. ¿Que la matemos aquí mismo y luego nos quedemos a ver cómo el barón y sus guardias preguntan quién la decapitó en su propia sala?

—Podríamos entregarla al barón —dijo Leönard—. Mostrarle pruebas de que está conspirando con Strahd. De que quiere su puesto.

Antares resopló.

—¿Y eso de qué sirve? —preguntó—. Vargas es una bomba emocional. Si le damos esa información, o se lanza contra Fiona y provoca un baño de sangre... o se encierra más en sus delirios de festivales.

Se cruzó de brazos.

—Ninguna de esas opciones es buena para la ciudad.

—Lo que no podemos hacer es dejar que siga creciendo su culto —añadió Ämroth—. Hoy son “clubes de lectura”. Mañana son sacrificios en plazas.

Draug caminó un par de pasos, con las manos detrás de la espalda.

—Hay varias opciones —empezó—.

Alzó los dedos, contando.

—Uno: la matamos y asumimos el costo. Dos: la entregamos al barón y jugamos a estabilizar a un tirano débil. Tres: no hacemos nada y dejamos que ella sea la que empuje al barón al vacío. Cuatro: la usamos.

—¿“La usamos”? —repitió Medli, frunciendo el ceño.

—Su red de información —explicó Draug—. Sus contactos. Lo que le escribe a él.

Lo miró a ella.

—Podríamos fingir una alianza a corto plazo. Sacar lo que nos sirva. Sabotear lo que podamos desde dentro. Y luego...

—¿Y luego qué? —interrumpió Leönard—. ¿La dejamos seguir adorando al monstruo mientras “sacamos provecho”? Eso no es justicia. Es complicidad.

Sërah se giró hacia él.

—Justicia sería llegar con una espada, cortarle la cabeza y luego quedarnos aquí a ver quién viene por nosotros —dijo—. Y, aunque te encantaría, paladín, eso no nos acerca al castillo.

Señaló el suelo.

—Lo quieras o no, este lugar es un tablero de facciones. Y si tumbas a una, la otra se fortalece. ¿Cuál de las dos quieres que tenga más poder cuando Strahd se aburra de ver el espectáculo?

—No quiero que ninguna tenga poder —respondió Leönard.

—Entonces estás en el valle equivocado —soltó Sërah.

Medli se frotó las sienes.

—Lo que más me molesta es que... en un punto, tiene razón —dijo—. El barón pone a la gente en riesgo con su negación infantil. Fiona, en cambio, quiere ponerlos en riesgo entregándose.

Miró a todos.

—¿Qué es “menos malo”? ¿Padecer la locura de un hombre que cree que puede negar al monstruo? ¿O vivir bajo alguien que acepta al monstruo como jefe?

Ämroth suspiró.

—No quiero elegir entre esos dos —dijo—. Quiero sacar a la gente de en medio y dejar a ambos pelear solos.

—Eso no se puede hacer sin romper cosas —replicó Antares—. Y ya estamos rompiendo cosas, aunque pretendamos que no.

Ismark, que había escuchado en silencio, intervino.

—Les voy a decir lo que yo veo —dijo—.

Todos lo miraron.

—Vargas es un problema. Fiona es otro. Strahd se ríe de ambos.

Se encogió de hombros.

—Si nos distraemos demasiado administrando esta ciudad, nunca vamos a llegar al verdadero cuello que hay que cortar.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Leönard—. ¿Nos vamos y la dejamos reclutar gente para su culto?

—No —dijo Draug—. Pero podemos empezar por algo que no sea tan... definitivo.

Sus ojos brillaron con un plan en ciernes.

—Podemos buscar pruebas. Ver qué tiene en el sótano, más allá de la charla bonita. Saber cuán hondo va su lealtad hacia él.

Miró a Sërah.

—Tú eres buena entrando donde no debes.

Ella alzó una ceja.

—Me halaga que lo notes —dijo—. ¿Sugieres que juguemos a “somos invitados” mientras alguien más recorre la casa?

—Es lo más sensato —respondió Draug—. No tomemos una decisión final sin saber qué tan sucia está realmente esta casa.

Leönard resopló, pero no discutió.

—Busquemos la verdad —dijo—. Luego decidimos qué hacer.

Medli asintió, aunque la idea de bajar a un sótano en esa casa le daba mala espina.

La sirvienta volvió antes de que pudieran planear más detalles.

—Lady Fiona pregunta si se quedarán a la cena —anunció.

—Por supuesto —respondió Sërah con una sonrisa falsa—. Sería un honor.

La sirvienta asintió, sin emoción.

—Les mostraré sus habitaciones —dijo—. Pueden dejar sus cosas allí.

Se volvió. El grupo intercambió miradas rápidas.

Alguien tendría que separarse.

Alguien tendría que bajar.

La casa Wachter, como todas las casas viejas importantes, tenía más puertas de las necesarias.

Mientras la sirvienta los guiaba por un pasillo hacia un par de cuartos de huéspedes, Sërah contó mentalmente ventanas, recovecos y posibles rutas de escape. Draug, por su parte, prestó atención al peso de los pasos, al eco. Buscaba escaleras ocultas, cambios en las paredes.

Lograron convencer a la sirvienta de que “no se preocuparan”, que ellos sabrían llegar al salón cuando fuera la cena. Ella, medio ausente, aceptó.

Cuando se quedaron solos en el pasillo, Draug habló en voz muy baja.

—Éste es el plan —dijo—. Nos dividimos otra vez.

Señaló hacia un extremo.

—Leönard, Ämroth, Ireena e Ismark se quedan “oficialmente” en la parte visible. Si Fiona vuelve, que los vea tranquilos.

Miró al otro lado.

—Sërah, Antares y yo buscamos el sótano.

—¿Y yo? —preguntó Medli.

Draug dudó un momento.

—Tú... necesitas descansar un poco —dijo, sincero—. Estás llevando mucho peso. Y si algo sale mal y necesitamos a alguien que hable, que cante o que calme las cosas, mejor que no estés agotada por bajar a un culto apestoso.

Medli quiso protestar.

Una parte de ella quería ver qué horrores se escondían abajo. Pero otra parte... la que aún veía la copa y la pluma... solo quería, por un momento, no mirar directamente a otra máscara del mismo monstruo.

—Está bien —aceptó—. Me quedo arriba. Pero si tardan demasiado, bajaré aunque no quieran.

El trato quedó hecho.

Encontrar el acceso al sótano no fue fácil.

No porque estuviera muy escondido, sino porque la casa entera estaba llena de rincones que podrían haber sido.

Draug fue el que encontró la puerta correcta: detrás de una estantería con libros polvorientos sobre genealogía y “historia de Barovia” escrita desde la perspectiva más conveniente.

—Aquí —susurró, moviendo un volumen gordo que sirvió de palanca.

La estantería se abrió unos centímetros.

Sërah sonrió.

—Siempre quise atravesar una biblioteca falsa —murmuró—. Es agradable ver que algunos clichés sí son reales.

Bajaron.

Las escaleras crujieron bajo sus pasos, y el olor cambió de polvo a algo más pesado: humedad, vino derramado, sudor. Había una luz tenue al fondo.

Llegaron a una sala subterránea de techo bajo, iluminada por velas. En el centro, una mesa larga con copas, libros, pergaminos. Varias sillas alrededor. Las paredes estaban decoradas con símbolos discretos: no eran pentagramas ni

nada tan obvio. Eran pequeños signos, frases enmarcadas que, a simple vista, podían pasar por citas filosóficas.

Draug se acercó a una.

“En la oscuridad, encontramos la verdad de lo que somos.”

Otra:

“Solo quien acepta a su señor deja de temerle.”

—Sutiles —murmuró Sërah—. Para que el que baje por curiosidad crea que es un club de lectura intenso, no un culto.

Antares revisó la mesa. Encontró una carta sin cerrar. La leyó en voz baja.

—“Estimado Lord Strahd von Zarovich...” —frunció el ceño—. “Con gusto informo que el incidente en la iglesia ha debilitado aún más la posición del barón ante el pueblo. Mis seguidores se muestran dispuestos a un cambio de autoridad. Confío en que, con su bendición, Vallaki pueda convertirse en un ejemplo de ciudad obediente.”

Se detuvo.

—“Siempre su fiel servidora, Fiona Wachter.”

Draug apretó los labios.

—Esto ya no es solo simpatía —dijo—. Es colaboración directa.

Sërah encontró, en un rincón, un pequeño altar improvisado. No era grandioso, pero bastaba: una vela negra, una copa, un medallón con la silueta de un castillo bajo una luna torcida.

—La señora tiene su propio rincón para sus rezos —comentó.

—Hay más —dijo Antares.

En una pequeña celda contigua, cerrada con una reja de hierro, había alguien tirado en el suelo. Un hombre, flaco, ojos hundidos, con ropas sucias que alguna vez habían sido finas.

Al oírlos, levantó la cabeza con esfuerzo.

—¿Quién...? —balbuceó—. ¿Fiona?

—No —respondió Sërah, acercándose a la reja—. Mejores noticias que eso.

Se agachó.

—¿Quién eres?

—Nicolai Wachter —tosió—. Hijo de Fiona.

Rió sin humor.

—El que no aplaudió cuando ella empezó a decir que el Diablo era la solución.

A su lado, había restos de comida vieja, una jarra vacía.

—¿Te tiene encerrado por no creer lo mismo? —preguntó Antares.

—Por no creer tan fuerte —corrigió él—. Dice que soy débil. Que “no merezco el nuevo mundo que está construyendo”. Se arrimó a los barrotes.

—Si la ciudad se entrega a Strahd, será por mi madre. No por el barón.

Draug miró la cerradura.

—Podemos sacarte —dijo—. Pero si lo hacemos, Fiona sabrá que estuvimos aquí.

—Ya lo sabe —murmuró Nicolai—. No es tonta. Si están en su casa, ya está calculando cómo usarlos.

Se aferró a los barrotes con desesperación.

—Les ruego... si la van a dejar viva, al menos no la dejen tener la ciudad.

Sërah sintió un hueco raro en el estómago.

—¿Cuánto daño más puede hacer? —preguntó.

Nicolai la miró con una mezcla de miedo y certeza.

—No ha empezado —respondió.

Arriba, en el salón, Fiona hablaba con Leönard, Ämroth, Medli, Ireena e Ismark como si fueran parte de un consejo de guerra.

—Lo que pasó en el festival era inevitable —decía—. Vargas juega a ser rey y el Diablo se aburre de sus payasadas.

Tomó un sorbo de vino.

—Si no fuera por la protección que ustedes han traído a la iglesia, Strahd ya habría entrado a la ciudad a caballo.

—No trajimos protección —dijo Leönard—. Solo devolvimos lo que nunca debieron quitar.

—Eso suena a protección en mi libro —replicó ella—.

Dejó la copa en la mesa.

—Miren, no voy a negar lo que hago. Sé que Strahd nos vigila. Y prefiero estar de su lado cuando decida ajustar cuentas.

Sonrió.

—Y ustedes lo van a enfrentar. Lo sé. Se les nota en la cara.

Señaló a Medli.

—Y algunos tienen algo que él no va a ignorar.

Medli sintió la mandíbula apretarse.

—No soy su juguete —dijo.

—Nadie es “juguete” de alguien tan viejo —respondió Fiona —. A esa edad, todos somos piezas, trofeos o errores.

Se encogió de hombros.

—Yo prefiero intentar ser pieza útil. Ustedes parecen empeñados en ser error.

Ämroth la observó, con una calma que no era paz.

Era contención.

—Tal vez —dijo—. Pero algunos errores valen la pena.

En el sótano, la discusión estalló frente a la celda de Nicolai.

—No podemos dejarlo aquí —dijo Sërah—. Sea Wachter o no, esto es una cárcel hecha por fanatismo, no por justicia.

—Coincido —respondió Antares—. No le debemos lealtad a la madre. Y tener a alguien de adentro que la odie puede servirnos.

Draug miró la carta a Strahd, el altar, las frases en la pared.

—Esto es suficiente para que Vargas la acuse de traición —dijo—. Y para que, probablemente, ejecute a media ciudad de paso.

Respiró hondo.

—No estoy viendo ninguna opción sin consecuencias.

—Nunca las hay —respondió Sërah—. Solo algunas tienen mejor sabor que otras.

Abrió su estuche, sacó herramientas y se puso a trabajar en la cerradura.

—¿Qué haces? —preguntó Draug, aunque lo sabía.

—Lo obvio —contestó ella—. Si vamos a dejar vivas a personas que adoran al Diablo, lo mínimo que puedo hacer es no dejar encerrada a alguien que se negó a hacerlo.

La cerradura cedió con un clic suave.

Nicolai salió tambaleándose, apoyándose en los barrotes.

—No sé quiénes son —dijo, respirando agitado—. Pero gracias.

—No lo hagas problema —respondió Sërah—. Solo recuerda quién te abrió la puerta cuando todo esto se venga abajo.

Antares dobló la carta a Strahd y se la guardó.

—Esto no se queda aquí —dijo.

Draug lo miró, dudando.

—Si la usamos, estamos entrando de lleno en el juego político de Vallaki —advirtió.

—Ya estamos dentro —replicó Antares—. Lo queramos o no. Solo que hasta ahora hemos jugado sin cartas.

Tocó el bolsillo donde guardó la misiva.

—Necesitamos al menos una.

Cuando volvieron al piso de arriba, la cena estaba lista.

Fiona los recibió con una sonrisa tranquila, como si no sospechara nada.

Pero sus ojos tardaron un segundo en recorrer sus rostros, buscando señales.

Encontró algunas.

—Espero que la casa haya sido de su agrado —dijo—. Pocas visitas se toman el tiempo de recorrerla.

Nadie respondió a la indirecta.

Se sentaron.

La comida estaba bien hecha.

Pan recién horneado, sopa caliente, carne guisada. Un insulto al hambre de media ciudad.

Medli comió poco.

Cada bocado le sabía mezclado con frases como “obediencia”, “realidad” y “señor”.

Leönard la miraba con una calma tensa.

—Lady Fiona —dijo, en cierto momento—. Si el barón es un peligro... y Strahd también... ¿qué lugar queda para la gente de esta ciudad?

—El lugar de siempre —respondió ella, sin dudar—. Entre dos fuerzas que no controlan.

Tomó un pedazo de pan.

—La diferencia es si intentan fingir que son libres... o aceptan que necesitan protección.

—¿Y esa “protección” tiene precio? —preguntó Ämroth.

—Siempre —dijo Fiona—. Nadie vive gratis bajo un señor.

Medli apretó la cuchara.

—Hay otros “señores” mirando —susurró, más para sí que para nadie.

Fiona la escuchó.

—La muerte mira a todos —dijo—. Pero algunos saben negociarla mejor que otros.

La frase se le clavó como astilla a Medli, que recordó la copa, la sangre, la pluma.

No respondió.

Cuando por fin salieron de la Casa Wachter, la tarde ya estaba cayendo. El cielo tenía ese tono entre gris y violeta que en cualquier otro lugar podría ser hermoso. Ahí solo parecía más tristeza.

La discusión, inevitable, cayó sobre ellos apenas se alejaron unas casas.

—No me gustó nada de lo que vi ahí —empezó Leönard—. Ni arriba ni abajo.

Miró a Sërah, Antares y Draug.

—¿Qué encontraron?

Draug respiró hondo.

—Un sótano con altar, cartas a Strahd y un hijo encerrado por no ser lo suficientemente devoto —resumió—. Fiona no solo simpatiza. Trabaja activamente para él.

Sacó la carta, la desplegó y se la mostró a los demás.

Leönard leyó, apretando los dientes.

—Esto es traición abierta —dijo.

—En un lugar donde la palabra “traición” se usa contra cualquiera que no sonría en un festival —respondió Sërah—. No olvides eso.

Ämroth se pasó una mano por la cara.

—¿Sacaron al hijo? —preguntó.

—Sí —dijo Sërah—. Estaba ahí abajo pudriéndose por no querer rezarle al monstruo favorito de su madre.

—Entonces ya sabe que estuvimos en el sótano —añadió Draug—. No va a tardar en conectar los puntos.

Antares dobló la carta de nuevo.

—Ahora viene la parte que no podemos seguir pateando —dijo—. ¿Qué vamos a hacer con esto?

Se hizo un silencio incómodo.

Medli lo rompió.

—Si se la damos al barón, va a usarla para reforzar su propia locura —dijo—. Va a hacer ejecuciones públicas para demostrar que “él sí protege a la ciudad”. Y Strahd va a reír más fuerte.

—Si no hacemos nada, Fiona va a seguir reuniendo gente —añadió Ämroth—. Aceptando la idea de que es mejor arrodillarse voluntariamente.

—Y si la matamos, se arma un vacío que Strahd puede llenar como quiera —dijo Draug—. O el barón. O cualquiera.

—¿Y entonces? —soltó Leönard—. ¿Esperamos a que se maten entre ellos mientras nosotros vemos desde la iglesia?

Sërah se cruzó de brazos.

—Propongo otra cosa —dijo—.

Los miró a todos, uno por uno.

—Nos vamos.

—¿Cómo que “nos vamos”? —preguntó Ismark.

—Vallaki ya es un polvorín —explicó Sërah—. Hicimos lo que podíamos: devolvimos la protección a la iglesia, mostramos que el barón está desnudo, vimos que Fiona le lame la mano al Diablo.

Señaló el horizonte.

—Nuestro objetivo no es ganar la guerra política de esta ciudad. Es llegar al castillo.

Leönard la miró como si le hubiera dicho que quemaran un templo.

—Si nos vamos ahora, Vallaki se va a hundir —dijo—. Y sabremos que dejamos atrás a gente atrapada entre dos monstruos.

—Ya lo están —respondió ella—. Estén o no estemos aquí. La diferencia es que, si nos quedamos demasiado tiempo, nos van a arrastrar a su guerra. Y él —señaló las montañas,

donde el castillo se recortaba apenas contra el cielo— va a seguir moviendo los hilos desde arriba.

Antares intervino.

—No está diciendo que no hagamos nada —dijo—. Solo que no podemos vivir aquí como si fuéramos guardias de barrio. Se encogió de hombros.

—Podríamos dejar esta carta en manos de alguien que no sea Vargas ni Fiona. Alguien que pueda usarla como amenaza, no como excusa para matar gente.

Draug pensó en Urwin.

En los Martikov.

En la red de cuervos que no habían terminado de entender, pero que sabían que existía.

—Tal vez haya manos mejores que las nuestras para sostener esto —dijo—. Y nosotros necesitamos las nuestras libres para sostener espadas.

Leönard no parecía convencido.

—Se siente como huir —dijo—. Como dejar un juicio a medias.

—No es huir —respondió Medli, despacio—. Es elegir en qué batalla podemos hacer más daño.

Lo miró.

—Si morimos aquí discutiendo con Fiona y el barón, él gana sin ensuciarse las manos.

La frase no lo dejó tranquilo.

Pero tampoco tuvo una respuesta mejor.

—No me gusta —dijo, al final—. Pero... entiendo el argumento.

Miró hacia la iglesia, que apenas se veía a lo lejos.

—No me iré sin hablar con Lucian. Ni sin asegurarme de que, pase lo que pase, San Andral sigue en pie.

—Eso sí —asintió Ämroth—. Hay cosas que no podemos abandonar como si nada.

Sërah soltó el aire.

—Entonces hacemos esto —dijo—:

Alzó los dedos.

—Uno: dejamos la carta con alguien que pueda usarla sin convertirse en otro tirano. Dos: avisamos a Lucian de lo que se viene. Tres: buscamos el siguiente paso en este valle antes de que Vallaki nos trague.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —preguntó Ireena.

La respuesta llegó antes de que nadie pudiera decir nada.

En forma de gritos.

Venían desde el lado oeste de la ciudad, cerca de las puertas.

Gritos.

Llantos.

Insultos lanzados al aire.

El grupo se tensó de inmediato.

—¿Otra vez lobos? —preguntó Antares, mano al arma.

—No suena a lobos —dijo Ämroth—. Suena a... desesperación.

Corrieron hacia el origen del ruido.

En una de las calles cercanas a la salida de Vallaki, una pequeña multitud se había reunido alrededor de una mujer que lloraba a gritos, agarrando la falda de un hombre mayor.

—¡Te dije que no se la llevaran! —gritaba—. ¡Te dije que no se la dieran!

El hombre, con el rostro desencajado, sostenía un pequeño paquetito de tela entre las manos. Lo apretaba como si fuera todo lo que le quedaba.

—No sabíamos... —lloraba—. No sabíamos, Marta...

—¿Qué pasó? —preguntó Leönard, acercándose.

La mujer lo miró con ojos llenos de furia y dolor.

—¡Mi hija! —sollozó—. ¡Se llevaron a mi hija!

Sërah se agachó un poco, poniéndose a su altura.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Quién se la llevó?

El hombre apretó más el paquete de tela. Al abrirlo, se vio un pequeño pastelito en forma de media luna, con azúcar por encima.

El olor era dulce.

Demasiado dulce.

Medli reconoció el aroma.

Lo había olido antes, en otra vida, en historias.

“Dream pastries”.

—Las brujas —susurró—. Las que venden sueños.

Otro vecino intervino.

—Vino una vieja con una carreta —explicó—. Ofrecía pasteles para “olvidar el dolor”. Dijo que por “un pequeño precio” se podía conseguir uno.

Miró al hombre.

—Él... él aceptó. Ella le dijo que, si no tenía suficiente para pagar, podía “dejar un depósito”.

—Y el depósito era su hija —escupió la mujer—. ¡Nuestra hija!

Se llevó las manos al rostro.

—La subieron a la carreta y se la llevaron. Hacia el oeste. Hacia el... molino.

La palabra quedó flotando.

Draug sintió un escalofrío.

—Old Bonegrinder —murmuró—. El molino que se ve desde la carretera.

Un cuervo pasó volando en ese momento, graznando con fuerza. Dio una vuelta en círculos sobre el grupo y se marchó en dirección a las murallas.

Como respuesta a una señal invisible, otro cuervo bajó de un tejado cercano y se posó en un barril junto al grupo.

Los observó un segundo.

Ämroth lo reconoció.

—Éste no es cualquier cuervo —dijo—. Es de los suyos.

Urwin no estaba ahí, pero la mirada del ave tenía algo de él. Se inclinó un poco, como si asentara, y luego miró hacia el

oeste.

Hacia el molino.

Como si dijera: *“Sí. Es ahí. Y es ahora.”*

Medli sintió el cansancio en cada hueso.

La pelea contra los lobos en el festival, las discusiones con el barón, la visita a los Wachter, el sótano, la carta, la muerte de aquel hombre.

Todo se acumulaba.

—No hemos descansado —dijo, en voz baja—. Ni física ni mentalmente.

—Los niños tampoco —respondió Sërah—. Y si esperamos a dormir, puede que mañana ya no estén.

El hombre del pastelito cayó de rodillas frente a Leönard.

—Por favor... —imploró—. Por favor... tráiganla de vuelta. Sus manos temblaban.

—No sabíamos. Pensamos que... que solo era un dulce para olvidar el hambre por una noche. No sabíamos...

Leönard cerró los ojos un segundo.

La imagen del hombre muerto en el festival se mezcló con la de una niña subida a una carreta.

Abrió los ojos.

—¿Hace cuánto se la llevaron? —preguntó.

—Unos minutos —respondió un vecino—. No más de media hora.

Antares miró hacia el oeste, donde el camino salía de Vallaki.

—Si nos movemos ya, los alcanzamos antes de llegar al molino —dijo—. O al menos llegamos antes de que puedan... hacer lo que sea que hagan ahí.

Draug apretó los dientes.

—Eso significa irnos ahora mismo —dijo—. Sin pasar por la posada, sin dejar la carta, sin hablar con Lucian.

—No vamos a tener otra oportunidad —respondió Ämroth—. No si queremos salvar a esa niña... y a cualquier otro que tengan ahí.

Sërah miró a Leönard.

—No hay dilema aquí —dijo—. No el tipo de dilema que tuvimos con Fiona.

Se señaló el pecho.

—Aquí, o corremos... o nos quedamos viendo.

Él sabía que tenía razón.

Se volvió hacia la madre.

—¿Cómo se llama tu hija? —preguntó.

—Ana —respondió ella, entre lágrimas—. Ana Marta.

—Vamos a intentar traerla de vuelta —dijo Leönard—. No puedo prometerle nada. Pero no vamos a dejar que se pierda sin pelear.

La mujer asintió, llorando más fuerte.

Ismark miró a Ireena.

—Si vamos al molino, no dormimos esta noche —dijo—. Y lo que venga después... será peor.

—Ya dormiremos cuando estemos muertos —respondió ella, con una media sonrisa cansada.

El cuervo graznó otra vez, como si estuviera apurándolos.

Salieron por la puerta oeste de Vallaki con el sol cayendo rápido. El camino hacia el viejo molino se alargaba entre árboles y colinas bajas. A lo lejos, como una mancha negra contra el cielo gris, se veía la silueta torcida del Bonegrinder.

El viento traía un olor raro.

Una mezcla de harina, grasa... y algo que ninguno de ellos quería identificar.

Medli ajustó el laúd a la espalda.

Las plumas seguían pesándole.

La imagen de Strahd, de la copa, de la pluma negra... se mezcla ahora con la idea de Ana Marta, subiendo una escalera de madera hacia un horno que no era solo para pan.

Sërah caminaba con paso firme, pero sus manos buscaban los mangos de las dagas una y otra vez.

Ämroth sentía el cansancio en los hombros, en las piernas. Pero cada vez que el cuerpo se quejaba, pensaba en niños encerrados en sacos, y el cansancio parecía insulto.

Draug repasaba, mentalmente, los hechizos que aún le quedaban.

No eran muchos.

Antares avanzaba con el rostro serio.

Éste sería otro lugar que lo perseguiría en sueños.

Leönard miró una vez hacia atrás.

Vallaki quedaba a lo lejos, con sus paredes, su iglesia, sus casas, su barón y su Lady Wachter conspirando.

No había descansado.

No había hablado con Lucian.

No había resuelto nada.

Pero había una niña llamada Ana Marta en manos de brujas.

Se volvió hacia adelante.

—No dejemos que este molino se convierta en otro festival
—dijo—. Si tenemos que fallar... que no sea por no haber
llegado.

El cuervo voló sobre ellos, en dirección al Bonegrinder.

El viento sopló más frío.

Y el viejo molino, esperándolos en la colina, parecía reírse sin
necesidad de hacer ruido.

Capítulo 18

EL MOLINO DE LOS SUEÑOS ROTOS

El camino al molino se hizo más largo de lo que era.

No porque la distancia fuera tanta, sino porque cada paso pesaba más que el anterior. El cansancio de Vallaki, del festival, de la Casa Wachter, de los lobos y de las discusiones se pegaba a las botas como el lodo húmedo del sendero.

El sol se estaba apagando detrás de nubes densas cuando por fin lo vieron bien.

Old Bonegrinder.

El viejo molino se recortaba sobre una colina baja, alto y torcido, como si hubiera intentado enderezarse alguna vez y se hubiera rendido a la mitad. Las aspas giraban despacio, empujadas por un viento que nadie sentía en la cara.

—No me gusta —dijo Sërah, sin adornar.

—A mí tampoco —añadió Draug—. Y eso que aún no hemos entrado.

El sendero subía en espiral alrededor de la colina. El aire olía a harina vieja, madera húmeda... y algo dulce. Un dulce pesado, que se pegaba en la nariz y no dejaba espacio para nada más.

Medli arrugó el gesto.

—Ese olor... —murmuró—. Es el pastel.

Leönard ajustó el escudo.

—No venimos por dulces —dijo—. Venimos por Ana Marta. Y por cualquier otro niño que haya ahí dentro.

Ämroth miró el molino con ojos entrecerrados, como si buscara algo más allá de la madera.

—Cuidado con la entrada —advirtió—. Si estas brujas trabajan para él, no va a ser un simple “tocamos la puerta y preguntamos amablemente”.

—Y si no trabajan para él, pero le gustan los resultados, es igual de malo —añadió Antares.

El cuervo que los había guiado desde Vallaki llegó hasta la barda destartalada que rodeaba el molino y se posó ahí. Los miró un segundo, graznó una sola vez... y se fue.

Hasta aquí llegaba la ayuda.

Lo demás era cosa de ellos.

La puerta del molino estaba entreabierta.

La madera tenía marcas de uñas pequeñas, como si manos de niño hubieran intentado empujarla desde dentro, desesperadas. Entre los huecos, salía luz amarillenta, parpadeante.

Leönard fue el primero en acercarse.

—Entramos juntos —dijo—. Nada de irse solo a jugar al héroe.

Sërah rodó los ojos, pero no discutió.

Antares tomó aire hondo una vez más, como si se estuviera preparando para oler algo que sabía que no iba a gustarle.

Empujaron la puerta.

El interior del molino era peor que el olor de afuera.

La primera planta tenía un horno grande de piedra a un lado, donde se cocían los famosos “pasteles”. Una masa espesa descansaba sobre una mesa, lista para tomar forma. Un saco de harina abierto dejaba escapar polvo blanco que

flotaba en el aire. Y, mezclado con todo eso, había un aroma metálico que intentaba esconderse detrás de la dulzura.

En el rincón, una jaula pequeña. Vacía.

Demasiado pequeña para alguien adulto.

Las paredes estaban cubiertas de extrañas marcas, símbolos tallados a mano, algunos con restos de algo oscuro seco.

—Bienvenidos, queridos —canturreó una voz.

Todos se giraron al mismo tiempo.

Una mujer mayor estaba de pie junto al horno. Llevaba un vestido sucio, delantal manchado, y el cabello recogido en un chongo descuidado. Su sonrisa era amplia, pero no amable. En las manos, sostenía una bandeja con pasteles recién horneados.

Sus ojos eran de un gris opaco, pero vivos.

Demasiado vivos.

—Llegan justo cuando salen del horno —dijo—. Qué consideración, ¿no?

—No venimos por comida —dijo Leönard—. Venimos por una niña. Ana Marta.

La sonrisa de la vieja se arrugó un poco, pero no desapareció.

—¿Ah, sí? —dijo—. Tenemos tantos “pequeños invitados” que a veces confundo los nombres.

Alzó la bandeja.

—¿No prefieren un pastel primero? Ayuda a ver las cosas con menos dolor.

—No queremos tus drogas —escupió Sërah.

—“Drogas” —repitió la mujer, con un tono ofendido que no le quedaba—. Qué palabra tan fea. Yo solo vendo sueños.

Draug dio un paso adelante.

—Sabemos qué precio pides a veces por esos “sueños” —dijo—. Y no vinimos a negociar.

La vieja soltó una risita.

—No vinieron a negociar... pero están hablando —respondió—. Eso ya es un avance. Hay quienes llegan gritando de inmediato.

Sus ojos se pasearon por todos.

—Paladín cansado, héroe con demasiadas cicatrices, niño genio, cazadora de sombras, plumas asustadas, el que huye de su propia sangre...

Chasqueó la lengua.

—Qué bonito grupo.

Ämroth apretó los dientes.

—¿Dónde están los niños? —preguntó.

—Arriba, por supuesto —dijo ella, como si hablaran de invitados comunes—. Descansando. Soñando.

Sus ojos se detuvieron en Medli.

—Aunque también hay otros “pequeños” que se alimentan de sueños... más viejos.

La frase le dejó un sabor agrio a la aarakocra.

Leönard dio un paso más.

—No estamos jugando —advirtió—. Muéstranos dónde están. Ahora.

La risa de la vieja se hizo más baja, más áspera.

—Oh, no, no —dijo—. Antes de subir, hay que pagar peaje. Eso es regla de casa.

Dejó la bandeja de pasteles sobre la mesa y chasqueó los dedos.

El aire cambió.

El olor a harina y azúcar se hizo más espeso, casi tangible.

Una niebla ligera empezó a subir desde el piso, envolviéndoles los tobillos. Tenía una textura rara, como harina mezclada con humo. No era la niebla fría de las carreteras de Barovia. Era... más íntima. Más pegajosa.

Draug tosió.

—Cuidado —dijo—. Es algún tipo de...

No terminó la frase.

El mundo se dobló.

No hacia fuera.

Hacia dentro.

Medli sintió el golpe también. Un zumbido en los oídos, como si alguien hubiera tocado una nota muy grave dentro de su cabeza.

Intentó parpadear para despejar la vista.

Las cosas cambiaron.

Pero no para ella.

Para los demás.

Leönard dejó de ver el horno, el molino y a sus compañeros.

El mundo frente a él se transformó en una sala inmensa de piedra blanca. Columnas altísimas se elevaban hasta perderse en una bóveda que reflejaba una luz dorada. Reconocía ese lugar sin haber estado nunca ahí.

El Salón de Helm.

Había visto dibujos. Había soñado con él. Un templo perfecto, símbolo de orden y vigilancia.

Solo que no estaba perfecto.

Las columnas tenían grietas.

El suelo estaba manchado.

Y, al fondo, donde debería estar la figura imponente de Helm, erguido con su armadura y su casco cerrado, algo estaba... mal.

Helm estaba de rodillas.

Su armadura, abollada.

El casco, partido.

De su pecho salía un asta de lanza de sombras, clavada hasta atravesarle la espalda. De las grietas de la armadura, se escapaba luz, como si el interior fuera una estrella rota.

Alguien estaba de pie junto a él.

Una figura alta con la misma armadura... pero limpia.

El mismo casco... sin grietas.

El mismo escudo... impecable.

Un impostor.

Leönard supo que lo era sin necesidad de verlo completo. Había algo distinto en la postura. En la manera en que sostenía el escudo: no para proteger, sino para mostrarlo.

El falso Helm colocó la bota sobre la espalda del verdadero, empujándolo más hacia el suelo.

El auténtico, arrodillado, levantó apenas la cabeza. No se le veía el rostro, pero Leönard sintió el peso de esa mirada bajo el casco roto.

“No llegaste.”

No fue una frase.

Fue una sensación.

El impostor giró el yelmo hacia él.

Alzó la mano.

Bendición o sentencia, no estaba claro.

Detrás, el salón se llenó de sombras. Figuras arrodilladas ante el falso dios, levantando armas y prometiendo lealtad a algo que no entendían.

—No —murmuró Leönard, con voz ronca—. No. Eso no es real.

Pero sus piernas se sentían pesadas.

Su escudo, inútil.

Había llegado tarde otra vez.

Ämroth ya no estaba en el molino.

Las paredes de madera se cambiaron por piedra húmeda, musgo y aire envenenado.

Reconoció el lugar.

La tumba antigua.

Esa tumba.

El símbolo que había visto en sueños, el pasillo donde la trampa se activó, el instante en que Carrick Illiathor empujó su cuerpo para que la maldición cayera sobre él en lugar de sobre su alumno.

Solo que esta vez no estaba llegando tarde.

Lo estaba viendo de frente.

Carrick estaba ahí, arrodillado, con la maldición comiéndole el cuerpo como fuego negro. Sus ojos, aún conscientes, se clavaban en los de Ämroth.

—Te dije que corrieras —jadeó—. Y corriste.

Su voz no tenía reproche.

Pero tampoco alivio.

Detrás de él, una silueta alta, casi el doble de su tamaño, con rasgos élficos difuminados, lo miraba todo desde una especie de distancia irreal. Corellon.

Solo que... no como en los relatos.

No como el ideal de gracia y libertad que Ämroth había imaginado.

La figura de luz miraba a Carrick... y luego a Ämroth... con algo parecido a decepción.

La maldición se extendía por el cuerpo del maestro, y en lugar de ayudarlo, de levantarlo o abrazarlo, la figura retrocedía un poco, como si no quisiera mancharse.

—¿Para esto te di mis ojos? —preguntó aquella presencia, sin mover los labios—. ¿Para ver cómo él muere en tu lugar?

Ämroth sintió el golpe en el pecho.

—Yo... yo no... —intentó.

Pero lo que vio fue otra cosa.

Otra versión.

Carrick no empujándolo a él.

Ämroth empujando a Carrick.

Sus manos, en esa versión distorsionada, se aferraban al maestro, lo ponían frente a la maldición.

La magia negra lo devoraba.

La figura de Corellon se giraba entonces, dándole la espalda a Ämroth.

La luz se alejaba.

El templo, los recuerdos, las oraciones... todo se quedaba atrás.

“No proteges. Huyes.”

La frase le llegó como filo.

Antares vio fuego.

Fuego en un campo de batalla que no reconocía del todo. Podía ser Barovia. Podía ser cualquier otra tierra que hubiera visto morir. El cielo estaba rojo, como si alguien lo hubiera cortado y dejado sangrar.

Él estaba de pie, espada en mano, respirando agitado.

Frente a él, una figura enorme, envuelta en llamas oscuras.
No era una forma definida, sino una masa de sombra
incandescente, con ojos rojos flotando en el centro.

Era él. O al menos, eso parecía.

A sus pies... sus compañeros.

Leönard, con el escudo hecho pedazos.

Ämroth, con las espadas rotas.

Draug, tirado boca abajo, el bastón lejos.

Sërah, inmóvil, dagas esparcidas.

Medli, con las plumas quemadas, el laúd reducido a carbón.

Antares intentaba moverse, pero sus piernas no respondían.

Era como si el cuerpo estuviera hecho de piedra. La espada
pesaba una tonelada en la mano.

Quería gritar.

Quería lanzar un rugido y lanzarse contra la cosa de fuego y
sombra, aunque supiera que iba a morir.

Pero no podía.

Se quedaba quieto.

Respirando.

Mirando.

La figura —o lo que fuera— lo miró a él.

Y no lo atacó.

Lo dejó ver.

“Esto es lo que pasa cuando crees que puedes con todo.”

“Esto es lo que pasa cuando llegas al final con los puños cerrados y la mente rota.”

Antares quiso hacer algo, cualquier cosa.

Pero solo pudo ver cómo uno a uno, sus compañeros se desvanecían en ceniza, llevados por un viento caliente.

La culpa se le pegó a la piel como sudor.

Sërah no vio fuego, ni templos, ni salones.

Vio una calle.

Una calle que conocía demasiado bien, porque la había pisado muchas veces de niña en Baldur's Gate. El empedrado lleno de basura, las paredes con grafitis, las ventanas cerradas.

La lluvia caía sucia.

Estaba ahí, niña otra vez, con ropa rota, hambrienta, viendo a su casa a lo lejos.

Su madre y su padre estaban en la puerta.

Su hermano, unos años mayor, estaba junto a ellos. Estaban discutiendo. Gritaban.

No podía escuchar las palabras, solo los gestos.

Su hermano se alejaba, los ojos llenos de rabia.

Ellos lo dejaban ir.

La puerta se cerraba.

Sërah intentaba correr hacia ellos, pero sus pies no se movían.

Quería gritar su nombre, pedirle que no se fuera, que no la dejara sola con dos personas que nunca la habían mirado realmente.

La escena cambió.

Ahora era más grande.

La edad que tenía cuando el grupo la conoció.

Misma calle.

Misma puerta.

Solo que ahora la puerta estaba entreabierta.

Y lo que había adentro... no era casa.

Era vacío.

No muebles.

No voces.

Nada.

Su familia se había ido sin despedirse.

Sin dejar nota.

Sin mirar atrás.

En otra imagen superpuesta, veía a su hermano muerto en un callejón, un cuerpo tapado con un trapo sucio. Gente pasando a su lado sin importarles.

Y ella, sola, en la calle, con las manos sucias de tanto robar, el estómago pegado al espinazo, el corazón apretado.

“Nadie se queda.”

“Los que dices que son tuyos... siempre se van.”

La frase duraba más que la escena.

Draug volvió a la casa que había dejado atrás.

No como era.

Como la recordaba en pesadillas.

El taller de su abuelo, lleno de herramientas, de planos, de aparatos a medio hacer. El olor a metal, a aceite, a madera trabajada.

Él era niño otra vez, con las manos más pequeñas, sosteniendo una pieza que no entendía del todo. Frente a él, su abuelo.

Aquel viejo gruñón que lo regañaba por dejar herramientas tiradas y luego le enseñaba, con paciencia, a usarlas.

La escena se deformó.

El aparato en las manos de Draug empezó a brillar más de lo que debería. Un círculo de energía se abrió sobre el taller, devorando la luz. Las paredes vibraron.

—¡Déjalo! —gritaba su abuelo—. ¡Suéltalo y ven conmigo!

Pero el niño no podía.

Estaba pegado al invento, fascinado y horrorizado.

Vio cómo el círculo se hacía más grande.

Vio cómo alcanzaba a su abuelo.

Vio cómo lo absorbía, cómo lo doblaba, cómo lo hacía pedazos en una luz que no era luz.

Y luego se vio a sí mismo.

Huyendo.

Niño Draug salía corriendo de la casa que colapsaba, dejando a su abuelo atrás. No intentaba sujetarlo. No intentaba ayudar. No intentaba nada.

Corría.

Corría sin mirar atrás.

La culpa se mezclaba con la escena como humo negro.

—Yo no... —susurró Draug, en el molino que ya no sentía—. Yo no corrí así...

Pero la visión insistía.

“Eres bueno huyendo cuando arde.”

“Eres mejor escribiendo sobre los desastres que evitando que pasen.”

Y Medli...

Medli abrió los ojos... y no se fue a ninguna parte.

Seguía en el molino.

Veía a la vieja junto al horno, sonriendo.

Veía la harina en el aire, la mesa, la jaula, el saco.

Veía a sus compañeros de pie junto a ella.

Solo que... no estaban **bien**.

Leönard tenía la mirada perdida, como si estuviera viendo algo a miles de kilómetros. El escudo le temblaba en el brazo.

Ämroth respiraba agitado, ojos clavados en nada, las manos apretadas en torno a las empuñaduras.

Antares sudaba, mandíbula tensa, como si estuviera conteniendo un grito.

Sërah tenía los ojos muy abiertos, pero no veía el molino: veía otra cosa, lejísimos.

Draug apretaba los dientes, con una expresión de culpa tan cruda que parecía haber vuelto a ser un niño.

Todos estaban atrapados.

—¿Qué...? —susurró Medli.

La vieja la miró directamente a ella.

La sonrisa se hizo más amplia.

—Tú eres diferente, plumita —dijo—. A ti te tienen cariño... desde arriba.

La frase le heló la sangre.

—¿Qué les hiciste? —preguntó Medli, la voz temblándole.

—Solo les mostré lo que ya cargan —respondió la bruja—. Es más fácil negociar con alguien cuando ya se vio a sí mismo romperse.

Dio un paso hacia Medli, con la bandeja de pasteles en la mano.

—Tú, en cambio... —continuó—. Tienes la mirada de quien todavía está decidiendo de qué lado de la mesa quiere sentarse.

Inclinó la cabeza.

—¿Quieres ver la verdad, pequeña? ¿O prefieres mirar cómo ellos se pierden en sus mentiras?

Medli sintió el corazón golpearle el pecho.

—Suéltalos —dijo—. Suéltalos ahora.

—Ven, canta algo —dijo la bruja, ignorando la orden—. A ver si tu música puede con todo esto.

Se echó a reír.

—Hazme el favor. Entretenme.

Medli apretó los puños.

Podía haber huido.

Intentar salir corriendo.

Pero sabía que, si dejaba a los demás atrapados en esas visiones, no volvería a mirarse al espejo sin odiarse.

Tomó aire.

Levantó el laúd.

Y tocó.

Al principio, la voz le salió rasposa. El miedo le apretaba la garganta, pero se obligó a seguir. Empezó con una melodía sencilla, una que había usado muchas veces para calmar niños asustados en bibliotecas abarrotadas.

Su magia se extendió por el molino como una ola suave.

No atacaba.

No rompía.

Solo... recordaba.

Recordaba respiraciones, latidos, ritmos.

Leönard sintió, muy lejos, una nota que le recordaba al primer día que levantó un escudo no por obligación, sino por elección.

Ämroth oyó el eco de una risa de Carrick, la vez que le dijo que “no todos los héroes llegan a tiempo, pero algunos lo intentan igual”.

Antares escuchó la voz de un compañero caído en otra batalla, diciendo que “nadie puede cargar con todo solo”.

Sërah oyó el sonido de una moneda cayendo en su mano *porque alguien se la dio*, no porque la robó.

Draug escuchó a su abuelo decirle, entre regaños, que “hasta los errores sirven para aprender”.

Las visiones se estremecieron.

La bruja frunció el ceño.

—Qué molesto —murmuró—. Tienes más fuerza de la que pareces.

Medli siguió tocando, cambiando de melodía. Puso en la voz todo lo que había visto en Barovia: la iglesia, la esperanza frágil de Lucian, el abrazo de la madre a Ana Marta antes de ser arrancada, el festival, el hombre... y el hecho de que, aun así, estaban ahí, resistiendo.

Pero no era suficiente.

Los demás seguían atrapados.

Las escenas seguían insistiendo.

Los golpes seguían cayendo.

La bruja chasqueó los dedos otra vez.

—Venga, queridos —dijo—. No se despierten tan rápido. Aún no les enseño lo mejor.

La niebla en el suelo se hizo más densa. El olor a pastel se volvió más pesado. La cabeza de Medli empezó a doler.

Su música se quebró un poco.

—Vamos... —susurró—. Despierten...

Pero la visión seguía ahí.

Leönard veía al falso Helm levantar el escudo ante multitudes arrodilladas.

Ämroth veía a Corellon darle la espalda.

Antares se veía rodeado de cenizas.

Sërah se veía niña, sola, en la calle.

Draug se veía huyendo del taller.

Medli sintió las lágrimas quemándole los ojos.

“Yo no puedo sola.”

La idea la atravesó como un rayo.

Y fue justo en ese momento... que algo cambió.

La vela más cercana al altar improvisado que las brujas tenían en un rincón parpadeó.

No por el viento.

Por otra cosa.

La luz se apagó un segundo... y se reencendió, más azulada.

Una sombra se movió en el techo. No tenía forma definida. Solo era más oscura que el resto de la oscuridad.

Un frío suave recorrió el molino, distinto del frío húmedo de Barovia. Un frío... ordenado. Directo.

Medli sintió, detrás de ella, la misma sensación que había tenido en la visión de la plaza.

Una presencia que no la jalaba hacia un salón elegante con copas de vino, sino hacia un lugar silencioso donde la muerte no era espectáculo, sino consecuencia.

No habló.

No se presentó.

Solo... se colocó detrás de su hombro.

La música de Medli cambió sin que ella lo planeara.

Las notas se hicieron más profundas, más graves. El ritmo se volvió más firme. Ya no era una canción para calmar. Era una canción para romper cadenas.

Cada acorde llevaba una pluma negra invisible, golpeando las visiones como lluvia.

Leönard vio al falso Helm tambalearse. El verdadero, en el suelo, levantó apenas la cabeza, y en el casco partido se encendió una luz nueva.

Ämroth vio la escena cambiar. La versión en la que él empujaba a Carrick se desvaneció, quemada por un filo invisible. Solo quedó la verdadera: Carrick eligiendo. No por gusto, sino por amor.

Y, detrás, la figura de Corellon ya no retrocedía. No se acercaba... pero tampoco desaparecía.

Antares vio el campo de batalla enrojecido fracturarse como vidrio. Sus compañeros, en el suelo, se disolvieron en un humo que se fue para arriba, no para abajo. La figura se quedó sola... y la imagen se rompió.

Sërah vio la puerta de la casa de Baldur's Gate abrirse otra vez. No había nadie adentro, pero tampoco ella tenía cadenas en los pies. Estaba sola, sí. Pero puesta en la calle por decisión de otros, no por su culpa.

La escena se alejó flotando.

Draug vio el taller derrumbarse... y, por un segundo, vio otra versión en la que sí extendía la mano a su abuelo, aunque no llegara. El círculo de energía lo devoraba igual, pero ya no era él soltándolo. Era su propio abuelo empujándolo hacia afuera.

Las visiones, una a una, se agrietaron.

La bruja apretó la mandíbula.

—No, no, no... —gruñó—. Esto no es asunto tuyo, reina de plumas...

La palabra “*reina*” se perdió en el aire.

Medli sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero no de miedo.

De reconocimiento.

No sabía quién estaba ahí.

Pero sabía que no era Strahd.

Strahd ofrecía copas.

Esto ofrecía filo.

—¡Despierten! —gritó Medli, por encima de la música.

Y, esta vez, la palabra llegó.

Leönard respiró hondo, de golpe.

Los ojos le dolieron al reenfocar el molino. El escudo estaba pesado, sí, pero real. No había salón, ni falso Helm, ni columnas rotas. Solo el horno, la bruja y sus amigos junto a él.

Ämroth tomó aire como si hubiera salido de debajo del agua. Antares apretó la empuñadura de su arma, buscando algo concreto a lo que aferrarse.

Sërah parpadeó varias veces, llevándose una mano a la cara.

No había lluvia de Baldur's Gate, pero las mejillas estaban húmedas.

Draug se llevó la mano al pecho, como si buscara un golpe que no estaba.

La bruja los vio volver.

Chasqueó la lengua.

—Qué desperdicio —dijo—. Estaban tan cerca de romperse bonito.

—Lástima —respondió Sërah, secándose el rostro con el dorso de la mano—. Te vas a tener que conformar con vernos enojados.

Medli dejó de tocar, pero mantuvo el laúd firme.

El eco de la presencia detrás de ella se fue apagando despacio, como un susurro que se retira.

No dijo nada.

No podía.

Dentro de su pecho, dos cosas se acomodaban en lados opuestos:

- La imagen de Strahd, con la copa.
- Y la sombra que había puesto plumas negras sobre su música.

Ninguna de las dos estaba dispuesta a irse.

—Última oportunidad —dijo Leönard, con la voz todavía un poco áspera—. Suelta a los niños. Y tal vez salgas de aquí caminando.

La bruja lo miró con una mezcla de lástima y burla.

—Ay, paladín —dijo—. Qué forma tan bonita de llamarle a una mentira.

Se enderezó.

—No hay salida caminando para nadie en este valle.

Su piel se agrietó.

No como la de alguien viejo.

Como la cáscara de algo que se rompe.

La carne perdió forma.

Las manos se alargaron, los dedos volviéndose garras huesudas. La nariz se afiló, los dientes crecieron, y los ojos grises se encendieron de un amarillo enfermizo.

La bruja dejó de parecer una mujer.

Se volvió la cosa que era.

—Vengan, héroes —chilló—. Veamos qué tanto valen tus plumas, tus rezos y tus culpas.

El molino se llenó de movimiento.

De arriba bajó alguien más: otra bruja, cojeando, con una sonrisa deformada, bajando por la escalera de madera con una agilidad que no correspondía a su cuerpo torcido. El ruido de pasos pequeños, lloros ahogados, se escapó de las plantas superiores.

—Los niños —susurró Medli.

—Vamos por partes —respondió Draug—. Si no bajamos a estas primero, no llegaremos arriba enteros.

El combate empezó.

Leönard se adelantó, escudo al frente, interponiéndose entre la bruja y sus compañeros. La criatura lanzó una garra rodeada de energía oscura. El golpe sonó como si hubiera chocado contra una campana.

El impacto le hizo vibrar el brazo.

No retrocedió.

—Ämroth, flanco —ordenó.

Ämroth, aún con el eco del abandono en la cabeza, encontró en la orden algo firme a lo que aferrarse. Se movió por un costado, espadas brillando con luz de luna, y cortó una de las garras de la bruja. La criatura chilló, una mezcla de dolor y placer.

Antares tomó su lugar en el otro lado, atacando con golpes pesados, buscando desestabilizarla. Cada golpe que entraba era una promesa silenciosa: *no voy a quedarme quieto esta vez.*

Sërah desapareció un segundo de la vista, deslizándose detrás de la monstruosa forma. Sus dagas buscaron tendones, puntos débiles en esa carne retorcida. Donde cortaba, el cuerpo reaccionaba como si hubiera tocado nervios expuestos.

Draug se colocó lo más lejos que el espacio le permitía. Llamó a chispas de energía, rayos de fuerza, pequeñas explosiones controladas que estallaban cerca de las brujas para desbalancearlas, no para hacer colapsar el molino entero.

Medli, todavía temblando, volvió a levantar el laúd.

Esta vez, su canción no era para despertar. Era para sostener.

Sus notas rodearon a Leönard, reforzando su brazo. Cubrieron las espadas de Ämroth con un brillo que cortaba más profundo. Le dieron a Sërah ese medio segundo extra para esquivar una garra. Afilaron los hechizos de Draug.

La otra bruja, la que bajaba de arriba, empezó a conjurar algo. Sus palabras eran agudas, llenas de veneno.

—¡No las dejen terminar sus maldiciones! —gritó Draug.

Sërah lanzó una daga que se clavó en la garganta de la segunda bruja antes de que terminara un gesto. No la mató, pero sí la hizo perder el hilo.

—Con gusto —dijo.

La lucha fue corta, pero sucia.

No había elegancia.

Había cansancio, rabia y miedo.

Leönard recibió un zarpazo en el hombro que le abrió la armadura y la piel.

Ämroth sintió cómo una maldición rozaba su mente antes de cortarla con pura terquedad.

Antares se llevó un golpe al costado que le cortó la respiración unos segundos.

Draug estuvo a un pelo de que una explosión de energía maldita le volara la mano.

Sërah casi cae cuando el piso crujió bajo sus botas.

Pero, poco a poco, las brujas fueron cediendo.

Una cayó, atravesada por la Greatsword de Ämroth y el espadazo final de Antares. La otra se desplomó cuando Leönard, con un rugido, le partió el cráneo de lado con el escudo después de que Sërah le cortara la rodilla.

El molino quedó en silencio.

No del todo.

Encima de ellos, seguían los sollozos.

Subieron la escalera tan rápido como sus cuerpos agotados se lo permitieron.

La segunda planta tenía camas improvisadas, restos de ropa, huesos pequeños. En un rincón, sacos que se movían, atados con cuerda.

Los sollozos venían de ahí.

—Tranquilos —dijo Medli, y se sorprendió de lo suave que le salió la voz—. Ya, tranquilos...

Entre todos empezaron a abrir los sacos. Niños salían de ellos, llorando, gritando, algunos en silencio total, con los ojos desorbitados.

—¿Ana Marta? —preguntó Leönard, buscando entre las caritas sucias.

Una niña de unos siete años lo miró, temblando.

—¿Mi mamá...? —susurró.

—Tu mamá nos mandó —dijo él, con una voz que no sabía que tenía—. Vamos a sacarte de aquí.

No tenían tiempo para discursos largos.

Algunos niños estaban demasiado débiles para caminar. Otros podían sostenerse con ayuda. Los más grandes tomaron de la mano a los más pequeños por instinto.

Ämroth cargó a uno en brazos.

Antares llevó a dos, uno en cada hombro.

Sërah tomó a una niña que no dejaba de temblar y la sostuvo contra su pecho.

Draug revisó la tercera planta.

Encontró más restos.

Más huesos.

Más rastros de niños que no habían tenido tanta suerte.

Cuando bajó, lo hizo con el rostro pálido.

—Eso es todo —dijo, con la voz rara—. Estos son los que siguen vivos.

Las palabras se clavaron en el aire.

—¿Cuántos...? —preguntó Medli.

—Más de los que habría si no hubiéramos llegado —respondió Ämroth—. Menos de los que debería haber.

No era consuelo.

Era simplemente... verdad.

Salieron del molino con el cielo ya oscuro.

El viento en la colina se sentía diferente. El olor dulce seguía ahí, pero menos intenso, como si el lugar estuviera devolviendo el aire de a poco.

Los niños lloraban, algunos en silencio, otros en sollozos ruidosos.

Medli intentó cantar algo suave mientras caminaban, pero la voz se le quebró a la mitad. Los dedos le dolían. El laúd pesaba.

Leönard caminaba en cabeza, con Ana Marta de la mano.

Ämroth detrás, cargando a un pequeño.

Antares, serio, con otro niño dormido en el brazo.

Sërah, con mirada perdida, pero la mano firme en el hombro de la niña que cargaba.

Draug, contando, asegurándose de que ninguno se quedara atrás.

En un momento, uno de los niños preguntó:

—¿Y las señoras...?

Se refería a las brujas.

Hubo un silencio corto.

—Ya no están —respondió Leönard, sin adornos—. No te van a tocar otra vez.

El niño asintió, como si no terminara de entender, pero le bastara.

La marcha de regreso a Vallaki se hizo pesada.

Nadie habló de la visión que había tenido.

No hacía falta. Se les notaba en la cara.

Leönard apretaba el escudo como si tuviera miedo de que desapareciera.

Ämroth evitaba mirar al cielo, como si no quisiera saber quién lo miraba de vuelta.

Antares se mantenía en movimiento, como si parar fuera peligroso.

Sërah tenía ese brillo extraño en los ojos de quien acaba de recordar qué tan sola estuvo de niña.

Draug apretaba la mandíbula cada vez que veía una luz lejana, como si fuera un reflejo del taller que dejó atrás.

Y Medli...

Medli sentía dos sombras caminando a los lados, aunque no las viera: una con capa elegante y copa de vino; otra con plumas negras y silencio.

Las dos esperando.

Cuando por fin se vieron las luces de Vallaki, ya era noche cerrada.

Los guardias los dejaron entrar sin demasiadas preguntas al ver el grupo de niños. Algunos de ellos habían oído ya los gritos en la ciudad, las súplicas de Marta. Otros reconocieron caras.

—¡Ana! —gritó la madre, corriendo hacia ellos.

La niña soltó la mano de Leönard y se lanzó a los brazos de su madre. Marta la abrazó con tanta fuerza que cualquiera pensaría que iba a romperla.

—Gracias... —balbuceó, sin saber hacia quién mirar—. Gracias, gracias, gracias...

Alrededor, algunos vecinos recogieron a otros niños. No todos. Había pequeños que nadie reclamó.

Esos, la iglesia los acogería.

O la posada.

O alguien.

Pero ninguno iba a volver al molino.

—¿Y los demás...? —preguntó uno de los hombres, con voz temerosa—. Los que no volvieron...

Nadie respondió de inmediato.

Fue Medli la que habló.

—No todos pudieron salir —dijo, suave—. Lo siento.

La gente bajó la mirada.

No hubo gritos ni acusaciones.

Barovia estaba acostumbrada a perder.

Más tarde, de regreso en la Posada del Agua Azul, Urwin les sirvió comida caliente sin decir nada. La miraba en silencio. No había alegría en sus ojos. Había respeto.

—El molino ya no venderá más sueños —dijo Antares, al final—. Solo recuerdos feos.

—Eso ya es algo —respondió Urwin—. No parece suficiente... pero es algo.

El grupo comió poco.

El cuerpo estaba agotado.

La mente, más.

—Estamos al límite —dijo Draug, sin rodeos—. Un día más así y alguno va a quebrarse de verdad.

—Tal vez yo ya me quebré —dijo Sërah, medio en broma, medio en serio—. Solo que todavía sé caminar.

Ämroth se recargó contra la pared.

—Barovia va ganando —murmuró—. No importa cuántas victorias arrancamos. Siempre sangramos más de lo que recuperamos.

Leönard miró sus manos.

Recordó el salón, el falso Helm, la rodilla de la figura verdadera contra el suelo.

—Entonces habrá que seguir sangrando —dijo—. Hasta que ya no quede nada en él.

Levantó la mirada.

—No estamos rotos todavía.

—Pero se siente cerca —añadió Medli, en voz baja.

Nadie la contradijo.

Ella no habló de la música reforzada por plumas negras.

No habló de la sensación de que alguien, además de Strahd, había metido mano en ese molino.

Tampoco habló del hecho de que, por segunda vez, él la había dejado fuera del peor dolor. Viendo, pero no sufriendo lo mismo.

¿Preferencia?

¿Manipulación?

No lo sabía.

Solo sabía que, esa noche, cuando cerró los ojos, no soñó con templos ni salones ni talleres.

Soñó con una mesa.

En un lado, una copa de vino.

En el otro, una pluma negra.

Ambas la esperaban.

No eligió ninguna.

Aún.

Cuando las velas se apagaron y la posada cayó por fin en un silencio pesado, el valle siguió despierto.

En la colina del molino, el viento sopló entre las aspas torcidas, como si probara un nuevo sonido.

En el castillo, una figura en un balcón alto alzó una copa hacia la noche.

Muy lejos de ahí, en un lugar donde las plumas negras son coronas, alguien observó en silencio... y no intervino.

El grupo dormía mal.

Soñaba peor.

Pero, al despertar, seguirían de pie.

Rotos en partes distintas, sí.

Desesperanzados, tal vez.

Pero de pie.

Y, en Barovia, eso ya era una forma de desafío.

Capítulo 19

RESPIRO AMARGO EN VALLAKI

Muy lejos del molino, en lo alto de la montaña, el castillo observaba.

En uno de sus balcones, una figura solitaria miraba hacia el valle. No hacía frío para él; el viento que cortaba la roca era apenas un gesto.

A esa distancia, el Bonegrinder era solo una mancha oscura en una colina. Pero él lo veía como si estuviera parado junto a la puerta.

Vio a los héroes salir.

Vio a los niños en brazos.

Vio la forma en que caminaban: no como vencedores, sino como gente que había llegado tarde y lo sabía.

El hombre del balcón —Vampiro, señor, maldición— dejó escapar una respiración que no era suspiro ni risa.

Había esperado que aquel lugar los rompiera un poco más.

No porque no apreciara el espectáculo del horror, sino porque quería ver cuál de ellos se doblaba primero.

Sus ojos se detuvieron en uno en particular.

La pequeña de plumas.

No había caído en el sueño que las brujas ofrecieron a los demás. Se había quedado en pie, viendo, sufriendo desde afuera, con la desesperación de quien no puede entrar al mismo infierno que sus compañeros.

Interesante.

Muy interesante.

Y, cuando ella cantó, algo más respondió.

No era suya, esa presencia.

No pertenecía al castillo, ni a la niebla, ni a los años que él llevaba escribiendo la historia de ese valle.

Era otra cosa. Vieja, fría, silenciosa.

De otro tipo de muerte.

La copa en su mano se inclinó apenas.

—Así que no estás sola en esto —murmuró, sin tono claro.

No estaba molesto.

Pero tampoco encantado.

Había algo en la idea de compartir juguetes que nunca le había gustado del todo.

Durante un momento, se preguntó qué haría primero: si tirar del hilo de la aarakocra hasta acercarla o cortar la mano invisible que la sostenía desde la sombra.

No se decidió.

No aún.

El viento cambió de dirección.

La atención del señor del castillo se alejó del molino y se posó sobre la ciudad amurallada.

Vallaki se movía como hormiguero golpeado.

El festival roto.

El barón tambaleante.

Los Wachter inquietos.

La iglesia restaurada.

Y, en medio de todo eso, seis piezas que no se habían molido en el molino.

Sonrió, esta vez sí.

Barovia, por fin, estaba divertida.

El amanecer sobre Vallaki no trajo colores nuevos.

Solo un gris menos oscuro.

En la Posada del Agua Azul, el día empezó antes que las palabras. Danika ya estaba en la cocina cuando el cielo apenas comenzaba a aclarar. Urwin lavaba jarras con movimientos mecánicos.

Habían dejado un par de mesas libres toda la noche, por si alguno de los niños despertaba asustado.

Algunos lo hicieron.

Algunos no.

En uno de los cuartos de arriba, Antares abrió los ojos como si alguien lo hubiera sacado del agua de golpe. Tardó un segundo en recordar que ya no estaba en el molino, que no había fuego alrededor, que sus compañeros no yacían a sus pies hechos ceniza.

El oído le trajo otros sonidos: ronquidos, respiraciones pesadas, una tabla de madera que crujía con el viento.

Se incorporó despacio.

En la cama de al lado, Leönard dormía a medias, apoyado contra la pared, la armadura solo medio retirada. Había insistido en quedarse con parte del equipo puesto “por si acaso”. El sueño lo había vencido sentándose.

En el piso, junto a la ventana, Ämroth se había quedado dormido con la espalda recargada contra la pared, las espadas apoyadas a su lado, una mano descansando sobre una de ellas, como si temiera que desapareciera.

—Estás despierto muy temprano —murmuró una voz baja.

Antares volteó.

Draug estaba sentado en una silla, con un cuaderno en las piernas. Tenía ojeras profundas, pero la pluma en su mano estaba inmóvil. Llevaba rato despierto sin escribir nada.

—No pude seguir dormido —respondió Antares—. ¿Tú?

—Puedo dibujar diagramas de trampas con tres horas de sueño —dijo Draug—. Pero no borrar imágenes.

Se hicieron un silencio corto.

—¿Otra vez... el taller? —preguntó Antares.

Draug miró la página vacía.

—Otra vez el taller —confirmó—. Solo que esta vez se cayó más espacio.

Antares asintió.

No preguntó más.

En el cuarto contiguo, Sërah abrió los ojos mirando el techo. Tardó unos segundos en ubicarse.

El techo tenía manchas de humedad, no grietas de una casa cayéndose. No había lluvia sucia ni gritos en la calle. El olor era a madera vieja y sopa, no a orina y basura.

Se llevó una mano a la cara.

Estaba húmeda.

—¿Soñaste? —preguntó una voz suave.

Medli estaba sentada en el borde de su cama, las plumas un poco despeinadas, el laúd a un lado.

—No lo sé —respondió Sërah, entrecerrando los ojos—. ¿Cuenta como sueño cuando es algo que ya viviste?

Medli bajó la mirada.

—Creo que sí —dijo—. Y también cuenta como pesadilla.

Sërah soltó el aire por la nariz.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Soñaste algo? ¿O sigues recibiendo trato preferencial?

La frase no fue ataque, pero tampoco era neutral.

Medli se removió en el colchón.

—No vi lo mismo que ustedes —admitió—. Lo sé.

Se frotó las manos.

—Pero... no es tan simple como “trato preferencial”. Estuve ahí. Vi cómo sufrían. No era como estar fuera del problema.

—Eso es lo peor —dijo Sërah—. A veces duele más ver a otros ahogarse que sentir el agua en los pulmones.

Se incorporó, sentándose también.

—Ayer... en el molino —continuó la tiefling—. Cuando cantaste... sentí algo más. No solo tu voz.

Medli tragó saliva.

—Yo también —dijo.

No trató de negar.

Sërah la miró con atención.

—No sé qué fue —añadió—. Pero no olía a castillo.

Medli asintió, casi aliviada de que alguien más lo hubiera percibido.

—No sé quién es —admitió—. Solo sé que... lleva rato mirándome también.

Se abrazó a sí misma.

—Y eso no hace las cosas más fáciles.

Sërah soltó una pequeña risa seca.

—Nada es fácil aquí —dijo—. Pero si el castillo y... lo que sea eso empiezan a pelear por ti, al menos sabremos que eres importante.

—No quiero eso —replicó Medli, con un hilo de voz.

—Yo tampoco quería crecer en la calle —contestó Sërah—. Y mira. Aquí estamos.

Se quedaron calladas un momento.

—¿Lo vas a contar a los demás? —preguntó Medli, bajito—. Lo de... haber sentido algo diferente en mi música.

Sërah se encogió de hombros.

—No por ahora —dijo—. Bastante tienen con sus propios fantasmas como para agregarles otro.

La miró de reojo.

—Pero en algún punto tendrás que decidir qué haces con eso. Y con él.

No dijo su nombre.

No hizo falta.

Medli apretó el laúd.

—Lo sé —susurró.

El grupo bajó a la sala común de la posada en diferentes tiempos, arrastrando el cansancio como capa.

Urwin los recibió con una expresión que mezclaba preocupación y un respeto silencioso.

—No tuve el valor de preguntar anoche —dijo, mientras dejaba platos con sopa y pan frente a ellos—. Hoy... tampoco. Pero supongo que tengo que hacerlo.

Los miró uno por uno.

—¿Qué pasó en el molino?

Se miraron entre sí.

Nadie quería contarle.

Nadie quería dejarlo sin decir.

Al final, fue Leönard el que habló.

—Había niños —dijo—. Algunos vivos. Otros... ya no.

Tomó aire.

—Las brujas hacían sus pasteles con más cosas de las que la gente imagina.

Urwin cerró los ojos un segundo, como si fueran palabras que ya había esperado oír.

—¿Las brujas? —preguntó.

—No volverán a hornear nada —respondió Antares—. El molino ahora solo es madera vieja.

Danika se persignó sin decir nada.

—No pudieron salvar a todos, ¿verdad? —preguntó Urwin, sin reproche.

—No —respondió Ämroth—. Llegamos tarde para muchos. Pero no para todos.

El tabernero asintió.

—Los que salieron... están en la iglesia —informó—. Lucian pasó por aquí temprano. Quería agradecerles, pero lo llamaron otra vez a San Andral.

Se apoyó un momento en la barra.

—Dice que si tienen fuerzas, pasen por allá cuando puedan.

Draug soltó una pequeña carcajada sin humor.

—“Cuando puedan”... —repitió—. ¿En algún punto antes de que Barovia decida caernos encima otra vez?

—No está mal aprovechar que hoy no se está cayendo nada encima de la ciudad —añadió Sërah—. Por ahora.

Comieron en silencio unos minutos.

La sopa sabía mejor de lo que debería para lo cansados que estaban. El pan estaba caliente. Detalles pequeños que, por un momento, se sintieron casi obscenos en un lugar donde alguien había negociado su hija por un pastel.

—Hay otra cosa —dijo Antares, después de un rato—. No podemos seguir posponiéndolo.

Sacó la carta doblada del cinturón.

La carta de Fiona.

Urwin la reconoció de inmediato, aunque no había visto el contenido.

—¿Eso es...? —empezó.

—Prueba de que Lady Wachter no solo simpatiza con el Diablo —dijo Draug—. Trabaja para él.

Extendió la carta sobre la mesa, cuidando de que nadie más en la sala la viera.

Urwin leyó en silencio.

Su rostro se endureció.

—Con gusto informo... —repitió, en voz baja—. Qué forma tan bonita de decir “me alegra entregarte mi ciudad”.

—Esto puede incendiar Vallaki —dijo Leönard—. Si se la damos al barón, puede tomarlo como excusa para ejecutar a medio pueblo. Si la guardamos, Fiona sigue creciendo.

Miró a Urwin.

—Necesitamos a alguien que sepa qué hacer con esto sin volverse otro tirano.

Urwin se pasó una mano por la barba.

Tardó en responder.

—No soy líder de nada —dijo, al fin—. Solo tengo una posada. Una familia. Y...

Dudó.

—Y algunas cuantas personas que confían en mí más de lo que tal vez deberían.

Ämroth entrecerró los ojos.

—Los cuervos —dijo.

Urwin lo miró, un poco sorprendido, pero no tanto como hubiera estado días antes.

—Ustedes ven más de lo que muestran —admitió—. Y nosotros también.

Se acercó un poco, bajando la voz.

—La carta no puede caer en manos del barón. Ni de Fiona. Pero sí puede caer en manos de gente que... sabe moverse en las sombras sin responder a ninguno de los dos.

Sus ojos cambiaron.

—Puedo hacerla llegar a esa gente. No le prometo una revolución gloriosa. Pero sí que no se use para matar inocentes.

Leönard le sostuvo la mirada.

—Si te la damos... —dijo—. ¿Esa “gente” va a jugar a ser otro rey más?

Urwin negó con la cabeza.

—No les interesa el trono —respondió—. Les interesa que este valle no se hunda dos días antes de tiempo.

Se encogió de hombros.

—A veces ayudan. A veces solo observan. A veces... ahuyentan cuervos más grandes.

Sërah soltó un soplo.

—Suenan mejor que cualquiera de las opciones que teníamos ayer —dijo—. Y peor que una solución perfecta que no existe.

Draug asintió.

—Entonces la decisión es simple —dijo—. O confiamos en ellos... o dejamos que Fiona siga escribiendo cartas.

Leönard dudó un momento más.

Luego empujó la carta hacia Urwin.

—Es tuya —dijo—. Haz lo que haya que hacer.

Urwin la tomó con cuidado, como si quemara.

—No es “mía” —corrigió—. Es de todos los que aún respiran en esta ciudad.

Se la guardó.

—Gracias por confiar en alguien que solo sirve cerveza.

—Nos trajiste sopa caliente después de un molino lleno de huesos —dijo Antares—. Eso ya es más de lo que han hecho la mayoría de “líderes” de este lugar.

Urwin sonrió, cansado.

—Si siguen así, me van a obligar a aceptar que los necesito —bromeó suave.

Camino a la iglesia de San Andral, la ciudad parecía otra.

No por mejoras.

Por las grietas.

La gente hablaba más bajo. Las miradas hacia la mansión del barón eran menos temerosas y más... calculadoras. El nombre de Fiona se susurraba en esquinas. La palabra “molino” se mencionaba poco, pero los padres cerraban con más fuerza las puertas de sus casas al caer la tarde.

El festival del Lobo Sonriente ya era un recuerdo roto.

Uno que seguía oliendo a lluvia y sangre.

—Vallaki está tratando de decidir de qué lado romperse —dijo Draug, observando las caras—. No si se rompe.

—Y nosotros no vamos a estar aquí cuando pase —añadió Sërah—. No del todo.

—¿Te pesa? —preguntó Medli.

Sërah pensó un momento.

—Si nos quedamos a arreglar cada ciudad rota de Barovia, nunca llegaremos al castillo —respondió—. Y él seguirá sentándose a ver el espectáculo desde su balcón.

Ämroth miró hacia la torre del templo que ya se veía a lo lejos.

—Hay cosas que sí podemos intentar sostener —dijo—. San Andral... por ejemplo.

Leönard asintió.

—Si el castillo quiere algo de esta ciudad, pasará por la iglesia —dijo—. Y ahí sí nos encontrará.

La iglesia olía a incienso barato, madera vieja y niños.

Los bancos estaban llenos de gente rezando, algunos por costumbre, otros porque no tenían otra cosa que hacer con el miedo. En un lado, varios de los niños rescatados del molino dormían en colchonetas improvisadas o hablaban en susurros.

Lucian estaba de pie frente al altar, ajustando un candelabro.

Cuando vio al grupo, se acercó con pasos cansados pero firmes.

—Pensé que dormirían hasta mañana —dijo, con media sonrisa.

—También lo pensamos —respondió Ämroth—. Pero el sueño no está cooperando.

El sacerdote los miró con atención.

—Gracias —dijo—. Por los niños. Por el molino.

Sacudió la cabeza.

—No sé cuántos horrores más escondidos hay en este valle... pero uno menos siempre cuenta.

—No fueron todos —advirtió Draug—. Los que están aquí... son los que quedaban.

Lucian bajó la mirada.

—Ya lo sé —murmuró—. Pero cuando eres sacerdote en Barovia, aprendes a agradecer incluso por las derrotas incompletas.

Alzó la cabeza otra vez.

—Esta ciudad es un barco perforado. Ustedes están tapando agujeros mientras avanzan hacia la tormenta. No puedo pedirles que se queden aquí hasta que se hunda.

Leönard lo miró con curiosidad.

—Pareces... más en paz de lo que esperaba —dijo—. Después de recuperar las reliquias, de ver el festival caer, de oír lo del molino...

Lucian sonrió, triste.

—Tal vez porque, por primera vez en mucho tiempo, no siento que estoy solo —respondió—. Y no hablo solo de ustedes.

Sus ojos se pasearon por los vitrales.

—Hay algo moviéndose en Barovia. Algo que no nace en el castillo. No sé si nos va a salvar. Pero sé que lo inquieta.

Medli sintió la nuca fría.

—¿Lo... sientes? —preguntó.

Lucian asintió.

—Los sacerdotes no somos tan ciegos como parecemos —dijo—. Cuando ustedes cantan, luchan, devuelven hombros a niños que no tienen padres que los carguen... No solo la mirada del Diablo cae sobre ustedes.

Se encogió de hombros.

—No sé quién más está mirando. Pero sé que lo hace.

Leönard respiró hondo.

—Anoche soñé con... mi dios —confesó, sin dar detalles—. No sé si era cierto o una trampa. Pero me hizo dudar.

—Si fueras un fanático sin dudas, no estarías vivo aquí —dijo Lucian—. O serías peligroso.

Puso una mano en el hombro del paladín.

—La fe que nunca pregunta... termina obedeciendo a cualquier voz que hable fuerte. Incluso si no es la de tu dios.

Ämroth sonrió apenas.

—Eso suena a algo que mi maestro diría —murmuró.

—Entonces era sabio —respondió Lucian—. Aunque no fuera sacerdote.

Draug se acercó un poco a uno de los niños que jugaban con una vela apagada. El pequeño levantó la vista.

—¿Tú... fuiste al molino? —preguntó.

Draug dudó un segundo.

—Sí —dijo—. No solo yo. Todos.

—¿Y mataron a las señoras malas? —insistió el niño.

Sërah respondió desde atrás.

—Nos defendimos —dijo—. Y eso bastó.

El niño pareció satisfecho con esa versión incompleta de la verdad.

—Van a irse pronto, ¿verdad? —preguntó Lucian, volviendo a ellos.

—Tenemos que salir de este círculo —dijo Antares—. Si no nos movemos, Barovia va a seguir tirándonos problemas en la cara hasta que caigamos de rodillas.

—El próximo paso es el vino —añadió Draug—. Literalmente.

Lucian levantó una ceja.

—¿El vino? —preguntó.

Fue Urwin quien apareció entonces, cruzando la puerta lateral. Había llegado sin hacer ruido.

—No solo de pan vive el hombre, padre —dijo—. Y en este valle, sin vino... la gente se acuerda demasiado rápido de que todo es un infierno.

Lucian suspiró.

—¿Ya les contaste? —preguntó.

—Todavía no —respondió Urwin—. Pero supuse que éste era buen lugar.

Se volvió al grupo.

—El viñedo —explicó—. El que abastece a casi toda Barovia. Es de mi familia.

Se pasó una mano por la nuca.

—Hace días que no recibimos ni una sola carretada. Enviamos mensajeros y no volvieron. Lo único que llegó fue un cuervo... con una pluma rota y señales de que algo tomó el lugar.

Ämroth cruzó los brazos.

—¿Qué clase de “algo”? —preguntó.

—No lo sé —respondió Urwin—. Pero no son brujas de molino ni lobos. Y si el viñedo cae... este lugar pierde una de sus pocas rutinas que lo mantienen medio cuerdo.

Draug asintió, recordando los mapas.

—Wizard of Wines —murmuró—. El lugar estaba marcado en uno de los pergaminos que revisé.

Se encogió de hombros.

—Si tanto el vino como tus... amigos cuervos están en peligro, tiene sentido ir.

Leönard miró a Lucian.

—Si salimos de Vallaki —dijo—. ¿La iglesia aguanta?

Lucian se acomodó la estola.

—La iglesia tiene más ojos de los que crees —dijo, con una mirada a Urwin que no fue sutil—. Y más alas.

Sonrió un poco.

—No puedo prometer que nada malo va a pasar aquí. Eso sería insultar lo que hemos vivido. Pero sí puedo prometer que no vamos a rendirnos sin pelear.

—Si algo muy grave estalla —añadió Urwin—, encontraremos la forma de avisarles.

Miró a Medli.

—A veces, los mensajes viajan en pájaros. A veces, en canciones.

Medli bajó la mirada, incómoda.

—Nos iremos pronto entonces —dijo Antares—. Después de un día más de descanso. Si es que el valle nos lo permite.

—Aprovechen cada hora —respondió Lucian—. Sus cuerpos lo necesitan. Sus almas... también.

Ese día, por primera vez en mucho tiempo, el grupo se permitió algo parecido a un descanso.

No completo.

No de verdad.

En Barovia, nadie duerme sin un ojo entreabierto.

Pero tuvieron momentos.

Ämroth pasó un buen rato en silencio dentro de la iglesia, no frente al altar principal, sino en una banca lateral, mirando una vela consumirse. No oró con palabras claras. Solo dejó que los pensamientos corrieran.

Si te alejaste, no me sorprende.

Si sigues ahí, aunque no lo parezca... tampoco.

No obtuvo respuesta.

O tal vez sí, y fue tan pequeña que se confundió con el crujir de la madera.

Leönard ayudó a Lucian a reforzar una de las puertas laterales de la iglesia. Trabajar con las manos le hacía bien. Medía tablas, clavaba, cargaba. Era algo que entendía: construir barreras físicas contra cosas concretas.

Mientras clavaba el último clavo, recordó la visión del falso Helm.

—Si alguna vez me ves arrodillado ante alguien que use tu símbolo y no seas tú —murmuró—. Haz algo. Lo que sea.

No esperó respuesta.

Draug volvió a la posada y, esta vez, sí escribió.

No sobre el taller.

No sobre el abuelo.

Escribió sobre el molino. Sobre los niños. Sobre la música de Medli, la rabia de Leönard, la forma en que Sërah había apuñalado una maldición antes de que terminara de formarse.

Intentaba ordenar el caos con palabras.

No porque creyera que así el caos desaparecía, sino porque atarlo a frases le daba menos espacio para moverse dentro de su cabeza.

Sërah, por su parte, salió a caminar sola un rato.

No se alejó de la posada, pero tomó calles que no habían recorrido antes. Observó a la gente, las puertas, los perros flacos, los niños jugando con piedras.

Cada risa le sonaba frágil.

Se vio reflejada en una ventana: ojos cansados, cuernos discretos, manos que parecían no saber estar quietas.

—No estás sola —se dijo, sabiendo que era mitad mentira, mitad verdad—. Al menos... no por ahora.

Medli pasó buena parte del día afinando el laúd. No lo necesitaba tanto, pero se aferró al acto. Ajustar cuerdas, comprobar notas, repetir escalas. Algo concreto.

Cada vez que cerraba los ojos, veía la copa de vino y la pluma negra sobre la mesa de sus sueños.

No sabía cuál de las dos le daba más miedo.

Antares limpió su arma hasta que la hoja reflejó un poco de su rostro. Se dio cuenta de que se veía mayor de lo que se sentía. O tal vez era al revés.

Recordó la visión de sus compañeros tirados.

—No voy a dejar que esa imagen se vuelva real —murmuró—. O al menos, no sin que el que la cause se lleve una marca mía.

No dijo nombres.

Al caer la tarde, se reunieron de nuevo en la posada.

La sala no estaba llena. La gente de Vallaki había dejado de buscar consuelo en el vino tanto como antes. Parte por miedo, parte porque los barriles estaban por terminarse.

—Mañana salimos al viñedo —dijo Draug, repasando un mapa sobre la mesa—. El camino no es tan largo, pero no sabemos qué nos espera allí.

—Lo que sea —dijo Sërah—. Mientras no sean más hornos con niños, ya es avance.

Nadie se rió.

—Antes de dormir, hay algo que quiero decir —añadió Medli, levantando la voz un poco.

Los demás la miraron.

No era común que ella pidiera la palabra así.

—En el molino... —empezó—. No me atrapó la ilusión como a ustedes. Lo vieron.

Apretó las manos.

—No es porque yo sea más fuerte. Ni porque me importe menos. Solo... fue otra cosa.

Ämroth asintió, dándole espacio.

—Sentimos algo en tu música —dijo—. Algo que no venía solo de ti.

—Sí —admitió ella—. No sé qué es. No sé quién es.

Se le quebró un poco la voz.

—Y tampoco sé si está de mi lado. Solo sé que... me usó para despertarlos. O... me dejó usarlo.

Miró a cada uno.

—Solo quiero que lo sepan. Que si... algo me pasa o me

quiebro en algún punto... no fue que no confiara en ustedes. Es que hay fuerzas que me miran y yo todavía no sé qué quieren.

Leönard la observó un momento largo.

—Gracias por decirlo —respondió—. No podemos ayudarte con algo que no sabemos que existe.

Se cruzó de brazos.

—Y si ese “algo” intenta llevarte demasiado lejos, tendrá que pasar encima de nosotros.

Sërah sonrió apenas.

—Eso —dijo—. Que la cola del castillo y las plumas de la otra cosa sepan que no estás sola en la mesa.

Draug asintió.

—Además —añadió—. Ya fuimos capaces de aguantar a un molino lleno de monstruos que se comían niños. Si algo intenta comerse a uno de los nuestros, va a atragantarse.

Hubo una risa leve, corta, pero real.

Pequeñas grietas en la niebla.

Esa noche, cuando el grupo se fue a dormir, el castillo volvió a mirar.

Desde su balcón, el señor de Barovia fijó la vista en la ciudad. No podía oír las palabras exactas que se decían en la posada, pero podía sentir las corrientes.

Temor.

Culpa.

Rabia.

Algo parecido a esperanza.

Y en medio, la aarakocra.

Sentada en una cama pequeña, con el laúd en las manos, mirando la pared como si ahí hubiera un enemigo.

No intentó tocar su mente.

No aún.

Prefería ver qué hacía con la oferta silenciosa que ya le había puesto delante.

Prefería ver si la sombra de plumas respondía de nuevo.

En algún punto del cielo, un cuervo cruzó frente a la luna.

El vampiro lo siguió con la mirada un segundo.

—Que traigan vino —dijo, más para sí que para nadie—. Lo que viene merece una copa llena.

En la posada, seis héroes intentaban dormir.

Cada uno con su propio infierno privado.

Cada uno con sus propias dudas.

Pero, por ahora, seguían compartiendo techo.

Y, en Barovia, incluso un descanso amargo como ése... era algo parecido a una victoria.

Capítulo 20

LOS VIÑEDOS ENVENENADOS

Barovia no tenía silencios bonitos.

El de la mañana en que dejaron Vallaki era tenso, quebrado por el crujir de las ruedas de alguna carreta lejana, por un ladrido aislado, por un portazo demasiado fuerte. Nadie gritaba, pero nadie estaba realmente en calma.

Cruzaron la puerta oeste con las mochilas listas y los cuerpos todavía pesados.

—Última vez que vemos estas murallas por un rato —murmuró Draug, ajustando su bastón.

—O para siempre —añadió Sërah, sin tono dramático—. Depende de qué tanto le divirtamos al castillo.

Nadie corrigió el comentario.

Urwin los había despedido con un apretón de manos firme y pocas palabras. La carta de Fiona ya no estaba en poder del

grupo; se había ido con él, con promesas de “hacerla llegar a donde debe llegar”.

Lucian los había bendecido en la puerta de la iglesia, no con un discurso largo, sino con una frase simple:

—Si tienen que elegir entre salvar almas o salvar sus conciencias... recuerden que no siempre son lo mismo.

Y luego, nada más.

El resto dependía de ellos.

El camino hacia el viñedo se separaba del Svalich Road después de un trecho, girando hacia el sur entre colinas cubiertas de árboles retorcidos. El cielo estaba nublado, pero no llovía. Un respiro raro.

Medli iba en medio del grupo, esta vez. El laúd colgando a la espalda, las plumas algo más ordenadas que el día anterior. Sus ojos miraban hacia el frente, pero cada tanto se desviaban al castillo, que se veía a lo lejos, clavado en la montaña como una espina.

No necesitaba verlo para saber que él también los miraba.

Siempre está mirando.

Ésa era la sensación.

Leönard caminaba en cabeza, con el escudo bien sujeto y la mano nunca muy lejos de la empuñadura de la espada. Cada crujido entre los árboles lo hacía girar un poco la cabeza, medir distancias, pensar reflejos.

Ämroth y Antares iban unos pasos atrás, hablando poco. Se habían acostumbrado a avanzar en silencio, pero atentos al movimiento del otro. El cansancio los hermanaba más que cualquier discurso.

Sërah recorría los bordes del camino, como si buscara rutas alternativas por si el principal se volvía trampa. Sus ojos se detenían en las huellas, en ramas rotas, en pedazos de tela enganchados en espinos.

—¿Esperas encontrar algo? —preguntó Draug, que la observaba.

—Siempre hay algo —respondió ella—. La cosa es si quieres verlo o no.

El viñedo no se veía aún, pero el aire cambió poco a poco.

Primero, un olor leve a tierra húmeda.

Luego, a madera vieja.

Después, algo más.

Vino.

No vino fresco, alegre, de taberna en fiesta.

Vino que llevaba tiempo en barril, mezclado con humedad y hojas.

—Ya casi llegamos —dijo Draug, mirando el mapa mental que había hecho a partir de los pergaminos de Urwin—. El viñedo debería estar detrás de esa colina.

Cuando la rodearon, lo vieron.

Wizard of Wines había sido, alguna vez, un lugar hermoso.

Se notaba incluso en ruinas.

Filas y filas de viñas cubrían la ladera de la colina, trazadas con orden, formando pasillos verdes que se perdían en la distancia. Al fondo, una casona de madera grande se alzaba frente a ellos, con un porche amplio soportado por columnas, un gran portón doble y varias ventanas en el segundo piso. Detrás, se adivinaban estructuras más pequeñas: barracas, cobertizos.

Todo cubierto por una capa de abandono reciente.

Las viñas estaban mustias, hojas ennegrecidas, uvas pocas y enfermas. En algunos puntos, las plantas parecían... retorcerse hacia un lado, como si algo las hubiera empujado desde el suelo.

—No me gusta —dijo Ämroth, bajito—. No es solo falta de cuidado. Es algo... que se las comió por dentro.

Leönard miró hacia la casona.

—No hay gente a la vista —dijo—. Ni trabajadores, ni carros.

—Pero sí hay algo más —añadió Sërah.

Señaló uno de los pasillos de viñas.

Entre los troncos y las hojas, algo se movía.

Al principio parecían ramas agitadas por el viento.

Luego se dieron cuenta de que no hacía viento.

Pequeñas figuras, como arbustos vivos, con ramas a modo de brazos y ojos brillando en huecos oscuros, los miraban desde la sombra. No eran muchos. Todavía.

—¿Qué demonios es eso? —susurró Medli.

—Blights —respondió Draug—. Arbustos animados. Vistos en un libro, se ven menos... incómodos.

Uno de ellos se movió más hacia la luz. Tenía un racimo de uvas secas pegado a la “cabeza”, como una corona marchita. En sus ojos, no había nada de humanidad. Pero sí intención.

—No se han lanzado —dijo Antares—. Están... vigilando.

—Como perros que esperan la señal de su amo —añadió Sërah.

Ämroth apretó los dedos alrededor de las empuñaduras de sus espadas.

—Urwin dijo que su familia había perdido el control del viñado —recordó—. Esto parece parte del por qué.

—No avancemos a campo abierto todavía —indicó Leönard—. Nos harían pedazos entre las viñas. Primero encontremos a la familia.

Como si respondiera a sus palabras, un cuervo bajó de una rama cercana y se posó sobre un poste. Los miró un segundo, luego levantó el vuelo y fue hacia un pequeño manchón de árboles al este de la casona.

—Creo que nos están guiando —dijo Medli.

—¿Otra vez? —sonrió Draug, cansado—. Empiezo a pensar que los cuervos son la verdadera población de este valle.

Siguieron al ave hacia el bosquecillo.

Entre los árboles, encontraron a gente.

Y armas.

Eran unos seis, tal vez siete. Hombres y mujeres, de mediana edad en su mayoría, vestidos con ropa de trabajo, abrigos gruesos y botas llenas de barro. Tenían caras similares a la de Urwin: mejillas duras, ojos oscuros, cabello revuelto, cansancio en todas las arrugas.

Algunos sostenían ballestas. Otros, lanzas improvisadas.

No apuntaban a los recién llegados... pero tampoco las bajaban.

—Ya era hora —dijo uno de los hombres, con barba canosa y ceño fruncido—. Pensé que mi hijo había exagerado al decir que vendrían.

—Entonces eres... —empezó Draug.

—Davian Martikov —se presentó el hombre—. Dueño del último lugar en Barovia donde la gente puede olvidar un poco que vive en Barovia.

Miró al grupo de arriba abajo.

—Y deduzco que ustedes son los que se han dedicado a hacer ruido en Vallaki.

Sërahladeó la cabeza.

—Depende del tipo de ruido del que estés hablando —dijo.

Uno de los otros, un joven con el cabello largo recogido en cola y mirada alerta, dio un paso adelante.

—Soy Adrian —dijo—. Mi hermano es Urwin.

Los observó con atención.

—Él confía en ustedes. Eso ya dice mucho. O que está muy desesperado.

—Las dos —respondió Antares.

Davian soltó un gruñido que podría haber sido risa.

—El viñado está tomado —dijo, sin rodeos—. No por soldados ni por el barón. Por algo peor.

Señaló la casona a lo lejos.

—Hace días aparecieron esos malditos arbustos, y con ellos, gente vestida con pieles y huesos. Druidas, o algo parecido. Vienen de la colina del sur. Y desde entonces... las viñas mueren.

—¿Druidas? —repitió Ämroth.

—Locos que creen que el alma del valle es la podredumbre —escupió Davian—. Hace años que los aguantamos a distancia. Pero esta vez... acertaron al corazón.

Draug frunció el ceño.

—El corazón... —dijo—. ¿Te refieres al viñedo en sí o hay algo más?

Davian lo miró un segundo, calibrando cuánto decir.

Al final, habló.

—Este lugar no solo crece por sol y lluvia —dijo—. Hay magia en la tierra. Tres pequeñas joyas enterradas hace generaciones, bendiciendo el suelo.

Se pasó una mano por la barba.

—Sin ellas, esto sería solo barro y palos.

Medli abrió los ojos.

—¿Y...? —preguntó—. ¿Las joyas...?

—Dos ya no están —dijo Davian, con voz amarga—. Una fue robada hace años, nadie sabe por quién. Otra, hace poco.

Señaló la casona.

—La tercera... está aquí. O estaba. Es lo único que ha mantenido algo de vida en estas viñas. Y esos malditos la quieren.

Draug sintió un escalofrío familiar.

—¿Joyas enterradas que sostienen un lugar, atacadas por gente que las quiere para deformar la tierra? —murmuró—. Me suena demasiado a algo que...

Se detuvo antes de decir “*que mi abuelo haría*”.

—¿Que qué? —preguntó Antares.

—Que ya vi antes —corrigió Draug—. En otro plano.

No mintió. Solo recortó detalles.

—Los arbustos no son lo peor —añadió Adrian—. Hay algo más moviéndose entre las viñas. Algo grande. Y los druidas controlan todo eso desde dentro de la casona.

Davian cruzó los brazos.

—Mi gente no puede entrar —dijo—. Cada vez que lo intentamos, los blights salen de la tierra como si fueran soldados en formación.

Miró al grupo.

—Urwin dice que ustedes son buenos para meter la mano donde nadie quiere meterla. Y sacarla viva. Lo que necesitamos es esto:

Levantó el dedo índice.

—Que entren a la casona. Que saquen a esos bastardos. Que destruyan todo lo que usen para llamar a esos arbustos.

Hizo una pausa.

—Y, si pueden, que encuentren la joya.

—Eso último lo dices como si fuera lo más importante —notó Sërah.

—Lo es —respondió Davian—. Sin ella, aunque matemos a todos los druidas, el viñedo seguirá muriendo. Con ella, tenemos una oportunidad de que vuelva a crecer.

Sus ojos se suavizaron apenas.

—Y Barovia tendrá algo que le recuerde que no todo es ceniza.

Leönard asintió.

—Entraremos —dijo—. Pero necesitamos saber exactamente qué han visto. Número de enemigos, rutas, trampas.

Adrian señaló hacia las viñas.

—Hay tres caminos principales hasta la casona —explicó—. Por el centro, directo. Por izquierda, entre filas de viñas, más cubierto pero igual de peligroso. Por derecha, bordeando la parte baja, cerca de un pequeño arroyo.

Señaló los arbustos.

—Los blights se esconden bajo la tierra. No se levantan hasta que estás lo bastante cerca. A algunos los puedes hacer salir lanzándoles algo o haciendo ruido. Pero otros... simplemente aparecen cuando quieres retroceder.

—Como si supieran cuándo tienes miedo —comentó Medli, bajito.

—En la casona, vimos al menos tres figuras con capas de pieles y máscaras de hueso —dijo otra de las mujeres del grupo, de cabello corto y ojos afilados—. No sabemos si hay más dentro. A veces escuchamos cánticos. O risas.

Ämroth miró hacia la construcción.

—Si están haciendo algún tipo de ritual, lo más probable es que lo hagan cerca de donde está esa joya que dices —dijo—. Lo que sea que están llamando... no debería terminar.

—Si quieren usar la magia del viñedo para corromper la tierra... —añadió Draug—. Pueden convertir esto en otra versión del molino. O peor.

El silencio que siguió tuvo el peso exacto de la comparación.

—No otra vez —dijo Antares—. No vamos a dejar que otro lugar se convierta en eso.

Davian asintió, serio.

—Podemos ayudarlos desde aquí —ofreció—. Tenemos ballestas. Algunos de mis hijos saben disparar bien. Pero no vamos a entrar con ustedes. No por cobardía.

Lo miró a los ojos.

—Si morimos todos en la casona, este viñedo se queda sin nadie que lo cuide incluso si ganan. Nuestro trabajo es sostener lo que quede. El suyo, abrir camino.

Leönard asintió, aceptando la lógica aunque le pesara.

—Lo entendemos —dijo—. Solo les pido algo: si ven que algo sale de la casona para flanquearnos...

—Le dispararemos hasta que se caiga —lo interrumpió Adrian.

Se estrecharon las manos sin ceremonia.

Decidieron avanzar por la derecha, bordeando la parte baja del viñedo.

—El centro es demasiado abierto —decidió Draug—. Y la izquierda tiene demasiados pasillos estrechos. Si nos cercan ahí, estamos muertos.

—Por la derecha al menos tenemos el arroyo —añadió Ämroth—. Algo que nos sirve de referencia, y tal vez de barrera si las cosas se ponen feas.

Medli miró las viñas mientras avanzaban.

Cada planta que pasaban tenía algo de enfermedad. Hojas con manchas negras, tallos retorcidos, frutos secos. Algunas parecían estirarse hacia ellos, como si quisieran engancharse en sus ropas.

—Es como si las estuviéramos molestando —susurró.

—Las están utilizando como armas —respondió Draug—. La tierra no es mala por sí misma. Solo... reacciona a quien la manda.

—Como la gente —añadió Ämroth, con una media sonrisa amarga.

Los blights los siguieron con la mirada desde las sombras de las viñas. Algunos se movían ligeramente, otros se quedaban inmóviles como verdaderos arbustos.

Sërah iba adelante, ojos entrenados, buscando cualquier cambio en el patrón del suelo.

—Primera fila —dijo—. Veo tierra removida.

No habían dado tres pasos más cuando el suelo se levantó.

Cinco pequeños arbustos se sacudieron la tierra de encima, revelando garras de ramitas y ojos de savia cristalizada. Se lanzaron hacia ellos con movimientos nerviosos.

—No gasten hechizos fuertes en estos —indicó Draug—. Son molestos, pero frágiles.

Y lo eran.

Leönard los cortaba de un solo golpe. Ämroth, con las espadas de luna, los partía en dos, y Antares los aplastaba como si fueran maleza. Sërah los apuñalaba en los “ojos”, dejándolos inmóviles.

En menos de un minuto, el suelo estaba lleno de ramas rotas.

Pero donde caía un blight, parecía que otro lo veía desde lejos.

—No nos van a dejar llegar a la casona sin cobrarnos peaje —dijo Sërah—. Esto es solo la bienvenida.

—Mientras sigan mandando arbustos en lugar de algo más grande, estamos bien —respondió Antares.

Como si la tierra los oyera, algo crujió más adelante.

Un sonido distinto: no el de ramas pequeñas quebrándose, sino el de troncos grandes moviéndose.

—Retiro lo dicho —murmuró.

Al fondo de una de las filas de viñas, algo se levantó.

Era más grande que un blight normal. Mucho más. Una amalgama de ramas gruesas, troncos, raíces, trozos de viña arrancados. Tenía forma vagamente humanoide, con brazos enormes y piernas torpes, y en el centro, un hueco oscuro donde brillaban varios puntos verdes.

—Eso ya no es un arbusto —dijo Medli, con la voz apretada.

—Es un blight de viña —explicó Draug—. Una especie de guardián. Y probablemente no viene solo.

Como para confirmarlo, otros dos se empezaron a levantar más atrás.

—Si nos quedamos aquí, nos rodean —advirtió Ämroth.

Leönard respiró hondo.

—Entonces hay que abrírnos paso —dijo—. Antes de que el viñado entero se nos lance encima.

Apresuraron el paso.

El primer viñado gigante avanzó con pasos pesados, cada movimiento arrancando raíces del suelo. Al levantar los brazos, docenas de espinas se sacudieron en las ramas.

Los blights pequeños avanzaban delante de él, como una ola de púas.

—¡Medli, apoyo! —gritó Ämroth—. Necesitamos velocidad.

Ella levantó el laúd sin pensarlo. Los dedos encontraron acordes que había tocado mil veces. Una melodía rápida se esparció entre ellos, empujando sus piernas a moverse más ligero, sus manos a reaccionar más veloz.

Leönard corrió al frente, directamente hacia el gigante, escudo levantado. Se sintió ridículo un segundo, como un hombre intentando embestir un árbol.

El árbol le devolvió el golpe.

Las ramas bajaron como un mazo. El escudo resistió, pero el impacto lo hizo retroceder varios pasos. El brazo le vibró hasta el hombro.

Antares aprovechó el hueco. Se metió a un costado y clavó la espada en lo que parecía un “muslo” de raíces. La madera crujió, astillas volaron, pero el monstruo no cayó.

Draug, más atrás, lanzó un hechizo. Una oleada de energía salió disparada, golpeando a un grupo de blights pequeños y haciéndolos explotar en pedazos. Era doloroso desperdiciar magia en arbustos, pero si no lo hacía, los otros quedarían enterrados bajo una lluvia de garras.

Sërah se deslizó entre las viñas, usando los mismos troncos como cobertura. Apareció detrás de uno de los gigantes y clavó sus dagas en un punto donde varias raíces se cruzaban. Donde golpeó, un líquido oscuro empezó a salir, como savia podrida.

—¡Ahí! —gritó—. El centro, donde todo se junta.

Ämroth cambió de objetivo. Rodó por el suelo para esquivar una rama, se levantó y hundió la greatsword directamente en el cruce de raíces que Sërah había señalado. La espada brilló con luz pálida mientras cortaba.

El gigante de viña soltó un gemido áspero. Sus brazos se sacudieron al aire, golpeando al azar. Uno de esos golpes alcanzó a Leönard en el costado, tirándolo al suelo.

Medli cambió la melodía, enfocando una nota en él. Un pequeño brillo rodeó al paladín, no sanándolo del todo, pero devolviéndole el aire suficiente para levantarse.

—¡Gracias! —alcanzó a decir, antes de volver a levantar el escudo.

Los otros dos gigantes se acercaban.

—No podemos quedarnos a derribar a cada uno de estos como si fueran árboles de invierno —dijo Draug—. Nos vamos a quedar sin fuerzas antes de llegar a la casona.

—Entonces hay que abrir un hueco y cruzar —respondió Antares—. No matarlos a todos.

La idea no le gustaba a Leönard. Dejar enemigos atrás nunca le gustaba. Pero el cansancio le recordaba que no estaban en posición de limpiar todo el campo.

—Sërah —dijo—. ¿Puedes encontrar una línea por donde pasar entre estos tres sin que nos rodeen?

Ella miró rápido el terreno.

Viñas, troncos, blights pequeños, gigantes, espacio entre filas.

—Sí —respondió—. Pero no les va a gustar.

Se internó entre las viñas, mirando, contando tiempos. Volvió hacia ellos.

—Por la derecha de éste —señaló al primer gigante—, cortando entre esas dos filas, y luego en diagonal hacia la casona. Si corremos lo suficiente, los dos de atrás no llegan a cerrar.

—Eso es mucha confianza en nuestras piernas —dijo Draug.

—Y en mi canción —añadió Medli, apretando el laúd.

Leönard asintió.

—Entonces ése es el plan —dijo—. Ämroth, Antares, conmigo, cubriendo el hueco. Draug, detrás, limpiando lo que se acerque demasiado. Sërah abre camino. Medli, no dejes que nos cansemos.

La propia idea sonaba ridícula.

Pero eso era Barovia.

El primer gigante estaba herido. La espada de Ämroth seguía clavada en su centro cuando iniciaron la maniobra.

Sërah se lanzó primero, como una sombra entre troncos enfermos. Los blights pequeños intentaron cerrarle el paso, pero ella los esquivaba o los cortaba sin detenerse. Abría brechas, no limpiaba.

El resto la siguió.

Medli alzó la voz. La canción que eligió era rápida y tensa, casi como una marcha a medio camino entre huida y carga. Cada nota empujaba sus corazones a latir con fuerza, pero con ritmo.

Pasaron junto al gigante herido en un instante. El monstruo intentó girarse, pero sus raíces dañadas lo hicieron reaccionar con torpeza.

Uno de los otros gigantes lanzó una lluvia de espinas. Leönard levantó el escudo, recibiendo varias. Otras se clavaron en el suelo alrededor.

Una de ellas cortó la mejilla de Draug.

—¡Ah! —protestó—. ¿No podían solo morder como los lobos?

Antares rió por lo bajo, incluso en medio de la carrera.

—Lo estás tomando muy bien —dijo, jadeando.

Ämroth, a la izquierda, cortaba blights que intentaban saltar hacia Medli. Las espadas de luna parecían cortar no solo madera, sino también algo del veneno que se pegaba a la savia.

Sërah llegó primero a la brecha entre filas que había señalado. Se lanzó en diagonal hacia la casona, sin mirar atrás.

Cuando el resto cruzó, el viñado se cerró detrás de ellos como una boca que falló por poco al morder.

Los gigantes de viña los siguieron, pero ya no tenían el mismo ángulo. Sus pasos eran pesados. Podían alcanzarlos, pero no antes de que llegaran a la casona... si no se detenían.

—No volteen —gritó Sërah—. Sigán corriendo.

Medli obedeció. No vio a los gigantes acercarse. Solo los imaginó. Y, a veces, eso era peor.

La casona crecía frente a ellos.

Llegaron al porche con el corazón golpeando el pecho.

La madera crujió al pisarla. El portón doble estaba entreabierto. De adentro, salía olor a vino, humedad y... algo más. El mismo aroma terroso y agrio que habían sentido en el viñedo, pero concentrado.

—No es buena idea entrar cansados —dijo Draug, respirando agitado.

—Tampoco es buena idea quedarse aquí a que los árboles nos alcancen —respondió Antares.

Leönard miró por un hueco de la puerta.

Un pasillo de madera, barriles contra las paredes, escaleras al fondo. No veía movimiento inmediato.

—Primero piso parece despejado —dijo—. Pero no me fío.

Ämroth asintió.

—Si realmente están haciendo un ritual, lo más probable es que sea en el nivel inferior o superior —dijo—. Donde tengan el mejor contacto con la tierra... o con el aire.

Medli se apoyó un segundo en el marco, recuperando el aliento.

En ese momento, lo sintió.

No era una presencia fuerte.

No era una voz clara.

Solo... la sensación de que alguien, desde muy lejos, estaba observando cómo se preparaban para entrar. Una mirada fría, calculadora, curiosa.

No venía de la casona.

Venía de más arriba.

Del castillo.

Cerró los ojos un segundo.

Está aburrido... y nosotros somos su entretenimiento.

La idea le repugnó.

—¿Todo bien? —preguntó Sërah, notando cómo se tensaba.

Medli abrió los ojos.

—Nos está mirando —susurró—. Desde el castillo. Como cuando uno ve a hormigas mover una rama.

Ämroth frunció el ceño.

—Que mire —dijo—. No podemos impedirlo. Pero sí podemos decidir qué ve.

—¿Y qué va a ver? —preguntó Draug.

—Que no somos hormigas —respondió Antares.

Leönard empujó la puerta.

—Entonces que vea esto —dijo—. Juntos, adentro.

Entraron.

El interior del Wizard of Wines estaba en peor estado de lo que parecía desde fuera.

El olor a vino derramado impregnaba todo. Barriles rotos en un lado, manchas oscuras en el piso, restos de madera astillada como si algo hubiera golpeado con fuerza descontrolada.

—Esto fue pelea reciente —dijo Draug, agachándose para observar—. No hace tanto que se rompió.

En una pared había marcas de garras. No de arbusto. De algo más sólido.

—Tal vez alguna criatura que trajeron los druidas —dijo Ämroth.

—O algo que ya estaba aquí y se salió de control —añadió Sërah.

Se detuvieron un segundo para escuchar.

Silencio.

Demasiado perfecto.

—No me gusta —murmuró Leönard.

—No te gusta nada últimamente —replicó Antares, sin malicia.

—Tengo razones —respondió el paladín.

Más allá del pasillo, el espacio se abría en un salón grande, con un techo alto sostenido por vigas de madera, varias plataformas y rampas, y decenas de barriles apilados. Algunas escaleras llevaban a un segundo nivel interno, como una especie de galería.

—Si yo fuera un lunático druida, haría el ritual abajo —dijo Draug—. Cerca de los cimientos.

Señaló hacia una puerta al fondo.

—Debe haber un sótano.

—Exploramos rápido este nivel y buscamos el acceso —indicó Leönard—. No quiero que nos caigan encima desde arriba sin saber quién está ahí.

El plan era bueno.

Barovia no respetaba planes.

Mientras cruzaban el salón, se oyó un crujido arriba.

—No estamos solos —susurró Medli.

Un canto empezó.

No agresivo al principio.

Más bien como un murmullo. Voces graves, en un idioma lleno de sonidos ásperos, se mezclaban en una especie de letanía. Venían de algún punto del segundo nivel.

Draug sintió la piel erizarse.

—Eso suena a ritual —dijo—. Y no del tipo que bendice.

Leönard señaló hacia una escalera lateral.

—Ämroth, Antares, conmigo arriba. Draug, Sërah, Medli, cubran desde aquí y busquen la entrada al sótano. Si hay una joya enterrada, no va a estar en el techo.

El grupo dudó un segundo.

Separarse aquí, con Strahd mirando desde lejos y la casona llena de cosas que no veían, era jugar con fuego.

Pero no tenían otra opción.

—Solo no se mueran antes de encontrar lo que tenemos que romper —dijo Sërah.

Antares sonrió de lado.

—Lo mismo iba a decir —respondió.

El canto se hizo más fuerte a medida que Leönard, Ämroth y Antares subían la escalera.

En el segundo nivel, lo encontraron.

Al menos a parte de él.

Tres figuras, con capas de pieles y huesos colgando del cuello, se encontraban alrededor de un espacio abierto en el suelo donde el piso se había retirado para dejar ver los barriles de abajo. Tenían máscaras hechas con cráneos de animales, cuernos, plumas y dientes. Sus manos estaban teñidas de verde oscuro.

Uno de ellos levantó un bastón retorcido, decorado con huesos pequeños y raíces.

—Los intrusos llegaron —dijo, en una voz áspera.

—Llegaron tarde —respondió otro, riendo.

El tercero los miró desde detrás de la máscara.

—El vino de esta tierra ya pertenece a la podredumbre —dijo—. Y pronto, la joya también.

Ämroth apretó las empuñaduras de sus espadas.

—Eso está por verse —respondió.

Abajo, Sërah, Draug y Medli encontraron la puerta que buscaban: una trampilla reforzada en el piso del salón principal, medio oculta detrás de unos barriles grandes.

—Aquí —dijo Sërah—. Huele... extraño.

Draug se inclinó.

Del hueco subía un olor a tierra húmeda y algo más intenso. Y un murmullo más bajo, diferente al canto de arriba. Como si dos rituales estuvieran pasando al mismo tiempo, en dos niveles distintos.

—Están atacando todo a la vez —dijo—. Arriba y abajo.

Medli tragó saliva.

—Casi como si supieran que veníamos —susurró.

No quiso mirar hacia el castillo.

No quería darle la satisfacción.

En la colina, entre las viñas, los gigantes de madera se movían con lentitud, sin perder de vista la casona.

En el bosquecillo, Davian Martikov observaba también.

—Ya están adentro —dijo Adrian, junto a él.

—Y los árboles lo saben —respondió Davian.

Un cuervo se posó en su hombro.

Durante un segundo, pareció susurrarle algo al oído.

Davian asintió, como si hubiera entendido.

—Harán lo que puedan —dijo—. El resto... depende de si este valle ya decidió o no escupirlos.

El viento sopló entre las viñas enfermas.

En el castillo, alguien sonrió.

En el interior del Wizard of Wines, las voces de arriba y de abajo crecieron, chocando entre sí como dos corrientes de agua podrida.

Y en medio de todo eso, seis héroes cansados se preparaban para otra pelea en un lugar que, una vez, solo había servido para hacer vino.

Capítulo 21

EL CORAZÓN DEL VIÑEDO

El canto desde arriba y desde abajo se fue metiendo en las paredes de la casona como humedad.

Dos coros distintos, dos ritmos diferentes, pero la misma intención: pudrir, torcer, reclamar la tierra para algo que no tenía nada de sagrado.

El Wizard of Wines, que alguna vez fue solo un lugar para barriles y uvas, ahora sonaba como un templo maldito.

Leönard, Ämroth y Antares subieron por la escalera lateral con las armas listas.

El segundo nivel crujía bajo sus botas. Era una pasarela de madera que rodeaba el salón principal, con barandales gastados y huecos que dejaban ver los barriles abajo. Entre sombras, tres figuras con máscaras de hueso seguían entonando el canto grave, como si no les importara tener intrusos a la vista.

No se detuvieron al verlos.

No dejaron de cantar.

Solo los miraron a través de cuencas vacías.

—Bienvenidos al funeral del vino —dijo uno de ellos, con voz áspera—. Llegan justo a tiempo para verlo morir.

Ämroth apretó las empuñaduras de las espadas.

—Ya hemos visto suficientes funerales —respondió—. Éste se suspende.

El druida del centro levantó el bastón, retorcido como una rama arrancada a la fuerza, y lo golpeó contra el piso.

Las vigas vibraron.

Desde las grietas de la madera empezaron a asomar pequeños brotes oscuros. En segundos, se volvieron arbustos de espinas, blights pequeños que se arrastraban hacia sus botas con ojos verdes encendidos.

—No tenemos tiempo para ser elegantes —murmuró Antares—. Rápido y sucio.

—Como todo lo demás en este valle —respondió Leönard.

Se lanzaron.

Abajo, Sërah, Draug y Medli levantaron la pesada trampilla del piso.

Un viento frío subió desde la oscuridad, con olor a tierra mojada y algo ácido, como vino que se echó a perder hace años.

—Buen lugar para guardar algo importante —dijo Sërah—. Y para esconder algo horrible.

La escalera descendía en espiral, pegada a la pared, hacia un nivel inferior que no se veía desde arriba. Solo se alcanzaba a notar un brillo verdoso débil, como de hongos o cristales enfermos.

—Yo voy primero —dijo Draug—. Si hay trampas, prefiero verlas antes de que nos vuelen a todos.

—Voy atrás de ti —añadió Sërah—. No te confíes solo porque sabes leer mapas.

Medli ajustó el laúd y se colocó tercera, tragando saliva.

Mientras bajaban, el canto de arriba se hacía más lejano... y otro murmullo más bajo tomaba su lugar. No era exactamente voz. Era como si la tierra estuviera respirando por la boca de alguien.

Arriba, el primer choque fue brutal.

Un blight saltó hacia Leönard apenas éste dio un paso; lo cortó con la espada, pero otros tres le cayeron a las piernas, tratando de clavarle como zarzas vivas. Antares los pateó lejos, aplastando dos con la bota.

Ämroth fue directo hacia el druida del bastón.

Las espadas de luna dejaron arcos de luz en el aire. El druida alzó un brazo, y la madera misma del barandal se retorció para intentar enredarse en los brazos del aasimar. Ämroth cortó las tablas antes de que se cerraran del todo, pero sintió las astillas clavarle en la piel.

—No se detengan —gruñó, sin bajar el ritmo.

Otro de los druidas, el que llevaba una máscara con colmillos, extendió ambas manos hacia los barriles de abajo. Murmuró algo más fuerte, y uno de los barriles reventó, lanzando al aire una lluvia de vino oscuro.

El líquido no cayó como debería.

Se quedó suspendido un segundo... y luego se convirtió en una nube de gotas filosas que subieron como aguacero al revés hacia la pasarela.

Leönard levantó el escudo.

El vino-garra arañó la madera, la piel, la armadura. Cada gota quemaba un poco, como si tuviera ácido.

—¿En serio están usando vino para atacarnos? —bufó Antares—. Eso sí es blasfemia.

Se lanzó hacia el druida de la máscara con colmillos. Un blight grande trató de interponerse, pero recibió un espadazo que lo dejó partido.

El tercer druida, más bajo de estatura, se mantuvo en la retaguardia, cantando más fuerte. Del espacio vacío abierto en el piso, una raíz gruesa empezó a levantarse, subiendo como una serpiente lenta hacia el segundo nivel.

Como si el viñedo entero estuviera entrando a la casona.

Abajo, el sótano era un laberinto de pilares y barriles.

Había un área central amplia, con el techo sostenido por postes gruesos de madera. En las paredes, más barriles apilados. El suelo estaba húmedo, con charcos de vino y tierra mezclados.

En el centro de la habitación... el brillo verde.

Una masa de raíces se extendía desde el suelo, las paredes y el techo, enredándose en un nudo grueso que parecía palpar. Entre las raíces, como atrapado en una telaraña, un objeto del tamaño de un puño irradiaba luz verdosa. No era un gemelo pulido perfecto; parecía más una semilla cristalizada, un fragmento de algo vivo.

Medli contuvo el aire.

—¿Esa es...? —empezó.

—La joya —respondió Draug—. O lo que queda de ella.

Las raíces se retorcían alrededor, como si intentaran aplastar el brillo.

Sërah no dio ni un paso más.

—No me gusta cómo se mueve eso —dijo—. No es solo una planta aferrada. Es como... una mano que no quiere soltar.

No estaban solos.

Entre los barriles, en la penumbra, varias figuras pequeñas se empezaron a mover. Blights, sí, pero distintos: algunos parecían de espinas largas, otros de hojas secas afiladas. Sus ojos eran del mismo verde de la “semilla”.

Y, encorvada junto a la masa de raíces, la espalda pegada casi a la pared, había otra figura humanoide, más grande. La

piel, pegada al hueso, estaba cubierta de enredaderas que le salían de la carne. Tenía un rostro humano deformado, ojos hundidos, pero las manos eran garfios de madera.

Cuando los vio, sonrió con unos dientes que ya no eran del todo humanos.

—La vid no los quiere aquí —dijo, con voz rota—. Y lo que la alimenta, tampoco.

Draug sintió un nudo raro en el estómago.

No por el aspecto.

Por el concepto.

Alguien había jugado con magia de la tierra. Había empujado demasiado.

Como en casa.

Se obligó a no seguir ese hilo.

—Cuanto más tiempo lo dejen así, más se pudre todo —dijo—. Incluyéndolos a ustedes.

—La podredumbre es la única verdad —respondió la cosa—. Todo lo demás finge.

Los blights se movieron.

Arriba, el combate se volvió más apretado.

Leönard había logrado empujar a uno de los druidas contra el barandal. El hombre intentó conjurar algo, pero el paladín le dio un cabezazo que lo aturdió. Aprovechó el momento para clavarle el brazo con el escudo al pecho, empujándolo hacia atrás.

El cuerpo cayó hacia el vacío, golpeando un barril abajo con un ruido sordo.

Los otros dos druidas reaccionaron.

El del bastón golpeó de nuevo el suelo, y más raíces salieron disparadas de la madera, envolviendo las piernas de Leönard y jalándolo al piso. Ämroth cortó una parte, pero otras se engancharon en los tobillos del paladín.

—¡Estoy bien! —gruñó—. Solo... ocúpense de ellos.

Antares se lanzó hacia el druida de la máscara de colmillos, que ahora tenía las manos teñidas de rojo oscuro. Murmuraba algo que sonaba a plegaria para la putrefacción.

—Te voy a enseñar otra clase de plegaria —dijo Antares, y lo atacó.

Las espadas chocaron con el bastón. La madera del arma del druida no era simple: aguantó el impacto, devolviendo parte de la fuerza. Antares sintió la vibración en los brazos.

El druida rió.

—La tierra misma me sostiene —dijo—. ¿Quién te sostiene a ti?

—Mi terquedad —respondió Antares—. Y ellos.

Señaló sin verlo.

Ämroth acababa de cruzar hacia el centro del pasillo, esquivando espinas. Una rama gruesa, que venía desde abajo, pasó a centímetros de su rostro y reventó el barandal detrás de él.

Se plantó frente al druida del bastón.

—Ya me cansé de tus raíces —dijo—. Y de tus cánticos.

Las espadas de luna bajaron al mismo tiempo, cortando el bastón por la mitad. La madera chilló, como si fuera un animal. Una energía verde oscura se escapó del corte, desarmada, y golpeó al propio druida en el pecho.

El hombre se dobló, escupiendo sangre.

Abajo, las raíces que atrapaban las piernas de Leönard perdieron fuerza. El paladín se zafó con un tirón.

—Gracias —jadeó.

—Me lo pagas con vino luego —respondió Ämroth.

El último druida, el de la máscara de colmillos, vio caer a su compañero y gritó algo en un idioma áspero.

La raíz que estaba subiendo desde el hueco se agitó y se alzó de golpe, como serpiente, hacia Antares.

Leönard se interpuso.

El golpe lo lanzó contra la pared, sacándole el aire.

Abajo, algo también reaccionó.

En el sótano, cuando el druida del bastón cayó, la masa de raíces palpó una turbulencia.

La criatura encorvada junto a la “semilla” se estremeció.

—No están solos —escupió—. Los de arriba están muriendo... y la tierra se enoja.

—La tierra no piensa —dijo Draug—. Ustedes le metieron voces que no son suyas.

Esa frase le dolió un poco en la lengua, porque describía más de lo que quería admitir de su propio pasado.

Los blights se lanzaron.

Sërah respondió primero.

Se adelantó con una velocidad que no parecía posible en alguien tan cansada. Sus dagas cortaron ramas, ojos verdes, espinas. No podía detener a todos, pero sí abrir huecos.

—Medli —dijo Draug, sin voltear—. Necesito que mantengas a los pequeños alejados de mí.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Lo que se me da mejor —respondió—: tocar lo que no debo.

Medli alzó el laúd y empezó a tocar una melodía rápida pero suave, que empujaba a los blights a dudar, a detenerse apenas un segundo antes de atacar. No era control total, pero esa mínima vacilación le daba a Sërah espacio para matarlos.

La criatura encorvada dejó de sonreír.

—Deberían unirse a nosotros —dijo—. Dejar de pelear. Todo termina en tierra. Todo termina en raíces.

—He pasado suficiente tiempo bajo tierra para saber que no quiero quedarme ahí aún —respondió Draug.

Se acercó, esquivando un blight de espinas, hasta quedar a unos pasos de la masa de raíces con la semilla atrapada.

La luz verde arrojaba sombras raras en su rostro.

—Esta cosa no es solo un foco de vida —dijo, más para sí que para los demás—. Es un nudo de magia. Si cortas mal, explota. Si cortas bien...

—¿Puedes cortar bien? —preguntó Sërah, mientras hundía una daga en el “pecho” de un blight aguja.

—Puedo intentarlo —respondió.

La criatura alzó una mano, y de la palma le salieron raíces finas como agujas, que se extendieron hacia Draug.

Otro blight saltó a su espalda.

Medli cambió la canción. Hizo sonar un acorde más grave, y una especie de onda ligera salió del instrumento, empujando al blight hacia atrás justo antes de que se le colgara del cuello.

—¡Concentrado! —gritó—. ¡Yo te limpio el camino!

Draug tragó saliva.

Puso las manos, sin tocar directamente la semilla, sobre las raíces alrededor. Cerró los ojos un momento.

No eres tú.

No eres tu casa.

No eres tu abuelo.

Se repitió esas frases en la cabeza.

Intentó sentir dónde estaba el “centro” de la tensión mágica. Las raíces no eran simples ramas; eran canales. Algunos llevaban energía hacia la semilla, otros desde ella a la tierra.

Podía cortar cualquiera... pero algunas fracturarían todo.

—Ya va —murmuró—. Ya va, ya va...

La criatura se lanzó hacia él.

Sërah se atravesó en medio, recibiendo un zarpazo en el brazo. La sangre saltó.

—Más rápido, genio —escupió—. No pienso aguantar a este muñeco de espinas mucho tiempo.

Draug abrió los ojos.

Vio un punto.

Una raíz más gruesa, que parecía enviar energía hacia el resto del entramado. Como una “columna vertebral” del nudo. Si la cortaba ahí, la semilla quedaría libre... o se desharía junto con todo.

No había tiempo para teorías.

—Medli —dijo—. Cuando te diga, sube la nota. Todo lo que puedas.

—¿Qué? —preguntó ella, sin entender del todo.

—Confía —respondió.

Apoyó una mano sobre la raíz, sintiendo la energía quemarle la piel. Levantó la otra como si fuera un cuchillo.

En realidad, no tenía filo. Tenía magia.

—Ahora —susurró.

—¡Ahora! —repitió en voz alta.

Medli respondió instintivamente.

Cambió la melodía a algo más agudo, más luminoso. Una nota alta llenó el sótano, colándose entre las raíces, vibrando en la semilla.

Draug cortó.

No físicamente.

Rompió el flujo.

Fue como si alguien hubiera jalado el cable principal de una red.

La masa de raíces se convulsionó.

Los blights se detuvieron un segundo, como si les hubieran quitado el suelo bajo los pies.

La criatura encorvada gritó.

—¿Qué hiciste? —aulló.

—Desconectar —jadeó Draug.

La semilla cayó.

Literalmente.

Se soltó de las raíces que la retenían y cayó al suelo, rodando un poco, aún brillando, pero ahora con un verde menos enfermo. Las raíces se encogieron alrededor, buscando algo que ya no podían sujetar.

Sërah no perdió la oportunidad.

Se lanzó hacia la criatura y le clavó ambas dagas en el pecho, justo donde se cruzaban varias enredaderas. La cosa chilló, un sonido mitad humano, mitad madera rompiéndose.

Los blights empezaron a desarmarse, rama por rama.

Medli siguió tocando, bajando la nota poco a poco, como si estuviera calmando a una bestia que acaba de recibir un golpe fuerte.

En segundos, el sótano se llenó de pedazos de arbusto inmóviles.

La criatura cayó de rodillas.

—La podredumbre... —balbuceó—. La podredumbre siempre encuentra otro camino...

Y se desplomó, inerte.

El silencio bajó como un golpe.

Solo se oía la respiración agitada de los tres.

Draug se dejó caer de espaldas contra un barril.

La semilla verde seguía brillando en el suelo, sola.

—Bueno... —dijo—. Al menos no explotó.

Arriba, el cambio fue un temblor en el aire.

Justo cuando la raíz golpeaba a Leönard contra la pared y Ämroth cortaba el bastón del druida, una onda invisible atravesó la casona.

Los blights que quedaban se tambalearon. Algunos se desmoronaron, como si los hubiera perdido una mano que los controlaba.

El druida de la máscara de colmillos dejó de sonreír.

—¿Qué...? —alcanzó a decir.

Antares no le dejó terminar.

Aprovechó el instante para atravesarle el pecho con la espada, empujándolo hacia el hueco del piso. El cuerpo cayó, golpeando otro barril.

El último druida, más herido que de pie, intentó reincorporarse.

Ämroth le puso la punta de la greatsword en la garganta.

—Se acabó —dijo.

El hombre lo miró a través de la máscara, jadeando.

—No entienden... —tosió—. La tierra no los quiere. El valle no los quiere. Él los quiere solo un rato. Para entretenerse.

Leönard se acercó, sangrando del costado.

—Las tierras no quieren nada —dijo—. Solo la gente. Y los monstruos.

El druida rió, una risa rota.

—Y a veces... son la misma cosa.

No dio tiempo a más.

Ämroth hundió la espada.

El canto se apagó.

Arriba, solo quedaron el crujido de la madera y el goteo de vino de los barriles rotos. Abajo, el brillo verde se mantuvo, pero ya no temblaba.

Leönard, Antares y Ämroth bajaron con cuidado, sintiendo el cuerpo aún vibrar por la pelea. Se encontraron con los otros tres en el nivel principal.

Sërah tenía el brazo vendado con un trapo improvisado. Medli sostenía la semilla en las manos, envuelta en un pedazo de tela para no tocarla directamente. Draug tenía marcas rojas en la piel, como de quemaduras leves.

—¿La tienen? —preguntó Leönard, sin rodeos.

Medli levantó el pequeño bulto.

—Creo que sí —dijo—. O al menos... lo que queda.

Draug asintió.

—La magia que la rodeaba era... extraña —explicó—. Estaba conectada a las raíces como una red. Si no cortábamos bien, podíamos romperla.

Se encogió de hombros.

—Pero respondió a mi magia... y a la música de Medli. Eso tiene que significar algo.

—¿Algo bueno? —preguntó Ämroth.

—Algo —respondió Draug—. Lo de “bueno” ya es mucho pedir en este valle.

Sërah miró alrededor.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Le llevamos esto a Davian y esperamos que no se vuelva otro druida loco con una semilla mágica?

—Si él quisiera usar esto para pudrir todo, ya lo habría hecho hace años —dijo Antares—. Prefiero jugarme la moneda con la gente que quiere que el vino siga existiendo, no con los que quieren convertirlo en veneno.

Leönard asintió.

—Terminemos de revisar que no quede nadie escondido —dijo—. Y luego se la damos. Lo que él haga con esto... será su responsabilidad.

Hizo una pausa.

—Lo que sí es nuestra responsabilidad es que esos druidas no vuelvan.

No había más enemigos activos.

Solo cadáveres, barriles rotos, vino derramado y raíces cortadas.

Y la semilla.

Davian los esperaba fuera de la casona, con el ceño aún más fruncido que antes.

Cuando vio que salían con vida, se permitió un respiro que no llegó a ser sonrisa.

—¿Y? —preguntó, directo.

Medli se acercó con cuidado y le extendió el bulto de tela.

—Creemos que es esto —dijo—. Estaba atrapada en una... cosa horrible de raíces. Pero ya no.

Davian tomó el paquete con manos más temblorosas de lo que le habría gustado. Lo abrió apenas, lo suficiente para ver el brillo verde de la semilla.

Sus ojos, cansados, se humedecieron un poco.

—Hola, vieja amiga —murmuró.

Adrian se acercó.

—¿Crees que...? —empezó.

—No lo sé —respondió Davian, sin quitar la vista de la semilla—. Pero al menos ya no está en manos de ellos.

Volvió a envolverla, con cuidado.

—La tierra va a tardar en recordar lo que era. No es como tirar agua en un campo seco y listo. Pero con esto... hay chance.

Los demás campesinos, que se habían mantenido a distancia, se acercaron poco a poco. Sus miradas pasaban de la semilla envuelta al grupo.

—¿Y los de adentro? —preguntó la mujer de cabello corto.

—Muertos —respondió Leönard—. Ellos y la cosa rara del sótano.

Davian asintió, serio.

—Lo lamentable es que probablemente no eran los únicos — dijo—. Solo los que se atrevieron a poner las manos aquí.

Guardó la semilla contra el pecho.

—Pero por ahora... Wizard of Wines sigue siendo nuestro.

Un cuervo bajó de un poste cercano y se posó en su hombro, como si confirmara la frase.

—Si necesitan quedarse aquí esta noche —añadió Davian—. Tienen un techo. No es Vallaki, pero al menos no huele a festival fallido.

Sërah soltó una risita.

—Con que no huela a niños horneados, estoy conforme — dijo.

Nadie se rió.

Pero nadie la miró mal.

Todos sabían de qué estaba hablando.

Esa tarde se dedicó a cosas simples.

Revisar que no quedaran blights activos entre las viñas.

Limpiar lo que se podía limpiar dentro de la casona.

Cubrir a los muertos que no fueran arbustos.

Medli ayudó a mover algunos barriles menos dañados. Ämroth, Leönard y Antares trabajaron como si estuvieran reparando un gran campamento después de una batalla larga. Sërah, a pesar del brazo lastimado, se encargó de revisar posibles rutas de ataque futuras, por costumbre. Draug se sentó un rato con Davian, hablando de la semilla, de las otras que faltaban.

—La primera se perdió hace mucho —explicó Davian, mirando al horizonte—. Nadie sabe quién se la llevó. Algunos dicen que algún loco quiso llevar vida a otro lado y la torció. Otros, que alguien la vendió.

Se encogió de hombros.

—La segunda... la tienen ellos. Los de la colina del sur. Yester Hill.

La forma en que dijo el nombre cargaba años de resentimiento.

—¿Qué están haciendo con ella? —preguntó Draug.

—Algo que no quiero que mis nietos vean de cerca —respondió Davian—. Pero si el valle les sigue haciendo cosquillas a ustedes, me imagino que acabarán ahí tarde o temprano.

Draug miró sus manos, aún con marcas de haber tocado la red de raíces.

—No me entusiasma la idea de seguir viendo versiones retorcidas de la magia de la tierra —dijo—.

Pero sabía que era inevitable.

Más tarde, cuando el sol se escondía detrás de las nubes y el viñedo se veía menos enfermo, aunque fuera solo por la luz, Davian sacó una botella vieja.

—No es del último lote —aclaró—. Ese ya estaba medio arruinado. Esto es de antes. Guardado para un día especial.

Miró al grupo.

—Supongo que hoy califica.

Sirvió una copa para cada uno en vasos distintos, algunos de metal, otros de madera.

—Por los que no pudimos salvar —dijo Leönard, levantando la suya.

—Y por los que sí —añadió Medli.

—Y por este valle tercamente vivo —dijo Ämroth.

—Y porque si nos vamos a morir aquí, al menos sea con buen vino —remató Sërah.

Esta vez, sí hubo una pequeña risa general.

El sabor era intenso, profundo, con un dejo agrio que encajaba demasiado bien con Barovia. Pero había algo más: una nota de calidez que contrastaba con el frío constante.

Por un momento, casi se sintió como estar lejos de ahí.

Solo por un momento.

Muy lejos, en el castillo, alguien sirvió una copa también.

El vino no era del último lote. Ese se había estropeado. Pero lo que le habían traído años atrás aún conservaba su cuerpo.

Probó un sorbo.

Cerró los ojos un segundo.

Vio a los seis, sucios, cansados, con vino barato en la mano, riéndose apenas, en un viñedo que se negaba a morir del todo.

Sonrió.

—Siguen vivos —murmuró—. Y siguen arreglando cosas que yo dejo rotas.

No sonaba molesto.

Más bien curioso.

—Veamos cuánto les dura —añadió.

Dejó la copa en la baranda del balcón y volvió a mirar el valle.

La obra continuaba.

Esa noche, el grupo durmió en la casona del Wizard of Wines.

No fue un sueño tranquilo.

Las visiones del molino seguían ahí, a veces más suaves, a veces igual de crudas.

Leönard soñó una vez más con columnas blancas, pero esta vez el casco roto de su dios no estaba tan hundido. No se levantaba... pero tampoco desaparecía bajo los pies del impostor.

Ämroth soñó con la tumba maldita, pero en esta ocasión no veía solo a su maestro cayendo; lo veía también insistiendo en sonreírle antes de empujarlo fuera del círculo.

Antares soñó con un campo de batalla, sí, pero sus compañeros no eran solo ceniza. Algunos estaban de pie junto a él, cortando una y otra vez a un enemigo que no terminaba de tomar forma.

Sërah soñó con la calle de Baldur's Gate, con la casa vacía... pero había huellas de sus pasos alejándose, no de ella tirada en el suelo.

Draug soñó con el taller, con su abuelo... y con la sensación de que, aunque el círculo se lo tragara, algo de él seguía vivo en sus manos, no solo en su culpa.

Medli soñó con la mesa.

La copa de vino a un lado.

La pluma negra al otro.

Esta vez, sin embargo, había algo más.

En medio de ambos, una tercera cosa: una semilla verde, pequeña, que brillaba suavemente.

No sabía qué significaba.

No sabía quién la había puesto ahí.

Solo sabía que, por primera vez, la mesa no estaba dividida en dos bandos.

Se despertó con el corazón latiendo rápido y el sabor del vino todavía en la boca.

Se quedó mirando el techo un rato, escuchando la respiración de sus amigos en camas cercanas, el crujir de la casona, el viento entre las viñas.

Barovia seguía ahí afuera.

Strahd seguía mirando desde arriba.

Las fuerzas que jalaban de ella, de sus plumas, de los demás, seguían presentes.

Pero, por ahora, el viñedo respiraba.

Y ellos también.

Capítulo 22

LA COLINA DE YESTER Y EL ÁRBOL DE SANGRE

El viento cambió cuando dejaron atrás el viñedo.

No era más frío ni más fuerte. Solo... distinto. Como si, al alejarse del Wizard of Wines, se hubieran salido de un pequeño círculo de resistencia y estuvieran entrando otra vez en la piel desnuda de Barovia.

Davian los despidió en el lindero del viñedo, con la semilla verde envuelta y guardada cerca del pecho. Sus ojos, cansados, se quedaron un rato clavados en el sur.

—Sigan ese camino hasta perder de vista las viñas —les dijo—. Luego, la tierra se vuelve escasa. No hay árboles. Solo piedra, barro y viejos huesos.

Hizo una mueca.

—Cuando el viento empieza a sonar como si soplara entre tumbas, sabrán que están cerca de Yester Hill.

—¿Algo más que debamos saber? —preguntó Sërah, ajustándose la capa.

—Los que viven ahí no son como nosotros —respondió Davian—. Para ellos, el Diablo no es un invasor. Es... la forma que tomó la furia de este valle. Lo veneran.

Miró a Medli, un segundo más de lo normal.

—Y a veces, las cosas que veneras terminan mirándote de vuelta.

Medli sostuvo la mirada sin decir nada. El recuerdo del balcón del castillo se le clavó detrás de los ojos.

—La segunda semilla está allí —añadió Davian, volviendo al tema—. La enterraron bajo un árbol que nunca debió crecer. Si logran recuperarla... el viñedo respirará mejor. Si la destruyen... al menos no la usarán para torcer más cosas.

—¿Prefieres que la traigamos o que la destruyamos? —preguntó Leönard.

Davian tardó en responder.

—Prefiero que no siga en manos de los que la tienen —dijo al final—. El resto... confío en que sepan qué hacer cuando la vean.

No era la respuesta clara que Leönard habría querido, pero en Barovia las respuestas claras se habían vuelto un lujo.

Partieron.

El camino hacia Yester Hill los sacó del olor a vino y madera, y los metió otra vez en el bosque de troncos retorcidos que cubría casi todo el valle.

Los árboles crecían torcidos, como si hubieran intentado escapar del suelo y se hubieran quedado a medio camino. Entre las ramas desnudas, la niebla se enroscaba como una tercera corteza. No se escuchaban pájaros.

Solo el viento.

Un viento que, por momentos, sonaba como voces a lo lejos.

—No me gusta cómo se oye —murmuró Medli.

—Es Barovia susurrando chismes sobre ti —intentó bromear Sërah.

No funcionó del todo, pero sacó una media sonrisa a Draug.

Leönard iba adelante, como de costumbre. La mano en el escudo, la otra cerca de la empuñadura. Cada crujido entre ramas lo hacía girar un poco el rostro, ubicando mentalmente dónde estaría cada uno si los atacaban.

Ämroth caminaba a su lado, en silencio, con la mirada atenta, como si buscara algo más allá del peligro inmediato. A veces, sus ojos se perdían en la línea gris del horizonte, como si por ahí, en algún lugar, pudiera estar su maestro. Siempre que lo pensaba, el pecho se apretaba.

—¿Crees que eran así antes? —preguntó de pronto Medli, rompiendo un tramo largo de silencio.

—¿Quiénes? —preguntó Draug.

—Los árboles —respondió—. El bosque. La tierra. ¿Crees que siempre fueron... así? ¿O que alguna vez fueron... no sé... normales?

Draug pensó en el taller de su abuelo, en otros planos, en bosques que había visto en mapas y dibujos.

—Ningún lugar nace roto —dijo al final—. Alguien lo rompe. O algo.

Se encogió de hombros.

—Pero si se lo haces durante suficiente tiempo, llega un punto en que nadie recuerda cómo se veía antes.

—Eso pasa con la gente también —añadió Sërah—. A veces el problema no es que seas mala persona. Es que ya se te olvidó cómo era no serlo.

El comentario quedó flotando.

Leönard la miró de reojo, pero no comentó. Había aprendido a dejar pasar algunos de esos golpes de Sërah. No porque estuviera de acuerdo, sino porque discutir cada frase era perder energía que no tenían.

Antares, en la retaguardia, se limitó a revisar que nadie se quedara atrás. Sus ojos iban seguido hacia Medli. No para vigilarla, sino como quien comprueba a cada rato que la persona que lleva la carga más rara siga de pie.

La primera señal de que se acercaban a Yester Hill fue la muerte del bosque.

No en el sentido habitual.

Simplemente, los árboles se detuvieron.

El bosque terminaba de golpe, como si alguien hubiera dibujado una línea invisible. Más allá, la tierra se abría en una loma grande, desierta, cubierta de hierba seca y piedras antiguas. No había ni un solo árbol en la colina.

Solo piedras clavadas en círculos, como dientes viejos.

El cielo parecía más bajo ahí. Las nubes se arremolinaban sin llover, pesadas, como si esperaran una señal para caer con todo.

—Ahí está —dijo Draug, reconociendo la descripción de los mapas—. Yester Hill.

El viento, sin árboles que lo frenaran, soplaba directo y fuerte. Traía olor a tierra húmeda... y a algo más. Algo dulce, metálico.

Sangre seca.

Subiendo por la ladera, podían ver las piedras dispuestas en anillos. En el círculo más alto, una estructura destacaba sobre todo lo demás: una figura gigantesca hecha de ramas, troncos y tierra compactada.

Un hombre.

Un hombre con capa, brazos extendidos, rostro apenas esbozado.

Aun desde abajo, sabían quién era.

—¿Eso es...? —susurró Medli.

—Un ídolo —terminó Ämroth—. De él.

La efigie de Strahd dominaba la cima de la colina. Una caricatura enorme, tosca, pero suficientemente clara como para que no hubiera dudas. A su alrededor, pequeños cuerpos se movían en círculo.

Druidas.

Las voces de su canto bajaban por la ladera, mezcladas con el viento.

—No me gusta nada esto —dijo Leönard—. Pero al menos es una señal clara de dónde tenemos que pegar.

—La pregunta es si primero vamos por la cabeza o por el corazón —respondió Draug.

Señaló más abajo, hacia el flanco este de la colina.

Allí, en un desnivel, crecía un árbol.

El único árbol de toda la colina.

Era más bajo que la efígie, pero mucho más retorcido. El tronco parecía un montón de cuerpos entrelazados, estirándose hacia arriba. Las ramas eran como brazos largos, acabados en dedos nudosos. En lugar de hojas verdes, colgaban de sus ramas frutos rojos, pesados.

A esa distancia, parecían manzanas.

Más cerca, se veía que eran algo más blando.

—El Árbol de sangre —dijo Draug, la voz apenas por encima de un susurro.

El nombre le había llegado a través de los murmullos de Davian, de menciones en libros viejos. Árbol que crecía donde un poder oscuro clavó un fragmento de su voluntad. Árbol que se alimentaba de cuerpos... y devolvía monstruos.

—No debería estar ahí —añadió Ämroth, con repulsión genuina—. Hay algo en... lo que irradia que no encaja.

—Ahí abajo tienen una parte de lo que se robaron del viñedo —recordó Sërah—. Davian dijo que la segunda semilla estaba en “manos” de esa gente. Si ese árbol creció con ella...

—El corazón está en sus raíces —terminó Draug.

El viento sopló más fuerte, como si quisiera borrar sus voces.

—Arriba, están llamando algo —dijo Medli, mirando la efigie y el círculo de druidas—. Puedo sentirlo desde aquí. No es solo un rezo. Están... invocando.

—Si terminan —añadió Antares—, vamos a tener que pelear no solo contra el árbol de allá abajo, sino contra lo que sea que le están pidiendo a ese ídolo.

El grupo se quedó en silencio unos segundos, midiendo la colina, el árbol, la efigie, los círculos de piedra.

—Tenemos que decidir —dijo Leönard, por fin—. ¿Qué atacamos primero?

La discusión fue rápida, pero tensa.

—Si cortamos el árbol primero —dijo Sërah—, cortamos el corazón. Ese árbol es el que está haciendo daño directo, ahora, ya. Está alimentando blights, chupando sangre. Los rituales van y vienen. El árbol se queda.

—Si dejamos que terminen el ritual —respondió Leönard—, podríamos estar liberando algo que no vamos a poder controlar después. Ese ídolo no es solo decoración. Se siente... cargado.

Miró a Draug.

—Tú lo notas, ¿no?

Draug asintió, incómodo.

—Están empujando vida dentro de algo que no debería moverse —dijo—. Como si intentaran levantar un gigante de madera. Si lo logran, no va a ser solo un árbol más.

—Si vamos arriba, el árbol sigue en pie —insistió Sërah—. Y mientras tanto, sigue sembrando monstruos. No sabemos qué tanto tiempo llevamos de retraso. Puede que el “gigante” ya sea inevitable.

Se cruzó de brazos.

—Yo haría esto: dividirnos. Un grupo arriba a cortar el canto. Otro abajo a quemar el árbol.

Leönard frunció el ceño.

—Dividirnos en la colina del enemigo nunca es buena idea.

—Tampoco lo es dejar una de las dos cosas viva mientras resolvemos la otra con calma —replicó Sërah—. Aquí nada se va a quedar esperando su turno.

Ämroth intervino.

—Una cosa es segura —dijo—: si dejamos el Árbol de sangre intacto, la semilla del viñedo seguirá corrompida. Eso... no me gusta nada.

Miró a Leönard.

—Si nos dividimos, no vamos a tener un frente perfecto. Pero tal vez evitamos que esto se vuelva dos problemas gigantes después.

Antares se pasó la mano por la barba, pensando.

—Yo voy al árbol —dijo—. No quiero dejar que algo así se quede en pie más tiempo.

Los ojos de Sërah se suavizaron apenas.

—Yo también —añadió—. Árbol, abajo.

Leönard los miró en silencio un segundo.

—Yo iré arriba —dijo al final—. El canto de los druidas tiene que terminar. No quiero ver qué pasa si lo culminan.

Ämroth asintió.

—Yo contigo —añadió—. Alguien tiene que asegurarse de que no terminen de “bendecir” ese ídolo.

Draug miró a Medli.

—¿Y tú? —preguntó—. Arriba necesitan cortar la magia de los cánticos. Abajo... también nos vendría bien alguien que desarme raíces.

Medli tragó saliva.

Miró la efigie en la cima.

Luego, el árbol retorcido.

Sintió una punzada fría en el pecho. Una mirada, desde muy lejos, se posaba en la colina entera. No necesitaba voltear al castillo para saberlo. Él sabía que estaban ahí.

Y al mismo tiempo... otra cosa, más fría, menos vistosa, la observaba también. Sin copas. Sin balcones.

La dualidad que la venía siguiendo desde el molino le apretó el corazón.

—Voy arriba —dijo, al final—. El canto que escucho con más fuerza viene de allá.

Intentó sonreír un poco.

—Y alguien tiene que recordarle a Leönard que no puede gritarle a un ídolo gigante hasta que se caiga solo.

El comentario arrancó una pequeña exhalación a medio camino entre risa y resoplido al paladín.

Draug asintió.

—Entonces yo voy abajo —dijo—. Árbol de sangre, raíces y cosas que no deberían estar ahí.

Se encogió de hombros.

—Tengo cierta experiencia.

El plan quedó claro:

- Arriba: Leönard, Ämroth, Medli.
- Abajo: Antares, Sërah, Draug.

Se miraron un segundo más largo de lo usual.

No era la primera vez que se dividían... pero cada vez que lo hacían, sentían algo detrás de la nuca, como si Barovia tomara nota.

—Si algo sale muy mal —dijo Antares, mirando a Leönard—. No seas terco. Retírate.

—Lo mismo digo —respondió Leönard—. No tienes que quedarte clavado bajo un árbol si la colina se viene abajo.

Se estrecharon el antebrazo, corto pero firme.

Sërah y Medli cruzaron miradas.

—Arriba eres tú la que ve cosas raras —dijo la tiefling—. Si te ofrece la copa otra vez...

Hizo una mueca.

—No te estoy diciendo que no la tomes. Solo que te acuerdes de quiénes estaban en la mesa antes.

Medli asintió, con un nudo en la garganta.

—Cuida a Draug —pidió—. No lo dejes quedarse pegado a las raíces.

—No planeo dejar que nadie se pegue a nada que sangre savia —respondió Sërah.

Subir la colina fue como caminar directo hacia la boca de algo.

El viento soplaba más fuerte con cada paso. Las piedras del primer anillo eran grandes bloques de roca musgosa, cubiertos de runas casi borradas. Los ojos de Medli se detuvieron un segundo en ellas; no eran un idioma que conociera del todo, pero alcanzaba a entender una cosa:

Aquella colina había sido sagrada antes de Strahd.

Mucho antes.

—Este lugar era un altar —murmuró.

—Lo sigue siendo —respondió Ämroth—. Solo cambiaron al santo.

En la cima, el círculo de druidas seguía girando alrededor de la efigie de ramas. Eran unos diez, tal vez doce. Sus capas de pieles ondeaban con el viento. Algunos tenían máscaras de hueso, otros llevaban el rostro descubierto, marcado con símbolos de barro.

Sus voces, juntas, parecían una sola.

El ídolo de Strahd dominaba la escena, enorme, de brazos abiertos. No se movía... pero la madera crujía por dentro, como si algo respirara.

Medli sintió la piel erizarse.

—No podemos permitir que terminen —dijo Leönard—. Si ese “algo” despierta del todo...

—Nos vamos a arrepentir —terminó Ämroth.

No hicieron estrategia elaborada.

Barovia ya había demostrado que, muchas veces, la única táctica posible era “interrumpir por las malas”.

Leönard levantó el escudo, sacó la espada, y se lanzó ladera arriba, directo al círculo.

En el flanco de la colina, Antares, Sërah y Draug bajaron por el lado opuesto, acercándose al Árbol de sangre.

De cerca, era peor.

Las “frutas” rojas eran más claras ahora: masas carnosas, como corazones o hígados secos, colgando de las ramas por fibras que parecían tendones. El tronco estaba cubierto de marcas que parecían caras a medio formar: bocas abiertas congeladas en gritos, ojos sin párpados que se habían cerrado con savia.

El olor era una mezcla de hierro viejo y madera mojada.

—Nunca más quiero oler algo así —dijo Sërah.

—No prometas cosas que no puedes cumplir —respondió Draug, tratando de sonar ligero y fallando.

Alrededor del árbol, el suelo estaba lleno de raíces superficiales, como una red de serpientes quietas. Entre ellas, restos de huesos, armaduras rotas, cascos viejos.

—Aquí murió mucha gente —murmuró Antares.

—Y el árbol se lo comió todo —añadió Sërah.

Draug se arrodilló junto a una de las raíces, tocándola con la punta de los dedos. La savia que salió era espesa, casi negra.

—La semilla está abajo —dijo—. Lo siento. Como si la tierra estuviera empujando hacia arriba algo que la mantiene viva.

—Entonces hay que cavar —respondió Antares—. O quemar. O las dos.

—Cuidado —advirtió Sërah—. Aquí nada deja que lo maten sin cobrar caro.

El Árbol de sangre respondió antes de que terminaran de hablar.

Una de sus ramas se movió, lenta pero con intención, y se dejó caer hacia ellos, como un látigo grueso. Antares empujó a Draug fuera del camino. La rama golpeó el suelo, levantando una lluvia de tierra y piedras.

Del tronco se escuchó un susurro.

No era voz.

Era... muchos ecos cortados, como si decenas de gargantas hubieran intentado gritar al mismo tiempo bajo la corteza.

Draug tragó saliva.

—Vamos a tener que pelear con el árbol entero —dijo—. No solo cavar.

—Bien —respondió Sërah, sacando las dagas—. Hace mucho que no apuñalo algo tan grande.

Arriba, el ataque fue tan sencillo como brutal.

Leönard embistió el círculo de druidas como una avalancha con escudo. El primero en su camino recibió el golpe de lleno y salió rodando, interrumpiendo el canto. Ämroth llegó un segundo después, cortando el aire con las espadas, obligando a otros dos a retroceder.

Medli se quedó unos pasos detrás, el laúd listo.

El canto se desordenó.

Algunos druidas siguieron entonando, otros se volvieron hacia los intrusos, sacando garrotes con clavos, cuchillos de hueso, bastones con raíces. Los que llevaban el rostro descubierto tenían ojos brillando con un fanatismo que no dejaba espacio para otra cosa.

—¡Han venido a profanar la obra del valle! —gritó uno, levantando el bastón—. ¡Sus huesos alimentarán la tierra!

—La tierra ya está harta —respondió Leönard, golpeando el bastón con el escudo y forzando al hombre a arrodillarse.

Ämroth se movía como flujo de agua entre ellos, parando golpes con una espada y devolviendo cortes con la otra. Cada druida que caía rompía una nota del cántico, pero los demás se esforzaban por mantenerse entonando.

Medli alzó la voz.

Su melodía no era alegre ni esperanzadora. Era un corte, una nota que se metía entre el canto de los druidas, lo desacomodaba, lo hacía perder ritmo. Los que aún intentaban recitar la letanía empezaron a trabarse, a repetir sílabas sin sentido.

El ídolo crujió.

Un trueno retumbó, tan cerca que la colina vibró.

El cielo pareció descender unos metros.

En algún punto entre las nubes, alguien observaba.

Montado en una criatura de pesadilla, con pelaje negro como humo y ojos rojos, Strahd von Zarovich contemplaba la escena desde el aire, a una distancia suficiente como para no ser blanco fácil, pero lo bastante cerca como para ver cada movimiento.

No había llegado con fanfarria.

Se había deslizado entre las nubes como una sombra más.

La colina era un viejo lugar de poder. Lo había sabido desde antes de ser lo que ahora era. Aquellos druidas lo veneraban como uno veneraría a una tormenta que arrasa con todo. Le divertía, a veces. Otras, le cansaba.

Ver al ídolo de ramas, torpe pero entregado, lo hizo sonreír un poco.

—Siempre tan creativos —murmuró.

Cuando vio a los seis héroes acercarse —y luego dividirse—, la sonrisa se hizo más marcada.

—Y ustedes... —añadió, sin necesidad de terminar la frase.

Sus ojos se detuvieron, una vez más, en la figura pequeña con plumas.

La vio subir, la vio alzar el laúd, la vio meter su canción en el corazón del ritual.

Y, por debajo de esa canción, sintió otra nota.

Algo frío.

Ordenado.

Mudo.

Una presencia que no era suya, apoyando las cuerdas desde la sombra.

—Tira de ellos todo lo que quieras —susurró, hacia la nada—. No podrás verlos como yo los veo.

No esperó respuesta.

Solo siguió mirando.

Abajo, el Árbol de sangre se incorporó.

No tenía piernas, pero sus raíces se movieron con la suficiente fuerza como para desprenderse de parte del suelo. El tronco se giró, crujiente, hacia los tres intrusos.

Antares apretó la espada.

—Ya peleé contra esqueletos, zombis, monstruos de sombras y brujas que metían niños en hornos —dijo—. No me mires como si fueras a impresionarme.

El árbol no tenía rostro, pero cada “cara” malformada se tensó, como si estuviera apretando una expresión de odio colectiva. Varias de las “frutas” rojas cayeron al suelo y, al impactar, se abrieron como huevos, dejando salir pequeñas criaturas de ramas y carne seca: blights distintos, más robustos, con garras más largas.

—Perfecto —murmuró Sërah—. Árbol que da monstruos en lugar de manzanas.

Draug se colocó detrás de ellos, manos listas para canalizar magia.

—Si logramos cortarlo lo suficiente —dijo—. Se vendrá abajo. Y en el hueco que deje...

Señaló el suelo.

—Ahí buscaremos la semilla.

No había mucho más que explicar.

Los blights se lanzaron primero. Antares y Sërah los recibieron con acero. Antares los cortaba en golpes amplios, hundiendo la espada en madera y carne, mientras Sërah apuntaba a las partes más blandas, se metía entre las ramas, apuñalaba, retrocedía.

Cada vez que uno de los pequeños caía, la savia negra salpicaba el suelo.

El Árbol de sangre bajó una de sus ramas hacia ellos. La madera, endurecida por la sangre, golpeó como un tronco de hierro. Antares levantó la espada, bloqueando parte del impacto, pero el resto lo mandó varios pasos hacia atrás, raspando la tierra.

Sërah rodó por el suelo, esquivando por centímetros.

Draug lanzó una ráfaga de energía hacia la base del tronco. El impactó dejó una marca humeante en la corteza.

—No le gusta el fuego —dijo—. Pero tampoco le tiene tanto miedo como debería.

—Entonces habrá que insistir —respondió Antares, incorporándose.

Otra rama bajó, esta vez hacia Draug. Sërah se lanzó, clavando una daga en la madera antes de que lo golpeará. La rama se detuvo un segundo, como sorprendida, suficiente para que el artífice se apartara.

Las voces atrapadas en el tronco sonaron más fuerte.

Frases sueltas, nombres, súplicas viejas que nadie escuchó completas.

Draug apretó los dientes.

No podía permitirse pensar en qué voces eran.

Solo en cómo cortar el árbol.

Arriba, el combate se mezclaba con el ritual.

Medli tocaba y cantaba, intentando desarmar el canto de los druidas sin dejar de dar fuerza a los suyos. Era como sostener dos canciones distintas en la garganta al mismo tiempo.

Cada vez que uno de los druidas caía, las nubes parecían perder un poco de forma.

Pero el ídolo crujía más.

Un relámpago cayó a pocos metros del círculo, arrancando un trozo de piedra.

—¡Apúrense! —gritó.

Uno de los druidas, con cicatrices en el rostro y ojos desorbitados, la señaló con un dedo huesudo.

—¡Ella! —aulló—. ¡La que mira dos muertes al mismo tiempo!

Medli se congeló un instante.

El druida se lanzó hacia ella con el bastón en alto. Leönard interceptó el golpe con el escudo.

—Con ella no —gruñó—. Si quieres pegarle a alguien, empieza por quien está enfrente.

El hombre escupió un reguero de palabras en el idioma áspero de la colina y le clavó la otra mano en el escudo. Ramas finas salieron de la piel, tratando de enredarse en el metal. Leönard tuvo que arrancar al druida de un empujón.

Ämroth, a unos pasos, acababa de cortar la pierna de otro. Su espada de luna dejó un arco de luz en el aire.

El círculo se desequilibró, pero no se rompió del todo.

En el centro, frente al pecho del ídolo, un druida distinto se mantenía de pie, sin moverse. No cantaba. Solo levantaba los brazos al cielo, ojos en blanco, como si estuviera oyendo algo que los demás no.

—Ese es el líder —dijo Ämroth—. Tiene... algo encima.

Efectivamente.

El aire alrededor de ese druida estaba más denso. Era como si el ídolo entero estuviera respirando a través de él.

Medli cambió de objetivo.

Llevó su voz hacia ese punto, intentando meter una nota disonante ahí.

El druida no dejó de alzar los brazos.

Pero su mirada, por primera vez, bajó.

La vio.

Sus ojos, en blanco un segundo antes, se enfocaron... y por un instante, también fueron negros como una noche sin luna.

Una sombra pasó por su rostro.

No era suya.

Medli lo sintió como un dardo.

No venía del ídolo.

No venía de la colina.

Venía de arriba.

Una sonrisa se dibujó en los labios del druida, pero no era él quien sonreía.

—Te escucha —dijo, con una voz que parecía prestada—. Te ve. Le gustas.

El corazón se le fue a la garganta.

No tuvo tiempo de responder.

El trueno que siguió fue diferente de los anteriores.

No cayó sobre la colina. Cayó sobre el ídolo.

El rayo partió el cielo.

Golpeó el pecho de ramas de la efigie de Strahd con una violencia que hizo temblar el suelo. La madera chispeó, se abrió, se quemó... y algo dentro se movió.

No era una simple escultura.

La estructura se sacudió.

Los troncos se reorganizaron, juntándose, apretándose. Las “piernas” de la figura se clavaron más profundo en la tierra. Los brazos se tensaron, las manos se cerraron en puños de ramas.

Y del hueco que el rayo dejó en el pecho, salió un sonido.

Un rugido de madera rompiéndose, mezclado con viento.

El ídolo se desprendió del suelo.

No del todo. Las raíces lo mantenían anclado. Pero se encorvó hacia adelante, como si estuviera a punto de dar un paso.

Los druidas gritaron de júbilo.

—¡Se alza! —vociferó uno—. ¡El hijo de la colina se alza!

Leönard miró hacia arriba con horror.

—Ya llegamos tarde —murmuró—.

—No del todo —dijo Ämroth—. Está incompleto. Aún podemos tirarlo antes de que termine.

Lo que se estaba levantando no era una copia de Strahd.

Era otra cosa.

Un árbol gigante, de forma vagamente humanoide, hecho de troncos, raíces y tierra compactada, con huecos negros por ojos y boca. Una criatura de la colina.

Un árbol de guerra.

La madera chispeaba aún con restos del rayo.

—Me niego a recordar este día como “el día en que peleamos contra una montaña con brazos” —murmuró Medli.

—No lo vas a recordar si no sobrevives —respondió Leönard—. Así que concéntrate.

El gigantesco árbol-blight —porque eso era— levantó uno de sus brazos y lo dejó caer hacia la ladera, arrancando piedras en su camino.

El golpe derribó a dos de los propios druidas.

El líder, sin embargo, seguía de pie.

Conectó sus manos hacia el monstruo.

—¡Camina! —gritó—. ¡Camina y arrasa!

El árbol dio un paso.

El suelo entero tembló.

Abajo, el temblor se sintió como una sacudida que hizo crujir las raíces.

El Árbol de sangre se estremeció.

—Algo grande se acaba de levantar allá arriba —dijo Draug—. Y a este no le gusta.

—Entonces vamos bien —respondió Antares.

Los blights seguían saliendo de las “frutas” que caían, pero menos. El árbol parecía estar gastando fuerza en sostener algo más.

—Tenemos que ir recto al tronco —dijo Sërah—. Si nos quedamos entretenidos con las ramas, nos va a deshacer.

Antares asintió.

Se lanzaron juntos hacia la base del árbol, cortando lo que se ponía enfrente.

Las raíces se movían como serpientes gigantes, intentando tropezarlos, envolverlos, jalarlos. Antares recibió un latigazo en la pierna que casi lo hace caer, pero se mantuvo en pie. Sërah saltó sobre una raíz, usándola como plataforma, y hundió una de sus dagas en una grieta del tronco.

La madera gritó.

Draug, detrás, llamó fuego. No era un incendio enorme; era una llama concentrada, que lanzó hacia una de las ramas. La savia negra chispeó, pero la madera resistió, a pesar de la quemadura.

—No le vamos a ganar solo quemando la corteza —jadeó—. Tenemos que llegar al centro.

—Todo árbol tiene un corazón —respondió Antares—. Incluso uno que no debería existir.

Golpeó de nuevo, esta vez apuntando a una zona donde varias raíces se unían. La espada se hundió más, encontrando algo más blando dentro.

La savia que salió era más roja.

El Árbol de sangre se estremeció, lanzando un puñado de “frutas” al aire.

Una de ellas cayó muy cerca de Draug. El impacto hizo que se abriera. Una mano de ramas salió, tratando de agarrarle el tobillo. Sërah la cortó de un tajo.

—Draug —dijo—. Si tienes algún truco grande, ahora sería buen momento.

El artífice pensó en las redes de raíces del molino, en la semilla del viñedo, en la forma en que había cortado la magia ahí.

Aquí, era distinto.

No había una semilla viva atrapada. Había una cosa muerta que insistía en seguir de pie.

—Puedo intentar cortar el flujo desde abajo —dijo—. Pero necesito unos segundos.

—Te los compro —respondió Antares, sin dudar.

Se plantó frente al tronco, levantando la espada, bloqueando otra rama que bajaba. El golpe lo empujó varios pasos hacia atrás, pero no cayó.

Sërah se movió rápido, distrayendo al árbol con cortes laterales, buscando todas las grietas que encontraba, metiendo dagas, sacando dagas.

Draug se arrodilló, colocando ambas manos sobre el suelo, cerca de donde el tronco se hundía. Cerró los ojos.

Sintió la red de raíces.

Era diferente a la del viñedo. Allí había un patrón que sostenía vida. Aquí... había un patrón que sostenía muerte.

Pero seguía siendo un patrón.

Podía sentir los puntos donde la energía se concentraba.

—Lo tengo... —susurró.

Abrió los ojos.

Llamó a su propia magia, esa chispa que siempre había sentido cerca del metal, de las cosas hechas. La bajó al suelo, hacia las raíces.

En lugar de cortar con filo, cortó con ruido.

Metió un zumbido, una interferencia.

Las raíces reaccionaron.

Se levantaron, sacudidas, como si algo les hubiera dado un calambre colectivo. Parte de la fuerza se desconectó del tronco.

El Árbol de sangre se inclinó hacia un lado.

Antares aprovechó el momento.

Con un grito, levantó la espada y la hundió en la grieta más profunda que había visto, justo donde Sërah había abierto un camino a golpes previos.

Sintió que atravesaba algo más blando.

El Árbol de sangre lanzó un último sonido.

No fue rugido.

Fue un exhalar larguísimo, lleno de voces.

Luego, se vino abajo.

El tronco se quebró desde dentro, las ramas se desplomaron, las “frutas” estallaron en charcos de savia. El suelo tembló cuando la masa entera cayó.

Draug se tiró hacia atrás para no quedar aplastado.

Sërah rodó lejos.

Antares se quedó quieto un segundo, con la espada todavía clavada, hasta que se aseguró de que ya no se movía.

El silencio que siguió era raro.

El aire olía a savia quemada y carne vieja.

—¿Lo... logramos? —preguntó Sërah, todavía respirando agitada.

—El árbol está muerto —respondió Draug—. Pero falta lo que vino a buscar.

Se acercó al hueco que había dejado el tronco, ahora roto.

El suelo, bajo el Árbol de sangre, estaba menos compacto.
Como si algo lo hubiera estado empujando desde abajo.

Draug se arrodilló y empezó a cavar con las manos.

La tierra estaba húmeda, fría.

Al cabo de un momento, sus dedos tocaron algo duro.

No una raíz.

Algo... redondo, liso.

Con cuidado, retiró más tierra.

Salió a la luz una segunda semilla.

Un poco más grande que la del viñedo, de brillo verde profundo, manchada de rojo en algunos puntos donde la savia le había dejado marcas.

Antares la miró con recelo.

—No me gusta que algo tan pequeño sostenga cosas tan horribles —dijo.

—Las cosas pequeñas siempre sostienen cosas horribles —respondió Sërah—. Promesas, secretos, culpas...

Miró a Draug.

—¿Crees que aún... sirve?

Draug sostuvo la semilla entre sus manos, sintiendo el pulso de la magia.

No estaba limpia.

Pero tampoco estaba rota.

—Está contaminada —dijo—. Pero no perdida. Si alguien que sepa lo que hace la cuida, puede volver a ser lo que era. Pensó en Davian.

—Y si no... es más seguro con él que aquí.

Se guardó la semilla con cuidado.

—Arriba deben estar necesitando ayuda —añadió Antares, mirando la cima—. Y sea lo que sea que acaban de levantar, no quiero que se quede de pie mucho tiempo.

—Vamos —dijo Sërah—. Antes de que la montaña aprenda a correr.

Arriba, el árbol gigante —el hijo de la colina, como lo llamaban los druidas— daba pasos torpes, pero cada vez más fuertes.

Cada uno arrancaba piedras, levantaba polvo, sacudía las piedras del anillo.

Leönard y Ämroth se habían tenido que separar unos metros; el terreno se resquebrajaba. Medli se había pegado a una roca para no volar con el viento.

—¿Ideas? —gritó, tratando de hacerse oír.

—No lo vamos a tirar con un par de espadazos a las rodillas —respondió Ämroth, esquivando una rama que pasó como una lanza a su lado.

Leönard miró hacia la base del monstruo. Sus “piernas” eran racimos de raíces gruesas, enlazadas unas con otras.

—Si cortamos los puntos donde se sujetan a la tierra... —empezó.

—Se va a venir encima de nosotros —terminó Medli.

—Mejor encima que caminando hacia el viñedo, Vallaki y todo lo demás —dijo el paladín—.

Alzó el escudo.

—No podemos dejar que esto baje de la colina.

El druida líder, aún en pie, levantó los brazos hacia el monstruo.

—¡Camina, hijo del valle! —gritó—. ¡Camina y aplasta a los que no se inclinan ante él!

Medli apretó los dientes.

Llevó su voz hacia él.

No fue una canción bonita. Fue una nota seca, como un chasquido. El canto del druida se quebró a la mitad de una palabra. Sangre le salió por la nariz.

Ämroth aprovechó.

Se lanzó hacia él, esquivando escombros, y lo cortó por la espalda. El hombre cayó de rodillas, luego de boca al suelo.

Durante un breve instante, el monstruo titubeó.

Le faltaba empuje.

Leönard no perdió el tiempo.

—Ämroth —gritó—. Por debajo. Voy a llamar su atención.

Levantó el escudo y empezó a golpearlo con la espada, produciendo un estruendo metálico.

—¡Ey, montón de leña! ¡Aquí!

El gigante de ramas giró la “cabeza” hacia el ruido.

Su sombra cubrió al paladín.

Medli sintió el corazón en la garganta.

—¡Estás loco! —gritó, pero ya era tarde.

El brazo del monstruo bajó hacia Leönard.

En el momento en que iba a impactar, una ola fría recorrió la colina.

No venía del monstruo.

Tampoco del castillo.

Era algo más.

Medli sintió la presencia detrás de ella, como en el molino.
Plumas invisibles rozaron las cuerdas del laúd.

No había tiempo para pensar en pactos, ni en ofertas, ni en copas. Solo en sobrevivir.

Alzó la voz.

La nota que salió fue diferente a lo que había ensayado jamás.

Ni siquiera sabía que podía cantar así.

Era un tono agudo y firme, que se clavó directamente en el aire frente a Leönard, formando una vibra extraña, como una pared invisible.

El brazo del monstruo golpeó esa vibración.

No se detuvo, pero perdió parte de la fuerza.

El golpe mandó al paladín rodando por el suelo, raspando la roca, pero no lo aplastó.

Ämroth vio la oportunidad.

Se lanzó hacia una de las “piernas” del gigante, donde varias raíces se cruzaban. Sus espadas de luna brillaron con una intensidad distinta, como si algo más las hubiera encendido. Cortó una, dos, tres, abriendo una grieta.

El monstruo tambaleó.

Otro trueno retumbó.

Y en ese momento, desde la ladera, llegaron Antares, Sërah y Draug.

—¡Espero no habernos perdido la parte divertida! —gritó Sërah, aunque respiraba agitada.

Antares no habló. Se lanzó directo hacia la otra “pierna”, complementando el trabajo de Ämroth. Cada golpe hundía la hoja un poco más.

Draug extendió las manos hacia el suelo.

—Corté un árbol abajo —dijo—. Puedo cortar otro.

Llamó a la misma interferencia con la que había desconectado las raíces del Árbol de sangre. No era el mismo patrón... pero había suficientes similitudes.

Metió ruido, discordancia.

Las raíces que anclaban al monstruo a la colina se sacudieron. Algunas se soltaron.

El gigante dio un paso inestable.

Medli siguió cantando, sosteniendo la barrera invisible frente a Leönard cada vez que un brazo bajaba. Podía sentir, mezclada con su voz, la nota fría de la otra presencia, reforzando el filo de la canción. No sabía si le gustaba.

No tenía tiempo de decidirlo.

Sërah se movió entre piedras y raíces, buscando un punto donde sus dagas pudieran hacer daño. Vio una grieta más alta, en la “cadera” de la criatura. Se trepó por una raíz como si fuera una cuerda, usando el impulso del propio balanceo del monstruo, y hundió una de sus armas allí.

La madera crujió, abriéndose.

Un viento extraño sopló desde dentro, como si el monstruo tuviera un pulmón de aire rancio.

—¡Ahora! —gritó.

Leönard, sacudiéndose el dolor del golpe, se puso de pie.

En un movimiento aprendido en mil rezos y entrenamientos, levantó la espada.

No pidió fuerza a ciegas.

No estaba en buena racha con su fe. Había visto demasiadas visiones, demasiadas imágenes de falsos dioses.

Pero aun así, en el fondo, extendió la mano hacia algo más grande que él.

No recibió palabras.

Recibió empuje.

La hoja se cubrió de luz.

Corrió hacia una de las “rodillas” del monstruo y descargó el golpe con todo el peso de su cuerpo y de la luz prestada.

El corte atravesó raíces, madera y algo más.

El gigante se desplomó.

No de inmediato.

Se inclinó primero. Luego, las “piernas” cedieron, una tras otra. El tronco principal se quebró hacia adelante, cayendo como un árbol talado.

—¡Cúbranse! —gritó Ämroth.

Todos corrieron hacia los lados mientras la masa de ramas gigantes caía, arrastrando piedras, tierra, restos de la efigie.

El impacto hizo temblar la colina una última vez.

Luego, silencio.

El hijo de la colina estaba muerto.

La efigie de Strahd se había convertido en un montón de ramas rotas y raíces cortadas. Los druidas que quedaban yacían a su alrededor, algunos aplastados por el propio monstruo que habían ayudado a levantar.

El viento siguió soplando... pero ya no traía canto.

Solo el sonido hueco de las piedras viejas.

Los seis se quedaron de pie un momento, respirando agitados, mirando los restos.

Medli sintió que las piernas le temblaban. El laúd pesaba.

La presencia fría detrás de ella se retiró despacio, como una sombra que se escurre por la pared.

Desde arriba, la otra mirada —la del castillo— seguía ahí.

Pero más silenciosa.

En el cielo, Strahd observó cómo el gigante caía.

No parecía decepcionado.

—Hubiera sido interesante verlo caminar —dijo, más para sí que para nadie—. Pero supongo que no me aburrirán tan pronto.

La vio a ella.

Plumas, laúd, una nota que no era solo suya.

Sonrió.

—Estás atrapada en medio de dos manos —murmuró—. Una que ofrece copas, otra que ofrece silencio.

Se acomodó en la montura.

—Veamos cuánto tardas en descubrir que ninguna te suelta gratis.

Giró al caballo pesadilla y se internó otra vez en las nubes, dejando la colina atrás.

En Yester Hill, el aire quedó pesado, pero distinto.

Sin cánticos.

Sin gigante.

Sin Árbol de sangre.

Solo piedras antiguas, raíces cortadas y el eco de algo que había sido importante mucho antes de Strahd y que ahora, quizá, tenía espacio para volver a respirar.

—¿Todos enteros? —preguntó Leönard, todavía con la espada en la mano, mirando a cada uno.

—Entera es una palabra fuerte —dijo Sërah—. Pero estoy viva.

—Yo también —añadió Draug—. Aunque mi espalda tenga otra opinión.

Antares respiró hondo.

—El árbol de abajo no va a volver a levantarse —informó—. Y encontramos la semilla.

Sacó la bolsa donde la había guardado y la mostró.

Ämroth frunció el ceño al ver las manchas rojas.

—¿Está...? —empezó.

—Herida, no rota —respondió Draug—. Davian sabrá mejor qué hacer con ella.

Miró la colina.

—Pero al menos ya no está atrapada en raíces que chupan sangre.

Medli se acercó a los restos del gigante.

Entre las ramas rotas, encontró trozos de madera quemada, piedras partidas. Puso la mano sobre una raíz caída.

No sentía vida.

Solo un residuo de magia que se iba apagando.

Por un momento, imaginó lo que habría sido ver a esa cosa caminando por el valle, aplastando viñas, casas, gente.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo tiramos antes de que aprendiera a caminar —dijo en voz baja.

—Y cortamos el árbol antes de que siguiera plantando monstruos —añadió Sërah—. Para un día de trabajo, no está mal.

Leönard miró alrededor una última vez.

—No podemos quedarnos aquí mucho —dijo—. Este lugar ha visto demasiada sangre.

Se giró hacia la ladera.

—Volvamos al viñedo. Davian tiene que decidir qué hacer con esa semilla.

Empezaron a bajar.

Mientras lo hacían, Draug, incapaz de apagar del todo su curiosidad, dejó que sus dedos rozaran una de las piedras del segundo anillo.

Por un instante, sintió un eco.

Voces antiguas.

No druidas.

No campesinos.

Algo más viejo.

No alcanzó a entender palabras claras. Solo una sensación:

El valle recuerda.

El valle no pertenece por completo a quien lo posee ahora.

Se estremeció.

—¿Todo bien? —preguntó Ämroth, notando su gesto.

—Este lugar está lleno de historia que no quiero desentrañar hoy —respondió Draug—. Otro día. En otro plano.

Ämroth sonrió apenas.

—O en otro libro —dijo.

Cuando dejaron atrás la colina, el viento volvió a parecer el de antes.

No más cantos.

No más rugidos.

Solo el susurro constante de un valle que seguía mirando.

En el viñedo, los cuervos volaban en círculos sobre las viñas enfermas, como si hubieran estado atentos a lo que pasaba al sur.

En el castillo, alguien guardaba en la memoria la imagen de seis figuras diminutas derribando un monstruo de madera.

Y en algún lugar donde las plumas negras son coronas, otra presencia tomaba nota de cómo una aarakocra había usado una canción afilada para desviar un golpe que la habría partido en dos.

De regreso al Wizard of Wines, con la segunda semilla en manos de Draug y la tierra de la colina aún en las botas, los héroes estaban más cansados que el día anterior.

Pero también, de alguna forma difícil de nombrar, más... pesados.

Barovia se les estaba metiendo en el alma.

En cicatrices.

En sueños.

En decisiones.

Y aun así, seguían caminando.

La colina de Yester se quedó atrás, con el Árbol de sangre muerto y el hijo de la colina hecho leña.

No era una victoria limpia.

Ninguna lo era en ese valle.

Pero era una victoria.

Y por ahora, eso bastaba.

Capítulo 23

KREZK Y LA ABADÍA DE SANTA MARKOVIA

El camino de regreso al Wizard of Wines se sintió más corto.

No porque lo fuera, sino porque venían con algo que pesaba más que la semilla verde en la bolsa de Draug: la sensación de que cada vez que arreglaban algo en Barovia, descubrían tres cosas más rotas.

Davian los recibió en la entrada del viñedo, rodeado de su gente y sus cuervos.

Cuando vio la semilla manchada de rojo, no dijo nada durante unos largos segundos. La sostuvo en sus manos como si fuera un corazón recién extraído.

—No está limpia —murmuró.

—Pero tampoco muerta —respondió Draug—. Solo... herida.

Davian asintió.

—Bienvenido al resumen de Barovia —dijo—. Nada está limpio. Casi nada está muerto del todo.

Guardó la semilla con cuidado, como quien guarda un recuerdo familiar.

—Rescataron esto de las raíces del Árbol de sangre. Eso no es poca cosa.

—Y tiramos al gigante de ramas que querían soltar desde Yester Hill —añadió Antares.

Davian soltó un resoplido que casi fue risa.

—Ése sí me hubiera quitado el sueño —admitió—. Si el “hijo de la colina” se ponía a caminar, este viñado duraba dos días.

Los miró con más atención.

—No sé cuánto tiempo sigan aguantando ustedes... pero lo que están haciendo aquí cuenta.

Leönard cruzó los brazos.

—No lo hacemos por discursos —dijo—. Lo hacemos porque si dejamos que esto siga creciendo, nadie va a poder vivir aquí.

—No se preocupe —respondió Davian—. No soy de discursos. Soy de vino.

Hizo un gesto hacia la casona.

—Con las dos semillas, el viñedo tiene esperanza. Tomará tiempo, pero la tierra no va a morirse mañana. Y eso... me permite cumplir una promesa.

Se volvió hacia uno de sus hijos.

—Adrian, prepara una carreta —ordenó—. De las buenas. Y llénala con lo poco que tengamos que sirva. Vallaki y Krezk ya llevan días sin recibir una gota.

Lo miró al grupo.

—Les debo más de lo que puedo pagar. Pero al menos puedo darles esto: puertas abiertas.

Draugladeó la cabeza.

—¿Puertas abiertas? —preguntó.

—Los burgomaestres escuchan a quien les lleva vino —explicó Davian—. Sobre todo cuando llevan días sin.

Sonrió, cansado.

—Lleven una carreta a Krezk. Digan que va de mi parte. Si allá arriba aún queda sentido común, el señor Krezkov les abrirá las puertas. Aunque sea a regañadientes.

El nombre los hizo alzar la vista.

—Krezk... —repitió Medli—. Habías mencionado ese nombre antes.

—Última comunidad que todavía se sostiene sin fingir que esto es un festival eterno —dijo Davian, con una indirecta nada sutil hacia Vallaki—. Murallas altas, pocas casas, muchos huertos. Casi nada de visitas.

Se volvió hacia la montaña.

—Y sobre ellos, como un buitre... la Abadía de Santa Markovia.

Ämroth frunció el ceño.

—¿No era un lugar sagrado? —preguntó—. Recuerdo el nombre, pero no así.

—Era —confirmó Davian—. Hace mucho, los que creían en algo subían a pedirle fuerza a los santos. Luego, Santa Markovia intentó enfrentarse al Diablo en su propia casa y terminó muerta.

Se encogió de hombros.

—La abadía quedó ahí. Cerrada. Vacía. Hasta que llegó... él.

—¿Quién? —preguntó Antares.

—El abad —respondió Davian—. No sé de dónde salió. Un día, simplemente estaba ahí arriba. Dicen que es un enviado de los dioses. Que cura con solo tocarte. Que no envejece. Su mirada se endureció.

—Y también dicen que hay cosas en esas murallas que no

deberían existir. Gente cosida con partes de otros. Gritos de noche. Risas a destiempo.

Medli sintió un escalofrío.

—¿Y nadie hace nada? —preguntó.

—Krezk aún tiene murallas, comida y niños jugando —dijo Davian—. Cuando vives en Barovia, aprendes a negociar con el horror que conoces para no abrirle la puerta a uno peor.

Los miró con algo parecido a pena.

—Si suben a la abadía, no será por ellos. Será por ustedes. Porque una vez que ves algo así... no hay vuelta atrás.

El grupo intercambió miradas.

Ya habían visto molinos que horneaban niños y colinas que parían monstruos de ramas. No era como si su lista estuviera limpia.

—Igual tenemos que ir —dijo Leönard—. Krezk es el siguiente paso si queremos cruzar el valle.

Y, aunque no lo dijo en voz alta, todos sabían que también estaban buscando cualquier cosa que pudiera servir contra Strahd. Incluso un rumor de ángel raro en una abadía rota.

Davian asintió.

—Entonces lleven el vino —dijo—. Y lleven cuidado.

Puso una mano sobre el hombro de Medli un segundo, con respeto.

—Y si él allá arriba te ofrece algo... recuerda que no eres la primera a la que le prometen redención a cambio de dejar de ser tú.

Medli tragó saliva.

No preguntó a cuál de los “él” se refería.

En Barovia, las promesas tenían demasiadas caras.

La carreta avanzaba cargada de barriles, chirriando de vez en cuando, pero firme. Los caballos parecían acostumbrados al camino; era la ruta del viñedo hacia el norte, y aunque llevaba días sin usar, la tierra aún guardaba surcos.

El bosque los acompañó un tramo más, hasta que las montañas se hicieron más cercanas y la niebla se volvió más espesa.

A lo lejos, entre árboles y roca, empezaron a ver algo distinto.

No un castillo, no una colina.

Murallas.

Krezk no era una ciudad grande. Ni siquiera un pueblo grande. Era un puñado de casas de madera y piedra, huertos, corrales, y una muralla de troncos afilados que los rodeaba como una cerca obstinada. No había torres elegantes ni banderas. Solo vigilancia y necesidad.

Sobre el pueblo, en lo alto de una colina cercana, se alzaba la abadía.

Dos torres de piedra, un muro perimetral de bloques grises, techos inclinados. Desde ahí arriba, se veía todo Krezk... y más allá, el valle.

Medli sintió, sin querer, que alguien la estaba mirando desde allá.

No sabía si era el abad.

O alguien más.

La puerta de Krezk estaba cerrada.

No como las de Vallaki, que se abrían y cerraban con ritmo de mercado y festival. Ésta parecía hecha para quedarse así.

Un guardia con armadura de cuero y lanza los miraba desde arriba, con gesto duro. No era un soldado de ciudad. Era un campesino que había aprendido a sostener un arma.

—No aceptamos forasteros —gritó, apenas los vio acercarse.

Leönard levantó las manos, despacio.

—No venimos a pedir casa —dijo—. Venimos a traer algo que les hace falta.

Se hizo a un lado para que se viera bien la carreta y los barriles.

El olor a vino, aunque mezclado con madera y caballo, alcanzó a subir hasta la muralla.

Hubo un murmullo.

Otro guardia se asomó. Luego otro. Después de un momento, apareció un hombre de barba canosa y abrigos gruesos, con la seriedad de quien lleva demasiados años tomando decisiones que siempre terminan mal.

—Soy Dmitri Krezkov —se presentó—. Burgomaestre de aquí. Y ya dije que no aceptamos forasteros.

—Davian Martikov nos envía —intervino Draug—. Traemos vino del Wizard of Wines.

Señaló los barriles.

—Hace días que no llega nada, ¿cierto?

Los ojos de Dmitri se afilaron.

No era un hombre fácil de impresionar, pero tampoco un idiota.

—¿Qué quieren a cambio? —preguntó.

—Al menos dejarnos entrar —dijo Sërah, sin rodeos—. Tenemos cosas que hacer en el valle y Krezk está en medio. No estamos pidiendo tu casa. Solo un lugar para dormir una noche y cruzar.

El hombre los estudió.

Vio las armas, las armaduras, las ojeras, el barro. No eran mercaderes. No eran peregrinos.

Vio también la forma en que se paraban juntos, no como grupo improvisado, sino como gente que ya se había salvado la vida más de una vez.

—Forasteros traen problemas —dijo Dmitri—. Los problemas llaman la atención del castillo. Y Krezk aún se sostiene precisamente porque no llama la atención.

Miró la carreta.

—Pero el pueblo tiene sed. Y no solo de agua.

Se giró hacia dentro y habló con alguien que no vieron.

Hubo discusión. Voces bajas. Miedo.

Al final, volvió a asomarse.

—Entrarán —dijo—. Pero bajo condiciones.

Levantó un dedo.

—Nada de peleas en las calles. Nada de arrastrar caos detrás. Nada de traer al Diablo hasta nuestras puertas a gritos.

Otro dedo.

—Si suben a la abadía, es asunto suyo. Nosotros no subimos. Ni nos metemos.

—¿No confías en el abad? —preguntó Ämroth.

Dmitri dudó.

—Confío en que ha curado a gente que estaba condenada —respondió—. Y también en que hay cosas allá arriba que prefiero no ver.

Sus ojos se oscurecieron un poco.

—Y sé que toda ayuda en Barovia trae precio escondido.

Medli sintió esa frase como un eco personal.

—Aceptamos las condiciones —dijo Leönard—. No venimos a romper lo poco que tienen.

Dmitri asintió, una sola vez.

Las puertas se abrieron lo suficiente para dejar pasar la carreta.

Mientras entraban, los ojos de todo Krezk los siguieron.

No eran miradas de curiosidad.

Eran miradas de gente que aún tiene algo que perder.

Krezk olía a humo, pino y agua fría.

Las casas eran simples, pero bien hechas, cercanas unas de otras. No había mercado bullicioso ni letreros llamativos. Sí huertos cercados, gallinas, niños que se escondían detrás de sus madres al ver a los forasteros.

El aire era pesado, pero no en el mismo sentido que en Vallaki. Ahí abajo, el peso era de paranoia y mentiras. Aquí, era de cansancio honesto.

La impresión que todos tuvieron fue la misma:

Éste es el último pueblo que todavía se sostiene a base de uñas.

—Es... tranquilo —dijo Medli, casi en susurro.

—Es un pueblo que no ha decidido todavía cómo se rompe —resumió Draug.

Los llevaron hasta una pequeña casa cerca del centro, donde Dmitri los recibió formalmente, con su esposa, Anna, a su lado. Ella tenía ojos enrojecidos, como si hubiera llorado demasiado en poco tiempo.

—No somos Vallaki —dijo Dmitri, cuando dejaron los barriles en un almacén—. No les puedo ofrecer fiesta ni posada grande. Pero hay un granero donde pueden dormir. Y comida sencilla.

—Con que no haya pasteles que vienen de molinos raros, estamos bien —respondió Sërah.

Anna hizo una mueca, como si esa frase le hubiera recordado algo horrible que no quería detallar.

—Escuchamos cosas... —dijo—. De lo que pasa en otros lugares. Preferimos no preguntar demasiado.

Mientras hablaban, una campana sonó a lo lejos.

No era de iglesia de pueblo.

Venía de arriba.

De la abadía.

La campana tenía un tono raro, casi desafinado.

Medli sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Siguen usando la abadía como templo? —preguntó Ämroth.

Dmitri negó con la cabeza.

—No subimos —repitió—. Solo... escuchamos.

Miró a su esposa un momento, como si compartieran un secreto pesado.

—El abad baja de vez en cuando. Trae medicinas, cura heridas. Ha salvado a niños de fiebres que antes eran sentencia.

Se pasó una mano por la barba.

—Y a cambio solo pide... cosas pequeñas. Comida. Ropa. Un vestido de novia hace poco.

Draug parpadeó.

—¿Un qué? —preguntó.

—Un vestido de novia —repitió Anna, con un temblor en la voz—. Dijo que era para... aplacar el corazón del Diablo.

Bajó la mirada.

—Después de todo lo que hemos visto, que alguien quiera aplacarlo en lugar de enfurecerlo... no suena tan mal. Pero...

No terminó la frase.

No hacía falta.

Leönard sintió algo pesado caerle en el estómago.

—¿Hace cuánto que llegó el abad? —preguntó.

—Años —respondió Dmitri—. No envejece. No come. No duerme como nosotros.

Sus ojos se endurecieron.

—Se cree mejor que nosotros. Y en algunas cosas lo es. Pero hay algo en su mirada... que no me deja tranquilo.

Hizo una pausa.

—Si suben, no será por nosotros. No les pediremos nada. Solo... si vuelven... dígnanos si aún es un santo el que vive allá arriba... o si nos estamos aferrando a una mentira más.

La campana sonó otra vez.

Más grave.

Como si marcara turno.

El sendero hacia la abadía serpenteaba por la ladera, entre pinos y rocas. No era un camino transitado. La nieve vieja — o algo parecido a ella— se acumulaba en los bordes, mezclada con barro y huellas de carro.

A medida que subían, Krezk se hacía más pequeño a sus espaldas.

Desde cierto punto, la muralla se veía como un simple collar de palos en medio de un valle demasiado grande.

—Se ven... vulnerables desde aquí arriba —dijo Sërah.

—Porque lo están —respondió Leönard—. Como todos.

La abadía se hacía más grande con cada curva.

De cerca, las paredes de piedra mostraban grietas, reparaciones improvisadas. No era un lugar limpio ni perfecto. Era viejo, remendado, lleno de cicatrices.

La puerta principal, reforzada, estaba cerrada, pero no parecía abandonada. Colgaban de ella cadenas con campanas pequeñas, que tintineaban con el viento.

—¿Tocamos? —preguntó Medli, incómoda.

—Ya saben que estamos aquí —dijo Draug, encogiéndose de hombros.

Leönard levantó la mano y golpeó.

El sonido resonó dentro, hueco.

Pasaron unos segundos.

Luego, se oyó un ruido de cadenas y cerrojos, y una mirilla se abrió. Un ojo amarillo, rodeado de piel de tono extraño, los examinó.

—¿Quién...? —empezó una voz ronca.

Luego la mirada bajó a sus armas. Subió a sus rostros. Se clavó un segundo más en las plumas de Medli.

—Forasteros —dijo la voz, como si eso explicara todo.

—Venimos de parte de Krezk —dijo Ämroth—. Y del viñedo. Buscamos al abad.

Silencio.

Se oyeron pasos pesados alejándose, algo parecido a un gruñido... y luego otra voz.

Más suave.

Más... normal.

—Abran la puerta —ordenó esa segunda voz.

Los cerrojos cedieron.

La puerta se abrió hacia adentro.

Y el primer horror se presentó sin siquiera intentar esconderse.

El patio interior de la abadía era un espacio de piedra con algunas losas levantadas, un pozo en medio y varios edificios alrededor: la iglesia principal, un ala de celdas, otra

de habitaciones. El aire olía a paja, sangre vieja y desinfectante barato.

Y estaba lleno de... cosas.

Criaturas.

Algunas tenían forma vagamente humana, pero con deformidades grotescas: brazos demasiado largos, rostros con hocicos, ojos en lugares donde no deberían haber ojos. Otras parecían perros con manos humanas en lugar de patas delanteras, o cerdos con cara casi humana.

Mongrelfolk.

Draug había leído sobre criaturas así. Mezclas. Experimentos. Gente que alguien juntó a la fuerza.

Los seres se movían por el patio, algunos arrastrándose, otros cojeando, otros jugando entre ellos con risas infantiles que no pegaban con sus cuerpos.

Medli se cubrió la boca con una mano.

—Son... personas —susurró.

Uno de ellos se les acercó.

Tenía cuerpo humanoide, pero la piel estaba cubierta de pelo a parches. Un ojo era normal. El otro, grande y redondo,

como el de un carnero. Tenía una cola delgada que se enrollaba y desenrollaba nerviosa.

—¿Vinieron... a jugar? —preguntó, con voz aguda.

Ämroth sintió un golpe en el pecho.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó, antes de poder contenerse.

La criatura parpadeó.

—El abad nos hizo perfectos —dijo, con orgullo—. Antes éramos... nada. Nadie nos hubiera querido. Ahora... ahora somos especiales.

Sërah apretó la mandíbula.

Había visto cosas horribles. Pero algo en esa frase la revolvió por dentro.

—¿Dónde está el abad? —preguntó Leönard, con la voz más tensa de lo normal.

La criatura señaló hacia la iglesia.

—Dentro. Haciendo hermosa a la novia —respondió, sonriente.

La puerta de la iglesia se abrió en ese momento.

Y el abad apareció.

No era lo que esperaban.

No era un viejo encorvado de mirada fanática, ni un brujo desquiciado cubierto de símbolos.

Era... hermoso.

De forma rara.

Parecía un hombre joven, de cabellos rubios y lisos, ojos claros, mandíbula firme. Sus ropas eran blancas y limpias, a pesar del lugar. Su piel, sin cicatrices. No desprendía olor a sudor, ni a sangre.

Desprendía algo así como... luz. Sutil, pero real.

Ämroth, que había visto figuras luminosas en altares de Corellon, sintió algo familiar... y algo profundamente ajeno.

No era un demonio.

Pero tampoco un santo en paz.

—Bienvenidos —dijo el abad, con una voz calmada—. No recibimos muchas visitas en estos días.

Observó a los seis. Sus ojos parecían ver más de lo que mostraban.

—Guerrero, erudito, hija de plumas, niño de la forja, cazadora a medias, hombre que huye de sí mismo...

Sonrió, leve.

—Barovia tiene talento para escoger sus piezas.

Leönard se puso aún más rígido.

—Somos viajeros —dijo—. Venimos de parte de Krezk. Y también... de parte de la gente que sufre abajo.

—Abajo todos sufren —respondió el abad, sin perder la calma—. Es lo único que hace este valle con consistencia.

Se acercó un poco. Sus pasos no hacían ruido en la piedra.

—Pero no han subido hasta aquí solo a traer saludos. No toman este camino los curiosos. Lo toman los desesperados... o los que aún creen que pueden cambiar algo.

Medli sintió que esas palabras se le pegaban a la piel.

—Nos dicen que ayudas a la gente —intervino Draug—. Que curas. Que salvas niños.

Miró alrededor.

—Y que haces... esto.

Sus ojos pasaron por los mongrelfolk.

El abad siguió su mirada.

—Les doy un lugar —dijo, como si fuera obvio—. Afuera, los apedrearían. Aquí... son amados.

Su tono no cambió cuando añadió:

—El proceso duele. Todo parto duele.

Ämroth sintió la sangre hervir.

—¿Parto? —repitió—. Eso no es “nacer”. Es mutilar personas hasta que encajan en tu idea de “especial”.

Uno de los mongrelfolk que jugaba cerca levantó la cabeza, confundido.

El abad se volvió hacia Ämroth.

—Eres rápido para juzgar el trabajo de otros, hijo de Corellon —dijo suavemente—. Y no soy yo quien te condena por eso.

Inclinó la cabeza apenas.

—Sé por qué estás aquí. Has visto morir a alguien que intentó salvarte. Y crees que todo sacrificio debe ser limpio, perfecto, heroico.

Sus ojos se endurecieron un poco.

—Barovia no tiene sacrificios limpios.

Ämroth apretó las empuñaduras de sus espadas.

—No te atrevas a hablar de mi maestro —dijo, en voz baja.

El abad sonrió, casi con compasión.

—No lo hago por crueldad —respondió—. Lo hago porque conozco los hilos que se mueven aquí. No soy un loco con bisturí.

Abrió un poco los brazos.

—Soy un enviado.

Leönard clavó los ojos en él.

—¿Enviado de quién? —preguntó.

El abad miró hacia arriba, hacia un cielo cubierto de nubes que no dejaban pasar nada.

—De aquellos que aún miran esto desde afuera —respondió—. Los que no cerraron del todo los ojos cuando este valle fue encadenado.

Suspiró.

—Me mandaron a ayudar. A sanar. A buscar una vía para cerrar esta herida.

Sus palabras se volvieron más tensas.

—Y comprendí, con el tiempo, que la única forma de sanar a Barovia es sanar al corazón que la envenena.

—Strahd —dijo Medli, en un susurro.

El abad la miró con una mezcla rara de cariño y curiosidad.

—Él —confirmó—. El señor del castillo. El niño caprichoso al que le dieron demasiado poder y ningún amor que no fuera miedo.

Sus ojos brillaron, fanáticos por primera vez.

—No es un demonio sin remedio. Es un enfermo. Un alma torcida que cree que solo puede quebrar lo que toca.

Sonrió.

—Y yo he encontrado una forma de mostrarle que puede cuidar algo sin destruirlo.

Se hizo a un lado.

La puerta de la iglesia siguió abierta.

Y, detrás de él, la vieron.

La “novia” estaba de pie junto al altar.

Era alta, de piel muy blanca, casi sin color, con puntos de sutura visibles en brazos y cuello. Su cuerpo era una mezcla perfecta de proporciones, pero demasiado perfecto, casi artificial. Sus cabellos pelirrojos caían sobre un vestido blanco sencillo pero bien hecho.

Sus ojos estaban abiertos, pero no parecían ver del todo. Se movían lentos, como si estuviera despertando de un sueño demasiado largo.

Cuando el abad se acercó, ella lo siguió con la mirada.

—Les presento a Vasilka —dijo—. La futura redención de este valle.

Medli sintió náuseas.

No por las cicatrices.

Por la forma en que el abad la miraba: no como a una persona, sino como a una obra de arte. Como a un instrumento.

—No es... su redención —murmuró—. Es un regalo para él.

—Es ambas cosas —respondió el abad, tan tranquilo que dolía—. Strahd ha vivido siglos obsesionado con un amor perdido. Con una mujer que no puede obtener sin destruirla. Sus ojos se suavizaron, casi tiernos.

—Yo le daré un amor que sí pueda poseer sin perderlo. Uno hecho para él. Uno que lo vea y no huya. Uno que lo obligue a cuidar sin matar.

Leönard dio un paso hacia adelante.

—La estás fabricando —dijo—. A partir de cadáveres. De partes de gente que no puede opinar. Su voz se endureció.

—Eso no es amor. Es un muñeco.

El abad no se inmutó.

—¿Y qué son los mortales para los dioses, sino muñecos que intentan aprender a amar? —preguntó—.

Se acercó a Vasilka, le acomodó un mechón de pelo con delicadeza.

—Ella no es solo partes. He trabajado en su alma tanto como en su cuerpo. Le he enseñado a escuchar música, a no temerle al monstruo. A ver al niño herido dentro de la bestia.

Antares apretó los puños.

—Conozco esa mirada —dijo, en voz baja—. La de alguien que cree que puede “salvar” a un monstruo si solo se aferra lo suficiente.

Sus recuerdos le mostraron rostros que no quería revivir.

—No termina bien.

El abad lo miró con calma.

—Tú matas monstruos —dijo—. Y llevas dentro la semilla para ser uno.

No sonó a insulto. Sonó a diagnóstico.

—Yo ofrezco otra vía.

Ämroth dio un paso más.

—Tu “vía” implica seguir alimentando el ego del mismo ser que ha destruido todo esto —dijo, señalando hacia la ventana, hacia el valle invisible—. Crees que dándole un

juguete nuevo va a dejar de romper el resto.

Sus ojos se endurecieron.

—Yo he visto lo que hacen los tiranos cuando les das más cosas para poseer: aprenden que siempre habrá alguien dispuesto a pagar el precio por ellos.

El abad suspiró.

—No entienden —dijo—. Ustedes siguen viendo esta historia como una batalla.

Se volvió hacia Vasilka.

—Yo la veo como una enfermedad. Y he dedicado años a crear el remedio.

Draug habló entonces, con voz más baja, analítica.

—Aunque aceptáramos tu premisa... —dijo—. No hay nada que garantice que esto funcione. Podrías darle esta “novia” y que, después de unos años, se aburra y la tire por un balcón. O que la destruya en un arranque.

Se encogió de hombros.

—Y mientras tanto, le estás dando una cosa más que perder. Un motivo más para enloquecer.

Lo miró fijo.

—Estás apostando el futuro de todo el valle a tu teoría de que puedes arreglar a Strahd fabricándole un amor a medida.

El abad sonrió, sin humor.

—La alternativa es seguirlo enfrentando a golpes —dijo—. Ustedes, otros antes, otros después.

Su mirada se hizo más intensa.

—¿Cuántos héroes creen que ya han subido al castillo con espadas brillantes y discursos? ¿Cuántos han terminado colgando de las paredes o cantando para él en la sala del órgano?

Abrió los brazos.

—Yo ofrezco algo distinto.

Sërah se cruzó de brazos.

—Tu “algo distinto” se ve muy parecido a todas las otras cosas torcidas de este valle —dijo—. Alguien poderoso usando cuerpos y vidas de otros como piezas de un plan que nunca les preguntaron si querían.

El abad la miró con algo parecido a lástima.

—Y sin embargo sigues aquí, viva, porque otros hacen cosas moralmente cuestionables para que tú puedas seguir lanzando dagas —respondió—.

Ladeó la cabeza.

—¿No vendiste tu alma —o algo parecido a ella— por poder salvar a alguien una vez?

El estómago de Sërah se apretó.

No le gustaba que alguien hablara de Mask —o de quien creía que era Mask— con esa facilidad.

—No tienes idea de lo que hice o dejé de hacer —escupió.

—Sé suficiente —dijo él, tranquilo.

El silencio que siguió fue espeso.

La discusión no se volvió gritos.

Se volvió... algo peor.

Se volvió personal.

—No tienes derecho a jugar con estos seres —repitió Leönard, señalando a los mongrelfolk—. Cada uno de ellos tenía una vida. Tal vez mala, tal vez rota, pero suya.

Su voz tembló de rabia contenida.

—Los has convertido en algo que ni siquiera entienden.

El abad miró a uno de los mongrelfolk que se acercaba, curioso.

Le acarició la cabeza, con ternura.

—¿Eres feliz aquí? —le preguntó.

La criatura sonrió, nerviosa.

—Aquí... nadie me tira piedras —dijo—. Aquí tengo amigos.
El abad me da de comer. Dice que soy único.

Sus ojos, torcidos, se iluminaron con orgullo.

Leönard cerró los puños.

—Él no sabe lo que le quitaron —dijo—.

—Sabe lo que le di —respondió el abad—. Refugio. Sentido.
Sus ojos se clavaron en el paladín.

—Tú también has decidido por otros. En Bonegrinder, en el festival, en la colina. Has elegido quién vive y quién muere con la espada en la mano.

Se acercó un paso.

—La única diferencia entre tú y yo es que tú sigues creyendo que tus decisiones son “limpias”. Yo ya hice las paces con que las mías no lo son.

Ämroth intervino antes de que Leönard respondiera.

—Hay una diferencia —dijo—. Nosotros matamos para evitar más dolor. Tú mutilas para perseguir una idea tuya de “amor”.

—¿Estás seguro? —preguntó el abad—.

Sus ojos se oscurecieron.

—¿Siempre matan solo para evitar dolor? ¿Nunca han

matado por venganza? ¿Por rabia? ¿Por no soportar ver a alguien más recibir el golpe?

Antares sintió un pinchazo.

La imagen de Medli bajo la influencia de Strahd, sufriendo, cruzó fugaz por su mente. Aún no había pasado... pero una sombra de ello ya estaba ahí, latiendo.

—No hablemos de futuros que aún no ocurren —dijo el abad, como si hubiera oído el pensamiento—. Hablemos del aquí y ahora.

Extendió una mano hacia Vasilka.

—Puedo terminar este trabajo. En poco tiempo, podría llevarla al castillo. Mostrarle al Diablo que puede tener algo hermoso sin romperlo.

Sus ojos brillaron de fe.

—Si tengo razón, Barovia se calma. La tormenta baja. La niebla se vuelve menos pesada.

Se volvió hacia ellos.

—Si me detienen... solo habrán matado la única opción distinta que ha tenido este lugar en siglos.

Medli dio un paso adelante.

—¿Qué quiere ella? —preguntó, señalando a Vasilka.

El abad pestañeó.

—Ella... —empezó.

Medli insistió.

—¿Qué quiere? No tú. No Strahd. Ella.

Se acercó un poco, con cuidado, hasta quedar frente a la “novia”.

—¿Quieres ir con él? ¿Quieres que te amen a la fuerza? ¿O quieres otra cosa?

Vasilka la miró.

Sus ojos, antes vacíos, enfocaron un poco más.

Abrió la boca.

Sonó como si las palabras le costaran.

—Yo... quiero... —murmuró—. Quiero... bailar.

Una lágrima le cayó a Medli sin permiso.

El abad sonrió, satisfecho.

—Le encanta la música —dijo—. Cuando Strahd toque el órgano para ella, se darán cuenta de—

—No es lo que pregunté —lo interrumpió Medli, con una firmeza que pocas veces usaba—. Le enseñaste a querer bailar. ¿Le enseñaste que podía decir “no”?

El abad la miró, por primera vez, con molestia.

—La compasión sin propósito solo genera más sufrimiento —dijo, seco—. Si la dejo ser lo que “quiera”, será un grito más en este valle. Si la convierto en lo que puede necesitar el corazón del monstruo, puede que todos respiren mejor.

El silencio pesó.

La grieta en el grupo se empezó a abrir ahí.

No con insultos.

Con frases cortas.

—Si, hipotéticamente —empezó Sërah, mirando al abad pero hablando más al grupo—, esto funcionara... Si dándole esta muñeca hecha de cadáveres lográramos que Strahd se distraiga, se debilite, baje la guardia...

Se encogió de hombros.

—¿No sería... útil?

Leönard la miró como si no la reconociera.

—¿Estás diciendo que deberíamos dejar que entregue a una mujer creada a la fuerza a un monstruo... porque nos da ventaja? —preguntó.

Sërah sostuvo la mirada.

—Estoy diciendo que en este valle ya hay demasiada gente muerta por nada —respondió—. Si una abominación más nos da oportunidad de tumbar al que hizo todo esto...

Hizo un gesto amplio.

—No sé si tengo el lujo de decir que no.

Ämroth negó con la cabeza.

—Ése es el mismo razonamiento que usan todos los tiranos —dijo—. “Un horror más para evitar muchos otros”. Y así vas sumando horrores hasta que ya nadie recuerda qué intentabas evitar.

Sus ojos se clavaron en Sërah.

—Si empezamos a justificar monstruos “útiles”, ¿en qué nos volvemos?

Antares, que había estado callado, habló.

—He visto cosas... —dijo—. Personas dispuestas a hacer cualquier barbaridad, siempre y cuando pudieran decir “fue por el bien de todos”.

Miró a Vasilka.

—Lo único que las diferenciaba de los monstruos que cazábamos es que ellas dormían mejor.

Draug suspiró.

—El problema es que también sé lo que pasa cuando te aferras a la pureza absoluta —añadió—. Te rompes tú.

Se pasó la mano por el cabello.

—Si le pedimos al abad que destruya todo esto ahora, aquí, y se niega... vamos a tener que pelear. Contra él, contra sus criaturas, contra sabe cuántas cosas escondidas.

Miró a Leönard.

—Y eso va a sonar bonito cuando lo contemos como historia... pero puede que signifique que Krezk se quede sin médico. Y que nosotros no lleguemos al castillo.

Leönard apretó los dientes.

—¿Estás diciendo que miremos a otro lado? —preguntó.

—Estoy diciendo que no sé si podemos darnos el lujo de provocar otra guerra aquí arriba —respondió Draug—. No ahora.

Sus ojos se llenaron de cansancio.

—Tal vez podamos usar al abad. Tal vez podamos convencerlo de no entregar nada hasta que Strahd esté más débil. Tal vez podamos volver después.

Se encogió de hombros.

—O tal vez todo esto explote igual. Pero si explotamos aquí hoy, seguro no llegamos al final de esta historia.

Medli se sintió partida.

Una parte de ella quería, con todo el corazón, romper cada sutura, llevarse a Vasilka, liberar a los mongrelfolk, quemar esa abadía al suelo.

Otra parte veía el rostro de los niños de Krezk, la semilla en manos de Davian, el viñedo, la colina. Veía el castillo. Veía la copa de vino en la mesa de sus sueños.

Y sabía que no podían pelear todas las batallas.

Ämroth miró al abad.

—¿Qué vas a hacer si te pedimos que abandones este plan?

—preguntó—. Si te pedimos que la dejes ser otra cosa que no sea “novia de Strahd”.

Los ojos del abad se ensombrecieron.

—¿Otra cosa? —repitió—. ¿Qué? ¿Una campesina más esperando a ser arrastrada por la niebla? ¿Una mendiga en Vallaki esperando a que la arreste el barón?

Negó con la cabeza.

—Ella fue hecha para algo más grande que eso.

Su voz se volvió dura, por primera vez.

—No abandonaré este trabajo —dijo—. He visto demasiado dolor para dejar caer la única esperanza real que he visto en siglos porque un grupo de extranjeros no puede tolerar la fe

aplicada de maneras incómodas.

Su mirada se clavó en Leönard.

—Si intentan destruir lo que he construido aquí, me verán como enemigo. Y créanme... no quieren sumarme a la lista de monstruos que los odian.

La amenaza fue suave.

Pero real.

Los seis se quedaron en un punto donde ninguna decisión era buena.

Si callaban y se iban, iban a cargar con la culpa de haber dejado algo profundamente torcido en pie.

Si atacaban, iban a poner en riesgo Krezk, a sí mismos, y el poco equilibrio que les quedaba.

Barovia, una vez más, los obligaba a elegir qué tipo de culpa preferían llevar.

La decisión no se tomó con un discurso.

Se tomó con un suspiro.

Leönard fue el que habló, al final.

—No puedo aceptar lo que haces —dijo, mirándolo de frente —. No puedo llamarte “santo”. No creo que esto sea amor.

Respiró hondo.

—Pero si te matamos ahora, aquí, probablemente nos llevemos con nosotros a muchos de estos seres que no tienen la culpa. Y dejaremos a Krezk sin nadie que sepa curar lo que tú curas.

El abad no dijo nada.

Solo esperó.

—No voy a ser yo quien decida por todos —continuó Leönard, volviendo la mirada al grupo—. No otra vez.

Ämroth lo miró, frustrado.

—Si lo dejamos... —empezó.

—Si lo dejamos, tendremos que vivir con eso —lo interrumpió el paladín—. Si lo atacamos, puede que nadie viva para contarlo.

Sacudió la cabeza.

—Odio esta elección.

Sërah habló, más suave de lo habitual.

—También podemos verlo así —dijo—: ahora sabemos lo que hay aquí. Sabemos quién es, qué hace.

Sus ojos se volvieron fríos.

—Strahd no va a vivir para siempre. Si todo sale como queremos, el día que ese castillo caiga... nos sobrará tiempo para volver aquí y ajustar cuentas.

El abad no se ofendió.

Sonrió, casi triste.

—Si llegan a tumbarlo —dijo—. No me molestará en absoluto que luego vengan por mí.

Antares soltó una risa sin humor.

—Tenemos demasiadas promesas de por medio —murmuró—. Pero supongo que “te mato después de matar al vampiro” es un orden de prioridades decente para Barovia.

Draug se pasó una mano por la cara.

—No voy a dormir bien con esto —admitió.

—Yo tampoco —añadió Medli.

Sus ojos se encontraron con los de Vasilka un último segundo.

—Lo siento —susurró, casi inaudible.

No sabía si se lo decía a ella, al abad, o a sí misma.

Cuando salieron de la abadía, el viento les pegó distinto.

El patio quedaba atrás, con sus criaturas mezcladas, sus risas fuera de lugar, sus suturas. El abad los despidió en la puerta con una inclinación de cabeza cortés, como si no hubieran estado a punto de tomar una decisión de vida o muerte sobre su “obra”.

—Si necesitan ayuda... —dijo, antes de cerrar—. Aún puedo sanar heridas. No todo lo que hago aquí es... inquietante para ustedes.

Leönard no respondió.

La puerta se cerró.

Los cerrojos sonaron.

En el sendero de regreso a Krezk, nadie habló al principio.

Cada uno cargaba su propia versión de la culpa.

Fue Medli quien rompió el silencio.

—No sé si hicimos lo correcto —dijo, mirando al suelo.

—Yo tampoco —respondió Draug—. Pero sé que cualquier cosa que hubiéramos hecho me habría dejado con esa frase.

Ämroth apretó la mandíbula.

—Dejamos a un lunático con poder divino jugando a ser dios de barro —dijo—. No sé cómo digerir eso.

Sërah se encogió de hombros.

—Yo dejé viva la posibilidad de que ese lunático nos sirva de algo cuando llegue la hora —replicó—. Es una decisión asquerosa, sí. Pero aquí casi todas lo son.

Lo miró de reojo.

—Puedes seguir odiándome por eso cuando estemos en el castillo. Prometo no ofenderme.

Leönard habló, cansado.

—No te odio —dijo—. Pero tampoco quiero acostumbrarme a estas concesiones.

Miró al cielo gris.

—Si al final de todo esto me convierto en alguien que dice “valió la pena” por cada monstruo útil que dejamos andar... quiero que alguno de ustedes me recuerde quién era antes.

Antares soltó aire por la nariz.

—Yo me encargo —dijo—. Y si tú te conviertes en eso, me tocará cazar al monstruo que destruye monstruos.

Intentó sonreír.

—Sería... irónico.

Medli caminó en silencio unos pasos más.

—Vasilka... —murmuró—. ¿Creen que algún día entienda que tuvo opciones que nunca le dieron?

Draug negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Puede que nunca “despierte” del todo. Puede que un día vea algo que el abad no planeó.

Se encogió de hombros.

—Quizá el problema de todos los que juegan a ser dioses es que se olvidan de que hasta sus creaciones pueden fallarles.

Ämroth miró hacia atrás, hacia la silueta de la abadía recortada en la montaña.

—Si ella llega a ser capaz de elegir —dijo—. Espero que no elija perdonarlo.

Nadie respondió.

Cuando volvieron a entrar a Krezk, Dmitri los esperaba cerca de la puerta.

No preguntó.

Solo los miró a los ojos.

Y, en el silencio de esa mirada, supo que no venían con buenas noticias.

—¿Sigue siendo un santo? —preguntó, sin adornos.

Leönard dudó.

No quería mentir.

Pero tampoco quería romper lo poco que sostenía a esa gente.

La grieta que se había abierto arriba, en la abadía, se sentía aquí también.

—Sigue curando —dijo, al final—. Sigue ayudando a su manera.

Se obligó a agregar:

—Y hace cosas que ningún hombre debería hacer.

Dmitri bajó la mirada.

—Supongo que es lo mejor que se puede esperar de un “enviado” en este valle —respondió, amargo.

Anna, a su lado, se abrazó a sí misma.

—Cuando pierdes un hijo... —murmuró, más para ella que para ellos—. Empiezas a aceptar ayudas que antes habrías rechazado.

Su voz se quebró.

—Eso no hace que dejen de dar miedo.

Los héroes se quedaron en esa casa, en ese pueblo que aún se sostenía a duras penas, sintiendo que habían puesto otro ladrillo incómodo en el muro de cosas que iban a perseguirlos después.

Esa noche, durmiendo en el granero de Krezk, cada uno soñó distinto.

Leönard vio un campo de batalla donde no podía distinguir ya a sus enemigos de sus aliados.

Ämroth vio al abad y a su maestro en extremos opuestos de un altar.

Draug soñó con raíces que se enredaban en máquinas.

Sërah soñó con cadenas que no podía saber si la sujetaban a ella o a otra persona.

Antares soñó con un espejo en el que no sabía si veía su rostro o el del abad.

Medli soñó con una sala de baile. Vasilka daba vueltas, torpe, con un vestido blanco manchado de rojo. No había música.

Hasta que una voz lejana, que no era del castillo ni de la abadía, empezó a cantar por ella.

Al despertar, el aire de Krezk seguía oliendo a pino y humo.

La abadía seguía en la colina.

Strahd seguía en su castillo.

Y la grieta entre justicia y pragmatismo, dentro del grupo, se había hecho un poco más grande.

No lo suficiente para romperlos.

Aún.

Capítulo 24

EL CAZADOR

El amanecer en Krezk no se sentía como un comienzo.

Se sentía como un respiro prestado.

El humo de los hogares subía en columnas delgadas mientras el resto del valle seguía envuelto en una niebla que no terminaba de irse nunca. Los seis héroes se preparaban junto al granero, ajustando correas, revisando armas, con la tensión de la abadía todavía pegada a la piel.

Anna Krezkova les entregó un pequeño paquete envuelto en tela.

—Pan, queso, algo de carne seca —dijo—. No es mucho, pero... mejor que nada.

Medli tomó el bulto con ambas manos.

—Gracias —respondió—. De verdad.

Anna la miró como se mira a alguien que va caminando hacia un lugar del que tal vez no vuelva.

—Dicen que hay una torre cerca del lago, hacia el este —murmuró—. A veces se ve luz allá. A veces... truenos, sin lluvia.

Se abrazó a sí misma.

—No sé si es un buen lugar o uno malo. Pero en este valle, los que siguen moviéndose... algo saben.

Leönard intercambió miradas con los demás.

Ya habían oído de esa torre en rumores sueltos: un viejo refugio, una construcción más antigua que Strahd, habitada a veces por un loco, a veces por un sabio, dependiendo de quién lo contara.

—Iremos —dijo el paladín.

Dmitri se acercó, serio como siempre.

—No puedo ofrecerles más que eso —admitió, señalando el paquete—. Y mis buenos deseos, que aquí valen poco.

Los miró uno por uno.

—Si viven para regresar... probablemente Krezk todavía esté aquí. Si no... al menos sabremos que lo intentaron.

No hubo discursos.

Se despidieron con un apretón de manos, algún gesto breve, miradas que decían cosas que las palabras ya no alcanzaban.

Luego salieron por la puerta, dejando atrás la última comunidad que aún resistía sin mentiras adornadas.

El camino hacia el lago bordeaba el bosque y seguía la falda de la montaña, bajando poco a poco. El cielo era una manta gris, sin sol visible, pero con esa luz uniforme que hace que todo se vea sin sombras claras.

Durante un buen tramo, nadie habló.

Cada uno seguía masticando lo que habían dejado en la abadía: un ángel roto jugando a ser dios, una “novia” cosida, decisiones que no habían terminado de digerir.

Fue Draug quien rompió el silencio, con la mirada perdida hacia el norte.

—Ese abad... sabe cosas que no dijo —murmuró—. Sobre quién lo envió, sobre lo que hay fuera del valle.

—¿Te preocupa? —preguntó Sërah.

—Me preocupa que no seamos los únicos “proyectos” de alguien —respondió—. Que esto no sea solo Strahd encerrado con su tragedia.

Se frotó la frente.

—A veces siento que es una caja dentro de otra caja. Abrimos una y encontramos otra más oscura.

—Mientras el monstruo dentro de la caja tenga forma de vampiro con nombre y castillo, es sencillo —dijo Antares—. El problema es cuando la caja está vacía y solo hay una mano moviendo piezas desde fuera.

Nadie comentó más.

Pero la sensación de que Barovia no era el único tablero de juego quedó flotando.

El olor al agua llegó antes que el lago.

Era un olor frío, con un toque de hierba mojada, distinto al de los ríos pequeños que ya habían cruzado. La niebla se abrió un poco, dejando ver, por fin, una superficie gris y quieta que se extendía como un espejo sucio.

El Lago Baratok.

En la orilla, casi confundida con una formación rocosa, se alzaba la torre.

Era una estructura de piedra alta, de unos cuatro pisos, con un techo puntiagudo y balcones estrechos. Tenía marcas antiguas en los muros, runas gastadas, y varios relámpagos

quemados en la piedra que sugerían que los truenos de la zona habían tenido puntería.

A un lado de la torre, cerca del agua, había un carromato.

Cubierto por una lona resistente, con ruedas fuertes y cadenas atadas a la tierra, como si alguien hubiera querido asegurarse de que no se moviera aunque el mundo se cayera.

—Bueno... por lo menos no es otro molino —dijo Sërah.

—Todavía —respondió Medli.

Leönard miró alrededor.

No veía humo, ni luz en las ventanas de la torre. El lugar parecía abandonado, pero no descuidado. Había huellas alrededor del carromato, recientes.

—Alguien vive aquí —dijo—. O al menos pasa mucho tiempo.

Ämroth entrecerró los ojos.

—No siento la misma corrupción que en otros lugares —añadió—. Pero sí... magia. Vieja.

Draug se acercó un poco al carromato, curioso.

En un lateral, algo llamó su atención: un símbolo pintado, medio borrado, que ya habían visto antes.

Una máscara colorida.

—Oigan... —dijo—. ¿Esto no les parece... familiar?

Sërah se adelantó y levantó la lona apenas.

Los colores estaban gastados, pero ahí estaba el nombre, pintado en un costado, a medias borrado por barro y viaje:

“Rictavio's Carnival of Wonders”.

Medli abrió los ojos como platos.

—¿Rictavio? —repitió—. ¿El de Vallaki?

—El mismo —dijo Antares—. El que “casualmente” estaba en todos lados, muy pendiente de Strahd, con demasiadas historias sobre monstruos...

—...y que siempre parecía saber cuándo irse —completó Sërah.

Leönard apretó el mango de su espada.

—Si este carromato es suyo... —dijo—. O está aquí dentro de la torre... o cerca.

Draug examinó la puerta de la torre desde donde estaba.

Tenía una cerradura complicada, varios candados y, tallado en la piedra frente a ella, un círculo con símbolos.

No eran adorno.

—Ojo con tocar lo que no debemos —advirtió—. Esto huele a trampa a distancia.

—¿Y el carromato? —preguntó Sërah, que ya tenía las manos cerca de sus ganzúas—. Si Rictavio está aquí, algo tiene dentro. Mapas, notas, comida... No vendría mal.

Leönard le lanzó una mirada de advertencia automática.

—Primero verifiquemos que no tenga... —empezó.

No terminó.

Porque en ese momento, una voz conocida surgió del otro lado del lago.

—¡Jamás pensé que llegarían tan lejos sin volarse por los aires antes! —gritó, irónica.

Todos giraron.

Una figura se acercaba por la orilla, empujando un pequeño bote hacia la arena. Llevaba el mismo sombrero extravagante que recordaban, el mismo abrigo algo teatral, la misma sonrisa que había tenido en Vallaki.

Rictavio.

Solo que ahora no estaba rodeado de público.

Y la mirada que traía no era la de un bufón.

En cuanto pisó la orilla, levantó la mano.

—Si alguno de ustedes ha tocado mi carromato sin que yo se los diga —anunció—, nos vamos a divertir mucho menos en los próximos minutos.

Sërah retiró la mano de la lona como si quemara.

—Apenas lo estábamos mirando —dijo.

—Eso dígaselo al patrón de quemados que deja mi trampa en la gente curiosa —respondió Rictavio, acercándose.

Leönard lo recibió con los brazos cruzados.

—No eres solo un juglar —dijo—. Lo supe el día del festival.

Rictavio sonrió de lado.

—No hay lugar para “solo juglares” en este valle —contestó—.

Los observó a todos con atención, uno por uno.

—Se ven más... ajados que la última vez. Eso significa que siguen vivos. Y que han visto cosas.

Antares dio un paso adelante.

—¿Quién eres en realidad? —preguntó—. Y esta vez, sin historias de circo.

El hombre se quitó el sombrero.

El gesto fue simple... pero algo cambió en él al hacerlo. Se enderezó, dejó de usar las manos para animar cada palabra. La sonrisa se borró un poco.

Sus ojos, de pronto, parecían más viejos.

—Mi nombre es Rudolf van Richten —dijo—. Y no soy domador de bestias. Soy cazador de monstruos.

El nombre no les dijo mucho a ellos.

Pero la forma en que lo dijo sí.

Sin alarde.

Sin orgullo vacío.

Como quien enuncia una condena.

—¿Cazador... profesional? —preguntó Sërah—. ¿Del tipo que se especializa en “me pagan, yo mato lo que sea”? ¿O del tipo que lo hace por...?

Buscó la palabra.

—¿Convicción?

—Lo hacía por mi hijo —respondió él, sin rodeos—. Ahora lo hago porque ya no sé hacer otra cosa.

Volvió a ponerse el sombrero, pero sin la misma teatralidad.

—Empecé cazando lo que se comía a la gente que nadie escuchaba. Lobos que no eran lobos, brujas que parecían ancianas normales, vampiros que se escondían en iglesias.

Sus labios se apretaron.

—Y con el tiempo, descubrí algo: los monstruos se parecen mucho entre sí, y se parecen demasiado a nosotros.

Ämroth frunció el ceño.

—¿Entonces te dedicas a... matarlos a todos? —preguntó—. ¿Sin excepción?

—Cuando cruzo una línea para llamar a alguien “monstruo”, no voy a terapia con ellos —respondió van Richten—. No les doy abrazos.

Su mirada se clavó en Leönard.

—Los destruyo. Porque si no lo hago, destruyen a otros.

Leönard no apartó la mirada.

—¿Y quién decide dónde está esa línea? —preguntó.

Van Richten sonrió, cansado.

—Ah, la pregunta que siempre llega —dijo—.

Se encogió de hombros.

—La respuesta rápida: la decido yo, con lo que he visto y con lo que puedo vivir. No pretendo estar libre de culpa. Solo intento que la balanza no se incline del todo hacia el horror.

Draug intervino, curioso.

—¿Y Strahd? —preguntó—. ¿Es el monstruo más grande que has visto?

Van Richten miró hacia el castillo, apenas visible a lo lejos como una sombra clavada en la montaña.

—No —dijo—. Pero es el que tengo frente a mí ahora. Y suficiente para ocupar una vida.

Se acercaron al carromato.

Van Richten se paró entre ellos y la puerta.

—Antes de que alguno vuelva a sentirse tentado —dijo—, les explico: este vehículo está protegido con un pequeño... recordatorio para quienes gustan de meter la mano donde no deben.

Señaló el suelo.

Había símbolos más discretos, trazos de tiza mezclados con alquitrán, que formaban un patrón alrededor de las ruedas.

—Si abren las puertas de atrás sin desactivar el sello — continuó—, cae un rayo. Explota. Todo.

Los miró.

—Y no hablo de una chispa linda para el cabello. Hablo de una bola de fuego que convierte a la gente en sombras en la pared.

Medli tragó saliva.

—¿No es... excesivo? —preguntó—. ¿Poner algo así en un carromato que puede acabar cerca de un pueblo, de gente...?

Van Richten la observó.

—Una vez me robaron un carruaje donde llevaba lo necesario para matar a algo que se comía niños en las noches —dijo, sin suavizar—. Lo abrieron, se llevaron mis cosas, y no llegué a tiempo.

Su voz no tembló.

—Aprendí a asegurar mi casa sobre ruedas. Si alguien muere abriendo esto, es porque quiso meter la mano en la caja equivocada.

Sërah resopló.

—Suena a alguien que piensa como yo... pero con magia — comentó.

—Suenan a alguien que confía más en trampas mortales que en hablar con la gente —gruñó Leönard.

Van Richten lo miró.

—Confío tanto como debería —respondió—. O díganme, ¿cuántas veces los “pueblerinos amables” no han intentado venderlos a Strahd, o negarles ayuda, o esconder horrores detrás de sonrisas?

Señaló el valle.

—Este lugar ya no merece confianza. La fe ciega es un lujo que aquí mata.

La frase golpeó directo a Medli.

Fe ciega.

Copa de vino.

Pluma negra.

Semilla verde.

Todo mezclado.

Se movieron hacia la torre.

Van Richten se colocó frente a la puerta y giró hacia ellos.

—Antes de entrar, una advertencia —dijo—. Esta torre no es mía. Es más vieja que yo, más vieja que Strahd. He estudiado sus defensas, pero no las desarmé.

Se agachó, señaló el círculo de símbolos tallados en la piedra.
—Si pisan aquí sin saber lo que hacen, la torre los fulmina. O los derrumba. O las dos.

Draug se inclinó para mirar mejor.

Reconocía patrones de protección, pero éste era distinto.
Más... rígido.

—¿Cómo entras tú? —preguntó.

Van Richten sonrió apenas.

—Con respeto —respondió.

Se enderezó, levantó las manos, y realizó una serie de movimientos torpes, como si imitara a alguien borracho: golpeó sus rodillas, sus hombros, su cabeza, en un orden aparentemente sin sentido.

Pero el círculo brilló un segundo.

Luego se apagó.

—Los constructores antiguos eran... dramáticos —comentó—. Pero efectivos.

Abrió la puerta.

—Pasen. La torre es lo más cerca que tenemos de un lugar relativamente seguro en este maldito valle.

Dentro, la torre olía a polvo, cuero viejo y metal.

El primer piso estaba casi vacío, salvo por unas cuantas cajas y una plataforma de madera en el centro, con cadenas que subían hasta un hueco en el techo. No había escaleras.

Van Richten jaló una de las cadenas.

—Suban —dijo—. Esto se mueve.

La plataforma era un elevador.

Al activarse las cadenas, el piso crujió y empezó a subir, arrastrando a los seis hacia el segundo nivel, luego al tercero, hasta detenerse en una habitación amplia, llena de mesas, pergaminos, frascos y mapas clavados en las paredes.

Era un taller.

El corazón de un cazador.

Medli se sintió abrumada.

Había dibujos de criaturas que reconocía: vampiros, hombres lobo, espectros. También otros que no había visto nunca: figuras con tentáculos en lugar de rostro, sombras con ojos demasiados, símbolos que ponían nervioso a mirar.

En una pared, un mapa de Barovia, marcado con notas: molinos, pueblos, cruces de caminos, el castillo, el viñedo, Yester Hill, un círculo alrededor del Amber Temple, lejos, en las montañas.

Y, junto a ese mapa, otros.

De lugares que no pertenecían a ese valle.

Un plano donde los nombres hablaban de desiertos rojos, ciudades colgando sobre mares de lava, cadenas gigantes dibujadas sobre un cielo ennegrecido.

Otro donde una torre infinita se perdía entre nubes, con un ojo dibujado en lo alto, coronas de hueso alrededor.

Otro más con círculos concéntricos y nombres borrados.

Draug se acercó, fascinado y asustado a la vez.

—Esto... no es solo Barovia —dijo en voz baja.

—Strahd no es el único monstruo de los cuentos —respondió van Richten, acomodando papeles—. Solo es el que nos tocó a nosotros.

Señaló con la barbilla el mapa del Amber Temple.

—Pero antes de hablar de otros horrores, hablemos del que tenemos.

Se volvió hacia ellos.

—Han sobrevivido al molino, a Vallaki, al viñedo, a la colina, a Krezk y a la abadía —enumeró—. Eso significa dos cosas: uno, son mucho más duros de lo que se ven. Dos, Strahd ya sabe quiénes son.

Se cruzó de brazos.

—Así que hablemos claro.

La conversación no fue bonita.

Ni amable.

—Cada vez que enfrentamos a alguien —empezó Leönard—. Brujas, druidas, hasta el abad... siempre aparece alguien con una versión distinta de lo que es “correcto”.

Miró a van Richten.

—Tú dices: “no se salva, se destruye”. El abad dice: “se cura con amor a la fuerza”. ¿Qué nos garantiza que tú no eres solo otro loco con una versión más eficiente de lo mismo?

Van Richten lo miró sin ofenderse.

—Nada —respondió—. Lo único que tienen son mis resultados.

Se apoyó en una mesa.

—He visto vampiros “arrepentidos” volver a matar después de décadas jugando al santo. He visto licántropos que juran controlarse y en la primera luna llena se comen a quienes aman. He visto brujos prometer dejar sus pactos y volver con

la mano extendida a la noche siguiente.

Sus ojos se endurecieron.

—Lo único que funciona con la clase de monstruos que ya cruzaron cierto umbral es la estaca, la espada, el fuego, el sol. Y aún así, algunos regresan.

Medli tragó saliva.

—¿Y si Strahd...? —empezó, dudando—. ¿Y si hubiera otra forma? No digo confiar ciegamente, pero...

Pensó en el abad, en Vasilka, en la forma en que hablaba de “sanar al corazón del monstruo”.

—¿Y si hubiera algo que no estuviera viendo?

Van Richten la observó con atención.

—¿Te ha hablado? —preguntó—. ¿Te ha ofrecido algo? ¿Te hizo sentir que te entiende de una forma que nadie más lo hace?

El silencio de Medli fue respuesta suficiente.

Los demás la miraron, algunos con preocupación, otros con algo como enojo contenido.

—Te está probando —dijo van Richten, sin suavizar—. Tú eres un experimento más en su lista larga de “quizás esta vez alguien me quiera tal como soy”.

Sus ojos se oscurecieron.

—No eres la primera. No serás la última. Ésa es su crueldad más grande: arrastra almas jóvenes, las rompe, y luego se pregunta por qué nadie lo ama.

Medli apretó el laúd con fuerza.

—Yo no dije que lo amara —respondió, defensiva—. Solo... que no sé si la única respuesta es matarlo y ya.

—Porque quieres creer que hay algo más que muerte y muerte y muerte —dijo van Richten, con un tono que no era cruel, pero tampoco dulce—. Lo entiendo.

Suspiró.

—Yo también quise creerlo alguna vez. Hasta que vi lo que dejan estos seres detrás.

Señaló uno de sus pergaminos, con nombres tachados.

—Familias. Pueblos. Niños. Tu duda es bonita en teoría, pero en la práctica se mide en cuerpos.

Ämroth intervino, hiriéndole también.

—¿Nunca has conocido a alguien que hubiera podido ser un monstruo y no lo fue? —preguntó—. Alguien con poder, con ira, con ganas de quemarlo todo... y decidió no hacerlo.

Van Richten movió la mirada hacia Antares por un segundo.

Luego volvió a Ämroth.

—Claro que sí —dijo—. Y por eso no los cazo.

Se acercó un paso.

—La diferencia no está en lo que podrían ser. Está en lo que ya hicieron.

Miró hacia el castillo, invisible pero presente.

—Strahd ya eligió. Hace siglos. Lo ha confirmado una y otra vez.

Sus palabras fueron un golpe seco.

—No está enfermo. Es un verdugo que se baña en la misma sangre desde hace generaciones.

Leönard sintió que algo en su pecho quería estar de acuerdo.

Otra parte quería rebelarse contra lo tajante de esa frase.

—¿Y qué hay de la gente como el abad? —preguntó—. ¿O de quienes lo ven como una víctima? ¿También son monstruos?

—Son tontos peligrosos —respondió van Richten—. A veces, más letales que el monstruo mismo.

Tomó un trago de una cantimplora.

—Un monstruo que sabe que es monstruo se esconde, se cuida. Uno que se cree “redimible” o “víctima” tiende a justificar cada atrocidad que comete.

Lo miró fijo.

—Y los que lo rodean ayudan a sostener la ilusión porque

nos da miedo aceptar que hay cosas que no se arreglan. Solo se acaban.

La frase cayó como piedra en el centro del grupo.

Hablaron de planes.

De rutas.

Van Richten desenrolló un mapa de Barovia sobre la mesa principal.

—Hay tres ejes que importan —dijo—. Uno, el castillo. Obvio. Ahí está él, su fuerza, su historia. No pueden pretender matarlo sin subir ahí.

Señaló el punto donde se alzaba Ravenloft.

—Dos, lo que le dio el poder en primer lugar. El Amber Temple.

Draug se inclinó.

Había leído menciones a ese lugar en algunos apuntes del viñedo, en símbolos que no le gustaban.

—Dicen que es una especie de... santuario de poderes oscuros —comentó—. Un lugar donde se negocian cosas que no deberíamos tocar.

—No “dicen” —corrigió van Richten—. Lo es.

Su mirada se volvió más dura.

—Ahí abajo hay cosas que no tienen nombre. Pactos antiguos, hechos mucho antes de que este valle se encerrara. Strahd fue allí buscando algo. Salió con lo que es ahora. Se cruzó de brazos.

—Si quieren derribarlo, tienen dos opciones: cortar su conexión con lo que encontró allí... o usar ese fuego para quemarlo por dentro.

Su tono dejó claro lo que pensaba de la segunda opción.

—Personalmente, no les recomiendo meterse a otro trato con sombras.

Antares gruñó.

—No me interesa hacer pacto con nada más —dijo—. Bastante tengo con los monstruos de carne.

Van Richten sonrió, aprobando.

—Y tres —continuó—: los caminos ocultos. Strahd conoce cada camino visible de este valle. Puentes, carreteras, senderos. Lo ha recorrido todo.

Señaló algunas marcas en el mapa: un camino que bordeaba un río subterráneo, un paso entre montañas que no figuraba en los trazos normales.

—Pero hay grietas que ni siquiera él usa. Lugares que le recuerdan que no es el único poder en este mundo.

Sus ojos se llevaron un momento al mapa del Amber Temple,

luego a otro, más pequeño, dibujado al lado: un símbolo de torre con un ojo tachado.

—Yo he visto... cosas que lo incomodan. Nombres que no dice en voz alta. Eso es útil.

—¿Como qué? —preguntó Draug.

Van Richten lo dudó.

—Hay un nombre que no voy a pronunciar con ustedes presentes —dijo—. Un ser que alguna vez fue mortal y ahora juega con mundos como otros juegan con dados.

Su mirada se clavó en Medli.

—Es el tipo de cosa que si le das entrada aquí, con tal de derribar a Strahd, te despiertas en otra prisión más grande.

Se volvió hacia Antares.

—Y también hay lugares donde el suelo arde siempre. Donde hay ciudades colgando de cadenas sobre mares de fuego, gobernadas por seres que venden “acuerdos” como si fueran dulces.

Sërah sintió un escalofrío sin saber por qué.

—Suenan... familiar —murmuró, sin entender del todo.

Van Richten siguió.

—El punto es este: Strahd es un monstruo grande. Pero no es el único. Hay otros mirando. Algunos desde planos de

fuego. Otros desde tronos de hueso.

Clavó el dedo en el castillo.

—Si lo derriban de forma ruidosa, es posible que llamen la atención de uno de ellos. Y créanme... hay cosas peores que un noble muerto obsesionado con un amor perdido.

Draug pensó en palabras susurradas en algunos grimorios de su abuelo. En símbolos que le prohibía mirar demasiado.

—Entonces... ¿qué propones? —preguntó—. ¿Atacar cuándo? ¿Cómo?

Van Richten respiró hondo.

—Primero, necesitan armas adecuadas —dijo—. No hablo solo de filo.

Señaló dos lugares en el mapa.

—En una cripta antigua hay una espada de sol que una vez ardió en las manos de alguien que casi lo mata. El arma desapareció en la historia, pero algunos rastros apuntan a las catacumbas debajo del castillo.

Miró a Ämroth y a Leönard.

—Algo así podría convertir sus espadas en más que metal.

—¿Y si no la encontramos? —preguntó Ämroth.

—Entonces tendrán que ser ustedes mismos el sol —respondió van Richten, serio.

Señaló otro lugar.

—Hay un símbolo sagrado ligado a la luz de una diosa que no abandonó del todo este lugar —continuó—.

Sus ojos se posaron un segundo más en Medli.

—Algo que responde a la muerte usada con propósito, no con capricho. Eso podría ser... interesante en manos adecuadas.

Medli sintió un escalofrío que no venía ni del castillo ni de la abadía.

—Suenas a que te encanta mandar a otros a buscar cosas que tú no quieres tocar —dijo Sërah.

Van Richten no se ofendió.

—Ya intenté muchas de ellas —respondió—. He fallado en casi todas.

Señaló sus notas.

—Lo que puedo ofrecerles es evitarles algunos errores. Y decirles esto: si suben al castillo sin al menos una ventaja clara, solo serán nombres nuevos en la lista de muertos.

Leönard asintió despacio.

—Estás diciéndonos que aceptemos que no hay redención para él —resumió—. Que dejemos de buscar maneras

“limpias” y nos dediquemos a encontrar la forma más eficiente de matarlo.

Van Richten sostuvo su mirada.

—Estoy diciéndoles que decidan qué prefieren cargar sobre la conciencia —dijo—. Si arriesgar toda Barovia por la posibilidad mínima de “salvar” a alguien que lleva siglos destrozando vidas... o aceptar que su camino se terminó hace mucho y que el trabajo ahora es cerrarlo.

Se encogió de hombros.

—Mi conciencia ya tomó esa decisión. La de ustedes aún está en proceso.

La discusión continuó.

Se hizo más intensa.

—Tú matas monstruos porque no pudiste salvar a tu hijo —dijo Antares, con brutal honestidad—. Lo entiendo. Yo también...

Se detuvo. No quiso terminar la frase.

—Pero eso no significa que todas las historias deban terminar igual que la tuya.

Van Richten lo miró con una mezcla de respeto y lástima.

—No quiero que terminen igual —respondió—. Quiero que no haya más historias como la mía.

Su voz se endureció.

—Cuando empecé a cazar, creía que cada monstruo era el culpable de todo el horror del mundo. Luego entendí que son síntomas de algo más grande: un mundo donde la muerte, la ambición y el poder están amarrados a hilos que no vemos.

Señaló uno de sus mapas de otros planos.

—He visto ojos que miran desde más allá de las estrellas. He sentido el peso de máscaras que no se quitan. He oído nombres que prefiero no repetir.

Volvió al castillo.

—Con todo eso, Strahd sigue siendo un problema... manejable. Y cada vez que alguien intenta “comprenderlo” en lugar de destruirlo, se vuelve un poco menos manejable.

Medli bajó la mirada.

La voz de van Richten era una piedra contra su duda. No la borraba... pero la resquebrajaba.

—¿Y si estoy equivocada? —preguntó, apenas audible—. ¿Si creer que hay algo más que matar y matar y matar es solo una forma bonita de negarme a ver la realidad?

Leönard apretó el puño.

—No estás equivocada por querer algo mejor —dijo—. Estaríamos perdidos si dejáramos de quererlo.

Miró a van Richten.

—Pero este valle nos obliga a decidir cuándo podemos permitirnos seguir soñando... y cuándo tenemos que aceptar que la única forma de parar a alguien es ponerle la espada en el corazón.

Ämroth respiró hondo.

—Yo... —empezó—.

Recordó a su maestro empujándolo fuera de la trampa. Recordó el abad. Recordó los mongrelfolk.

—No creo en matar por gusto. No creo en ver a todo el mundo como piezas.

Su mirada se fijó en el mapa del Amber Temple.

—Pero también sé que hay momentos en que dejar vivo a alguien es condenar a muchos.

Se volvió hacia Medli.

—Si llega el momento... si estamos frente a él... y todo lo que queda entre él y más destrucción es nuestra espada...

Tragó saliva.

—Voy a atacar. Aunque me duela. Aunque no entienda todo.

Medli asintió, con los ojos brillando.

—Yo... no sé si podré —admitió—. Pero tampoco puedo decir que no lo haré.

Se abrazó el laúd.

—Solo sé que no quiero dejar que él decida quién soy. Ni como víctima... ni como asesina.

Van Richten hizo un gesto que no era burla.

Era reconocimiento.

—Eso es lo más honesto que he oído en mucho tiempo —dijo—.

Miró al grupo.

—No tienen que decidir ahora mismo. El valle se encargará de empujarlos. Solo...

Sus ojos se endurecieron de nuevo.

—No esperen que Strahd les dé una oportunidad justa. Él siempre va a jugar con dos barajas. Ustedes no pueden darse el lujo de jugar con medias decisiones.

La tarde empezó a caer sobre el lago.

Van Richten les ofreció pasar la noche en la torre.

—Las defensas aguantan bastante —dijo—. No es invulnerable, pero es mejor que dormir en el bosque mientras él se aburre mirando sus sueños.

Aceptaron.

El tercer piso tenía catres simples, mantas viejas pero limpias. El sonido del agua contra la orilla llegaba amortiguado.

Antes de acostarse, Sërah se acercó a la mesa de mapas de van Richten.

—Dijiste que Strahd no es el peor —dijo—. Que hay cosas peores.

Señaló el mapa de la ciudad colgando sobre cadenas.

—¿Alguna vez te planteaste... que matar a alguien como él llamara la atención de otros peores? ¿Que, al apagar una vela, atraes algo que prefiere la oscuridad total?

Van Richten asintió.

—Claro —respondió—. Y aún así, no puedo dejar de intentarlo.

Su mirada se perdió un momento en uno de los mapas.

—Hay un... viejo fantasma de un dios que una vez lo quiso ver todo. Perdió el cuerpo... pero no el ojo.

Se tocó la sien.

—He sentido su mirada en otros sitios. Aquí también, a veces. Esperando a ver quién mueve qué pieza.

Su boca se convirtió en una línea tensa.

—Si alguien así se interesa por Barovia, ya tendremos otro

problema. No podemos vivir con miedo a todo lo que podría pasar si hacemos lo que debemos hacer ahora.

Sërah soltó aire despacio.

—Siempre pensé que “el mundo de los monstruos” era metáfora —dijo—. Empezando a ver que se me queda corto.

—Es literal —respondió van Richten—.

Se miraron un segundo.

—La diferencia está en qué monstruo eliges ser. El que se alimenta sin pensar, o el que acepta las cosas horribles que tiene que hacer para que otros respiren más de un día.

Sërah no dijo que ella temía convertirse en el segundo.

No hacía falta.

Esa noche, en la torre, los sueños cambiaron de forma.

Leönard soñó con el castillo. Un largo pasillo lleno de puertas. Detrás de cada una, alguien gritaba su nombre, pidiéndole que abriera. En una, reconoció la voz de un niño en el Bonegrinder. En otra, la de un druida de Yester Hill. En otra, la del abad.

Al final del pasillo, Strahd lo miraba con ese gesto tranquilo suyo.

—Todo esto es culpa tuya —decía, sin moverse—. Por creer que puedes elegir a quién salvar.

Ämroth soñó con el Amber Temple. No lo conocía, pero lo vio: columnas gigantes enterradas en hielo, sombras moviéndose dentro de bloques de ámbar, susurros que ofrecían poder a cambio de... algo.

Entre esas sombras, creyó reconocer el contorno de su maestro, de rodillas.

Despertó antes de acercarse.

Antares soñó con una cacería. Corría por un bosque que no era Barovia, perseguía a algo grande. Cuando lo alcanzó, no era un monstruo sino una versión de sí mismo con los ojos negros, la armadura manchada de sangre fresca.

Cuando lo mató, el cuerpo cayó... y se levantó de nuevo, con el rostro de alguien que algún día llevaría otro nombre.

Draug soñó con la torre desde fuera, flotando en medio de un vacío sin estrellas. Desde arriba, una mano esquelética movía la torre como pieza de ajedrez, colocándola en distintos tableros. En algunos, el oponente tenía forma de castillo. En otros, de máscara. En otros, de un sol apagado.

Sërah soñó con cadenas. Una, invisible, la unía a la figura del “Mask” que había conocido. Otra, más delgada, la conectaba a la abadía. Otra más, a la torre. Todas se tensaban hacia

diferentes direcciones.

No sabía cuál cortar primero sin romperse ella.

Medli soñó... con la mesa otra vez.

La copa de vino a un lado.

La pluma negra al otro.

Ahora, también, un mapa enrollado, con el castillo marcado.

Y, a un costado, una estaca de madera limpia.

Alguien, fuera de su campo de visión, le hablaba.

La voz cambiaba.

A veces era la de Strahd, cálida, comprensiva.

A veces, una voz femenina, fría, distante.

A veces, la de van Richten, áspera, cansada.

—Tarde o temprano —decían, mezclándose—, vas a tener que elegir qué tomas de esa mesa... y contra quién lo usas.

Se despertó con las manos temblando.

El sonido del lago seguía ahí.

La torre, firme.

El cazador de monstruos aún dormía en el piso de arriba, rodeado de mapas y notas. Strahd seguía en su castillo.

El abad, en su abadía. Krezk, en su miedo. El Amber Temple, en las montañas, esperando.

Y los seis, atrapados entre las visiones de redención, las propuestas de destrucción absoluta y la incómoda verdad de que, tal vez, ninguna opción los dejaría limpios.

Barovia no les iba a dar tiempo infinito para decidir.

Pero por esa noche, al menos, tenían piedra sólida bajo los pies y un techo que no pendía de un hilo.

Era poco.

En ese valle, era muchísimo.

Capítulo 25

EN LAS MONTAÑAS DEL TEMPLO ÁMBAR

El frío de las montañas no era el mismo que el de los valles.

Abajo, el aire se sentía húmedo, pesado, lleno de niebla y olor a tierra podrida. Arriba, el frío era seco, cortante, casi limpio... pero no menos hostil. El viento golpeaba como cuchillos, se metía entre las grietas de la armadura, se pegaba a las plumas de Medli hasta entumecerlas.

El sendero que les había marcado van Richten era más una sugerencia que un camino real: piedras sueltas, tramos donde la nieve vieja cubría el suelo y ocultaba huecos traicioneros, barrancos a un lado que se perdían en la niebla.

—Si nos caemos por ahí, ni siquiera va a haber cadáver que enterrar —murmuró Sërah, mirando al vacío.

—Pensaba que tú no eras de las que se preocupan por entierros —contestó Antares, ajustándose la capa.

—No me preocupa el entierro —respondió ella—. Me preocupa que nadie encuentre mis dagas.

Medli soltó una pequeña risa sin querer.

Duró poco.

El viento se llevó el sonido.

El camino se hacía más estrecho conforme subían. A ratos, tenían que avanzar en fila, con Leönard al frente, probando la resistencia del suelo, y Antares atrás, asegurándose de que nadie se quedara.

Draug, en medio, iba con los ojos entrecerrados, no solo por el viento, sino por algo más.

—Hay... magia en todo esto —dijo, una vez que se detuvieron a tomar aire—. No solo el templo. La montaña completa. Como si alguien hubiera clavado algo aquí hace mucho y el frío se hubiera quedado pegado.

Ämroth miró hacia arriba, hacia las paredes de roca que los rodeaban.

—Tiene sentido —respondió—. Si quieres esconder algo que no quieres que nadie encuentre, lo entierras bajo hielo y piedra. Y luego, construyes encima un lugar tan horrible que nadie quiera volver.

—Funciona —murmuró Medli.

No estaban solos.

A lo largo del camino, encontraron restos: un par de huesos semienterrados, una bota vieja congelada en la nieve, un campamento abandonado donde solo quedaba un fogón a medio apagar y una mochila rota.

Nadie comentó, pero todos pensaron lo mismo:

No somos los primeros que subimos.

La pregunta era cuántos habían bajado.

El Templo Ámbar apareció primero como una sombra pegada a la montaña.

Luego, como una línea recta en medio de tanta roca irregular.

Al final, se reveló del todo: una enorme fachada tallada directamente en la ladera, con columnas gigantes que flanqueaban una puerta de piedra. Entre las columnas, estatuas erosionadas de figuras encapuchadas miraban hacia el valle con rostros borrados por el tiempo.

Lo que le daba nombre al lugar no era la piedra.

Eran los bloques de ámbar.

En varias secciones de la fachada, grandes paneles de un color naranja oscuro, casi dorado, estaban incrustados, como si alguien hubiera congelado dentro de la roca pedazos de atardecer. La luz tenue del día se reflejaba en ellos, haciendo que el templo pareciera respirar una luz propia, débil, enferma.

Medli sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el viento.

—No me gusta esto —susurró—. Nada.

—A van Richten tampoco —respondió Antares—. Y aun así dijo que teníamos que venir.

Leönard miró la puerta.

No tenía cerradura visible. Solo un relieve gastado de una figura arrodillada frente a algo que no se veía del todo.

—Hay cosas que Strahd no quiere que toquemos —dijo—. Eso, para mí, es motivo suficiente para entrar.

Sërah chasqueó la lengua.

—Algún día deberíamos hacer una lista de las cosas que él no quiere que toquemos y quemarla —comentó—. Solo para ver qué se siente no seguirle el juego.

Ämroth dio un paso adelante.

Apoyó ambas manos en la piedra.

Empujó.

La puerta cedió con un sonido largo.

El aire que salió de dentro no era el de una tumba cerrada.

Era frío... pero viejo. Cargado de polvo, de ecos.

Y de otra cosa.

Algo que olía a piedra húmeda y a sueños malos.

El interior del templo estaba casi a oscuras.

Solo unas antorchas viejas, encendidas por sabe quién y sabe hace cuánto, parpadeaban en algunos soportes, proyectando sombras largas sobre el suelo de piedra pulida. Las paredes estaban cubiertas de relieves extraños: figuras encapuchadas ofreciendo algo a manos invisibles, ojos tallados que seguían a quien pasara, símbolos que ninguno reconocía del todo.

El silencio era raro.

No era verdadero silencio.

Había un eco constante, como si alguien estuviera susurrando desde muy lejos, en un idioma que no terminaba de formarse.

—¿Escuchan eso? —murmuró Medli.

—Sí —respondió Draug—. Y preferiría no hacerlo.

El pasillo principal se perdía hacia adelante, flanqueado por columnas pesadas. A los lados, otras galerías se abrían, como bocas de cueva.

—Nos mantendremos juntos —dijo Leönard—. No es lugar para separarnos.

El Templo Ámbar no opinaba lo mismo.

Mientras avanzaban, esa sensación de ser observados se hizo más nítida. No desde un solo punto, como con Strahd, sino desde muchos, como si cada sombra tuviera ojos.

En el primer gran salón se detuvieron.

Era una cámara larga, con un techo tan alto que la luz de las antorchas no lo alcanzaba. En las paredes laterales, elevados sobre plataformas, había bloques enormes de ámbar, incrustados como cofres gigantes.

Dentro de cada bloque, algo se movía.

No de forma clara.

No eran cuerpos ni figuras completas.

Eran... sombras. Restos. Manchas de oscuridad que parecían flotar suspendidas en el interior, como insectos atrapados en resina. A ratos, parecía que se acercaban a la superficie. A ratos, que se alejaban.

Medli se abrazó el laúd.

—¿Qué son? —susurró.

Draug tragó saliva.

—Presencias —dijo—. Cosas... que murieron, pero no del todo. O que nunca estuvieron vivas y, aun así, no se han ido.

Ämroth sintió un escalofrío que le bajó por la columna.

—Esto no es un templo normal —murmuró—. Es una prisión. O una bodega.

Antares no apartaba la vista de los bloques.

Algo en su interior respondía a esas sombras, como un eco.

Leönard respiró hondo.

—Recordemos por qué estamos aquí —dijo, tratando de mantener el foco—. Necesitamos entender mejor qué hizo Strahd en este lugar. Qué pactó. Qué podemos usar en su contra.

—Y qué trampas no debemos repetir —añadió Draug.

Una voz se coló en ese momento.

No venía de uno de ellos.

Venía de los bloques.

Fue como si alguien hubiera hablado desde el fondo de un pozo.

—*Llegan tarde*— susurró, en un idioma que sus oídos no conocían, pero que su mente entendió igual. —*Pero llegan*.

El eco recorrió el salón.

Cada uno lo oyó distinto.

Pero todos lo sintieron igual: como una mano fría rozando la nuca.

No fue que se separaran físicamente.

Fue... otra cosa.

El templo se metió entre ellos.

Mientras avanzaban por el salón, cada uno sintió, en algún momento, la necesidad extraña de detenerse frente a uno de los bloques de ámbar. No el mismo. No al mismo tiempo.

Y, cuando lo hicieron, el mundo alrededor se apagó un poco.

El murmullo de los demás se hizo más lejano.

La luz se estrechó, como si solo existiera el bloque frente a ellos.

Y la sombra dentro... los vio.

Medli

El bloque que la llamó estaba en una esquina, un poco apartada, como si alguien lo hubiera colocado ahí para que no estorbara.

La sombra dentro no tenía forma clara.

Pero cuando Medli se acercó, vio algo que el resto no vio.

Plumas.

Miles de pequeñas plumas negras, girando despacio dentro del ámbar, como un remolino lento. Entre las plumas, destellos blancos, como ojos que se abrían y cerraban.

Una voz habló, no con palabras sueltas, sino con sensaciones.

Muerte.

Pausa.

Caminos que se cruzan entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Medli sintió cómo su respiración se volvía más rápida.

—Yo... no vine a hacer un pacto —murmuró, sin darse cuenta de que lo decía en voz alta—. Solo... necesito entender.

La sombra pareció inclinarse.

—Entender... es el primer paso para controlar— susurró algo dentro. —Te haces preguntas correctas. Te detienes donde otros gritan y corren. Te quedas cuando ves morir.

Imágenes cruzaron su mente.

Los niños de la Death House.

El molino.

El civil en el festival de Vallaki.

El Árbol de sangre.

Y, por encima de todo, la visión en el Bonegrinder: sus compañeros sufriendo, atrapados en pesadillas, y ella, la única capaz de ayudarlos.

La voz siguió.

—Puedes aprender a ver los hilos que separan la vida de la muerte. A caminar en el borde sin caer. A tocar almas sin que se rompan... si lo merecen.

Detrás de esas palabras, Medli sintió otra presencia.

Fría, ordenada, sin la desesperación de las sombras del ámbar.

Una figura alta, con plumas negras y una corona invisible, observándola a distancia.

No habló.

Pero estaba ahí.

—Ya... ya hay alguien que me mira desde ahí —susurró Medli, apretando el laúd—. No sé si quiero que se acerque más.

La sombra se agitó.

—No necesitas otro. Me tienes a mí.—

Una sensación de profundidad sin fondo la golpeó.

Si aceptaba, podría ver más allá del momento de la muerte. Podría entender qué se llevaba a la gente, qué la dejaba atrapada, qué la volvía. Podría tal vez... decidir.

Y el precio...

La voz no lo decía.

Pero lo dejaba claro en la forma en que la resina vibraba: no se sale limpio de algo así.

Medli dio un paso atrás.

—No —dijo, en voz baja, sorprendida de que le saliera tan firme—. Quiero entender, sí. Pero... no así. No contigo.

La sombra se detuvo.

Algo parecido a una risa, seca, resonó dentro del ámbar.

—*Aprenderás igual*— susurró—. Con o sin trato. Este valle no te va a permitir ignorar la muerte. Solo recuerda algo: cuando te llamen desde los dos lados... nadie puede quedarse para siempre en medio.

La imagen de la mesa del sueño volvió: copa, pluma, estaca.

Medli apretó los dientes.

Se dio la vuelta.

Los susurros se atenuaron.

El templo la dejó ir.

Por ahora.

Sërah

El bloque que la sedujo no estaba en alto, sino a ras del suelo, como una puerta baja.

Dentro, la sombra no era difusa.

Tenía contornos.

Una máscara.

No una máscara física, sino la idea de una: un rostro sin rasgos definidos, solo ojos alargados, sonriendo. A ratos, parecía la máscara que Sërah ya conocía. A ratos, cambiaba, adoptando otras formas, como si probara distintos rostros para ver cuál le gustaba más.

La voz no vino de lejos.

Vino de muy cerca.

—*Has llegado lejos con migajas*— dijo, con tono casi divertido
—. Hurtos pequeños, atajos discretos, decisiones que nadie

más quiso manchar. Has sobrevivido a punta de colarte por grietas y salir oliendo casi a limpio.

Sërah apretó la mandíbula.

—No tienes idea de lo que he hecho —respondió.

—*Tengo bastante*— replicó la voz—. Estabas perdida en las calles. Vendiste cosas más valiosas que oro para poder seguir adelante. Y aún así, sigues actuando como si no tuviera nada que ver contigo.

Imágenes cruzaron por su mente.

La primera vez que sintió que algo la escuchaba cuando susurraba promesas en la oscuridad. El momento en que aceptó hacer “cualquier cosa” con tal de no ver morir a alguien más. La sensación de cadenas invisibles en sus muñecas... y la de tener una llave que no terminaba de usar.

—*Te ofrecí libertad*— continuó la voz—. No como los amos que tuviste antes. No como los cazadores que te perseguían. Libertad real: de miedo, de hambre, de culpa.

El ámbar pareció oscurecerse.

—*Aquí, puedes hacer que eso se vuelva más... claro.*—

Sërah tragó saliva.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—*Lo que ya estás dando*— respondió la máscara—. Tu filo. Tu ingenio. El placer que te da cortar las cadenas de otros... y a veces, atar las tuyas a alguien más interesante.

El bloque le mostró cosas.

Se vio a sí misma moviéndose entre sombras en lugares que no eran Barovia: ciudades flotando sobre fuego, puentes de hueso, salones de mármol negro. Siempre con alguien a su lado, una figura vestida de rojo oscuro, sonriendo, aplaudiendo cada truco, cada traición bien ejecutada.

Apenas alcanzaba a ver el contorno de unos cuernos integrados a la corona.

La voz susurró.

—*No quiero tu alma. Ya está hipotecada en otro lado*— mintió, o no—. Solo quiero ser la mano que te suelte las cadenas que te quedan. Darte herramientas. Hacer que cuando llegue la hora, no seas la que se rompe, sino la que elige.

El templo estaba en silencio alrededor.

Nadie más escuchaba.

Sërah pensó en Leönard mirándola con desconfianza. En Ämroth juzgando cada atajo. En la forma en que Medli aún la veía con una mezcla rara de curiosidad y miedo.

Pensó en la promesa que se había hecho a sí misma: nunca volver a estar a merced de nadie.

—¿Y si digo que no? —preguntó.

La máscara pareció inclinar la cabeza.

—*Ya dijiste que sí hace tiempo*— respondió—. Aquí solo estás afinando los términos.

La superficie del ámbar vibró.

Sërah levantó la mano.

Se detuvo a unos centímetros.

Si la apoyaba del todo, si dejaba que la conexión se cerrara, algo se sellaría. No podía decir qué. Pero lo sentía.

Se quedó así un segundo.

Luego, la escena se cortó.

No supo —o no quiso saber— si había tocado o no.

Solo supo que, cuando se apartó, el murmullo en su cabeza era un poco más fuerte que antes.

Y que, por primera vez en mucho tiempo, pensar en romper sus cadenas no la hizo sentir más libre... sino más atada a alguien que reía en otra parte.

Draug

El bloque que lo llamó estaba partido.

Una grieta vertical atravesaba el ámbar, como si algo hubiera intentado salir y lo hubieran vuelto a sellar a la fuerza. Dentro, la sombra no era una mancha uniforme.

Era un ojo.

No uno físico, pero la sensación era clara: algo lo estaba observando desde dentro. A su alrededor, otras pequeñas sombras flotaban, como libros cerrados o puertas cerradas.

Draug se acercó sin darse cuenta.

La voz que oyó no sonó como una sola.

Sonó como muchísimas voces hablando al mismo tiempo, formando una sola frase.

—*Te he visto leer a oscuras*— susurró—. Te he visto robar páginas de libros que no eran para ti. Te he visto copiar mapas que nadie quería que vieras. Te he visto seguir los pasos de un hombre al que temes parecerte.

Imágenes se amontonaron en su mente.

Mapas de Oerth. Diagramas de ciudades antiguas. Esquemas del laberinto bajo una gran ciudad costera, con mil niveles, puertas secretas, trampas imposibles. Los mismos planos que había hojeado de niño, escondido, mientras su abuelo murmuraba cosas sobre “niveles”, “experimentos” y “jugar con aventureros”.

Su abuelo.

El hombre del que había huido.

El que creía haber matado.

La voz continuó.

—*Te preguntas si lo mataste tú*— dijo—. Si el accidente fue culpa tuya. Si el derrumbe, la explosión, la magia fuera de control... lo borró del mapa porque tú estabas ahí.

Draug apretó los puños.

—Fue culpa mía —dijo, casi escupiendo las palabras—. Yo activé lo que no debía.

El ámbar se oscureció.

Le mostró otra escena.

Un laberinto enorme bajo una ciudad que no era Barovia: pasillos infinitos, puertas que se movían solas, habitaciones que cambiaban de lugar. En el centro, una torre invertida, y en lo alto —o en el fondo, era difícil saberlo— una figura solitaria, rodeada de círculos mágicos, riéndose mientras movía piezas invisibles.

No le veía el rostro.

Solo una melena desordenada, ojos brillando de locura y genio mezclados, manos manchadas de tinta y sangre.

Su abuelo.

Vivo.

Lejos.

Jugando a ser dios de un laberinto.

La voz del ámbar se coló por las grietas.

—*Tu error fue creer que eras tan importante*— susurró—. No lo mataste. Nadie lo mata tan fácil. Eres un paso más en su juego. Una pieza que dejó caer en otro tablero para ver qué pasaba.

El ojo dentro del ámbar se fijó en él.

—Te ofrezco esto: entender los laberintos. No solo los de piedra. Los de la mente, los de los planes, los de los mundos. Ver los patrones que otros no ven. Saber cuándo estás siendo usado... y cómo usar de vuelta a quienes creen que juegan contigo.

Draug sintió una punzada de deseo puro.

No de poder bruto.

De comprensión.

De dejar de sentirse un niño perdido en las notas de su abuelo.

—¿Y el precio? —preguntó.

—Guardar secretos— respondió la voz—. No solo los tuyos. Los de otros. Ser un nudo en la red. Saber... y no siempre poder hablar. Ser ojos y manos de algo que se alimenta de lo que nadie debería saber.

Detrás de esa frase, Draug sintió algo más grande.

Una presencia que no estaba atrapada en el ámbar.

Algo que se extendía más allá, a otros planos, a otros mundos. Una figura en un trono hecho de manos y ojos, rodeada de libros encadenados. El mismo eco que había sentido en el Tarot con el Guardián del Secreto.

Un pedazo de ese algo estaba aquí, esperando.

Draug respiró hondo.

—No —dijo, aunque le dolió—. No voy a ser ojos de nadie más. Ni de mi abuelo, ni de ti, ni de lo que sea que esté detrás.

El ojo en el ámbar pareció cerrarse... para luego volver a abrirse, más pequeño.

—*Ya eres parte del juego*— murmuró la voz, retirándose—. Lo sepas o no. Lo único que puedes elegir es si caminas a oscuras... o sabiendo qué cuchillo te apunta a la espalda.

Draug dio un paso atrás.

Sabía que había rechazado algo.

Pero también sabía que no había salido del todo ileso.

Había visto demasiado.

Y una certeza nueva se le clavó en el pecho:

Su abuelo seguía vivo, en algún laberinto que hacía parecer simple a cualquier Dungeon del mundo. Y tarde o temprano, si quería romper ese hilo, iba a tener que entrar al juego del “arquitecto” por voluntad propia.

Leönard

El bloque que lo llamó era distinto.

La resina no era naranja.

Era casi blanca, como ámbar pálido, con vetas de gris.

Dentro, la sombra tenía forma humana.

No definida, pero claramente erguida, con algo parecido a una armadura de luz opaca. No era luz cálida. Era un brillo frío, como la de una estrella lejana.

La voz que escuchó sonó... limpia.

Demasiado limpia.

—*Te esfuerzas por hacer lo correcto*— dijo—. Te quiebras cada vez que no puedes salvar a todos. Te duele cada vez que ves que tus decisiones manchan cosas que querías mantener intactas.

Leönard apretó los dientes.

—No necesito que un trozo de piedra me lo diga — respondió.

La voz continuó, ignorándolo.

—Te molesta la ambigüedad. Te molesta no poder decir “esto es bueno” y “esto es malo” sin duda. Te molesta que te cuestionen cuando decides. Quisieras... claridad.

Leönard sintió que algo se removía dentro.

La imagen cambió.

Se vio a sí mismo con una armadura distinta: no de metal, sino de luz sólida. Un escudo enorme, brillante. Una espada que dejaba estelas blancas al moverse.

Frente a él, la gente no dudaba.

Lo miraban con reverencia, con miedo o con gratitud, pero no con cuestionamientos.

Cada vez que levantaba la espada, sabía sin error si la persona frente a él “merecía” vivir o morir. No había grises. No había dudas. No había noches sin dormir.

La voz se hizo más suave.

—Puedo darte eso— susurró—. Fuerza bendita. Juicio absoluto. Que tus golpes sean la ley, que tus decisiones no se tambaleen. Nunca más un festival dudando. Nunca más una abadía llena de mierda disfrazada de virtud.

Leönard tragó saliva.

Parte de él quería gritar que no.

Otra parte... sentía alivio solo de imaginarlo.

—¿Y qué de mí se va en el intercambio? —preguntó, con la voz ronca.

El ámbar se oscureció apenas.

—*Tu duda*— respondió la voz—. Tu compasión. Esas pequeñas voces que preguntan “¿y si?”. Dejarías de escuchar a los débiles que creen saber más que tú. Serías instrumento puro de justicia.

Leönard vio, en la visión, cómo actuaba.

Cómo cortaba sin vacilar al abad. Cómo quemaba el molino con todo y brujas antes de entrar. Cómo mataba a Henrik sin dudar. Cómo dejaba a los mongrelfolk como “errores a corregir”.

Era... fácil.

Y horrible.

—No —dijo, apretando el escudo hasta clavarse el metal en la palma—. No quiero ser un arma sin dudas. Mis dudas son lo único que me separa de los monstruos que juzgo.

La voz no se enojó.

—*No durarás mucho así*— murmuró—. Pero al menos, cuando caigas, sabrás que lo hiciste todavía humano.

La sombra se retiró un poco.

Leönard se separó del bloque, con el pulso acelerado.

No había aceptado.

Pero la tentación había sido real.

Y ahora sabía algo más sobre sí mismo que le daba asco admitir:

Una parte de él quería, desesperadamente, que alguien le dijera que nunca más tendría que cuestionarse.

Ämroth

El bloque que lo llamó tenía grietas llenas de escarcha.

Dentro, la sombra no era difusa.

Era una figura sentada en un trono.

No se veía el rostro. Solo la silueta: un cuerpo encapuchado, delgado, con una mano sosteniendo algo parecido a una guadaña. A sus pies, montones de cráneos diminutos se acumulaban, formando una especie de mar de huesos.

La voz que oyó no fue un susurro.

Fue un suspiro larguísimo.

—*Has visto morir a alguien que debía vivir en tu lugar*— dijo—. Repites esa escena una y otra vez. El templo. La maldición. El maestro que se puso entre tú y el golpe.

Ämroth apretó las mandíbulas.

El ámbar lo empujó a ver.

La tumba antigua. El error. Carrick recibiendo la maldición.

Y luego, algo que él no había visto.

Carrick, más tarde, solo, en un lugar distinto. No en la tumba donde había caído, sino en otra, más horrible, más profunda. Un sarcófago con símbolos distintos, un altar hecho de dientes, una maldición más vieja aún.

La voz siguió.

—*Crees que todo terminó allí. No sabes que su alma fue arrastrada más lejos. A una tumba que devora, a un trono que reclama lo que las otras muertes dejan suelto.*

Ämroth sintió un vacío en el estómago.

—¿Qué... estás diciendo? —preguntó.

La sombra en el trono se acomodó, como si sonriera debajo de la capucha.

—Hay un lugar lejos de aquí, donde la muerte no descansa. Una tumba en una jungla, donde las almas se consumen como luz atrapada. Allí, quien diseñó todas las trampas disfrutó viendo a tu maestro resistir... y caer.

Una imagen se formó: una pirámide ennegrecida por la selva, una calavera gigantesca como puerta, un altar donde la energía verde se arremolinaba como tormenta en miniatura.

Ämroth sintió ganas de vomitar.

—¿Y tú... qué tienes que ver con eso? —murmuró.

—Soy el que recoge lo que otros dejan caer— respondió la voz—. El que se sienta cuando todos los demás dioses dejan la sala. El que espera al final de todos los caminos. El Trono donde se sientan las últimas sombras.

No había nombre.

No hacía falta.

La presencia era enorme.

La oferta llegó, inevitable.

—*Llevas culpa como armadura*— dijo—. Podrías transformarla en filo. Podrías ser mi espada entre los vivos. Cortar cadenas, no por piedad ni por rabia, sino para acelerar el final de quienes ya están destinados a mí.

Ämroth vio una versión de sí mismo con armadura más oscura, con sus espadas de luna bañadas en una luz marchita, cortando no solo a quienes lo merecían, sino a cualquiera que “ya estuviera en la lista”.

Su voz tembló.

—No voy a trabajar para alguien que ve a todos como “inevitables”—dijo—. Mi maestro se quedó ahí para que yo siguiera vivo. No para que me convirtiera en verdugo de su... jefe.

La sombra se inclinó apenas.

—*Tu maestro está en un lugar que ninguno de tus dioses se atrevió a tocar*— murmuró—. Cuando quieras respuestas, tendrás que venir donde yo ya tengo una silla esperando.

El ámbar se enfrió aún más.

Ämroth apretó los dientes.

Se apartó.

Tenía más preguntas que antes.

Y algo más claro:

Carrick no solo había muerto. Alguien o algo se lo había reclamado. Y si quería entender esa historia, tarde o temprano tendría que entrar a esa tumba en la jungla de sus pesadillas.

Antares

El bloque que lo eligió estaba casi apagado.

Dentro, no alcanzaba a ver nada.

Hasta que él se acercó.

Entonces, algo se encendió.

Una chispa roja.

La sombra que emergió no era externa.

Era suya.

Se vio a sí mismo, sin armadura, sin armas, cubierto de sangre, respirando agitado. Sus ojos eran distintos: no tenían la calma fría que se esforzaba en mantener, sino un brillo salvaje que apenas reconocía.

La voz no sonó como algo ajeno.

Sonó como él mismo, desde el fondo del pecho.

—*Has pasado toda tu vida controlando la bestia*— dijo—. Te dijeron que había algo malo en ti. Que si lo soltaba, destruirías todo. Así que la encadenaste. La amarraste con disciplina, con códigos, con planes.

Antares tragó saliva.

—Si no lo hubiera hecho, habría matado a gente que no lo merecía —respondió.

La voz se rió, seca.

—*¿Y cuántos monstruos se han reído en tu cara mientras tú te contenías? ¿Cuántas veces has visto a alguien sufrir porque tú decidiste no “perder el control”?*

Imágenes.

El festival.

El molino.

La colina.

Krezk.

En todas, había un momento en que él se detenía, midiendo, calculando.

En cada una, había alguien que moría igual.

—*Tu furia no es un error*— siguió la voz—. Es un arma. Una que te niegas a usar por miedo a lo que diga la gente.

“Monstruo”. “Bestia”. “Bárbaro”. Palabras bonitas para los que prefieren ser víctimas educadas.

Antares sintió un calor subirle por el cuello.

—No quiero disfrutarlo —dijo, en voz baja—. No quiero volverme alguien que se alimenta de la pelea.

—*No tienes que disfrutarlo*— respondió la voz—. Solo tienes que aceptar que, cuando llegue el momento, tu sangre va a hervir y tus músculos van a pedir más. Y que está bien. Porque habrá cosas aquí que solo caerán si alguien deja de frenarse.

El ámbar le mostró algo.

Una batalla futura.

No veía los detalles, pero se veía a sí mismo, sin escudo, con el torso descubierto, cubierto de cicatrices. Gritando, con una furia que no era solo odio, sino algo más: una especie de claridad violenta que lo hacía más rápido, más fuerte, más difícil de tirar.

A su alrededor, sus compañeros caían.

Y él era el único de pie.

La voz se suavizó.

—*No te ofrezco un pacto. No te pido que me sirvas*— dijo—. Solo te muestro lo que ya está en ti. La decisión no es “sí” vas a soltarlo... sino “cuándo”.

Una pausa.

Y a quién decides mantener de pie cuando lo hagas.—

Antares cerró los ojos.

Sintió, por un momento, cómo sería dejar de contenerse siempre. Gritar. Golpear hasta que algo se rompiera. No pensar en si era “digno” o no.

Cuando los abrió, se apartó del bloque.

No había dicho que sí.

Pero tampoco podía decir que había dicho que no.

Solo sabía que, cuando se imaginaba el final de todo esto, no se veía muriendo tranquilo en una cama.

Se veía de pie, frente a algo mucho más grande que él, sangrando, gritando... y sonriendo con los dientes manchados.

El templo no solo les ofreció tentaciones individuales.

También les mostró algo en conjunto.

En una sala más profunda, a la que llegaron después de un rato que se sintió eterno, encontraron un mural tallado en la roca.

Mostraba la historia de alguien.

Un hombre de aspecto noble, joven, de pie frente a un altar tallado en ámbar. Detrás de él, un ejército. A un lado, una mujer sonriente. Del otro, un hermano. Bajo sus pies, un valle abierto.

En la siguiente escena, el hombre estaba solo frente al altar.

La mujer, con otra silueta. El hermano, a sus espaldas, con una espada. El valle, lleno de niebla.

En la tercera, el hombre extendía la mano hacia algo encerrado en un bloque de ámbar.

No se veía qué.

Solo una sombra.

De ese contacto salían líneas, como raíces, que se extendían hacia todos lados: al valle, al castillo, a otras escenas talladas alrededor.

En una esquina, apenas visible, otra figura, más grande, sentada en un trono de sombras, observaba la escena con algo parecido a diversión. No intervenía. Solo veía.

En otra esquina, más arriba, una forma distinta: no un trono, sino una especie de círculo de runas, dentro del cual había un ojo y una mano tallados. De ese círculo salían hilos que tocaban no solo el altar del hombre, sino otros lugares que no reconocían: un desierto, una ciudad colgando de cadenas sobre fuego, una torre infinita.

Draug se acercó al ojo y la mano.

Sintió el mismo eco que en el bloque de antes.

Medli miró la figura del trono de sombras.

Sintió el mismo frío que en el ámbar helado.

—Él no fue el primero —murmuró—. Strahd.

Señaló el mural.

—Esto parece historia vieja. Como si otros ya hubieran tocado cosas que no debían antes que él.

—Y tampoco es el único —añadió Draug, señalando el círculo del ojo y la mano—. Hay otros... mirando.

Leönard apretó la mandíbula.

—No me gusta esto —dijo—. Pensé que nuestra pelea era contra un solo monstruo con ego de dios.

Miró el mural completo.

—Pero parece que él solo es un... peón grande en un tablero donde hay cosas que juegan con mundos.

Ämroth miró el trono de sombras.

—Y hay uno que recoge todo al final —añadió—. Le encanta ver cómo los demás juegan.

Antares frunció el ceño.

—Y todavía hay otro que no aparece en la escena, pero cuyos hilos se sienten por todas partes —dijo—.

Pensó en la máscara, en las cadenas, en las ciudades sobre fuego.

—Alguien que prefiere quedarse detrás del telón y hacer contratos.

Sërah no dijo nada.

Pero la piel se le erizó.

El templo les estaba dejando claro algo:

Su lucha en Barovia era importante.

Pero no era única.

Había una guerra mucho más grande, en planos y lugares que apenas alcanzaban a imaginar. Deidad de secretos. Trono de muerte. Señores de contratos. Arquitectos de

tumbas. Y en medio, gente como ellos, moviéndose, creyendo que sus decisiones solo afectaban al pueblo donde estaban parados.

Cuando salieron del Templo Ámbar, el día ya no era día.

No sabían cuánto tiempo había pasado dentro.

El cielo seguía gris, pero de un tono distinto, más apagado. El viento los golpeó en la cara como si hubiera esperado fuera todo ese tiempo.

Nadie habló durante un buen rato.

El silencio no era el de antes, de cansancio o simple respeto por el peligro.

Era un silencio lleno de cosas que no se podían decir fácil.

Medli apretaba el laúd como si fuera un salvavidas.

Sabía más de la muerte que antes.

No por pactos.

Por las cosas que había visto.

Y sabía que alguien la estaba mirando desde lejos, paciente.

Sërah tenía las manos metidas en los bolsillos, jugando con algo invisible.

El murmullo en su cabeza era un poco más fuerte.

No estaba segura de si en algún momento había apoyado la palma del todo en el ámbar.

Decidió que no quería recordar.

Draug caminaba con el ceño fruncido. Había visto demasiado.

Ya no podía engañarse pensando que su abuelo era solo “un error del pasado” del que había huido, sino una pieza activa en un juego más grande: laberintos que no se quedaban en Oerth, sino que se extendían a otros planos, otros mundos, otras prisiones.

Sabía ahora, con una certeza incómoda, que el hombre al que había intentado dejar atrás seguía vivo en alguna torre imposible, en algún nivel de un Dungeon que hacía parecer pequeña a cualquier mazmorra de Barovia.

Y otra cosa se le clavó en el pecho:

Si quería romper ese hilo, tarde o temprano tendría que entrar al laberinto por voluntad propia... y no solo como el niño asustado que huyó la primera vez.

Leönard sentía un peso nuevo.

Había rechazado la “claridad absoluta”.

Pero ahora sabía que no podía seguir fingiendo que sus decisiones eran “puras”.

Siempre habría precios escondidos.

Ämroth llevaba la mirada perdida en el horizonte.

El eco de la tumba en la jungla lo perseguía.

El Trono del Ocaso, la silla al final de todos los caminos, lo había mirado. Sabía que, en algún punto del futuro, sus pasos lo llevarían ahí.

Y que, cuando eso pasara, tendría que decidir si seguía siendo héroe, o algo más.

Antares sentía la sangre un poco más caliente que antes.

No había aceptado ningún pacto. Pero había mirado de frente a la bestia que llevaba dentro.

Sabía que tarde o temprano la iba a soltar.

La pregunta era si sería en el momento correcto.

En la distancia, el castillo seguía ahí.

Inmutable.

Como si no le importara que bajo las montañas, en un templo de ámbar, seis pequeñas figuras acabaran de asomarse detrás del telón y ver que había demasiadas manos en el tablero.

La guerra contra Strahd seguía siendo la misma. Solo que ahora sabían que, gane quien gane, alguien más estaría tomando nota.

Un ojo sin cuerpo.

Un trono de sombras.

Una máscara que cambiaba de rostro.

Un arquitecto de tumbas riéndose en junglas lejanas.

Y, en algún lugar entre la vida y la muerte, una reina silenciosa que empezaba a fijarse cada vez más en una pequeña aarakocra que no sabía aún qué lugar ocupar en el gran juego.

Bajando de la montaña, con el Templo Ámbar a sus espaldas, los seis ya no eran solo héroes que iban a matar a un vampiro. Eran piezas en una guerra que cruzaba planos.

Todavía podían elegir cómo jugar.

Pero ya no podían fingir que el tablero era pequeño.

Capítulo 26

LA NOCHE DEL ASALTO

Bajar de las montañas fue distinto a subirlas.

A la ida, el frío había sido un obstáculo más en el camino hacia lo desconocido. A la vuelta, el viento helado se sentía como una mano insistente en la espalda, empujándolos de regreso al valle. Como si Barovia misma se negara a dejarlos ir sin terminar lo que habían empezado.

El Templo Ámbar quedaba atrás, encajado en la montaña como una herida mal cerrada. Ninguno de los seis se atrevió a mirar demasiado tiempo por encima del hombro.

Habían visto suficiente.

Ahora tocaba actuar.

Volver al valle fue como hundirse otra vez en un agua espesa.

La niebla se fue cerrando con cada tramo de camino, trepando desde los árboles hasta enroscarse en sus tobillos, sus rodillas, sus armas. El cielo seguía igual de gris, pero la luz tenía otro tono, más bajo. Como si el día estuviera conteniendo la respiración.

—Tenemos que pasar por Vallaki primero —dijo Draug, mientras seguían la ruta de regreso—. Hay cosas ahí que tenemos que terminar.

Leönard asintió.

—Lucian —enumeró—. El escudo, las bendiciones. Los Martikov.

Hizo una pausa.

—Y cualquier asunto que nos quede pendiente con la gente que aún confía en nosotros.

—No usas la palabra “pueblo” —señaló Sërah—. Me sorprende.

—Estoy cansado de llamarle “pueblo” a un lugar que apedrea gente por no sonreír —respondió Leönard, sin humor.

Ämroth caminaba en silencio, pero sus ojos se movían, midiendo el tiempo.

Sabía que, después de esta noche, ya no habría muchos “después”.

Vallaki los recibió con la misma muralla, la misma puerta... pero otra atmósfera.

Después del festival arruinado, del cadáver del barón, de los vampiros en la bodega, la ciudad ya no intentaba fingir que todo estaba bien.

Había menos gente en las calles. Las risas forzadas habían desaparecido. Los guardias los vieron llegar y los dejaron entrar sin demasiadas preguntas, con la resignación de quien sabe que nada de lo que haga impedirá lo que viene.

En Agua Azul había más gente de lo normal, pero no el ruido alegre de otras noches. Era un murmullo bajo, lleno de vasos medio vacíos y miradas constantes hacia las ventanas.

Urwin Martikov los vio entrar y levantó la mano, llamándolos.

—Pensábamos que ya no volvían —dijo, cuando se acercaron—. ¿Lo lograron?

Draug dejó caer la mochila en una silla, exhausto.

—Depende de lo que entiendas por “lograr” —respondió—. Fuimos al Templo Ámbar. No salimos locos. Eso cuenta como victoria, creo.

Urwin frunció el ceño.

—¿Ese lugar existe de verdad? —murmuró—. Toda mi vida escuché historias de ahí... y siempre pensé que eran exageraciones para asustar niños.

—Ojalá fueran historias para niños —intervino Sërah—. Los niños no se inventan cosas tan retorcidas.

Davian Martikov, que estaba sentado en una esquina con una copa de vino que no tocaba mucho, levantó la vista hacia ellos.

Sus ojos parecían más viejos, pero también más claros.

—Entonces ya saben —dijo—. Que Strahd no es el único problema.

Ämroth apoyó los antebrazos en la mesa.

—Lo sabíamos desde hace tiempo —respondió—. Solo... ahora tenemos pruebas más feas.

Hubo un silencio compartido.

Luego, Urwin volvió a lo práctico.

—Les debemos más de lo que podemos pagar —dijo—. El viñedo se está recuperando gracias a lo que hicieron. La gente de aquí aún tiene vino. Eso mantiene algo de calor en las noches.

Miró a Leönard.

—¿Qué necesitan?

Leönard exhaló despacio.

—Información —dijo—. Y despedirnos.

Urwin frunció el ceño.

—¿Despedirse? —repitió.

—Vamos al castillo —dijo Antares, sin rodeos—. Esta noche o mañana a más tardar. Si esto sale mal... no habrá segunda oportunidad.

El murmullo de la taberna parecía apagarse un poco a su alrededor.

Varios parroquianos los miraron con una mezcla de miedo, respeto y incredulidad.

—Entonces sí, necesitan más vino —murmuró Davian, con un amago de sonrisa triste.

El padre Lucian los recibió en la iglesia con ojeras profundas y manos manchadas de cera.

Desde que habían recuperado los huesos de San Andral, el templo había vuelto a ser un refugio de verdad. No era un lugar seguro del todo —nada lo era en Barovia—, pero se sentía menos vulnerable.

—Sabía que volverían —dijo Lucian, cuando entraron—. No sabía si vivos, pero sabía que volverían.

Sus ojos se posaron en cada uno, con cariño cansado.

—Barovia tiene esa mala costumbre de no soltar a la gente que se le planta enfrente.

Medli avanzó primero.

—Padre... —empezó.

Lucian alzó una mano.

—No me digan que van al castillo —dijo—. Ya lo sé. Lo he sentido en cada misa, en cada vela que se apaga sola, en cada sueño que me despierta a media noche.

Respiró hondo.

—Solo díganme si quieren una bendición... o una excusa para darse la vuelta.

Leönard sonrió, de lado, por primera vez en días.

—La excusa no funcionaría —dijo—. Ya vimos demasiado.

Lucian asintió.

—Entonces vengan —pidió.

Los seis avanzaron hasta el altar.

No era un altar espectacular.

Era de madera gastada, con un símbolo sencillo tallado, flores marchitas a un lado y velas de distintos tamaños. Pero el aire ahí se sentía distinto. No limpio, pero sí cuidado.

Lucian los miró uno por uno.

—No puedo prometerles que saldrán vivos —dijo—. Ni que su camino será justo. Ni siquiera que el dios al que rezo esté mirando realmente este valle.

Una pequeña sonrisa amarga se dibujó en su rostro.

—Pero sí sé algo: si hay una mínima posibilidad de que la luz entre aquí una vez más, no será por milagro. Será porque ustedes hicieron cosas horribles, difíciles y necesarias, y aún así se rehusaron a dejar de ser personas.

Medli sintió que la garganta se le cerraba.

Lucian continuó.

—Los bendigo, no para que sean “perfectos”, sino para que, cuando tengan que elegir entre romperse ustedes o romper a otros... recuerden por qué empezaron todo esto.

Se persignó, hizo el gesto sobre cada uno.

—Que cualquier luz que quede—la que sea, venga de quien venga—los encuentre en el momento en que más la necesiten.

Cuando terminó, Ämroth habló.

—Si no volvemos... —dijo—. Dígale a la gente que al menos lo intentamos.

Lucian sonrió, triste.

—Si no vuelven, me tocará volver a contar historias —respondió—. Y le aseguro que, en mis historias, ustedes llegan más lejos de lo que este valle merece.

Antes de irse de Vallaki, subieron al campanario de la iglesia.

Desde ahí, el castillo se veía recortado contra el cielo, en la distancia, como una garra clavada en la montaña.

—Siempre está ahí —murmuró Medli—. No importa a dónde vayamos, siempre lo vemos.

—Así son las jaulas bien hechas —respondió Sërah—. Puedes dar mil vueltas dentro y en todas ves las rejas.

Draug sacó un trozo de pergamino.

No era un mapa común.

Era el dibujo de la lectura del Tarot de Madam Eva: las cartas puestas sobre la mesa, con anotaciones alrededor.

La carta central, con la figura de un ojo rodeado de runas, marcaba “El Guardián del Secreto”.

Otra, un sol partido, marcaba el artefacto: “La espada que duerme en la oscuridad de la muerte”.

Otra, una figura encadenada, “El aliado que odia más que nadie al señor de este castillo”.

La última, un trono rodeado de sombras, marcaba el lugar del enfrentamiento final.

—Según esto... —empezó Draug—. El artefacto está abajo, en las entrañas. Un lugar donde las paredes susurran en voces que no son tuyas.

Señaló una anotación.

—Las catacumbas.

—El aliado... —añadió Medli, leyendo—. “Un espíritu que alguna vez lo amó, y ahora lo detesta”.

Pensó en Ireena. En Tatyana. En el río. En el lago.

—Alguien atrapado ahí desde hace más tiempo que él mismo.

—Y el lugar donde tendremos que enfrentarlo... —continuó Ämroth, mirando la carta del trono—. “Donde el rey de espadas se cree intocable: su salón de sombras”.

Frunció el ceño.

—Probablemente no podamos elegir. Él va a querer que sea ahí.

Antares soltó aire.

—Entonces el plan es simple —dijo—. Entrar. Bajar. Encontrar la espada. Encontrar al aliado. Subir. Ponerle fin.

Sërah arqueó una ceja.

—“Simple” —repitió—. Me encanta cómo suena todo fácil en tu cabeza.

—No dije “fácil” —corrigió Antares—. Dije “simple”.

Sonrió, de lado.

—La parte difícil es que sigamos vivos para recorrer toda la ruta.

De Vallaki partieron al atardecer.

No porque fuera buena idea, sino porque ya no había tiempo que estirar.

En el camino, los cuervos los siguieron.

Era distinto a otras veces.

No solo un par de aves curiosas, sino bandadas enteras, posándose en árboles, postes, incluso en la muralla de Vallaki cuando se alejaron. Los ojos negros de los cuervos parecían más atentos, como si estuvieran tomando nota de cada paso.

—No están solo vigilando —dijo Davian, que los acompañó un tramo, en forma humana—. Están... apostando.

—¿Apostando? —repitió Medli.

—Los cuervos son buenos para ver quién cae primero —respondió Davian, encogiéndose de hombros—. Y para recordar quién los ayudó antes de caer.

Los miró, uno por uno.

—No puedo pelear por ustedes. No en el castillo. Pero puedo prometerles algo: si caen dentro, sus nombres no se van a perder en el barro. Habrá alguien que se acuerde.

Leönard le tendió la mano.

Davian la estrechó, con fuerza.

—No solo vamos por nosotros —dijo el paladín—. Vamos por todos los que ya no pueden.

Pasaron por el cruce del camino a Krezk.

No tuvieron que entrar.

Pero se detuvieron un momento, mirando hacia la ladera donde se adivinaba la abadía.

La campana sonó a la distancia.

Un tañido apagado, casi ahogado por el viento.

—¿Creen que sepa lo que vamos a hacer? —preguntó Ämroth, mirando hacia arriba.

—El abad sabe muchas cosas y entiende pocas —respondió Sërah—. Por mí que se quede allá arriba, jugando a las muñecas.

Dmitri no estaba en el camino.

Pero sí un par de guardias de Krezk que habían salido hasta la encrucijada, como si supieran que pasarían.

Traían una cesta con pan y tres botellas de vino.

—El burgomaestre les manda esto —dijo uno, sin muchos adornos—. Dijo que... no sabía cómo despedirse de gente que va a hacer algo que él nunca se atrevería a hacer.

Leönard tomó la cesta.

—Dile que si todo sale bien... —dijo—. Algún día se va a despertar y el castillo ya no va a estar mirando por encima de su hombro.

El guardia asintió.

—Y si sale mal... —añadió—. Rezaremos por que ninguno de ustedes se levante de la tumba con ojos rojos.

—Agradezco el esfuerzo —murmuró Sërah.

La última parada fue el cementerio de Barovia pueblo.

No había plan de ir... pero los pasos los llevaron ahí casi solos.

Las tumbas seguían igual.

Cruces torcidas, lápidas agrietadas, nombres borrados por la lluvia. La iglesia donde habían enterrado a Kolyan Indirovich estaba en pie, ligeramente inclinada, remendada.

No había multitudes.

Solo una figura.

Ismark, con la barba más crecida y el rostro más duro, estaba sentado en una de las tumbas, con una botella casi vacía a un lado.

Cuando los vio, se levantó, sorprendido.

—Pensé que ya se habían ido de aquí para siempre —dijo—. Como todo lo bueno.

Medli sonrió con tristeza.

—Se nos da mal irnos sin despedirnos —respondió.

Ismark los observó.

—Van al castillo —afirmó, sin pregunta.

Antares asintió.

—No podíamos no hacerlo —dijo—. Después de todo lo que hemos visto.

Ismark apretó la mandíbula.

—No voy a pedirles que lo maten por mí —dijo—. Ya hice demasiadas promesas que no pude cumplir.

Miró la tumba de su padre.

—Solo... si lo logran, si de verdad lo tiran... me gustaría que este pueblo tenga aunque sea un día de silencio. Sin aullidos, sin vampiros en los techos. Un día en el que la gente se despierte y no lo sienta encima.

Leönard se acercó a la tumba de Kolyan.

—Haré todo lo que pueda para que ese día llegue —dijo—. No puedo prometer que lo verás... pero sí que lo intentaremos hasta el final.

Ismark se pasó una mano por el cabello.

—Ireena... —empezó, dudando.

Se detuvo.

No terminó la frase.

Pero todos entendieron lo que no dijo: dónde estaría ella, qué papel jugaría en lo que venía.

Medli le puso una mano en el brazo.

—Si la vemos... —dijo—. Le diremos que no la olvidaste.

Ismark asintió, con la mirada brillando.

—Suerte —murmuró—. No sé si los dioses los escuchan aún, pero yo sí.

Soltó una leve risa sin humor.

—Y si mueren, háganlo de forma tan ruidosa que hasta el castillo lo sienta.

Sërah sonrió, seca.

—Eso sí se nos da.

La noche los alcanzó en la carretera que llevaba al castillo.

No una noche clara, estrellada.

Una noche baroviana.

El cielo era un techo de nubes negras, sin luna visible. La niebla subía desde las hondonadas, cubriendo el camino hasta las rodillas, luego hasta la cintura, como si intentara agarrarlos.

El viento traía aullidos lejanos.

Y algo más.

Música.

Muy, muy lejos, como si alguien tocara un órgano desde el fondo de una catedral enterrada. Notas largas, pesadas, que subían y bajaban, dibujando una melodía triste.

—Nos está esperando —murmuró Medli.

—Siempre lo ha hecho —respondió Draug.

El camino se fue estrechando, convirtiéndose en una calzada de piedra que serpenteaba hacia un precipicio.

A lo lejos, empezaron a ver luces.

No antorchas.

Faroles colgando de cadenas, marcando un punto fijo en el aire.

El puente a Ravenloft.

El puente se extendía sobre un abismo tan profundo que la niebla lo llenaba como agua en un pozo.

El rugido de una cascada invisible subía desde abajo, mezclado con el eco de piedras golpeadas por el agua. La baranda del puente era baja, de piedra, cubierta de musgo. A cada lado, dos estatuas enormes representaban a soldados con armaduras antiguas, lanzas quebradas, rostros borrados.

El castillo se alzaba al otro lado.

Imponente quedaba corto.

Era una masa de piedra negra y gris, con torres altas que se perdían en las nubes, balcones que sobresalían como garras, murallas llenas de almenas que parecían dientes. Las ventanas eran ojos amarillos, encendidos aquí y allá, vigilando.

Un torreón central se elevaba más que los otros, coronado por pináculos que parecían uñas intentando rasguñar el cielo.

El portón principal era un arco alto, con una reja de hierro forjado que imitaba espinas. Encima, un enorme vitral roto dejaba ver sombras moviéndose dentro, a la luz del fuego.

La sensación que daba no era solo de tamaño.

Era de algo vivo.

Un animal gigantesco, dormido con un ojo abierto, respirando despacio.

Medli se detuvo al inicio del puente.

Le temblaban las manos.

—Nunca... —murmuró—. Nunca lo había visto tan de cerca.

Ämroth se colocó a su lado.

Sus ojos recorrieron las torres, el portón, los muros.

—Es... —buscó la palabra—. Demasiado.

—Lo construyeron así a propósito —dijo Sërah—. Para que la gente se sintiera pequeña desde el primer paso. Para que el castillo gane antes de que empiece la pelea.

Leönard dio un paso sobre la piedra del puente.

Sintió el peso del abismo debajo.

Se quedó inmóvil un segundo.

No por miedo a caer.

Por la conciencia clara de que, al cruzar ese puente, ya no habría marcha atrás.

—Este es el punto —dijo, sin volverse—. El lugar donde podemos darnos la vuelta y seguir vivos un tiempo... o cruzar y aceptar que puede ser la última noche.

Antares lo alcanzó.

—Nunca hemos sido buenos para darnos la vuelta —dijo—. Y, seamos honestos, si no lo hacemos nosotros, ¿quién?

Draug miró al castillo, luego al abismo.

—Nos dijeron tantas veces que éramos “los elegidos”... —murmuró—. Y ahora que de verdad lo somos para algo, lo odio.

Medli sonrió, triste.

—Somos elegidos porque fuimos los que no se murieron en los primeros intentos —dijo—. Eso es todo.

Ämroth desenfundó una de sus espadas de luna.

La hoja brilló tenue, reflejando la escasa luz de los faroles.

—He visto muchas tumbas —dijo—. Muchas terminan llenas de gente que nunca hizo nada con su vida.

Miró el castillo.

—Si tenemos que acabar en una, prefiero que sea después de esto.

Sërah suspiró.

—Supongo que no voy a encontrar mejor escenario para un último trabajo —comentó—. Pago adelantado: dejar tal desastre aquí arriba que alguien tenga que escribir canciones sobre ello.

Medli apretó el laúd.

—Yo puedo ocuparme de eso —dijo.

El viento sopló más fuerte.

La música del órgano, lejana, cambió de tono.

Como si la nota larguísima de un acorde se hubiera sostenido demasiado tiempo, esperando que alguien respondiera.

Leönard respiró hondo.

—Juntos —dijo—. Pase lo que pase ahí dentro. No voy a prometer que todos saldremos vivos. Pero sí que nadie va a quedar atrás sin pelea.

Su mirada se cruzó con la de Sërah.

Con la de Antares.

Con la de Medli, Draug, Ämroth.

Se reconocieron mutuamente no como héroes perfectos... sino como la única gente disponible para hacer algo tan estúpido y necesario.

Dieron el primer paso.

La piedra del puente crujió bajo sus botas.

Los cuervos, en lo alto, emprendieron vuelo, dando vueltas sobre ellos, como si cerraran un círculo.

La niebla se pegó a sus tobillos.

El rugido del agua bajo el abismo subió de volumen.

Cada paso fue un golpe seco contra la piedra.

Cada golpe, un recordatorio:

Ya no somos los mismos que salieron de Barovia pueblo.

La lectura del Tarot ardía en la memoria de Draug.

La promesa del trono de sombras le pesaba a Ämroth.

La oferta de fuerza absoluta susurraba en el oído de Leönard.

La pluma invisible de la muerte seguía flotando sobre la cabeza de Medli.

El eco de la bestia interna latía en el pecho de Antares.

Las cadenas que no quería ver tiraban suavemente de Sërah desde la oscuridad.

Y, por encima de todos ellos, una figura en un castillo, una corona vieja, un corazón hueco, sonreía.

Esperando.

Llegaron al final del puente.

La reja de hierro del castillo estaba cerrada.

Pero no con cerrojos.

Solo apoyada.

Como si alguien la hubiera dejado así a propósito.

Leönard la empujó.

La reja se abrió con un chillido que hizo eco en el patio interior.

El olor a piedra húmeda, a hollín y a algo más —sangre vieja, flores marchitas, vino derramado— salió a recibirlos.

Al cruzar el umbral, Medli sintió un cosquilleo en la nuca.

Como si alguien hubiera trazado una línea invisible y ellos la hubieran cruzado.

—Ya estamos dentro de su historia —susurró.

—No —respondió Antares, llevándose la mano a la espada—. Él está a punto de entrar en la nuestra.

El patio era amplio, con pavimento desigual y malas hierbas creciendo entre las piedras. A un lado, una carroza negra con caballos espectrales esperaba inmóvil, como una invitación.

Al otro, una escalera de piedra subía hacia la puerta principal del castillo.

Las ventanas los miraban.

El órgano sonó más fuerte.

Una nota grave los atravesó.

Leönard puso un pie en el primer escalón.

—Esta es la última vez que podemos decir “no sabíamos” —dijo—. Después de esto, ya no habrá excusas.

Ämroth se colocó a su lado.

—Y también la última vez que podemos culpar solo a otros —añadió—. Lo que hagamos aquí dentro... será nuestro.

Draug guardó el pergamino del Tarot.

—Entonces hagámoslo bien —dijo—. No perfectos. No limpios. Bien.

Sërah hizo girar una daga entre los dedos.

—Y si alguien tiene que hacer lo sucio... —sonrió de medio lado—. Ya saben a quién llamar.

Medli inspiró hondo.

Sentía, al mismo tiempo, una pluma negra muy lejos... y unos colmillos muy cerca.

—No voy a dejar que él decida quién soy —murmuró—. Ni uno ni otro.

Antares ajustó el agarre sobre su arma.

El fuego en su pecho ardía un poco más fuerte.

No era solo rabia.

Era convicción.

—Entonces entremos —dijo.

Los seis subieron la escalera.

Llegaron frente a las puertas gigantes de madera y hierro del castillo Ravenloft.

No hizo falta tocarlas.

Se abrieron solas.

El aire de dentro era más frío que el de afuera.

Los recibió un vestíbulo oscuro, columnas de piedra, una alfombra roja que parecía sangre seca, escaleras que subían hacia la nada.

Y, desde algún punto más arriba, la voz de Strahd, suave, como si estuviera justo detrás de ellos.

—Bienvenidos —dijo—. Llegan justo a tiempo.

No había marcha atrás.

La noche del asalto había empezado.

Capítulo 27

EL BAILE DE SANGRE (PARTE 1)

Las puertas de Ravenloft se cerraron detrás de ellos con un golpe que sonó demasiado parecido a una tumba sellándose.

El eco se perdió en el vestíbulo, rebotando entre columnas de piedra negra y techos altos que se perdían en la oscuridad. Una alfombra roja, gastada y manchada, se extendía desde la entrada hasta una gran escalera de mármol, como si alguien hubiera decidido trazar un camino directo hacia la boca del lobo.

El aire olía a viejo.

No solo a polvo.

A madera húmeda, a cera consumida, a humo de chimenea antiguo... y a algo metálico, dulce, que Medli tardó un segundo en reconocer.

Sangre.

Seca. Lejana. Pero presente.

—Bien —murmuró Sërah, ajustando una daga en su cinturón—. Entramos.

—Todavía podemos salir —dijo Draug, casi por reflejo.

Detrás de ellos, las puertas se quedaron inmóviles.

Ni un resquicio de luz se colaba por la rendija.

—No —corrigió Antares—. No podemos.

El órgano sonó.

No lo vieron, pero lo sintieron.

Una nota grave, profunda, llenó el vestíbulo, como si el castillo entero fuera la caja de resonancia de aquel instrumento. La vibración bajó por las paredes, por el piso, por sus huesos.

Luego, una melodía empezó.

No era alegre.

Pero tampoco era puramente triste.

Era... nostálgica. Como si alguien estuviera tocando una canción que le dolía, pero de la que no podía desprenderse.

La voz de Strahd cayó encima de la música, suave, como si estuviera hablándoles al oído.

—Pensé que se tomarían más tiempo —dijo—. Pero supongo que la desesperación acelera la valentía.

La voz no venía de un punto concreto.

Estaba en todas partes.

Medli sintió un escalofrío.

—No contesten —murmuró—. Quiere que sepamos que está escuchando. No hace falta darle más alimento.

—Ya sabe que estamos aquí —replicó Sërah—. No somos precisamente discretos, ¿recuerdas?

Leönard dio un paso adelante.

El sonido de su armadura rompió el hechizo del vestíbulo por un segundo.

—Enfocados —dijo—. Ya conocimos su voz. Ahora necesitamos seguir lo que el Tarot nos marcó.

Señaló la alfombra.

—Arriba, primero. Luego veremos dónde se abre el camino hacia abajo.

Ämroth asintió.

Sus espadas de luna brillaban débilmente, reaccionando al ambiente cargado de magia.

—No bajemos la guardia —añadió—. Este lugar respira trampas.

La alfombra amortiguaba sus pasos, pero no los escondía.

Nada podía esconderlos en Ravenloft.

El vestíbulo se abría hacia un salón amplio.

A la derecha, un par de enormes puertas de madera oscura, talladas con figuras de lobos y viñas retorcidas. A la izquierda, un pasillo con retratos colgados a lo largo, todos cubiertos por una fina capa de polvo.

Subiendo, la gran escalera se dividía en dos tramos que se perdían en la penumbra del piso superior.

—Quiere que vayamos al salón principal —dijo Sërah, mirando las puertas talladas—. Seguro que ahí tiene preparada alguna escena dramática.

—No siempre hay que hacer lo que el monstruo quiere —replicó Leönard—. Pero tarde o temprano tendremos que pasar por ahí.

Draug sacó el pergamino de la lectura de Madam Eva.

—La espada está abajo —recordó—. En “la boca de los muertos”. El amuleto... cerca de un lugar de devoción arruinada.

Miró a su alrededor.

—Y el aliado... “en el corazón del recuerdo”.

Medli miró los retratos del pasillo.

Rostros nobles, rígidos, de distintas generaciones. Algunos se parecían a Strahd. Otros, a nadie.

—Empecemos por aquí —dijo, señalando el pasillo de los retratos—. Este lugar respira recuerdos.

—Y trampas —añadió Antares.

—Para eso estás tú —le sonrió Sërah.

El pasillo estaba iluminado por candelabros de pared con velas que nunca parecían agotarse.

Las pinturas seguían con la mirada a quien pasaba.

Leönard caminaba al frente, atento a cualquier cambio en el piso. Sërah iba pegada a las paredes, revisando marcos, buscando hilos, pequeñas muescas.

—Demasiado tranquilo —susurró Draug.

El castillo respondió.

Una de las armaduras decorativas que flanqueaban el pasillo se movió.

Primero, un leve chirrido de metal. Luego, el casco girando. Por último, los guanteletes cerrándose en un puño, produciendo un golpe seco.

—Ya lo echaste a perder —dijo Sërah.

La armadura avanzó, levantando una espada vieja, pero afilada.

Del otro lado del pasillo, otra armadura hizo lo mismo.

—Perfecto —murmuró Antares—. Baile de bienvenida.

No eran enemigos especialmente inteligentes.

Pero Ravenloft no necesitaba inteligencia en todo.

A veces bastaba con cansarlos, herirlos, hacer que gastaran energía.

Leönard se adelantó, interponiendo el escudo.

La espada de la armadura chocó contra el metal con un chasquido. Chispas saltaron.

—Por lo menos no sangran —gruñó el paladín.

—Eso lo hace menos divertido —comentó Antares, mientras cargaba contra la segunda armadura, golpeando con su hoja en un arco fuerte que hizo vibrar todo el armazón.

Draug levantó la mano, murmuró una palabra, y un destello de energía estalló en el interior del casco de una de ellas. La armadura se sacudió, como si le hubieran golpeado la “cabeza” por dentro.

Ämroth aprovechó el momento y se lanzó, sus espadas de luna cortando las uniones de metal con precisión. Una de las armaduras se derrumbó a sus pies, las piezas cayendo al suelo con estruendo.

Sërah, en lugar de atacar de frente, se deslizó por el costado, empuñó su daga y la clavó en una ranura de la espalda de la otra armadura, justo donde los remaches sujetaban el peto a la espalda. Dio un giro, forzó la unión, y el armazón perdió equilibrio.

—Medli —gritó Ämroth.

La aarakocra, que se había pegado instintivamente a la pared, respiró hondo, levantó el laúd y tocó una progresión rápida, aguda, como un latigazo sonoro.

Una vibración recorrió el metal enemigo.

Las armaduras temblaron, como si algo en su interior se desajustara.

El siguiente golpe de Leönard bastó para desarmar a una. El de Antares, para partir la otra en dos.

El ruido retumbó en el pasillo.

Silencio.

Solo sus respiraciones agitadas llenaron el espacio un segundo.

Luego, la voz de Strahd, suave, volvió.

—Siempre es un placer verlos trabajar —comentó—. La coordinación, las miradas... esa forma en que cubren las fallas del otro sin querer admitir que las tienen.

Hizo una pequeña pausa.

—Deberían bailar más seguido.

Medli apretó el laúd.

—No es un baile —murmuró.

La música del órgano subió un poco de volumen.

—Claro que lo es —respondió la voz—. Todo esto lo es. Pasos, giros, avances, retrocesos. Y yo... soy el anfitrión.

El pasillo de los retratos terminaba en una puerta doble, más discreta que la entrada principal.

La abrieron despacio.

El salón al que daba era más pequeño que los grandes salones que esperaban ver, pero no por eso menos impresionante.

Era una especie de biblioteca / galería.

Estanterías altas, llenas de libros, cubrían las paredes. Entre ellas, pedestales con pequeñas esculturas, cajas de madera, reliquias decorativas. En la pared del fondo, un enorme retrato destacaba sobre todos los demás.

Strahd.

Joven.

Sin las ojeras profundas ni la mirada cansada que conocían ahora. Con la postura erguida, un uniforme de guerra, una mano apoyada en la empuñadura de una espada y la otra en el hombro de un hombre más alto, más gentil de rostro.

Sergei.

A un lado, en segundo plano, casi borrada por la sombra de los dos hermanos, una mujer con vestido sencillo, rostro dulce, mirada firme.

Tatyana.

El corazón de Medli dio un vuelco.

La voz de Strahd sonó más baja, como si estuviera justo detrás de ellos.

—Así empezó todo —dijo—. Con un retrato de familia. Con un pintor mediocre que no supo capturar el brillo de sus ojos.

Un suspiro suave.

—Supongo que ningún humano iba a estar a la altura.

Leönard apretó el escudo.

—¿Por qué sigues con esto? —preguntó al aire—. Después de tantos años, después de tantas... repeticiones. ¿No estás cansado?

Hubo una risita breve.

—¿Y tú no te cansas de hacer siempre las mismas preguntas? —respondió Strahd—. “¿Por qué no cambias? ¿Por qué no dejas ir?”.

La voz se endureció apenas.

—Porque lo único peor que un amor perdido... es aceptar que nunca vas a sentir nada con esa intensidad de nuevo.

Medli pegó la vista al retrato.

Tatyana no miraba a Strahd.

Miraba a Sergei.

—Ella no te miraba a ti —susurró, sin poder evitarlo—. Nunca fue a ti.

Hubo un silencio.

El órgano bajó unos tonos.

—Siempre hay tiempo para un cambio de opinión —dijo la voz, esta vez más cerca de Medli—. Las vidas pasan. Los nombres cambian. Las almas... se cansan de repetir los mismos patrones.

La aarakocra sintió un calor extraño en la nuca.

Como si alguien, invisible, le hubiera rozado las plumas con la punta de los dedos.

Una copa de vino.

Una pluma negra.

Un mapa.

Una estaca.

Todas las imágenes de sus visiones se mezclaron.

Ämroth se colocó un poco delante de ella, rompiendo el momento.

—No vinimos a admirar tus pinturas —dijo, mirando alrededor—. Vinimos a buscar algo que no quieres que encontremos.

Draug, mientras tanto, se había acercado a una de las vitrinas.

En un pequeño cofre de cristal, sobre terciopelo negro, descansaba un símbolo sagrado.

Un amuleto en forma de sol estilizado, con un centro oscuro como obsidiana y haces que parecían plumas o rayos.

No era un símbolo del dios de Leönard.

No era de Corellon.

No era de ningún dios que reconocieran... pero el aire a su alrededor era distinto.

Más frío, pero curioso.

—Aquí —dijo Draug.

Medli se acercó.

Al ver el amuleto, algo en su pecho se apretó.

Era... familiar.

No por haberlo visto antes, sino por la sensación.

Como el peso de una mirada que ya conocía.

—“La luz en la sombra de las alas” —repitió Draug, recordando la frase de la lectura—. Creo que acabamos de encontrar el amuleto.

Leönard frunció el ceño.

—No sabemos a quién pertenece —advirtió—. Podría ser otra trampa.

Medli extendió la mano.

El cristal que protegía el amuleto no estaba cerrado.

Solo apoyado.

Como la reja de la entrada.

—No es solo de alguien —dijo, en voz muy baja—. Es... de una idea.

Sus dedos rozaron el metal.

Un frío intenso le subió por el brazo, pero no era el frío de la muerte sin sentido.

Era el de un invierno limpio, de un cielo nocturno despejado, de un cementerio cuidado, sin cadáveres levantándose.

Un coro de cuervos se escuchó en la distancia.

Una voz, distinta a la de Strahd, susurró en algún lugar entre su mente y su corazón.

—*Mira. No corras.*—

Medli apretó el amuleto.

No hubo pacto.

No hubo voz pidiendo precio.

Solo la sensación de que, por primera vez, la muerte la había mirado... sin querer tragársela.

Strahd guardó silencio.

Por un instante, el órgano dejó de sonar.

Luego, la música regresó.

Más fuerte.

Más seca.

—Hay invitaciones que no puedo bloquear —dijo él, con un tono que no logró disimular del todo su molestia—. Pero recuerda, pequeña, que las entidades que “miran sin pedir nada”... siempre terminan cobrando a su tiempo.

Medli guardó el amuleto en su pecho.

—Prefiero las que no me seducen con flores marchitas y promesas de eternidad vacía —respondió, con una firmeza que la sorprendió a ella misma.

Sërah levantó una ceja.

—Eso sonó a alguien encontrando bando —murmuró.

—No es un bando —respondió Medli—. Es... una línea.

El siguiente tramo del castillo fue menos “decorativo”.

Pasillos más estrechos, techos más bajos, menos candelabros.

El aire estaba más frío.

En más de una ocasión, tuvieron que detenerse cuando el piso cambió de textura o cuando Draug descubrió, a tiempo,

una placa presionable o un hilo casi invisible que cruzaba de pared a pared.

—Le gusta jugar con ratoneras —comentó Sërah, mientras desactivaba un mecanismo que habría soltado dardos envenenados desde el techo—. Debe ser aburrido vivir solo en un castillo gigante.

—No está solo —respondió Antares—. Tiene engendros. Criados. Parásitos que le lamen las botas.

Como si hubiera escuchado, el castillo respondió.

En una intersección de pasillos, una puerta se abrió sola.

Dentro, un salón de baile.

Eran conscientes de que era una trampa.

Pero era difícil no quedarse mirando.

El salón era enorme, con un piso de mármol pulido que reflejaba la luz de una gigantesca araña de cristal colgada del techo. Cortinas pesadas, rojas, caían desde lo alto, enmarcando grandes ventanales por donde no entraba ninguna luz del exterior.

Porque no había exterior.

Solo niebla.

Y, en medio del salón, parejas bailando.

Decenas de ellas.

Vestidos de seda, trajes elegantes, máscaras, joyas.

Todos los colores posibles... menos el de la vida.

Porque todos estaban muertos.

No pudriéndose. No en huesos.

Eran cadáveres conservados, piel pálida, ojos hundidos, cuerpos moviéndose con una gracia que no era suya. Los vestidos se mecían al ritmo de una música que no se escuchaba, pero que todos sentían en la médula.

Cada tanto, una cabeza giraba demasiado, un cuello se doblaba de forma imposible y volvía a su posición, como si los hilos se hubieran jalado demasiado.

El órgano, en algún lugar del castillo, tocaba una melodía que encajaba con aquel vals imposible.

El Baile de Sangre.

—Ok... —susurró Sërah—. Esto sí que es nuevo.

Leönard dio un paso dentro del salón.

Sus botas resonaron en el mármol.

Ninguno de los bailarines se detuvo.

No los miraban.

Los ignoraban por completo, girando, girando, girando.

Hasta que la música cambió sutilmente.

Un acorde más agudo.

Una nota sostenida.

Y todo el salón se detuvo al mismo tiempo.

Docenas de cabezas se giraron hacia ellos.

Docenas de ojos muertos los miraron.

No había odio en esas miradas.

Solo vacío.

Desde un balcón superior, Strahd los observaba.

Vestía ropa de gala, negra y roja, con una capa que caía con elegancia.

Una copa de vino en la mano.

Una sonrisa en el rostro.

—Bienvenidos a mi baile —dijo—. Llegan un poco tarde... pero todavía hay espacio en la pista.

Medli sintió que el corazón se le aceleraba.

La imagen era demasiado parecida a sus visiones.

La copa.

El salón.

La música.

Ireena pudo haberse visto así aquí.

Tatyana.

Él.

—¿Te entretiene esto? —preguntó Leönard, con la voz tensa—. ¿Mover cadáveres como si fueran marionetas? ¿Es eso lo que te queda?

Strahd dio un pequeño sorbo de vino.

—Es lo único que no me abandona —respondió—. La lealtad de la muerte es más confiable que la de los vivos.

Observó a las parejas.

—Bailan cuando se los pido. No discuten. No me miran con lástima. No me dicen que “siga adelante”.

Antares apretó el mango de su espada.

—No hay nada que seguir adelante en un salón lleno de muertos —dijo—. Solo te estás quedando donde estás cómodo.

Strahd lo miró con cierto interés.

—Tú, el cazador —dijo—. Eres el que más entiende de la línea fina entre bestia y hombre.

Sonrió apenas.

—Dime, ¿nunca te ha tentado la idea de dejar de fingir ser humano y simplemente... disfrutar la cacería?

Antares sintió la sangre hervir.

Vio, por un segundo, sus manos alrededor del cuello de Strahd, aplastándolo contra la baranda, golpeándolo hasta que dejara de hablar.

La furia subió como una ola.

La contuvo.

—No voy a parecerme a ti —respondió, con los dientes apretados—. Prefiero morirme siendo “menos eficiente” que vivir eternamente siendo basura.

Strahd se encogió de hombros.

—Siempre he respetado las decisiones trágicas —dijo—. Son las únicas que valen la pena narrarse.

Se volvió hacia Medli.

Sus ojos se suavizaron.

—Y tú... —dijo, bajando la copa—. Te ves más... firme. ¿La visita al templo te mostró cosas que yo no pude?

Medli sintió un tirón interno.

—Me mostró que no eres el único que cree que entiende la muerte —respondió.

Strahd la observó.

Sus ojos se volvieron más oscuros.

—Yo no “creo” —dijo, serio—. Yo la viví. La sentí. Me arrodillé frente a ella y la obligué a negociar.

Su voz sonó casi dolida.

—No eres la primera que piensa que puede “hablarle” de tú a tú. Pero te prometo algo, pequeña alada: el día que de verdad te abraza, vas a entender que esto... todo lo que ves... no es nada comparado con lo que está afuera.

La mirada de Medli se endureció.

—Puede ser —respondió—. Pero hay una diferencia entre caminar hacia ella para entenderla... y arrastrar a todos contigo solo porque tú tienes miedo de estar solo.

La sonrisa de Strahd se quebró un segundo.

Solo un segundo.

Luego, volvió.

—Tal vez seas más interesante de lo que pensé —dijo—. Eso hace esto más difícil... y más... delicioso.

Chascó los dedos.

La música cambió.

Los cadáveres empezaron a caminar.

Hacia ellos.

El combate en el salón de baile fue distinto a todo lo que habían enfrentado en el valle.

No era una horda de zombies lentos ni una pelea limpia.

Era un caos.

Los “bailarines” avanzaban con pasos coordinados, sus cuerpos muertos moviéndose en patrones de danza. Algunos intentaban sujetar, otros giraban con cuchillos ocultos en las mangas, otros simplemente se lanzaban con el peso de cuerpos que no sentían el dolor.

Leönard levantó el escudo justo cuando una pareja se lanzó contra él. Aguantó el impacto, retrocedió un paso, luego empujó de vuelta, rompiendo la postura de los muertos.

Ämroth cortó manos que intentaban aferrarse. Sus espadas brillaban, dejando trazos luminosos en el aire.

—¡No se dejen rodear! —gritó.

Draug pronunció una palabra y una onda de fuerza empujó a varios bailarines hacia atrás, derribándolos como fichas de dominó.

Sërah se movía entre ellos como si estuviera, efectivamente, bailando. Giraba, se agachaba, clavaba dagas en rodillas, tendones, cuellos.

—Es irónico —jadeó, esquivando una mano que intentaba agarrarla del cabello—. Este es el baile al que nunca quise ir.

Medli tocaba frenéticamente, notas rápidas que se colaban entre la música del órgano, chocando con ella. Sus acordes reforzaban a los suyos, dándoles pequeñas chispas de energía extra cuando estaban a punto de ceder.

Entre tanto, el balcón se vació.

Strahd ya no estaba ahí.

Solo la sombra de su presencia, riéndose en algún rincón.

Los muertos seguían llegando.

Por cada pareja que caía, otra se levantaba desde el borde del salón, como si la pista nunca se terminara.

Estaban empezando a cansarse.

El sudor les corría por la frente.

Los músculos ardían.

Los golpes, aunque no letales, se acumulaban.

Un corte aquí. Un golpe en la costilla allá. Una mordida de dientes podridos en el antebrazo de Antares que tuvo que sacudirse de encima.

—Esto no va a parar —gruñó Leönard, bloqueando otro ataque—. Solo quiere desgastarnos.

—Pues habrá que romper la caja de música —dijo Draug.

Alzó la mirada.

En el techo, justo encima de la araña de cristal, había una rejilla.

De ahí, más arriba, se escuchaba el órgano.

La fuente de la música.

—Si cortamos la canción... —empezó.

Ämroth lo entendió.

—Medli —gritó—. Cúbrenos.

Sin esperar respuesta, corrió hacia una de las columnas que sostenían el balcón, saltó, se impulsó con una de las molduras y empezó a escalar hacia la rejilla.

Antares, a su vez, abrió paso a golpes, despejándole la ruta.

Sërah lanzó una daga que atravesó el ojo de un cadáver que iba directo a detenerlo.

Medli cambió el ritmo de su música.

Ahora no era un acompañamiento.

Era un grito.

Una disonancia que chocaba contra el vals de Strahd, haciendo que algunos de los muertos dudaran por una fracción de segundo.

Eso bastaba.

Ämroth llegó a la rejilla.

La arrancó de un tirón.

La música del órgano se hizo más fuerte.

Una corriente de aire frío bajó, como si el castillo exhalara.

—¡Draug! —gritó.

El Eladrin levantó la mano.

Un rayo de energía pura salió de sus dedos, subió por el hueco de la rejilla... y explotó en algún punto más arriba, donde la madera y las cuerdas del órgano hacían su trabajo.

La melodía se cortó.

No de golpe.

Se fue deshaciendo.

Como si las teclas se siguieran presionando, pero sin fuerza.

Los bailarines se detuvieron.

Sus cuerpos se quedaron inmóviles unos segundos.

Luego, como marionetas con los hilos cortados, cayeron al suelo.

El salón quedó en silencio.

Solo el jadeo de los seis llenaba el espacio.

Sangre —esta vez fresca— manchaba el mármol.

Pedazos de cristal rotos de la araña salpicaban el piso, reflejando la luz que quedaba.

Leönard apoyó una mano en su rodilla, respirando fuerte.

—Eso fue... —empezó.

—Una pérdida de tiempo perfectamente diseñada —terminó Sërah, limpiándose el sudor de la frente—. Está jugando con nosotros.

Medli se quedó mirando a los cadáveres.

Eran... gente.

Lo habían sido.

Tal vez nobles.

Tal vez invitados.

Tal vez víctimas.

Todos atrapados en el mismo baile, una y otra vez.

Por un momento, sintió que el amuleto en su pecho se enfriaba, como si desaprobara lo que veía.

—No es un “baile” —dijo en voz baja—. Es un castigo.

Nadie lo contradijo.

Salir del salón de baile no los llevó a un lugar más amable.

Las escaleras los llevaron hacia abajo.

Los muros se volvieron más húmedos.

El aire, más pesado.

El castillo cambiaba de tono.

Ya no era ego de noble.

Era tumba.

—Aquí empieza “la boca de los muertos” —dijo Draug, mirando el pergamino—. Si estamos en lo correcto, la espada debería estar cerca.

A cada paso, el eco de sus pisadas sonaba distinto.

Como si el suelo guardara los sonidos de todos los que habían pasado por ahí antes.

Llegaron a un corredor largo, flanqueado por puertas de piedra.

Cada una con un nombre tallado.

Criptas.

Leönard leyó algunos.

Nombres de señores, de barones, de cortesanos, de magos.

Apellidos que se repetían.

Otros que no.

—Podríamos pasarnos días aquí —dijo Sërah—. Y eso si no se levantan todos a la vez para darnos la bienvenida.

—No vamos a abrir cada cripta —respondió Draug—. Madam Eva fue clara: “el sol que matará a la noche descansa en la tumba del que se negó a servir”.

Ämroth frunció el ceño.

—Alguien que dijo que no a él —murmuró—. Debe odiarlo casi tanto como nosotros.

Fueron leyendo.

Cripta tras cripta.

Algunas tenían epitafios ridículos.

Otras, frases solemnes.

En una, encontraron un texto que los hizo detenerse.

“Aquí yace el guerrero que rechazó la mano del señor y eligió morir antes que arrodillarse. Que su luz nunca se apague.”

Leönard sintió un escalofrío.

—Suena a candidato —dijo.

La losa de esa cripta tenía un símbolo de sol tallado, borrado en parte, pero todavía reconocible.

Medli sintió que el amuleto en su pecho latía, como un corazón ajeno.

—Es aquí —susurró.

Antares se acercó a la losa.

—¿Quién rompe? —preguntó.

—Entre tú y yo —dijo Ämroth—. No debería resistirse mucho.

Se colocaron a ambos lados.

Empujaron.

La piedra se movió con un gemido lento.

Del interior, un aire más viejo, más seco, salió a recibirlos.

Dentro, sobre un sarcófago sencillo, descansaba algo que no brillaba.

Un mango.

Solo eso.

Un mango de espada, sin hoja, con el símbolo de un sol en la guarda.

Leönard frunció el ceño.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Medli dio un paso adelante.

—No —dijo.

Extendió la mano, dudando.

Ämroth la detuvo.

—Es peligroso —advirtió—. No sabemos qué hace.

Medli lo miró.

—Todo aquí es peligroso —respondió—. Pero... si esto es lo que creemos... no está hecho para él. Está hecho contra él.

Tocó el mango.

El mundo se apagó un segundo.

No cayó.

No gritó.

Pero vio.

Vio un guerrero, hace siglos, enfrentándose a Strahd en un patio diferente, bajo un sol que aún se atrevía a salir. Vio la espada en su mano: una hoja de luz pura, ardiente, que obligaba al vampiro a retroceder.

Vio el momento en que cayó.

Vio la espada rompiéndose, no porque la quebraran... sino porque alguien, en otro plano, decidió que ya no debía existir completa.

La hoja se extinguió.

Quedó solo el mango.

Un susurro se coló entre las imágenes.

—No es la espada. Eres tú. La hoja se hace donde haya voluntad de cortar la noche.—

La luz regresó.

Medli respiraba agitada.

El mango ardía en su mano, pero no quemaba.

Lo levantó.

No pasó nada espectacular.

No hubo rayo, ni explosión.

Solo una pequeña chispa de luz que recorrió el metal.

Leönard lo miró.

—¿Lo sientes? —preguntó.

Medli asintió.

—No es mío —dijo—. Pero... me reconoce.

Miró a los demás.

—No sé si yo deba usarlo. Pero alguien tiene que portarlo. Y no va a obedecer a alguien que quiera esta luz solo por poder.

Ämroth extendió la mano.

—Puedo probar —dijo.

Medli se lo entregó.

El mango se calentó un poco en sus manos.

Una pequeña línea de luz se extendió apenas desde la guarda... y se extinguió.

No por rechazo.

Por falta de algo.

Ämroth apretó los dientes.

—Está... dormida —murmuró—. Pero no muerta.

Leönard lo intentó.

El mango respondió lo mismo.

Draug ni siquiera sintió calor.

Antares lo tomó por un segundo.

La chispa fue más fuerte.

Un breve destello, como una hoja a medio formar.

Se deshizo.

Sërah se negó a tocarlo.

—Ya tengo suficientes cosas raras en la espalda —dijo—.

Paso.

Al final, volvieron a dárselo a Medli.

—Por ahora, llévala tú —dijo Leönard—. Si en algún momento... decide “despertar” para alguien más, lo sabremos.

Medli guardó el mango de la espada junto a su laúd.

El peso de ambos la hizo encorvarse apenas.

Una música que puede salvar vidas.

Un arma que puede acabar otra.

Demasiado para una sola espalda.

Pero no había otra opción.

Al salir de las criptas, más cansados, con más cortes y moretones de lo que admitirían, el castillo les regaló una última sorpresa.

Un salón pequeño, casi escondido, al final de un pasillo.

Una capilla.

O lo que quedaba de ella.

Bancos rotos, vitrales destrozados, un altar lleno de polvo, con velas derretidas hasta la base. Las imágenes sagradas en las paredes habían sido rayadas, deformadas con golpes, como si alguien se hubiera enfurecido con la idea misma de devoción.

En medio de todo, una figura.

Transparente.

Sentada en el primer banco.

Un hombre joven, de rostro noble, ojos tristes y amables, manos entrelazadas sobre las rodillas.

Sergei.

Cuando levantó la mirada y los vio, se sorprendió.

Como si no esperara visitas.

—No... pensé que alguien más encontrara este lugar —dijo, con una voz que sonaba como eco y susurro al mismo tiempo.

Leönard se tensó.

—¿Eres...? —empezó.

—Sergei von Zarovich —respondió el espíritu, con una pequeña inclinación de cabeza—. Hermano de Strahd.

Sus labios se curvaron en una sonrisa triste.

—Y, si los rumores que corren por los pasillos son ciertos, aliado inesperado de aquellos que vienen a matar al mismo hombre al que una vez seguí a la guerra.

El silencio fue pesado.

Medli dio un paso adelante.

—Te vimos —dijo—. En el lago. Con... ella.

Sergei bajó la mirada.

—Ella siempre ha sido más valiente que nosotros dos —respondió—. Incluso dividida en tantas vidas.

Cerró los ojos un segundo.

—Sé por qué están aquí. Y sé que no tengo mucho tiempo antes de que él note que estoy hablando con ustedes.

Draug se acercó, midiendo al espíritu con ojos analíticos.

—El Tarot habló de un aliado que lo amó y ahora lo detesta —dijo—. Asumo que... eres tú.

Sergei sonrió, sin humor.

—Lo amé como se ama a un hermano mayor —dijo—. Como se admira a alguien que abre camino.

Su rostro se ensombreció.

—Y ahora lo detesto como se detesta a alguien que convirtió ese camino en una trinchera llena de muertos.

Leönard dio un paso adelante.

—¿Puedes ayudarnos a matarlo? —preguntó, directo.

Sergei lo miró.

—Puedo hacer tres cosas —respondió—. Puedo decirles dónde es más vulnerable. Puedo darles un poco de la fuerza que me queda. Y puedo pedirles algo a cambio.

Ämroth cruzó los brazos.

—Empieza por lo primero —dijo.

Sergei asintió.

—Strahd cree que su trono lo hace invencible —dijo—. El salón donde se sienta está diseñado para que todo lo favorezca: ángulos, sombras, entradas, líneas de escape.

Lo miró a él y a Antares.

—Si lo enfrentan allí, necesitarán arrastrarlo fuera de su posición. Hacer que se mueva. Que cometa errores.

Antares bufó.

—Eso es fácil de decir —murmuró—. No tanto de hacer.

—La segunda cosa —añadió Sergei—: la espada que han tomado responderá mejor si no se usa solo por odio.

Sus ojos se posaron en Medli.

—Responde a quienes están dispuestos a cortar algo incluso de sí mismos con tal de que otros vivan. No a quienes solo quieren ver arder el mundo.

Medli sintió un nudo en la garganta.

—¿Y lo último? —preguntó Sërah—. ¿Qué quieres?

Sergei se quedó en silencio unos segundos.

Cuando habló, su voz era más baja.

—Si lo matan —dijo—. Si realmente lo destruyen... quiero que, si ven un momento, aunque sea breve, donde no sea el monstruo... sino el hombre que fue... no lo nieguen.

Los miró a todos.

—No para él. Él ya está perdido. Para ustedes. Para que no lo olviden todo como si nunca hubiera sido otra cosa.

Leönard frunció el ceño.

—No quieres que lo perdonemos —dijo.

—No —respondió Sergei, con fuerza—. No hay perdón para lo que ha hecho. Solo...

Buscó la palabra.

—Verdad completa. Si convierten a alguien en pura caricatura de maldad, se abren la puerta para hacer lo mismo con cualquiera. Y ahí empiezan otros monstruos.

Ämroth asintió, entendiendo demasiado bien.

—Tendremos en cuenta tus palabras —dijo.

Sergei se levantó.

Su figura se volvió un poco más clara.

—Lo último que puedo hacer por ustedes es esto —dijo.

Extendió las manos.

Una luz suave salió de ellas, dividida en seis pequeños destellos que volaron hacia cada uno.

No fue curación completa.

No era un milagro.

Pero el dolor se atenuó un poco.

Las heridas cerraron lo suficiente para que la sangre dejara de correr.

El cansancio bajó medio escalón.

Medli sintió que el amuleto en su pecho se sincronizaba un momento con esa luz.

El mango de la espada respondió con una chispa apenas.

—No puedo acompañarlos —dijo Sergei—. Estoy atado a este castillo de una forma distinta.

Una sombra cruzó su rostro.

—Pero puedo mirar. Y, si tienen éxito, tal vez... tal vez por fin el eco de sus pasos deje de resonar en mis noches.

Los vio un momento más.

—Díganle a ella... —empezó.

Se detuvo.

Negó con la cabeza.

—No —corrigió—. No le digan nada. Debería poder vivir una vida... aunque sea una... sin que el eco de este castillo la persiga.

La luz alrededor de su figura empezó a apagarse.

—El camino al trono está por encima de ustedes —dijo, rápido—. Busquen la escalera en espiral que sube junto a la torre occidental. No sigan las risas. Siguen al dolor.

Y desapareció.

La capilla volvió a quedar vacía.

El silencio fue diferente.

Más pesado.

Más... decidido.

—Aliado inesperado —murmuró Draug.

—Y más cuerdo que muchos vivos —añadió Sërah.

Cuando encontraron la escalera en espiral, ya se les notaba el desgaste.

Habían peleado, esquivado trampas, soportado visiones, charlas envenenadas.

El Baile de Sangre no había terminado.

Solo había cambiado de sala.

La escalera era estrecha, de piedra, iluminada apenas por antorchas aisladas que parecían encenderse solas cuando subían.

Draug iba contando los giros.

—Cuatro vueltas completas... cinco... este lugar está mal hecho a propósito —murmuró—. Es un laberinto vertical.

—No pienses en eso —dijo Antares—. Solo pon un pie delante del otro.

En uno de los descansos, una ventana estrecha les mostró el exterior.

La noche.

La tormenta.

El puente que habían cruzado, ahora lejos, visto desde arriba, como si fuera un simple hilo sobre el abismo.

Leönard lo miró un segundo.

—Ya no hay camino de vuelta —dijo, por si a alguien le quedaba alguna duda.

Ämroth puso una mano en su hombro.

—Nunca lo hubo —respondió.

Subieron un tramo más.

La escalera terminó en un corredor corto, con paredes tapizadas de tapices viejos y un piso de piedra pulida.

Al final, unas puertas altas, de madera oscura, reforzadas con hierro.

Talladas con relieves de murciélagos, tronos, espadas.

La presión en el aire era distinta ahí.

Más... densa.

Como si el castillo entero empujara desde atrás, obligándolos a avanzar.

La música del órgano volvió.

No desde lejos.

Desde detrás de esas puertas.

Un tema lento, solemne.

Un himno para una coronación torcida.

La voz de Strahd llegó, clara, como si estuviera pegado al otro lado.

—Los pasos de ustedes son hermosos —dijo—. Cada golpe, cada duda, cada victoria pequeña.

Una pausa.

—No los hice venir. Pero decidieron bailar conmigo de todos modos. Eso merece... un final a la altura.

Medli sintió el amuleto frío en el pecho.

El mango de la espada pesaba más.

Sërah respiró hondo, sintiendo cómo algo en su espalda — un pacto que no quería reconocer— se acomodaba, listo.

Draug repasó mentalmente cada hechizo que le quedaba. No eran muchos.

Ämroth se ajustó las empuñaduras.

Leönard miró a todos.

—Hasta aquí llegamos juntos —dijo—. Lo que pase detrás de esa puerta... también.

Se inclinó ligeramente hacia adelante.

—No sé quién salga de pie. Pero si alguno cae... quiero que sepa desde ya que no me arrepiento de haber llegado hasta aquí con ustedes.

Antares sonrió, cansado.

—Lo mismo —dijo—. Ha sido un honor hacer estupideces a este nivel con ustedes.

Sërah se encogió de hombros, pero sus ojos brillaban.

—Si ya nos vamos a morir, al menos vamos a hacerlo con estilo —murmuró.

Medli tomó aire.

Sus manos temblaban un poco.

No solo de miedo.

De peso.

De responsabilidad.

—Vamos a tocarle la última canción a este castillo —dijo—. Y, pase lo que pase, que sea nuestra, no la suya.

Las manos de Leönard se cerraron sobre las argollas de la puerta.

El órgano subió un tono.

El castillo, entero, pareció inclinarse hacia adelante.

Los héroes, agotados, heridos, cargando un amuleto frío, un mango de espada durmiendo, y las palabras de un fantasma aún resonando, se plantaron frente a la entrada del salón del trono.

El Baile de Sangre apenas estaba empezando.

Con un esfuerzo conjunto, empujaron las puertas.

Éstas se abrieron apenas unos centímetros.

La luz rojiza del interior se filtró por la rendija.

El olor a vino, sangre y humo los golpeó.

La voz de Strahd, ahora muy cerca, susurró:

—Adelante. No hagamos esperar a la eternidad.

Y ahí, justo antes de cruzar el umbral, terminó la noche... como comienza una última danza.

Capítulo 28

EL BAILE DE SANGRE (PARTE 2)

Las puertas cedieron con un esfuerzo conjunto.

El sonido de la madera vieja y el hierro crujiendo se mezcló con la melodía del órgano, que subió solo un poco, como si el castillo contuviera la respiración.

El salón del trono de Ravenloft no decepcionó.

Era enorme.

Un techo altísimo se perdía en la penumbra, sostenido por columnas gruesas que parecían troncos de árboles petrificados. Entre columna y columna, cortinas pesadas de color rojo oscuro caían hasta el suelo, moviéndose apenas con las corrientes de aire helado que cruzaban el lugar.

Una alfombra roja, más limpia que la del vestíbulo, recorría el salón desde la entrada hasta un estrado al fondo. A ambos lados de la alfombra, candelabros altos derramaban una luz amarilla, parpadeante, que hacía danzar las sombras sobre los muros.

Al fondo, elevado unos escalones, estaba el trono.

No era un asiento elegante y sutil.

Era una declaración.

Tallado en piedra negra, con respaldos en punta que se abrían como alas de murciélago, apoyabrazos en forma de garras, y una base que parecía más una tumba que una silla. Detrás, un enorme vitral dejaba pasar una luz rojiza, como si permanentemente hubiera atardecer al otro lado.

Strahd von Zarovich estaba sentado ahí, como si los hubiera estado esperando toda la vida.

Llevaba ropa de gala: chaleco negro, camisa blanca impecable, capa roja por dentro y negra por fuera. El cabello perfectamente peinado hacia atrás. Una copa de vino en la mano. Las piernas cruzadas con total calma.

Sonreía.

—Finalmente —dijo, levantándose apenas del trono—. Mis invitados de honor.

Sus ojos recorrieron al grupo con la familiar mezcla de curiosidad y diversión cruel.

—El devoto que duda —miró a Leönard.

—El cazador que teme a la bestia —a Antares.

—El niño de laberintos ajenos —a Draug.

—El héroe que huyó —a Ämroth.

—La ladrona que quiere libertad con cadenas nuevas —a Sërah.

Por último, sus ojos se posaron en Medli.

—Y el pequeño cuervo que no sabe de qué lado del árbol quiere dormir.

Medli sintió que el amuleto en su pecho se enfriaba de golpe.

Leönard dio un paso adelante.

—No vinimos a jugar a tus etiquetas —dijo, su voz resonando en el salón—. Vinimos a terminar esto.

Strahd bajó la mirada a su copa.

—Siempre “terminar” —suspiró—. Nadie viene a preguntar si hay otra forma. Nadie viene a negociar, a escuchar, a comprender.

Medli apretó la mandíbula.

—Nosotros sí escuchamos —dijo—. Ya escuchamos suficiente.

Strahd levantó una ceja.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Qué escuchaste, pequeña? ¿A la muerte susurrándote cosas bonitas en el templo? ¿A los

fantasmas pidiéndote imposibles? ¿A la gente rogando por algo que ni tus dioses se atreven a darles?

Sus palabras parecían dirigidas a todos.

Pero la mirada estaba anclada en ella.

La sala parecía encogerse.

Medli sintió otra vez la imagen de la copa de vino, la mesa, la pluma y la estaca, flotándole detrás de los ojos.

No respondió.

Leönard levantó el escudo.

—Basta —cortó—. Tu tiempo de discurso ya se acabó.

Strahd suspiró, teatral.

—El de ustedes también.

Dejó la copa en el brazo del trono.

Y el salón cambió.

Las sombras se movieron como si fueran líquidas.

La luz de los candelabros se alargó, deformándose, haciendo que las columnas se vieran más altas, las cortinas más

pesadas, el techo más lejano. Una corriente de aire helado recorrió el lugar, apagando algunas velas.

Strahd desapareció del trono.

No como alguien que se levanta y corre.

Como un parpadeo.

Un par de segundos después, volvió a aparecer... detrás de ellos.

—Siempre es interesante ver cómo dan el primer paso —susurró, apoyado en una de las columnas, como si hubiera estado ahí desde el principio.

Antares se giró de golpe, espada en mano.

—No nos vas a tomar por la espalda —gruñó.

—Eso ya lo hizo con todos —murmuró Sërah—. Solo que tardamos en darnos cuenta.

Strahd chasqueó los dedos.

De las grietas del suelo, de entre las cortinas, de los rincones donde la luz no llegaba, empezaron a surgir figuras deformes.

Engendros vampíricos.

No como los vecinos del pueblo convertidos a la fuerza.

Éstos eran más viejos. Cuerpos retorcidos, uñas largas, ojos amarillos. Algunos todavía vestían restos de ropa noble, hecha jirones. Otros iban casi desnudos, cubiertos de cicatrices.

Se movían con rapidez.

Demasiada para humanos normales.

Pero ellos ya no eran “normales” desde hacía tiempo.

—Primera prueba —dijo Strahd—. Veamos cuánto les queda.

Leönard se plantó, literalmente, en medio de la alfombra.

Escudo arriba, espada lista.

No era la posición más “útil” para alguien que quisiera moverse.

Era la posición de alguien que entendía su papel.

—¡Conmigo! —rugió—. ¡Que vengan por mí primero!

Y vinieron.

Tres engendros se lanzaron de golpe hacia él, uñas extendidas, dientes al aire.

La primera garra chocó contra el escudo.

El impacto fue fuerte, pero Leönard aguantó.

La segunda rozó la placa del pecho, dejando un surco brillante.

La tercera intentó ir por las piernas, pero el paladín movió el pie, giró el cuerpo y la esquivó por poco.

No estaba solo.

Ämroth se colocó a su derecha, espadas de luna listas.

El brillo blanco-azulado de las hojas cortó la oscuridad cuando hizo su primer movimiento: un tajo en diagonal que se llevó media cara de uno de los engendros.

La criatura gritó, un sonido agudo, desgarrado.

La carne quemada por la luz lunar empezó a deshacerse.

—Conmigo, Helm —murmuró Leönard, más para sí que para nadie—. No dejes que me rompa aquí.

Sintió el intento de presión en su mente.

No venía de los engendros.

Era otra cosa.

Una presencia fría, vieja, que empujaba, buscando huecos.

Ríndete, decía algo en su cabeza. Baja el escudo. Si dejas de luchar, por fin vas a dejar de dudar. Yo puedo cargar tus decisiones por ti.

Leönard apretó los dientes.

—No —gruñó, casi en voz alta—. Si tengo que cargar esto, será con mi propia voz, no con la tuya.

Una especie de chasquido mental respondió.

Strahd sonrió, desde alguna parte.

—Buen intento —comentó—. Para ser alguien tan cansado, tienes una voluntad bastante molesta.

El paladín dio un paso adelante.

Su espada, cargada con más rabia de la que admitiría, cortó el pecho de uno de los engendros, que cayó con un alarido.

Detrás de él, la presencia intentó otra vez meterse.

La expulsó.

El tanque aguantaba.

Medli no estaba en la primera línea.

Pero eso no quería decir que estuviera lejos.

Se movía entre las columnas, laúd en manos, tocando acordes que se entrelazaban con la música del órgano de Strahd. No intentaba competir con él en volumen.

Lo hacía en intención.

Una nota grave, de él.

Una nota aguda, de ella.

Un choque.

Sus melodías eran como dos voces discutiendo en medio del salón.

Cada vez que uno de los suyos parecía perder el ritmo, las manos de Medli cambiaban de tono, lanzando un breve motivo que se colaba hasta ellos como una palmada en el hombro.

—¡Leönard! —gritó, cambiando a un ritmo marcial—.
¡Arriba el escudo!

El paladín sintió cómo el cansancio se le iba ligeramente de los brazos, solo lo suficiente para levantar el escudo antes de que una garra le diera en la cara.

—¡Antares, izquierda! —otro acorde, otra nota.

El cazador giró justo a tiempo para bloquear un engendro que se lanzaba a su flanco.

Pero las notas no eran solo apoyo.

También eran cadenas.

Cuando un grupo de engendros intentó rodear a Draug, Medli dejó de tocar melodía y se centró en un patrón repetitivo, casi hipnótico. Un par de los monstruos, confundidos, empezaron a bailar.

No bien.

Torpes.

Ridículos.

Pero el cuerpo les respondió, girando sin control, chocando uno con otro.

—No puedo hacer que se maten de la risa —murmuró ella —. Pero puedo hacer que se estorben.

La tentación llegó mientras tocaba.

No en forma de voz ajena.

En forma de comprensión.

Podrías dejar de sostenerlos a ellos... y sostener algo más grande.

Por un instante, sintió cómo sería cambiar el sentido de su canción.

En lugar de reforzar a sus amigos, podría reforzar la gravedad del castillo, hacer que las sombras respondieran a su música, que los muertos bailaran al compás que ella quisiera.

No para salvar vidas.

Para controlar la muerte misma.

Un eco de Strahd se coló.

—¿No es aburrido ser siempre la que toca para otros? —susurró, en algún rincón de su cabeza—. Podrías tocar para ti. Dejar que el valle entero se doblegue a tu canción. Solo tendrías que dejar de fingir que esto te da miedo.

Medli tocó un acorde fuerte, disonante.

La sensación se rompió.

—Yo no toco para dominar a nadie —murmuró—. Toco para que no se rompan.

El amuleto en su pecho se enfrió aún más.

Una presencia silenciosa —no la de Strahd— pareció asentir desde algún lugar lejos, en la frontera entre la vida y la muerte.

Antares estaba, como siempre, donde la pelea era más fea.

Se movía alrededor de Leönard, buscando los huecos que el paladín no podía cubrir. Cada vez que un engendro intentaba flanquear, ahí estaba él: golpeando, cortando, empujando.

No peleaba limpio.

Peleaba para terminar.

Una rodilla quebrada con una patada.

Una mano cercenada antes de que las garras llegaran a su objetivo.

Un cuello roto con un giro brusco.

Entre golpe y golpe, ocurría algo dentro de él.

La “bestia” no era un animal literal.

Era la sensación creciente de que podría dejar de contenerse tanto.

Dejar de medir.

Soltar.

Cada vez que un engendro saltaba sobre él, Antares sentía una pequeña chispa de satisfacción al derribarlo con brutalidad. Cada vez que veía la cara de Strahd a lo lejos, imaginaba —con demasiado detalle— cómo sería aplastarla contra el suelo hasta no dejar nada.

La voz del vampiro llegó, burlona.

—Mírate —dijo—. Tan “noble”, tan “protector”. Pero en el fondo... ¿no te encanta? Ese momento donde ya no hay reglas, donde solo tú y el otro están intentando destrozarse. Esa claridad donde el mundo se reduce a golpe, sangre, respiración.

Antares clavó la espada en el pecho de un engendro.

Más fuerza de la necesaria.

El cuerpo del monstruo se partió casi en dos.

La sangre salpicó su rostro.

No parpadeó.

—Sí —respondió, jadeando—. Me gusta.

Su voz no tembló.

—Pero la diferencia entre tú y yo es que yo sé cuándo parar.

Una carcajada baja resonó en el techo.

—No te creo —susurró Strahd—. Pero será interesante ver en qué momento dejas de hacerlo tú.

La visión le regaló un destello.

Un futuro que no era éste.

Un círculo de fuego.

Una figura de rojo y negro sonriendo.

Una decisión imposible.

Antares parpadeó.

La imagen se fue.

La bestia empujó un poco más fuerte.

No salió.

Todavía.

Draug no era de los que se lanzaban al frente.

No era cobarde.

Solo era consciente de su papel.

Mientras Leönard, Antares y Ämroth retenían la avalancha de engendros, Draug se pegaba a las columnas, a los bordes, a los huecos. Su mente trabajaba tan rápido como sus manos.

Una botella de vidrio salpicó al suelo, rompiéndose cerca de un grupo de monstruos. Un líquido espeso y brillante se esparció, quedándose pegado a sus pies.

—No pisen eso —gritó.

Un chasquido de dedos después, una chispa voló desde su mano hasta la mancha.

Explosión.

Las llamas se levantaron en un círculo controlado, quemando a tres engendros que quedaron atrapados.

El humo subió, mezclándose con la niebla del castillo.

—Esto es nuestro, no de él —murmuró Draug, más para sí—. Si va a ser un campo de batalla, lo vamos a rediseñar.

Creó pequeñas torres de energía arcana, ancladas cerca de columnas. Cada vez que un engendro se acercaba, una descarga lo golpeaba, obligándolo a retroceder.

Una de esas torres se deshizo de repente, convertida en polvo.

Draug sintió el corte.

—No tan rápido —susurró Strahd—. No me gustan las cosas que se mueven aquí sin mi permiso.

El Eladrin apretó los dientes.

—Entonces deja de pedir permiso —respondió—. Es solo piedra. No es tu alma.

La respuesta fue un empujón en su mente.

No como con Leönard.

Diferente.

Como si alguien rebuscara entre sus recuerdos.

Un abuelo riendo, mientras mueve pasadizos en un dungeon. Un joven Draug tropezando, cayendo en una trampa, despertando rodeado de huesos.

Strahd sonrió.

—No eres el único que tuvo “figuras paternas” retorcidas — comentó—. ¿Sabes cuál es la diferencia? Yo quise parecerme a la mía. Tú te mueres de miedo de descubrir cuánto tienes de él.

Draug levantó la mano.

Un rayo de fuerza pura salió disparado, no hacia un engendro, sino hacia el balcón donde la voz sonaba más fuerte.

El impacto rompió la baranda.

El balcón quedó hecho pedazos.

Strahd ya no estaba ahí.

—Yo no voy a ser el segundo de nadie —dijo Draug—. Ni tuyo, ni suyo.

Ämroth parecía una pieza de otro cuento en medio de esa escena.

Sus espadas de luna brillaban en cada movimiento, dejando trazos de luz que cortaban la oscuridad. No peleaba con rabia ciega, sino con la disciplina de alguien que llevaba batallas encima desde hacía años.

Cada tajo iba pensado.

Un brazo menos.

Una pierna que ya no puede saltar.

Un torso que ya no se levanta.

Pero no era solo físico.

Mientras peleaba, murmuraba palabras en élfico, invocando de forma casi automática pequeños destellos de poder divino que reforzaban sus golpes o cerraban heridas superficiales en sus compañeros.

—Corellon, dame precisión —susurró al cortar el cuello de un engendro.

—Corellon, dame calma —al sentir la presión mental, distinta a la de Strahd, que intentaba colarse por las grietas de su culpa.

—Corellon, no me dejes huir otra vez.

Porque el castillo no solo tiraba de sus músculos.

Tiraba de su memoria.

Por momentos, el salón del trono se mezclaba con una tumba en una jungla lejana. El olor a piedra húmeda se confundía con el de hojas podridas y veneno. El rostro de Strahd se superponía con el de otra figura en una puerta en

forma de calavera, alguien que reía mientras el maestro de Ämroth caía bajo una maldición.

Una voz distinta a la de Strahd susurró desde un rincón de su mente.

—No fue aquí... pero fue igual—

El eco del Trono del Ocaso.

Ämroth apretó los dientes.

—No ahora —gruñó—. Uno a la vez.

Sus espadas cruzaron el pecho de un engendro que intentaba lanzarse sobre Medli.

El monstruo cayó, atravesado, la carne humeando por el contacto con las hojas de luna.

Por un instante, Ämroth se enderezó, las espadas apuntando hacia el techo, el brillo de ambas contrastando con la oscuridad.

Era, sin querer, un símbolo.

Dos lunas cruzadas en un cielo de piedra.

Resistencia.

Aunque todo tirara hacia abajo.

Sërah se desvanecía y reaparecía como una sombra más entre las muchas del salón.

No tenía la fuerza bruta de Antares, ni la defensa de Leönard, ni las luces de Ämroth.

Tenía otra cosa.

Precisión.

Y una puntería casi antinatural que iba más allá incluso de sus años de práctica.

Cada vez que un engendro se alejaba un poco de la pelea, quizá buscando huir o re-posicionarse, una daga volaba desde la oscuridad.

Jamás fallaba.

Siempre encontraba punto blando: detrás de la oreja, debajo de las costillas, entre dos vértebras.

En una ocasión, uno de los monstruos casi la atrapa.

Sus uñas rozaron su cuello.

Sërah sintió el frío, el tirón, el peligro.

No pensó.

Extendió la mano vacía.

Algo salió de ella.

No una daga.

Una especie de filo hecho de sombra, que se estiró, impactó en el pecho del engendro y lo hizo volar hacia atrás como si lo hubiera empujado un gigante invisible.

El monstruo cayó, el pecho humeando.

Sërah se quedó mirando su propia mano, respirando agitada.

Eso no era una habilidad de ladrona.

Era otra cosa.

Un susurro leve, distinto al de Strahd, casi divertido, la rozó.

—Ves que cuando te sueltas, todo fluye mejor—

No era la voz de Mask que ella conocía en historias.

Era más... cálida.

Y al mismo tiempo más fría.

—Cállate —murmuró ella—. No es momento.

Nadie más había visto el detalle.

Sólo el resultado.

—Bien tiro —comentó Antares, sin saber lo que en verdad había pasado.

Sërah sonrió de medio lado.

—Siempre es buen tiro —respondió.

Pero por dentro, sabía que parte de ese “buen tiro” ya no era suyo.

El “baile” con Strahd no era un combate directo y limpio.

Era un juego de aparecer y desaparecer.

Cada vez que le apuntaban todos, se desvanecía en una nube de niebla y reaparecía en un balcón, en una columna, en la escalera del trono.

Lanzaba hechizos cortos, precisos.

Una descarga de energía oscura que hizo que Draug cayera de rodillas, las manos temblando.

Un gesto con la mano que clavó a Sërah al suelo con un peso invisible, como si alguien hubiera decidido duplicar la gravedad solo debajo de ella.

Un susurro que intentó, otra vez, atrapar la mente de Leönard, mostrándole imágenes de un mundo “arreglado” si simplemente se dejaba dirigir.

En un momento, lo hizo peor.

Desde la mitad de las escaleras que llevaban al trono, Strahd extendió la mano.

A su lado, como si hubiera estado ahí desde el principio, apareció una figura femenina.

Ireena.

Vestida con un vestido sobrio, el cabello recogido, los ojos abiertos, confundidos.

No era una ilusión barata.

Se sentía real.

La respiración, el parpadeo, el temblor en sus manos.

—Han hecho un buen trabajo trayéndomela hasta aquí —dijo Strahd, apoyando una mano en su hombro—. Aunque ella insiste en creer que su destino está en otro río, en otros brazos.

El corazón de Medli dio un salto.

La de Antares, también.

Ismark.

El lago.

Sergei.

—¡Suéltala! —rugió Leönard, dando un paso hacia las escaleras.

Strahd sonrió.

—Qué palabra tan graciosa —dijo—. “Soltar”. Todos la usan como si la libertad fuera un regalo que se pueda dar o quitar. Dime, paladín... ¿la “soltaste” tú cuando decidiste traerla aquí?

El golpe entró.

Leönard se detuvo en seco.

La culpa que había estado cargando desde Barovia pueblo se apretó en el pecho.

Medli apretó el laúd.

—Ella vino con nosotros por decisión propia —dijo—. Tú la arrastraste aquí con promesas apenas veladas. No es lo mismo.

Strahd miró a Ireena.

La forma en que la tocaba era extraña.

No era la caricia suave de un amante.

Era la de alguien que sostiene un recuerdo que no quiere aceptar que se ha descompuesto.

—Ella no recuerda —dijo, más para él que para ellos—. Pero su alma sí.

Levantó la mirada hacia el techo.

—¿Cuántas veces hay que repetir el mismo baile para que alguien entienda su papel?

Ireena tembló.

Sus ojos se encontraron con los de Medli.

Había miedo ahí.

Pero también algo de claridad.

—No voy a bailar contigo —dijo ella, en voz baja, a Strahd—. No esta vez.

Strahd la miró.

La furia se asomó, apenas, en sus ojos.

Solo un segundo.

Luego, la enterró de nuevo bajo su calma.

—Eso dicen todos al principio —sonrió.

La acercó un poco más.

Fue suficiente para que Antares perdiera la paciencia.

—¡Ya basta! —rugió.

Se lanzó hacia las escaleras, esquivando a los engendros que quedaban, evitando que Leönard lo frenara.

La bestia dentro de él vio la escena y empujó.

Más fuerte que nunca.

Subió los escalones de tres en tres, espada lista para atravesar al vampiro, costara lo que costara.

Strahd lo dejó acercarse.

Demasiado.

Cuando Antares estuvo a un golpe de distancia, el Conde levantó la mano.

El tiempo pareció hacerse más lento.

—Te estás rompiendo —susurró—. Lo siento desde aquí. Me encantaría decir que es algo que se cura... pero en mi experiencia, lo único que haces es elegir qué clase de monstruo quieres ser al final.

Antares gritó.

No una palabra.

Un rugido.

La espada bajó, con una fuerza que no había usado antes.

Strahd interpuso el antebrazo.

El metal cortó carne.

Sangre negra, espesa, brotó.

El impacto fue real.

El vampiro se vio obligado a dar un paso atrás.

El salón entero pareció reaccionar.

Cortinas, sombras, incluso el órgano, fallaron un acorde.

Leönard sintió un destello de esperanza.

Ämroth también.

Medli escuchó, por un segundo, el eco de algo más:

*Una hoja que aún no existe del todo, queriendo formarse alrededor
de ese mismo golpe.*

Pero no fue suficiente.

Strahd se transformó en niebla a medio impacto.

La espada de Antares atravesó parte de su cuerpo antes de que éste se dispersara, pero no todo.

La sangre caída en el escalón humeó un instante... y se absorbió en la piedra.

La niebla se reunió unos metros más arriba, cerca del trono.

Cuando retomó forma, Strahd estaba herido.

No mucho.

Pero sí.

Su manga estaba rasgada.

La piel del brazo mostraba una línea oscura, como una quemadura que no terminaba de cerrar.

Sus ojos ya no tenían diversión.

Tenían interés.

—Ahí estás —dijo, mirando a Antares—. La bestia que necesitaba ver.

El cazador jadeaba, la respiración pesada, los ojos brillando con una mezcla de rabia y algo más peligroso: una especie de alivio por haberlo alcanzado.

Leönard lo vio.

Medli también.

Si lo dejaban seguir así, se iba a romper.

No de golpe.

Pero pronto.

La pelea se volvió más sucia.

Más corta.

Strahd dejó de aparecer en lugares “limpios”.

Empezó a salir de las sombras directamente detrás de ellos, intentando agarrar cuellos, torcer brazos, romper concentración.

En un momento, apareció justo a la espalda de Medli, los colmillos a centímetros de su cuello.

—Podrías tener tanto más —susurró—. Conmigo no tendrías que elegir entre verlos morir o quedarte atrás. Podrías caminar entre los muertos y los vivos sin que ninguno de los dos bandos te juzgue.

Medli sintió el aliento frío en la nuca.

La música se le cortó.

No dio un paso físico.

Dio uno mental.

Recordó el salón de baile, los cadáveres moviéndose como marionetas, las palabras de Sergei en la capilla, la visión del guerrero que había preferido morir antes que servir.

Recordó también a sus amigos sangrando a su alrededor.

—No quiero una eternidad vacía contigo —dijo, apretando los dientes—. Prefiero una vida corta con ellos.

Un brillo ligero salió del amuleto.

No fue un destello inmenso.

Solo una especie de pulso.

Strahd hizo una mueca, como si hubiera pisado una piedra incómoda.

No llegó a morder.

Leönard se giró, más rápido de lo que debería haber podido.

—¡Aléjate de ella! —rugió.

Su escudo impactó el pecho de Strahd, empujándolo hacia una columna.

El vampiro se desvaneció antes de chocar, reapareciendo en el aire y cayendo de pie en las escaleras.

—Molestos —murmuró—. Son absurdamente molestos.

El tiempo dentro del salón del trono era raro.

Podían haber pasado minutos o horas.

El cansancio ya no era solo físico.

Era mental.

Cada vez que resistían una tentación, cada vez que rechazaban una visión, algo se desgastaba.

Strahd, aunque herido, no mostraba el mismo desgaste.

Se movía con rabia contenida, sí, pero también con esa seguridad insoportable de quien sabe que el campo de batalla entero le pertenece.

Hasta que algo cambió en el aire.

Una corriente distinta.

Un silencio breve entre notas.

Medli lo sintió primero.

Un cosquilleo en la espalda.

El mango de la espada, en su mochila, pesó más.

No se encendió.

No “despertó”.

Pero reaccionó a algo que no venía ni de Strahd ni del castillo.

Una especie de... promesa.

Una voz en el fondo de su mente —no humana, no vampírica— susurró:

—*Aún no.*—

Strahd también pareció notarlo.

Su mirada se endureció.

—No voy a dejar que traigan luz que no corresponde a este lugar —dijo, más serio que nunca—. Ya suficiente tuve con un sol traidor una vez.

Aplaudió una vez.

El sonido resonó como un trueno.

El piso tembló.

Las columnas crujieron.

—Creo que esto ha sido suficiente por hoy —añadió—. Me han mostrado sus cartas. Me han recordado cómo se siente sangrar.

Una sonrisa fina.

—Ahora déjenme cambiar el tablero.

El suelo bajo sus pies se agrietó.

No como un terremoto normal.

Las grietas se dibujaron en patrones casi perfectos, como símbolos, círculos, líneas.

Draug lo reconoció demasiado tarde.

—¡Es un...! —empezó.

La palabra “círculo” se perdió cuando la piedra se abrió debajo de ellos.

La alfombra, las velas, todo se vino abajo.

Por un segundo, solo hubo caída.

Un peso en el estómago.

Gritos cortados.

La sensación de que el mundo entero se inclinaba.

Strahd los observó desde arriba, desde su trono, mientras el suelo cedía.

—El primer acto del baile termina aquí —dijo—. No se preocupen. Aún no termino con ustedes.

Sus ojos se posaron en Antares.

—Tú y yo tenemos que hablar... de sacrificios.

El salón del trono se alejó, girando.

En la caída, Medli sintió el mango de la espada pegársele a la espalda, como si intentara acercarse a alguien más.

No llegó a encenderse.

No aún.

Los seis se hundieron en la oscuridad, hacia niveles más bajos del castillo, donde el aire olía más a tierra, sangre y piedra húmeda que a vino y orgullo.

El Baile de Sangre seguía.

Solo cambiaba de pista.

Capítulo 29

EL BAILE DE SANGRE (PARTE 3)

Caer dolió.

No fue una de esas caídas “heroicas” que terminan en pose perfecta. Fue piedra, golpes, rodillas raspadas, espadas chocando contra el suelo, aire arrancado de los pulmones.

El mundo se volvió ruido y oscuridad por unos segundos.

Leönard fue el primero en levantarse.

La armadura le pesaba el doble. Tenía un zumbido constante en los oídos. Pero estaba vivo, y los demás también.

—¿Todos...? —alcanzó a decir.

—Presente —tosió Draug, levantando la mano, lleno de polvo.

—Todavía no me muero —gruñó Antares, rodando sobre sí mismo para ponerse en pie.

—Yo tampoco... —murmuró Medli, con la voz quebrada.

Ämroth se incorporó con un quejido contenido, llevándose la mano a las costillas.

Sërah se sacudió el polvo de encima, con una mueca.

—Si una vez más caigo de un piso así, voy a empezar a cobrarle al castillo —dijo.

Estaban en una sala más baja.

Amplia, circular, con muros de piedra húmeda. Columnas sosteniendo un techo más bajo que el del salón del trono, pero igual de opresivo. Había ataúdes en nichos de las paredes, algunos sellados, otros abiertos. El aire olía a tierra, sangre seca y algo más... antiguo.

En el centro, una especie de círculo de piedra con runas gastadas marcaba el piso.

Sobre ese círculo, de pie, como si hubiera bajado flotando, estaba Strahd.

Ya no tenía el aire impecable del inicio.

La manga rasgada dejaba ver la herida que Antares le había hecho.

Su rostro estaba más sombrío.

Más... cansado.

—Siempre he odiado esta parte —dijo, mirando alrededor—.
La sala de los finales. Le quita elegancia a todo.

La música del órgano seguía sonando desde algún lugar del castillo, pero más lejos. Aquí, la melodía se oía velada, distorsionada, como si llegara a través de agua.

Leönard levantó el escudo.

Sentía los brazos ardiendo. La mente cansada. El corazón golpeando fuerte, tan fuerte que le dolía el pecho.

Por primera vez desde que entraron al castillo, una idea tomó forma completa en su cabeza:

Podríamos perder.

No como pensamiento pasajero.

Como posibilidad real.

Strahd pareció leerlo.

—Por fin —dijo, con una media sonrisa—. Empiezan a entender.

Hizo un gesto con la mano.

De los nichos, de las esquinas, de debajo del círculo de piedra, empezaron a salir más engendros. No tantos como en el baile, pero suficientes.

—Segunda ronda —añadió—. Esta vez, sin tanta música.

Al principio, pelearon igual que arriba.

Leönard al frente, aguantando golpes.

Antares cubriendo flancos.

Ämroth cortando, rezando, resistiendo.

Draug colocando torres de energía, trampas, pequeñas explosiones.

Sërah desapareciendo y apareciendo como sombra.

Medli sosteniendo la música, las palabras, la moral.

Pero sus cuerpos no mentían.

Cada esquivada tardaba una fracción de segundo más.

Cada bloqueo dejaba un hueco mínimo.

Cada hechizo costaba un poco más de aire.

Strahd lo notaba.

Ya no jugaba a esconderse en balcones.

Aquí, abajo, caminaba entre columnas, entre ataúdes, acercándose y alejándose con pasos medidos. Pegaba rápido, se retiraba, dejaba que sus engendros les arrancaran pequeños trozos de resistencia.

—No tienen idea de cuántos he visto llegar a este punto —comentó, esquivando una estocada de Ämroth—. Siempre igual. Sangre, sudor, promesas, discursos. Y al final, un cuerpo más... o un nuevo sirviente.

Antares falló un golpe por centímetros.

La espada chocó contra una columna, haciendo vibrar su brazo.

—¡Cállate! —escupió.

Strahd le sonrió.

—La bestia se cansa más rápido que el hombre —dijo—. Pero también es la última en caer.

El cazador sintió la bestia empujar otra vez.

Más fuerte.

Más insistente.

Déjame, susurraba algo dentro. Déjame salir y acabamos esto rápido.

No. Aún no.

Aún no.

Un engendro logró colarse por un hueco en la defensa.

Saltó hacia Medli.

La aarakocra levantó el laúd por puro instinto, como si fuera un escudo.

Las garras se clavaron en la madera.

El instrumento crujió.

Medli soltó un grito, no solo de miedo, sino de rabia.

El laúd era más que un instrumento.

Era su voz hecha objeto.

Antares llegó a tiempo para arrancar al monstruo de encima de ella, clavándole la espada en el pecho y tirándolo contra el suelo.

—¡Atrás! —rugió—. ¡No la toquen!

Medli seguía tocando, aunque las cuerdas se habían roto a la mitad.

La melodía salió rota, disonante.

Pero salió.

—Estoy bien... —jadeó—. No paren.

Strahd la miró.

Con atención.

Con ese tipo de curiosidad lenta que reserva alguien para un experimento interesante.

—Sabes que podrías terminar esto si solo dejaras de pelear para ellos —le dijo—. Podrías tocar para mí. Entender lo que ellos jamás van a entender: que la muerte no es tu enemiga. Es tu mejor público.

Medli sintió el cansancio colarse por las grietas.

Cada nota le dolía en los dedos.

Cada palabra en la garganta.

Podría ser tan fácil.

Dejar el laúd.

Caminar hasta él.

Dejar de pelear.

Pero recordó la sala de baile.

Recordó los cuerpos moviéndose sin voluntad propia.

Recordó a la gente en Vallaki, en Barovia, en Krezk, al padre Lucian, a los Martikov.

A Sergei.

A Ireena.

A sus amigos.

A Leönard, plantado una y otra vez frente al peligro.

—No quiero ser música de fondo de tu tragedia —dijo, con la voz ronca—. Quiero ser el ruido que la interrumpe.

Strahd dejó de sonreír.

Solo un segundo.

Luego, la sonrisa regresó.

—Entonces vas a tener que pagar el precio —susurró.

Extendió la mano.

Un rayo de energía oscura salió disparado.

Leönard se movió.

Antares también.

Ämroth trató de interponerse.

Pero estaban cansados.

El rayo alcanzó a Medli de lleno en el pecho.

Sintió que el mundo se le iba.

Como si alguien hubiera apagado todas las velas de golpe.

El laúd cayó al suelo.

La música se cortó.

—¡Medli! —gritó Draug.

Ahí fue donde todo se rompió.

Leönard sintió algo dentro que se torcía.

Una mezcla de miedo, culpa y rabia pura.

Hasta ahora, se había mantenido plantado, firme, escudo adelante, aguantando como una muralla.

Algo en él decidió que ya no iba a alcanzar solo con eso.

Bajó el escudo un centímetro.

Dio un paso adelante.

Otro.

Y cambió.

No de clase con un sonido mágico, no con luces ni palabras solemnes.

Cambió de forma de pelear.

Dejó de ser solo el muro.

Se convirtió en la lanza.

Los recuerdos de su entrenamiento antiguo, de cuando no era “el paladín de Helm”, sino simplemente un soldado con una espada y ganas de seguir vivo, se activaron.

Su postura se volvió más baja.

Sus golpes, más rápidos.

Empezó a usar el escudo no solo para bloquear, sino para golpear, para desequilibrar, para marcar ritmo.

Su espada —pesada, acostumbrada a golpes fuertes y directos— empezó a moverse con más precisión, menos rígida.

Un engendro se lanzó hacia él.

Leönard no lo recibió de frente.

Se hizo a un lado, golpeó la rodilla del monstruo con el borde del escudo, lo hizo caer, y en el mismo movimiento le clavó la espada en el cuello.

Era una danza distinta.

Menos devocional.

Más... técnica.

Más Fighter.

Strahd lo notó.

—Ah... —murmuró—. Ahí está el otro tú.

Leönard no respondió.

No tenía aire para palabras.

Solo para golpes.

Se lanzó hacia adelante, ahora no solo como escudo del grupo, sino como punta de lanza, cortando camino hacia Strahd, haciéndole retroceder.

Cada golpe llevaba un “no” dentro.

No la vas a tocar. No vas a quitárnosla. No vas a ganar aquí.

La presión mental regresó.

Más fuerte.

Déjalo. Ya está. Perdiste. Bájala. Arrodíllate. Te dolerá menos.

Leönard apretó los dientes hasta que le dolieron.

—Prefiero que me duela —gruñó—. A que se lo hagas fácil a ella.

Un brillo leve, casi invisible, recorrió el símbolo de Helm en su pecho.

No era una respuesta directa.

Era un “te escucho” distante.

Bastó.

Draug, mientras tanto, había pasado de intentar planear todo a aceptar que el plan era “no morir en los próximos diez segundos”.

Su bastón se convirtió en algo más que un foco arcano.

Golpeaba con él.

Duro.

No pegaba como Antares.

Pero sabía dónde dar.

Una rodilla.

Una muñeca.

Un hombro.

Cada golpe iba acompañado de un chispazo de energía, una descarga que hacía que los engendros se sacudieran como si hubieran metido la mano en algo que no debían.

—Ya basta de esconderme detrás de mis cosas —murmuró, más para sí—. Esto también es mío.

De su mochila, sacó uno de sus gadgets que casi nunca usaba.

Una especie de esfera metálica con pequeñas runas grabadas.

Lo lanzó al suelo.

La esfera se activó, proyectando una cúpula de luz azulada durante unos segundos frente a Medli, bloqueando un par de ataques que iban directo hacia ella.

—¡Ämroth, cúbrela! —gritó.

El Aasimar entendió.

Ämroth se lanzó hacia los engendros que se acercaban a la posición donde Medli había caído.

Sus espadas de luna se cruzaron en un arco amplio, cortando a dos de ellos a la mitad.

El brillo de las hojas era más intenso ahora.

No solo luz bonita.

Era luz que quemaba.

Cada vez que una de las espadas tocaba carne vampírica, la herida no se cerraba.

Se abría más.

—¡Atrás! —rugió—. ¡No toquen a la bardo!

Un engendro más grande que los otros —más viejo, más torcido— saltó hacia él.

Ämroth cruzó las espadas, atrapó las garras del monstruo en el cruce, y, con un esfuerzo brutal, le dio la vuelta, clavándolo contra el círculo de piedra del centro.

En ese momento, por un instante, se vio como algo más que un guerrero.

Se vio casi como un estandarte.

Luz en medio de la piedra.

Corellon no habló.

Pero la vieja culpa de Ämroth —esa que susurraba que había huido, que había dejado a su maestro morir solo— se vio callada por un parpadeo.

Aquí no huyes.

No ahora.

Sërah estaba perdiendo la paciencia.

Y el miedo.

Y la máscara de burla constante.

Ver a Medli caer le había dado un golpe directo al estómago.

No se llevaba bien con todos.

No confiaba en todos.

Pero esa aarakocra flaca, torpe para hablar con la gente y capaz de sacar notas hermosas de un laúd, se había ganado un rincón en su coraza sin que se diera cuenta.

—No te mueras —murmuró, aunque Medli no podía oírla—.
Todavía te debo un trago decente fuera de este hoyo.

Un engendro se lanzó hacia ella.

Sërah lo esquivó.

Sacó una daga.

La mano le tembló un poco.

No de miedo.

De rabia.

No era suficiente.

No iba a ser suficiente.

Algo en su espalda —en el lugar donde se había tatuado, años atrás, el símbolo de Mask por pura terquedad— ardió.

Una voz suave, la misma que había escuchado en el Templo Ámbar cuando aceptó el trato, le susurró:

—Te di más que cuchillos. Solo tienes que usarlo.—

Sërah respiró hondo.

—Está bien —dijo entre dientes—. Pero esto lo hago por ella, no por ti.

Extendió la mano vacía hacia un grupo de engendros que se acercaba.

La sombra a sus pies se alargó.

Se levantó.

Se convirtió en una especie de látigo oscuro que salió disparado, golpeando el pecho de uno de los monstruos con una fuerza imposible para su tamaño.

El engendro voló hacia atrás, se estampó contra un nicho y se quedó clavado ahí, sujetado por cadenas de sombra que se enroscaban en sus brazos y piernas.

Otro trató de huir.

Sërah apuntó.

Un haz de energía negra y violeta salió de su mano, directo al torso del monstruo.

No era un simple “rayo”.

Tenía forma de cuchillo alargado, de sonrisa torcida.

El impacto abrió un agujero en el pecho del engendro.

La criatura cayó, inmóvil.

—Eso no fue solo Rogue —alcanzó a decir Draug, sorprendido.

—Después lo hablamos —respondió Sërah, con la respiración agitada—. Ahorita solo disparamos.

Por dentro, sabía que eso no era solo “magia”.

Era deuda.

Pero en ese momento, no tenía tiempo para pensar en costo.

Solo en que cada rayo, cada látigo, cada sombra que movía alejaba un poco más las garras de Medli.

Antares había intentado mantenerse “controlado”.

Cada vez que la bestia empujaba, pensaba en algo que lo anclara.

En Medli riéndose cuando se equivocaba de palabra larga.

En Leönard corrigiéndolo en silencio con una mirada.

En una fogata en medio de la lluvia, en una noche sin monstruos.

Pero al ver a Medli caer, al escuchar el golpe de su cuerpo contra la piedra, algo dentro de él se rompió.

No poco a poco.

De golpe.

Como una presa que se quiebra.

La bestia no era un monstruo aparte.

Era él mismo.

Sin filtros.

Sin miedo al daño que pudiera causar.

Soltó un rugido que no se pareció a ningún sonido humano.

Lo sintieron en el pecho.

En el piso.

En las columnas.

Los engendros más cercanos dudaron por un segundo.

Strahd sonrió, apenas.

—Ahí estás —susurró—. Sabía que no tardarías.

Antares no escuchó.

Sus ojos se habían vuelto un poco más oscuros.

No rojos.

Pero sí más profundos.

Sus golpes se volvieron más amplios, más salvajes.

Dejó de preocuparse por las aberturas que dejaba al atacar.

Cada vez que su espada tocaba carne vampírica, la cortaba como si fuera papel.

Pero estaba gastando algo más que fuerza.

Se estaba gastando a sí mismo.

En medio de esa tormenta, algo cambió.

El mango de la espada que habían encontrado en la cripta — la que Medli cargaba desde entonces— se deslizó de su mochila, como si alguien la hubiera empujado desde dentro.

Rodó por el piso.

Se detuvo a medio metro de Antares.

El cazador ni siquiera la vio.

Solo pisó cerca en uno de sus embates.

El mango reaccionó.

Un pequeño destello de luz brotó.

No hacia el castillo.

Hacia él.

Antares sintió un cosquilleo en el pie.

Bajó la mirada apenas, lo justo para notar el brillo.

Una voz muy tenue —no de dios, no de fantasma, no de monstruo— susurró en algún lugar de su pecho:

— *¿Para qué quieres la fuerza?* —

Podría haber respondido “para matar”.

“Para ganar”.

“Para destruirlo”.

Lo que salió, sin filtro, fue:

—Para que no vuelva a tocarla.

Le duró medio segundo la claridad.

Fue suficiente.

Se agachó, tomó el mango.

No lo pensó.

Lo levantó como se levanta una espada que ha usado mil veces.

La hoja apareció.

No con una explosión ruidosa.

No con coros.

Simplemente *estaba* ahí donde antes no había nada: un filo de luz dorada, cálida, que no deslumbraba pero lo llenaba todo.

El salón entero se detuvo por una fracción de segundo.

Strahd se quedó inmóvil.

Los engendros se encogieron, retrocediendo instintivamente.

La mejor forma de describir la luz de esa espada era simple:

Sol.

No el de afuera —que Barovia llevaba años sin ver—, pero sí un recuerdo tan fuerte del sol que hacía daño.

Antares sintió que algo lo quemaba por dentro.

No la espada.

Su propia rabia, golpeando contra esa luz.

Si se dejaba ir del todo, si se rendía a la bestia, esa hoja no iba a durar en sus manos.

Se rompía o lo rompía.

Tenía que decidir.

Respiró hondo.

Pensó en Medli.

No tirada en el piso sangrando.

Sino en el primer día que la vio tocar, torpe, frente a una pequeña audiencia que no le hacía caso.

Pensó en la promesa silenciosa que se hizo ese día:

Si alguien intenta aplastarla, va a pasar sobre mí.

—Está bien —murmuró—. Por ella.

La bestia no desapareció.

Se acomodó.

Se alineó.

La espada de luz no se apagó.

Strahd lo miró con algo que no era solo miedo.

Era... molestia.

Y, muy en el fondo, un destello de envidia.

—Siempre hay uno que levanta esa cosa —dijo, con voz tensa—. Uno que cree que va a ser distinto. Que esta vez sí será “el último”.

Antares avanzó, la espada del sol en alto.

—No sé si seré el último —respondió—. Pero sí voy a ser el que te la clave en el corazón.

La pelea dejó de ser elegante.

Strahd dejó atrás la teatralidad.

Se lanzó como un animal.

Garras, colmillos, velocidad imposible.

Cada vez que Antares levantaba la espada de luz, el vampiro se movía, evitando el filo, intentando rodearlo.

Leönard, ahora en modo ofensivo, se mantuvo a su lado, cubriendo los ángulos que el cazador dejaba abiertos.

Ämroth aseguraba que ningún engendro se les echara encima por la espalda.

Draug bloqueaba, con ráfagas de fuerza, cualquier intento de Strahd de volverse niebla completa.

Sërah, desde las sombras, lanzaba dagas y rayos de energía oscura que golpeaban a los esbirros que quedaban.

Era un caos.

Caos coordinado.

Medli no se movía.

Seguía en el suelo, el pecho subiendo y bajando apenas.

Respiraba como si cada inhalación fuera una pelea.

Había heridas visibles... y algo más.

Negro, como raíces, extendiéndose desde el punto donde el rayo de Strahd la había golpeado.

Una maldición.

Draug la había visto antes en libros viejos.

Curse of Strahd.

Un sello que no se quitaba con simples rezos.

Ämroth lo sabía también.

Por eso, mientras cortaba y bloqueaba, miraba de reojo hacia ella, sabiendo que, aun si ganaban, podían perderla.

Strahd lo sabía.

Y lo disfrutaba.

—¿Se dan cuenta? —dijo, esquivando otro golpe de la espada del sol—. Incluso si me matan, me voy con algo suyo. Siempre me llevo algo.

Antares rugió.

El filo de luz le rozó el hombro a Strahd.

La piel del vampiro se quemó, como si le hubieran acercado metal al rojo vivo.

El olor a carne chamuscada llenó la sala.

Strahd gruñó.

Ya no sonreía.

Se lanzó directamente contra Antares, garras por delante.

El cazador levantó la espada.

Las garras chocaron contra la luz.

Por un segundo, quedaron trabados.

Cara a cara.

—No puedes ganar —susurró Strahd—. Aunque me tires, aunque me cortes, aunque quemes cada rincón de este castillo. Hay cosas allá afuera... —sus ojos se perdieron un instante más allá de las paredes—... que se ríen de todo esto. Que ya han apuntado sus miradas hacia este valle. Hacia ustedes.

Antares apretó más.

—Me da igual quién venga después —dijo—. Hoy te toca a ti.

Empujó.

La luz avanzó.

Las garras cedieron.

Draug aprovechó el hueco.

Un rayo de energía salió de su bastón, directo al rostro de Strahd.

El vampiro cerró un ojo, la piel quemada, desequilibrado.

Ämroth se movió.

En un movimiento rápido, clavó una de sus espadas de luna en la pierna del Conde, obligándolo a arrodillarse.

Sërah dejó de apuntar a los esbirros.

Por primera vez, apuntó directo al pecho del señor de Ravenloft.

Un rayo oscuro salió disparado.

No lo mató.

Pero le abrió otra herida que no se cerró.

Leönard cargó.

No como muro.

Como soldado.

Como Fighter.

Golpeó con el escudo, con toda su fuerza, en el pecho de Strahd, obligándolo a echarse hacia atrás, justo en el ángulo donde Antares tenía más aire para atacar.

—¡Ahora! —gritó.

Antares no necesitaba la indicación.

La espada de luz bajó.

No directo al corazón.

No pudo.

Strahd, incluso herido, se movió lo suficiente para que el filo lo atravesara por un lado del pecho, saliéndole por la espalda.

La luz quemó carne, hueso, orgullo.

El grito del vampiro llenó la sala.

No fue un grito humano.

Ni animal.

Fue algo más viejo.

Algo que llevaba siglos acumulándose.

La piedra vibró.

Los ataúdes se sacudieron.

Las velas —las pocas que quedaban encendidas— estallaron.

Antares tiró.

La espada salió, dejando una herida abierta que ardía con luz dorada.

Strahd cayó de rodillas.

Respiraba con dificultad.

La sangre negra goteaba al piso, humeando donde tocaba la piedra.

—No... —jadeó—. No así.

Levantó la mirada.

No hacia Antares.

Hacia Medli.

Su mano tembló.

Hizo un último gesto.

Un susurro, apenas audible, se escapó de sus labios:

—Que la maldición de Strahd... te siga más allá de la tumba.

La oscuridad en el pecho de Medli se intensificó.

Las raíces negras se extendieron un poco más.

El corazón de la aarakocra dio un último latido fuerte.

Y se detuvo.

En ese mismo instante, la luz de la espada en manos de Antares brilló más fuerte.

Strahd sonrió, torcida, rota.

—No ganan limpios —dijo, con la voz apenas un hilo—. Nadie lo hace.

Se desplomó.

Su cuerpo empezó a deshacerse.

No en cenizas rápidas, dramáticas.

En polvo.

Lento.

La piel se cuarteó.

Los ojos se hundieron.

Los huesos se volvieron grises.

El aire del castillo cambió.

Las piedras exhalaban.

El eco de su grito siguió rebotando, mezclándose con otros ecos más antiguos.

Por un segundo, justo antes de que su rostro se deshiciera del todo, sus ojos —esa mezcla de rojo y sombra— cambiaron.

Vio a Leönard, a Antares, a Medli inmóvil, a Draug, a Ämroth, a Sërah.

Y hubo algo parecido a tristeza.

No por ellos.

Por sí mismo.

Por lo que nunca tuvo.

Luego, ya no hubo nada.

Solo polvo.

Luz.

Silencio.

Pero la sala no se quedó sola.

Mientras Strahd se deshacía, mientras el castillo reorganizaba sus susurros, en algún lugar más arriba —o más abajo, o más allá— otras cosas miraban.

Ojos sin cuerpo.

Conciencias que no necesitaban forma para tomar nota.

Una mano hecha de sombras escribió algo en un libro de piel que no era piel.

Una calavera coronada giró apenas hacia la dirección de Barovia.

Una presencia sin rostro, sentada en un trono de oscuridad más profundo que el de Ravenloft, sonrió apenas.

—*Interesante.*—

Nada más.

Por ahora.

Leönard fue el primero en moverse.

Soltó el escudo.

Dejó que cayera al suelo.

Corrió hacia Medli.

Ämroth ya estaba ahí, de rodillas, las manos sobre el pecho de la aarakocra, intentando canalizar energía divina.

La luz que salía de sus manos se encontraba con la oscuridad de la maldición.

Chocaban.

Se anulaban.

—Vamos... —murmuraba Ämroth—. Vamos, por favor...

Draug dejó caer el bastón a un lado, sacando bolsas, frascos, cualquier cosa que pudiera ayudar.

Sërah se arrodilló al otro lado, con los ojos muy abiertos, por primera vez sin ninguna broma.

Antares se quedó congelado unos segundos, la espada de luz aún en la mano, respirando como si se hubiera quedado sin aire.

—Medli... —susurró Leönard, tomando una de sus manos—. Vamos. No es momento de descansar. Aún tienes cosas que corregirme.

No hubo respuesta.

El pecho de Medli no se movía.

Los ojos cerrados.

Las plumas manchadas de sangre y de esas líneas negras que seguían extendiéndose, como tinta derramada en agua.

Ämroth apretó los ojos.

—No... —dijo, con la voz quebrada—. No, no, no...

Intentó otro rezo.

Otra vez, la luz.

Otra vez, la resistencia.

No bastaba.

Leönard sintió que algo en él se rompía.

No la fe.

Ésa ya estaba llena de golpes desde hace tiempo.

Otra cosa.

La idea de que, si él se plantaba, si él se ponía enfrente, la gente detrás iba a estar bien.

No siempre era cierto.

—Por favor... —susurró.

Sërah no dijo nada.

Solo apretó más fuerte la mano de Medli.

Draug dejó caer un frasco que había sacado.

No tenía sentido.

Antares caminó, casi mecánicamente, hasta donde estaba ella.

La espada de luz se apagó en su mano, convirtiéndose otra vez en solo mango.

Lo dejó caer.

Se arrodilló.

Le tocó el hombro, con una delicadeza que no tenía nada que ver con la brutalidad con que había peleado.

—Oye... —murmuró—. Todavía no te he enseñado a hacer un asado decente. No me puedes dejar así.

Nada.

El silencio se volvió espeso.

En algún punto del castillo, el órgano dejó de sonar.

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, Barovia no tenía banda sonora.

Medli no sintió el último latido.

Solo sintió que el ruido desaparecía.

De golpe.

El dolor también.

Todo se volvió... suave.

Ni frío.

Ni calor.

Abrió los ojos.

No estaba en la sala.

No estaba en Ravenloft.

Ni siquiera estaba segura de estar “de pie” o “en el suelo”.

Estaba en un lugar que parecía hecho de sombras suaves y luces lejanas.

No era un vacío.

Había algo.

Plumas cayendo lentamente desde un cielo oscuro.

No de sangre.

De tinta.

Una ciudad hecha de recuerdos en ruinas a lo lejos:
columnas, escaleras, estatuas sin rostro.

Un río de plumas negras fluyendo en silencio.

Y, frente a ella, un trono.

No era un trono de oro.

Ni de huesos.

Era un trono hecho de plumas negras, de trozos de espejos
rotos, de recuerdos de tumbas cuidadas, de velas apagadas
con respeto.

Sobre el trono, una figura.

Alta.

Envuelta en un manto oscuro que parecía estar hecho de
noche y de cuervos.

El rostro no se veía del todo.

A veces parecía una máscara de porcelana agrietada.

A veces, un rostro joven.

A veces, uno viejo.

Los ojos, cuando se definían, eran grises.

No fríos.

Claros.

Observadores.

Medli supo quién era antes de que hablara.

—Así que... —dijo la figura, con una voz que sonaba como muchas voces juntas, pero suaves—. Al final decidiste venir a verme.

Medli tragó saliva.

O lo que fuera que hiciera ahí.

—Yo... —murmuró—. ¿Estoy muerta?

La figura inclinó la cabeza.

—Sí —respondió, sin adornos—. Por unos segundos. Por una maldición suya.

Hizo una pequeña pausa.

—Y por mi decisión.

Medli frunció el ceño.

—¿Tu decisión? —preguntó—. ¿Eres...?

—La que te miraba cuando tomabas notas sobre demonios en lugar de correr —dijo la figura—. La que estaba en la sala de baile, viendo cómo no dejabas que esa tragedia fuera solo de él.

Se levantó del trono.

—La que te puso una pluma en el corazón mucho antes de que levantaras un laúd.

Se acercó.

Cada paso sonaba como nieve cayendo sobre lápidas.

—Soy la Reina Cuervo —dijo—. Y sí, fui yo quien te susurró desde el Templo, quien se asomó cuando tomaste el amuleto, quien vio cómo te abrías paso entre muertos sin deshumanizarlos.

Medli la miró.

No sintió miedo.

O no del tipo que esperaría sentir frente a alguien así.

Sintió... respeto.

Y una especie de calma extraña.

—Strahd me mató —dijo—. ¿Y tú... me trajiste aquí?

La Reina Cuervo sonrió apenas.

No orgullosa.

No cruel.

—Yo no maté a nadie —respondió—. Solo estoy donde terminan los caminos. O, a veces, donde se bifurcan. Tu alma llegó a mi puerta con una cadena negra atada, una maldición que intentaba arrastrarte más abajo de lo que incluso yo consideraría justo.

Sus ojos se endurecieron un poco.

—No me gustan los que intentan marcar mis dominios con su firma.

Alzó una mano.

Se veía humana.

Delgada.

Pálida.

En ella, Medli vio la marca oscura de la maldición, como tinta derramada.

—Él quería que esto te persiguiera más allá de cualquier descanso —dijo—. Que tu miedo, tu dolor, tu duda, fueran el eco eterno de tu alma.

Sus ojos se suavizaron.

—No pienso permitirlo. No eres su historia. Ni su final.

Medli sintió que se le escurría algo parecido a un llanto... pero no había lágrimas.

Solo una presión en el pecho.

—Entonces... ¿me vas a dejar quedarme aquí? —preguntó, despacio—. ¿Ya terminó?

La Reina Cuervo la miró.

—¿Tú crees que ya terminó? —preguntó de vuelta.

Medli pensó en Leönard, apretando el escudo incluso cuando se veía a punto de caer.

En Antares, rugiendo con la espada de luz en la mano.

En Draug, levantando paredes de energía aun con las manos temblando.

En Ämroth, sosteniendo luz en forma de espadas.

En Sërah, disparando sombras que no eran solo tuyas.

En Ireena.

En los Martikov.

En el padre Lucian.

En tantos rostros asustados.

—No —susurró—. No ha terminado.

La Reina Cuervo asintió.

—Eso pensé —dijo—. Tu tiempo aún no llegó. No por completo.

Se giró, volviendo al trono.

—Puedo hacer algo por ti. No es perfecto. No es gratis. Pero es... justo.

Medli dio un paso adelante.

—Lo que sea —dijo—. Si me dejas volver con ellos.

La Reina Cuervo alzó una mano, y el aire alrededor se llenó de imágenes.

Medli se vio a sí misma, tocando en tabernas pequeñas.

Anotando cosas sobre demonios.

Haciendo preguntas incómodas.

Cuidando a los suyos con música, con palabras.

Luego, se vio tirada en la sala de Ravenloft.

Sin aire.

Con las manos de sus amigos encima, intentando traerla de vuelta.

—Podría atar tu alma a mí de forma distinta —dijo la Reina—. Podría hacerte mi clérigo. Darte mis palabras, mis rezos, mis herramientas. Podrías caminar entre la vida y la muerte como consejera, como intérprete.

Dejó que la idea flotara.

Medli la sintió.

Se imaginó con vestiduras oscuras, rezando sobre tumbas, guiando almas.

No era... malo.

Pero no era ella.

—No quiero... solo hablar de la muerte —dijo, despacio—.

Ya la he visto de cerca. Ya la he sentido.

Respiró hondo.

—Quiero ser la que se pone enfrente para que otros no lleguen tan rápido aquí. Quiero seguir peleando, aunque me dé miedo. Como Leönard. Como... los demás.

La Reina Cuervo la observó.

—Quieres ser mi espada, no solo mi voz —resumió.

Medli asintió.

—Quiero ser tu paladín —dijo—. No tu clérigo.

Hubo un silencio.

Largo.

La Reina Cuervo inclinó la cabeza hacia un lado.

Como si estuviera escuchando algo que no se oía.

Luego, una risa muy, muy leve se escapó de ella.

No era cruel.

Era... sorprendida.

—Hace tiempo que nadie me pedía eso —admitió—. La mayoría viene aquí a pedir consuelo. No misión.

Se acercó otra vez.

Le puso una mano en el pecho a Medli.

No dolió.

Pero sintió algo frío, entrando, mezclándose con el resto.

—Ser mi paladín no es más fácil —advirtió—. Vas a ver morir gente que no podrás salvar. Vas a tener que decidir quién cruza y quién no. Vas a caminar sobre el límite entre soltar y aferrarte.

Sus ojos grises se clavaron en los de la aarakocra.

—Y cargarás con sus rostros cuando yo ya los haya guardado.

Medli tragó.

—Ya lo hago —dijo—. Solo... quiero hacerlo con algo más que miedo.

La Reina Cuervo asintió.

—Entonces, escucha —dijo.

Alrededor, el cielo de plumas se agitó.

Cuervos empezaron a volar en círculos, sin ruido, dibujando símbolos que Medli no reconocía, pero entendía.

La maldición negra en su pecho se encogió.

No desapareció.

Se volvió un hilo.

Un lazo que la Reina tomó con dos dedos.

—Esto no puede borrarse del todo —explicó—. El golpe fue real. La intención, también. Pero puedo sostenerlo conmigo.

El hilo se extendió desde el pecho de Medli hasta la mano de la Reina, como una cuerda fina.

—Mientras yo exista, esta maldición no va a arrastrarte donde él quería. Te rozará. Te recordará. Te dolerá a veces. Pero no te va a mandar a la oscuridad que él planeó.

Medli asintió.

—Gracias... —susurró—. De verdad.

La Reina Cuervo abrió la otra mano.

Apareció un símbolo.

No de sol.

No de calavera.

Era una especie de media luna encerrada en un círculo, con tres plumas colgando hacia abajo, hechas de metal oscuro.

—Este será tu símbolo —dijo—. No para que lo presumas, sino para que te acuerdes de lo que prometiste aquí.

En la otra mano, apareció un arma.

No era una espada.

Era una hoz.

No pequeña.

Grande.

Con un mango negro, sencillo, y una hoja curva que parecía estar hecha de noche congelada, bordeada de una luz tenue, como la de las estrellas que apenas se ven.

—Y esta será tu herramienta —añadió—. No solo para cortar enemigos. Para cortar hilos cuando haya que hacerlo.

Medli la tomó.

Se sintió pesada al principio.

Luego, extrañamente natural.

Como si siempre hubiera tenido que sostener algo así, pero no se hubiera atrevido.

—Hay una cosa más —dijo la Reina Cuervo, mientras la sala empezaba a desvanecerse alrededor—. No olvides que la muerte no es tu enemiga. Tu enemigo es quien la usa como juguete, moneda o amenaza.

Sus ojos, antes de perderse en blanco, se volvieron afilados.
—Y hay muchos más como él. Algunos, mucho peores. Ya están mirando. Ya han tomado nota de que una simple barda de Barovia se atrevió a decir “no”.

La escena empezó a deshacerse.

El trono se volvió sombras.

Las plumas, viento.

El río, humo.

—Tu tiempo allá aún no acaba —dijo la Reina—. Levántate, Medli Nerea Vesta. No solo como barda. No como clérigo. Su voz se volvió más fuerte.
—Levántate como mi paladín.

El primer sonido que escuchó Medli al volver fue un sollozo ahogado.

No sabía de quién.

Abrió los ojos de golpe, aspirando aire como si se hubiera estado ahogando.

El dolor regresó.

No como antes.

Distinto.

Más sordo.

Más... manejable.

Estaba en el suelo de la sala circular.

El techo seguía ahí.

Las columnas también.

Strahd ya no.

Encima de ella, seis ojos abiertos enormes la miraban.

—¡Medli! —gritó Draug, casi rompiéndose la voz.

Sërah se echó hacia atrás, respirando como si hubiera estado conteniendo el aire.

Ämroth dejó escapar un “gracias” en élfico.

Leönard cerró los ojos un segundo, soltando un suspiro que llevaba años guardando.

Antares parpadeó varias veces, como si no quisiera creerlo.

—¿Yo...? —balbuceó Medli—. ¿Estoy...?

—Viva —respondió Ämroth, apenas conteniéndose—. Estás viva.

Leönard, que normalmente tardaba tanto en mostrar afecto como un invierno en irse, no pensó.

Se inclinó y la abrazó.

No fuerte, por miedo a lastimarla.

Lo suficiente para que se sintiera real.

—No vuelvas a hacer eso —murmuró, la voz ronca—. No... así.

Medli se quedó rígida un segundo.

Luego, le devolvió el abrazo, con cuidado, todavía confundida.

—Lo intentaré... —dijo, con una pequeña risa nerviosa—. Pero no prometo nada.

Antares se acercó después.

Cuando Leönard se separó, el cazador tomó el lugar sin pedir permiso.

La abrazó también.

Esta vez, sin la armadura entrometiéndose.

Solo brazos fuertes temblando un poco.

—Jamás —dijo, en voz baja, tan baja que solo ella lo escuchó— . Jamás voy a dejar que te pase algo así otra vez. Lo juro.

Medli apoyó la frente en su hombro.

—Tú tampoco te mueras —respondió—. Me caes demasiado bien como para ir a tocar a tu tumba.

Sërah se pasó una mano por la cara, limpiándose algo que, si alguien preguntaba, iba a decir que era polvo.

Draug soltó una risita nerviosa.

Ämroth se dejó caer sentado, agotado, mirando al techo.

Fue entonces cuando vieron los detalles.

En el pecho de Medli, sobre su ropa sucia y rota, colgaba un símbolo nuevo.

Una media luna negra, con plumas de metal.

Su laúd estaba hecho pedazos a un lado.

Pero junto a él, apoyada contra la piedra, había una hoz.

No de granja.

De guerra.

La hoja curva reflejaba una luz que no venía de ninguna vela.

Más arriba de ellos, en alguna parte del castillo, se oyó el graznido de un cuervo.

Solo uno.

Leönard miró el símbolo.

Luego, a ella.

—¿Eres... clérigo de...? —empezó.

Medli negó con la cabeza.

Se incorporó con cuidado, aún adolorida, pero más firme de lo que esperaba.

Tomó la hoz.

La sintió suya.

—No —dijo, con una pequeña sonrisa cansada—. Soy su paladín.

Leönard la miró unos segundos.

Algo en su expresión cambió.

No era solo orgullo.

Era... reconocimiento.

Entendió sin que ella tuviera que explicarle nada más.

Entendió por qué.

Entendió de quién había tomado el ejemplo.

Y, en un gesto que nadie habría apostado que fuera a hacer, volvió a abrazarla.

Más fuerte.

—Bienvenida al club —murmuró.

Medli se rió, a pesar del dolor.

Sërah los miró y, por primera vez en mucho tiempo, no sintió la necesidad de hacer un chiste ácido.

Solo se acercó, les dio un golpecito suave a ambos.

—Si van a seguir sumando “gente importante” arriba, avisen
—dijo—. No quiero quedarme sin asiento.

Draug recogió el mango de la espada de luz, que ahora parecía un poco distinto.

Lo miró.

Se lo tendió a Antares.

—Creo que esto ahora te reconoce a ti —dijo.

Antares lo tomó.

La hoja no apareció.

Pero el mango estaba cálido.

Vivo.

—Luego hablamos tú y yo —murmuró—. Ahorita estoy ocupado.

Guardó el arma.

Entonces, por primera vez desde que Strahd cayó, se dieron permiso de respirar.

De verdad.

No ese respiro corto entre golpes.

Uno largo.

Profundo.

La sala estaba en silencio.

No había organista.

No había susurros de vampiro.

Solo el ruido distante de un castillo antiguo que, por fin, empezaba a descansar.

Barovia entera no se curó en un segundo.

Las nieblas no desaparecieron de golpe.

Los muertos no volvieron a sus tumbas con sonrisas.

Pero algo cambió.

Una presión se levantó, apenas.

Como cuando el aire anuncia tormenta... o cuando, después de años de tormenta, hay un claro pequeño entre nubes.

Ahí, en la sala circular, rodeados de piedra, sangre seca, polvo de un tirano y heridas que iban a tardar en cerrar, seis personas muy cansadas, llenas de grietas, se dieron cuenta de algo simple:

Habían logrado lo que casi nadie.

No perfectos.

No limpios.

No intactos.

Pero juntos.

Y, en la sombra de algún lugar donde ni siquiera los dioses miran siempre, alguien tomó nota.

Porque la historia de ellos —la del paladín que también era guerrero, la de la bardo que se levantó como paladín de la muerte, la del cazador que sostuvo un sol con la bestia latiendo en el pecho, la del artífice que dejó de esconderse detrás de cosas, la del héroe de espadas de luna que no huyó, y la de la ladrona que empezó a jugar con poderes que no entendía— apenas estaba empezando.

Capítulo 30

EPÍLOGO: SALIR DE LA NIEBLA

El silencio que siguió a la caída de Strahd fue extraño.

No era un silencio vacío.

Era el silencio de una casa que, por primera vez en mucho tiempo, se quedaba sin el dueño que la asfixiaba. Las piedras de Ravenloft crujían como si soltaran un suspiro largo, viejo, retenido por siglos. El aire, aunque seguía frío, ya no tenía ese peso insoportable de voluntad ajena.

Ahí, en la sala donde el Conde se había deshecho en polvo, los seis se quedaron quietos unos segundos más, como si esperaran que el castillo cambiara de opinión y decidiera tragárselos de un bocado.

No lo hizo.

—¿Se... siente distinto o soy yo? —preguntó Draug, rompiendo el silencio.

Ämroth se puso de pie con esfuerzo, apoyándose en una de sus espadas de luna.

—No eres tú —dijo—. El aire... respira diferente.

Medli, todavía adolorida pero consciente, miró hacia arriba.

La piedra, el techo, las columnas seguían ahí.

Pero algo en el eco había cambiado.

Antes, cada palabra rebotaba como si alguien más la escuchara.

Ahora, sonaban solo a ellos.

—Se acabó —murmuró Sërah—. Por lo menos aquí abajo.

Leönard recogió su escudo del suelo.

Lo miró como si lo estuviera viendo por primera vez.

No era el mismo que entró al valle.

Y lo sabía.

—No se acabó todo —dijo, serio—. Pero esto sí.

Antares se guardó el mango de la espada del sol, ahora apagada, y miró el polvo donde antes estuvo Strahd.

No dijo nada.

No le salió.

Solo le dio un leve escupitajo al suelo, por costumbre, y luego se sintió estúpido por hacerlo frente a lo que quedaba de siglos de horror.

—Vámonos de aquí —murmuró—. No quiero ver más paredes.

Salir del castillo no fue mágico.

No se abrieron puertas solas hacia la luz.

No se deshicieron todas las trampas.

Pero el camino fue... menos hostil.

Pasillos que antes parecían moverse solos se quedaron quietos.

Escaleras que antes llevaban a ninguna parte ahora conectaban con corredores reconocibles.

En varias salas, se encontraron con engendros desorientados, criaturas a medio camino entre monstruo y esclavo.

Algunos huyeron antes de que levantaran un arma.

Otros se quedaron quietos, sin saber qué hacer sin la voluntad del amo empujando en la espalda.

Leönard no se engañó.

No todos merecían una segunda oportunidad.

Pero tampoco todos eran culpables de lo que habían hecho siendo sombras de otro.

Eligió dónde sí alzar la espada... y dónde no.

Y eso también le dejó otra cicatriz más, invisible.

Al salir finalmente por las enormes puertas principales, el aire de afuera los golpeó en la cara.

Frío.

Húmedo.

Pero... distinto.

La niebla seguía ahí.

Espesa, pegada al suelo, al bosque, a la carretera.

Solo que ya no apretaba la garganta.

Ya no susurraba.

No los empujaba hacia atrás.

Se movía como niebla normal.

Medli levantó el rostro.

Entre las nubes grises, el cielo, por primera vez desde que habían llegado, tenía un tono que no era puro cemento.

Había un matiz azulado.

Lejano.

Un tímido intento de color.

—El cielo aún no está limpio —dijo Draug.

—No —respondió Ämroth, cerrando los ojos un segundo—. Pero al menos ya se está depurando.

Volver al pueblo de Barovia fue como volver a un sueño que, de golpe, se había quedado sin monstruo principal.

Las casas seguían viejas.

Las calles, llenas de polvo y tierra.

La gente, con miedo.

Pero los rostros no eran los mismos.

Algunos salían de sus puertas y se atrevían a mirar al castillo.

No con terror agachando la cabeza.

Con una mezcla de incredulidad y cuidado, como si esperaran que en cualquier momento, la torre principal volviera a encenderse de rojo.

No lo hacía.

En la iglesia de San Andral, el padre Lucian había mantenido las velas encendidas toda la noche.

Cuando vio entrar a los seis —llenos de sangre seca, polvo, cansancio y heridas nuevas en la mirada— soltó un suspiro que no sabía que estaba guardando.

—No me digan nada —dijo, levantando una mano temblorosa—. No todavía. Solo...

Miró hacia el techo.

—Gracias.

Se acercó a cada uno, poniendo una mano en el hombro, en la frente, como quien comprueba que algo es real.

Los huesos de San Andral, bajo el altar, parecían brillar un poco más, o tal vez era la luz de las velas lo que se veía diferente.

—¿Strahd...? —se atrevió a preguntar al fin.

Leönard no dio un discurso.

Solo asintió.

—Cayó —dijo—. De verdad.

El sacerdote cerró los ojos un momento.

Cuando los abrió, tenía lágrimas que no se molestó en ocultar.

—Entonces este lugar vuelve a ser santo del todo —susurró—. No porque él se haya ido, sino porque alguien se atrevió a llegar hasta donde nadie había llegado.

Hizo una pequeña reverencia, no a los huesos.

A ellos.

—No somos santos, padre —dijo Sërah, incómoda.

—Por eso mismo —respondió Lucian, con una sonrisa cansada—. Los santos no salvan pueblos. La gente rota que decide hacerlo, sí.

Medli miró las imágenes del altar.

Ya no le daban ese mismo escalofrío de antes.

Seguían siendo imágenes de devoción, pero ahora entendía que la muerte no era un castigo ni un premio de por sí.

Solo... era.

Y, aun así, había quienes la usaban como arma... y quienes la guardaban como promesa.

Apretó el símbolo de la Reina Cuervo en su pecho.

No dijo nada.

No hacía falta.

Lucian, al verla, sintió algo.

No supo qué.

Pero se hizo a un lado, dejando un espacio más en el altar, por si algún día alguien quería encender una vela para una diosa que no estaba en sus libros.

Vallaki seguía de pie.

A medias.

El “festival” que habían presenciado no había sido el último desastre.

Las tensiones internas que ellos mismos ayudaron a desatar habían hecho lo suyo.

El barón ya no estaba.

Nadie lo nombraba.

Su nombre se había vuelto una de esas cosas que la gente desaparece de la conversación para no invocarla de nuevo.

En su lugar, la ciudad vivía una especie de resaca.

—No hay un “líder” claro —les dijo uno de los guardias que los reconoció al verlos entrar por la puerta—. Pero al menos ya no se andan colgando lazos en la plaza por diversión.

Vieron el lugar donde estuvo Henrik, el sepulturero.

Alguien había puesto unas flores marchitas en la puerta de su casa.

No estaba claro si eran por él... o por los que no pudieron salir de la situación que la tragedia de los ataúdes había provocado.

En la taberna del Agua Azul, los Martikov los recibieron con sonrisas sinceras.

No de taberneros.

De familia.

—Sabíamos que lo iban a lograr —dijo Danika, sirviéndoles comida caliente sin pedirles un pago—. Los cuervos nos lo dijeron antes de que llegaran.

Adrik, uno de los hijos, se posó en el bar en forma de cuervo y les lanzó una mirada casi ofendida.

—Perdón —corrigió Danika, riendo por primera vez en mucho tiempo—. Los hermanos mayores de los cuervos.

Adrian Martikov, más serio, los miró con atención.

—El aire en el viñedo cambió —dijo—. Los árboles sienten que algo grande cayó. El vino tendrá otro sabor.

Alzó una copa.

—A los que se quedan —brindó—. Y a los que se pudieron ir.

No preguntó cuántos habían muerto.

Lo podía leer en sus ojos.

En una mesa, Medli observó a los Martikov hablar entre ellos.

Cuervos.

Familia.

Gente que llevaba años resistiendo en la sombra.

Ella, ahora, llevaba en el pecho el símbolo de alguien que también se movía entre sombras.

Por primera vez desde que aceptó el trato, se sintió menos sola.

La Reina Cuervo no era una figura lejana.

Se manifestaba en cosas como esta: familias que decidían seguir, aunque el mundo se empeñara en quitárselos de encima.

Draug, mientras comía pan y sopa como si no hubiera mañana, notó algo raro en la mesa.

Bajo su plato, alguien había dejado un trozo de pergamino doblado.

Lo abrió, curioso.

Era un mapa.

No de Barovia.

Un esquema tosco de niveles, líneas, escaleras, anotaciones caóticas.

Reconoció, con un escalofrío, un símbolo que había visto en sus memorias más viejas: una especie de calavera alargada, con ojos vacíos... no de muerte, sino de laberinto.

No había firma.

Solo una nota pequeña, en un rincón:

“Lo hiciste bien. Te espero abajo. —H”

Draug dobló el mapa de nuevo, el corazón acelerado.

No dijo nada.

No todavía.

Pero entendió que la historia con su abuelo estaba lejos de haber terminado.

En Krezk, las cosas eran diferentes.

La comunidad, de por sí cerrada, se había vuelto aún más desconfiada.

Pero no hostil.

Solo... recelosa.

El burgomaestre los recibió en la puerta, con su esposa al lado.

En sus rostros había cansancio, pero también esa clase de calma que tienen los que saben que, al menos por ahora, nadie les va a tirar encima un nuevo dios a medio formar.

La Abadía de Santa Markovia, en lo alto de la colina, estaba más silenciosa que nunca.

Sin risas extrañas.

Sin cantos desentonados.

Sin experimentos andando por ahí.

El Abad ya no estaba.

Lo que hicieron con él —matarlo, expulsarlo, convencerlo de detenerse— quedaría como una de esas decisiones que nunca se pueden contar completa sin sentir que quedó algo mal.

Eso era Barovia también.

Un montón de decisiones en gris.

Los mongrelfolk, abajo, se organizaban como podían.

No eran “proyectos”.

Eran personas.

Raras, rotas, parches andantes de pesadillas.

Pero personas.

Ämroth pasó un rato caminando entre ellos, ayudando a arreglar cosas, a reparar bardas, a organizar quién podía ir a vivir al pueblo y quién prefería quedarse en la Abadía.

No solucionó sus vidas.

No podía.

Pero ya no los dejó como “errores ajenos”.

Eran parte del valle que dejaban atrás.

En el lago cercano, el agua estaba tranquila.

Demasiado tranquila.

Casi como si estuviera observando.

Ireena se acercó a ellos ahí.

No como la dama confundida detrás de un barón mediocre.

Se veía más... ligera.

Triste, sí.

Pero ligera.

—Él ya no está —les dijo, mirando su reflejo en el agua—. Lo siento como uno siente que una tormenta se retira. Deja charcos, pero ya no truena.

—¿Y tú? —preguntó Antares—. ¿Qué vas a hacer?

Ireena miró hacia el horizonte.

El lago no era el mismo donde casi se dejó arrastrar.

Pero el agua siempre guarda memoria.

—Hay cosas que tengo que terminar aquí —dijo—. Gente que necesita ayuda para reconstruir, para recordar que tienen nombre más allá de “víctimas”.

Se giró hacia ellos, y sus ojos buscaron a Medli.

—Y luego... si el río lo permite... seguiré a donde tenga que seguir.

Medli entendió lo que no dijo.

No era huida.

Era descanso.

Era aceptar que su historia con Tatyana, con Sergei, con Strahd, no iba a definirse por siempre en un solo valle.

La Reina Cuervo, en algún lugar, seguramente ya había tomado nota de eso.

Antes de irse, Ireena se acercó a Leönard.

—No fuiste tú quien me trajo aquí —le dijo, firme—. Fui yo quien decidió quedarse. No cargues con fantasmas que no te pertenecen.

Leönard, que llevaba todo este tiempo sintiendo ese peso, no supo qué responder.

Solo asintió.

A veces, soltar no era algo que se hiciera frente a un altar.

Era algo que se hacía frente a alguien que simplemente te decía: “no es tu culpa”.

Los Martikov los llevaron una última vez a los viñedos.

El aire allí estaba diferente.

Las vides, aunque todavía castigadas por el clima y por años de descuido, parecían menos apagadas. Un par de cuervos volaban en círculos sobre el lugar, no como vigilantes tensos, sino como niños que por fin podían jugar un poco más alto.

—No podemos irnos de aquí sin darles algo —dijo Adrian.

Les ofrecieron una botella.

No la abrieron.

No ahí.

—Guárdenla —dijo Danika—. Como recordatorio de que hubo una victoria. No perfecta. Pero real.

Draug la guardó en una de sus bolsas, con tanto cuidado como el que le daba al mapa de su abuelo.

—Algún día la abriremos y... —empezó.

—Y nos vamos a poner ridículos —añadió Sërah—. Pero en otro lugar. No aquí.

Todos sonrieron un poco.

Incluso Leönard.

El día que decidieron irse, el valle los miró distinto.

El camino que llevaba a las puertas por las que habían entrado parecía más claro. Todavía había árboles retorcidos, tierra húmeda, piedras extrañas... pero la niebla ya no se pegaba a las piernas como una mano que no quiere soltar.

Mientras caminaban, Medli sintió a cada tanto un ligero tirón en el pecho.

La maldición de Strahd, contenida por la Reina Cuervo, seguía ahí.

No como cadena.

Como recordatorio.

Al pasar junto a un pequeño cementerio en las afueras de Barovia pueblo, se detuvo un momento.

No hizo un gran rezo.

Solo dejó una pluma negra en una de las tumbas.

No sabía de quién era.

No importaba.

—Por los que no llegaron al castillo —susurró.

La pluma se quedó quieta.

Un cuervo, en la rama cercana, inclinó la cabeza.

El arco de piedra que marcaba la entrada al valle —aquel que habían cruzado al llegar, con los enormes portones de hierro y las estatuas derruidas— seguía siendo imponente.

Las estatuas, sin embargo, parecían menos amenazantes ahora.

Menos... vivas.

Más ruinas que advertencia.

—Si esto se cierra detrás de nosotros, no pienso volver —dijo Sërah, mirando las hojas oxidadas de los portones.

—Lo dices como si fueras muy buena para cumplir promesas —se burló Antares, con una media sonrisa.

Ella le sacó la lengua, cosa rara en alguien que se había pasado la vida usando los gestos como armas, no como juegos.

Ämroth se detuvo justo antes del umbral.

Miró hacia atrás.

El castillo, a lo lejos, se veía pequeño.

No derrotado.

Solo... uno más entre las montañas.

—Corellon sabe que aquí empezó otra de mis culpas —murmuró—. Pero al menos esta vez, no me fui corriendo.

Leönard se paró a su lado.

—No fuimos héroes perfectos —dijo.

—Nadie lo es —respondió Ämroth.

Los dos se miraron.

No necesitaban más acuerdo que ese.

Draug, con la botella de vino, el mapa y mil ideas en la cabeza, cruzó primero.

No por valentía.

Por hambre de ver qué venía después.

Sërah, con el símbolo de Mask—o lo que ella creía que era Mask—quemándole de vez en cuando la espalda, sintió un susurro justo cuando tocó la neblina del umbral.

—Hay más bailes que este, pequeña ladrona—

No sonaba a amenaza.

Sonaba a promesa.

Ella sonrió.

—Ya veremos quién pisa a quién —murmuró.

Leönard, cargando con nuevas dudas y nuevas certezas, cruzó sin mirar atrás.

Medli, con la hoz en la espalda y el símbolo de la Reina Cuervo en el pecho, sintió por un momento la presencia de su patrona rozándola.

—No olvides: no estás aquí para evitar que mueran. Estás aquí para que vivan con sentido hasta que les toque.—

—Lo sé —susurró—. Haré lo que pueda.

Antares fue el último.

Antes de cruzar, se volvió hacia el valle una vez más.

—Si algo vuelve a salir de aquí —dijo al aire—. Lo voy a estar esperando.

No era una amenaza para Strahd.

Él ya no estaba.

Era un aviso para cualquier cosa que creyera que el vacío dejado era invitación.

Cruzó.

La niebla los envolvió.

Fría.

Densa.

Por un segundo, fue como volver al principio.

Sin camino claro.

Sin certeza de si saldrían del otro lado.

Pero esta vez, había algo diferente.

No se sentían perdidos.

Se sentían... en tránsito.

Entre un horror que habían enfrentado y otra cosa que todavía no tenía nombre.

Cuando la niebla se abrió, ya no estaban en Barovia.

El olor era otro.

Tierra menos amarga.

Viento más libre.

Un camino que conocían.

No perfecto.

Pero suyo.

Atrás, el valle se encerró sobre sí mismo.

No como prisión.

Más como cicatriz del mundo.

Muy lejos de ahí, en un lugar donde las sombras parecían tener profundidad propia, una figura hecha de oscuridad y filo se inclinó sobre un tablero.

Las piezas no eran fichas.

Eran mundos.

Reinos.

Almas.

Una mano ósea, coronada por anillos de secretos y hueso, movió una pieza apenas.

Un ojo —no de carne— se abrió en alguna parte del vacío.

El nombre del que lo llevaba no fue pronunciado.

No hacía falta.

El eco de su atención era suficiente.

Barovia.

Strahd.

Caído.

La pieza que representaba al valle se agrietó.

Pero no desapareció.

—Interesante —susurró una voz seca, más vieja que la mayoría de los miedos—. Ya hay lugares donde el miedo al fin se parece más al mío.

Más abajo —o más arriba, o más lejos, porque esas direcciones ya no significaban nada ahí—, un trono hecho de cráneos y ocaso cambiante se acomodó un poco.

Una silueta encapuchada, apoyada en un báculo de hueso y hierro, movió apenas la cabeza.

No dijo nada.

No necesitaba.

Las sombras del Trono del Ocaso se agitaron, como si hubieran sentido el hueco que dejaba un vampiro muerto... y hubieran visto, al mismo tiempo, la luz que había salido de manos mortales.

La guerra no había empezado ahí.

Pero sí se había anunciado.

De vuelta en el camino, el grupo siguió caminando.

No hablaron mucho al principio.

Cada uno iba ocupado con sus propios pensamientos.

Draug repasando el mapa en su mente.

Sërah sintiendo, con cada paso, la presencia de su “patrón” deslizándose por los bordes de su conciencia, ofreciéndole atajos, poder, opciones.

Ämroth, pensando en la Tumba donde Carrick cayó, ahora sabiendo que ahí había algo más que un error suyo.

Leönard, masticando la idea de que su fe no era una armadura perfecta, sino una herramienta que tenía que aprender a usar junto con su propio juicio.

Antares, sintiendo el peso del sol apagado en su mochila, y preguntándose cuánto tiempo podría controlar a la bestia ahora que había probado pelea a ese nivel.

Medli, con la hoz golpeándole suavemente la espalda a cada paso, sabiendo que ahora llevaba encima algo más pesado que su laúd.

En un momento, el cielo se abrió un poco.

Solo un poco.

Un rayo de luz se coló entre las nubes.

No era el sol directo.

Era un anuncio.

—¿Crees que esto sea un “final feliz”? —preguntó Sërah, sin mirar a nadie en particular.

Leönard negó con la cabeza.

—No —dijo—. Pero sí es una victoria.

Ämroth sonrió de lado.

—Las cicatrices también son victorias —añadió.

Medli miró al frente.

Barovia quedaba atrás.

Pero en la punta de los dedos sentía otra historia acercándose.

Un nombre que aún no se atrevía a decir, pero que ya empezaba a susurrar en sueños, en símbolos, en cartas, en templos antiguos.

Y, aún más lejos, una sombra sentada en un trono que no era de piedra ni de hueso, sino de muerte en estado puro.

No sabían cómo ni cuándo iban a cruzarse con ellos.

Solo sabían que lo harían.

Porque nadie mata a un rey eterno sin llamar la atención de los que reclaman ese título desde mucho antes.

Cuando el camino cambió de textura, cuando los árboles se hicieron conocidos, cuando los sonidos del mundo “normal” volvieron —pájaros, insectos, viento sin lamentos—, Medli se detuvo.

Se volvió hacia los otros.

—Entonces... —dijo, con una sonrisa cansada—. ¿Listos para la siguiente parte?

—No —respondió Draug, sincero.

—No —añadió Leönard.

—No —dijo Sërah, sin dudar.

Ämroth se encogió de hombros.

—Nunca se está listo —dijo.

Antares se pasó una mano por el rostro, aún manchado aquí y allá de tierra de Barovia.

—Pero vamos —terminó—. Igual que fuimos la última vez.

Empezaron a caminar otra vez.

No hacia un final.

Hacia la siguiente herida.

Porque así iba a ser a partir de ahora: una cadena de guerras, de decisiones, de pérdidas.

Pero también de victorias que nadie más podría contar si no fuera por ellos.

Así se cerró aquella aventura en las Tierras Malditas (ya no más).

Con un castillo menos en manos de un monstruo.

Con un valle respirando un poco más libre.

Con seis héroes que ya no eran los que entraron.

Y con la certeza clara, incómoda y emocionante de que lo que acababan de vivir no era el final de nada.

Era, apenas, la primera gran cicatriz antes de la guerra contra el portador de secretos... y antes de enfrentarse al rey que reclama la muerte como suya.

La niebla quedó atrás.

Pero la sombra de lo que viene caminaba con ellos.

LEGENDS OF FAËRUN: THE UNDYING KING

END OF PART 1
CURSED LANDS